

André Aciman

Ocho noches
blancas



Lumen

Ocho noches blancas

André Aciman

Traducción de
Bettina Blanch Tyroller

Lumen

narrativa

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerEbooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para Philip,
luz y dulzura*

Primera noche

A media cena ya sabía que reviviría la velada entera a la inversa: el autobús, la nieve, el recorrido por la pequeña cuesta, la catedral imponente ante mí, la desconocida en el ascensor, el espacioso salón atestado de gente donde los rostros iluminados por las velas brillaban radiantes de risa y premonición, la música de piano, el cantante de voz ronca, la fragancia de madera de pino por todas partes mientras pasaba de una habitación a otra pensando que tal vez debería haber llegado mucho antes, o un poco más tarde, o que no debería haber ido. He ahí los grabados clásicos en sepia colgados de la pared junto al baño, donde una puerta batiente se abría a un largo pasillo que conducía a las zonas de la casa vedadas a los invitados, pero que luego describía otra curva y, milagrosamente, desembocaba de nuevo en el salón, donde se agolpaba cada vez más gente, y donde, junto a la ventana en la que creía haber hallado un rincón tranquilo detrás del enorme árbol de Navidad, alguien se volvió de repente hacia mí, me tendió la mano y dijo:

—Soy Clara.

Soy Clara, dos palabras soltadas de sopetón, como si fuera el hecho más evidente del mundo, como si yo ya lo supiera desde siempre o debiera haberlo sabido y ella, viendo que no le hacía ningún caso, o quizá intentaba no prestarle atención, quisiera ayudarme a abandonar todo fingimiento y poner rostro a un nombre que a buen seguro todo el mundo había ya pronunciado mil veces.

En cualquier otra persona, *Soy Clara* habría sido un vacilante intento de romper el hielo: dócil, en apariencia confiado, excesivamente informal, distante, hecho a la ligera como un pensamiento repentino, el equivalente

verbal de un apretón de manos que ha aprendido a transmitir firmeza y vigor imprimiendo demasiada fuerza a unos dedos por lo demás flácidos y sin vida. En una persona tímida, *Soy Clara* requeriría tanto esfuerzo que quizá la habría dejado exhausta y casi agradecida al ver que su interlocutor no reaccionaba.

En este caso, *Soy Clara* no era una declaración osada ni indiscreta, sino una frase pronunciada con la sonrisa segura y algo irónica de quien la ha dicho demasiadas veces para preocuparse del modo en que rompe el silencio. Algo forzada, indiferente, cansada y divertida —por sí misma, por mí, por el hecho de que la vida convirtiera las presentaciones en los acontecimientos tensos y torpes que son—, se deslizó entre nosotros como una formalidad sin importancia que había que quitarse de encima cuanto antes, y por qué no ahora, ya que los dos estábamos algo apartados de los que se habían congregado en el centro del salón y se disponían a cantar. Sus palabras llegaron a mí como una de esas ráfagas de viento que superan todos los obstáculos y abren puertas y ventanas trayendo consigo fragancias de abril en pleno invierno, alborotándolo todo a su paso con la familiaridad despreocupada de las personas a las que nada importan los demás y que no tienen nada que perder. Ella no irrumpía afanosa ni se saltaba los pasos tediosos, pero en sus dos palabras se advertía un toque de crisis y agitación que no era del todo inintencionado ni estorbaba. De hecho, encajaba con su figura, con la arrogancia de su barbilla, la blusa finísima de gasa púrpura que llevaba desabrochada hasta el escote, el montículo de piel tan terso y formidable como el diamante engastado en su delgado collar de platino.

Soy Clara. Palabras que irrumpieron sin anunciarse, como una espectadora que se cuela en la sala de conciertos abarrotada segundos antes de que se alce el telón, molestando a todo el mundo, pero al mismo tiempo tan divertida por el revuelo que causa que, al localizar el asiento que será suyo durante el resto

de la temporada, se quita el abrigo, lo desliza sobre los hombros, se vuelve hacia su nuevo vecino y, con la intención de disculparse por las molestias sin dar demasiada importancia al asunto, susurra «Soy Clara» en tono cómplice. Significa: Soy la Clara que verás aquí durante toda la temporada, así que más vale que nos llevemos bien. Soy la Clara a la que nunca habrías imaginado sentada a tu lado, y sin embargo, aquí estoy. Soy la Clara a la que anhelarás ver todos y cada uno de los días de los meses que quedan de este año todos los demás años de tu vida..., lo sé y, admitámoslo, por mucho que intentes fingir que no es así, tú también lo sabes desde el momento en que me has visto. *Soy Clara.*

Estaba a medio camino entre un burlón «¿Cómo es posible que no lo supieras?» y un «¿A qué viene esa cara?». «Toma —parecía decir, como un mago a punto de enseñar un truco sencillo a un niño—, coge este nombre y enciérralo en la palma de tu mano, y cuando estés solo en casa, abre la mano y piensa: *Hoy he conocido a Clara.*» Era como ofrecer a un anciano una onza de chocolate con avellanas justo antes de que pierda los estribos. «No digas nada hasta que lo hayas probado.» Te daba un empujón, pero te lo compensaba aun antes de que lo notaras, de modo que no sabías qué había venido primero, la disculpa o el empujoncito, o si ambos habían llegado juntos en el mismo gesto, revoloteando alrededor de sus dos palabras como juguetonas amenazas de muerte disfrazadas de bromas sin importancia. *Soy Clara.*

La vida antes de. La vida después de.

Todo antes de Clara se antojaba inerte, hueco, provisional. La vida después de Clara me emocionaba y me asustaba, un espejismo de agua al final de un valle infestado de serpientes de cascabel.

Soy Clara. Era lo que mejor conocía, la frase a la que podía volver cada vez que quisiera pensar en ella, viva, cálida, cáustica y peligrosa. Toda su

esencia manaba de esas dos palabras, como si formaran un misterioso mensaje urgente garabateado en el dorso de una carterita de cerillas que te guardas en la cartera porque siempre evocará una noche en la que un sueño, una vida potencial, floreció de repente ante ti. Podía ser tan solo eso, un sueño y nada más, pero suscitó un deseo tan intenso de ser feliz que casi me sentí dispuesto a creer que de hecho lo era.

¿Seguiría sintiéndome así cuando me fuera de la fiesta? ¿O hallaría formas habilidosas de aferrarme a pequeños defectos para que empezaran a molestarme y me permitieran ir mitigando el sueño hasta que perdiera fuerza y lustre y, una vez perdido el lustre, me recordara una vez más que la felicidad es lo único en nuestra vida que no pueden proporcionarnos los demás?

Soy Clara. Las dos palabras evocaban su voz, su sonrisa, su rostro cuando desapareció entre el gentío aquella noche y temí que ya la había perdido, que no había sido más que fruto de mi imaginación. «Soy Clara», repetía para mí, y ella volvió a ser Clara, de pie junto a mí tras el árbol de Navidad, viva, cálida, cáustica y peligrosa.

Empecé —y lo supe a los pocos minutos de conocerla— a ensayar la vida sin volver a verla, a preguntarme cómo llevarme conmigo *Soy Clara* y guardar esas palabras en un cajón junto a los gemelos, las ballenas para el cuello de las camisas, el reloj y la pinza para billetes.

Estaba aprendiendo a no creer que aquello pudiera durar otros cinco minutos, porque tenía todo el aspecto de un interludio mágico e irreal, un instante en que las cosas se abren con excesiva facilidad y parecen dispuestas a franquearnos la entrada al círculo por lo general cerrado que no es otro que nuestra propia vida, la vida como siempre hemos anhelado vivirla, pero a la que engañamos a cada oportunidad, la vida por fin transportada a la tonalidad correcta, narrada en el tiempo verbal correcto, luminosa porque se revela, no

en nuestra voz, sino en la de otra persona, aferrada por otra mano, plasmada en el rostro de una persona que dice: Esta noche soy el rostro que le pones a tu vida y el modo en que la vives. *Esta noche soy tus ojos abiertos al mundo que te observa. Soy Clara.*

Significaba: *Coge mi nombre y susúrratelo, y dentro de una semana vuelve a él para ver si ha cristalizado.*

Soy Clara. Sonrió como si acabara de reírse de algo que alguien le había dicho, apropiándose de la risa iniciada en otro contexto antes de volverse hacia mí tras el árbol de Navidad, revelarme su nombre con la mano tendida y hacer que me entraran ganas de reír chistes que no había oído pero cuya esencia correspondía a un sentido del humor que casaba a la perfección con el mío.

Esto significaba *Soy Clara* para mí. Creaba una sensación ilusoria de intimidad, de una amistad brevemente interrumpida y reanudada con urgencia, como si ya nos conociéramos o ya nos hubiéramos cruzado con anterioridad pero nos hubiéramos separado y ahora tuviéramos que volver a presentarnos a toda costa, de modo que, al tenderme la mano, de hecho ella hacía algo que deberíamos haber hecho mucho antes, porque nos habíamos criado juntos y luego habíamos perdido el contacto, o porque juntos habíamos vivido muchas cosas, o porque habíamos sido amantes largo tiempo atrás hasta que algo tan banal y vergonzoso como la muerte se interpuso entre nosotros, algo que esta vez ella no estaba dispuesta a permitir.

Soy Clara significa ya te conozco, esto no es cualquier cosa, y si crees que el destino no tiene nada que ver, te aconsejo que te lo replantees. Si quieres, podemos limitarnos a la charla insustancial y fingir que todo esto es fruto de tu imaginación, o bien podemos dejarlo todo, no prestar atención a nadie y, como niños que montan una tienda de campaña en medio de un salón abarrotado en Nochebuena, adentrarnos en un mundo radiante de risa y

premonición, donde no hay peligro, donde no caben la vergüenza, la duda ni el miedo, donde todo se dice en broma y por capricho, porque las cosas más serias a menudo aparecen disfrazadas de travesura y diversión.

Mantuve su mano en la mía más tiempo del habitual para hacerle entender que había recibido el mensaje, pero se la solté antes de lo que hubiera deseado, temeroso de haber inventado el mensaje.

Esa fue mi aportación, mi firma a la velada, mi interpretación retorcida de un simple apretón de manos. Si sabía leerme el pensamiento, vería más allá de mi despreocupación fingida y percibiría esa otra despreocupación más profunda, a la que me cuesta renunciar sobre todo en presencia de una persona que con tan solo dos palabras y sin apenas una mirada tal vez esté en posesión de la llave de todos mis escondrijos.

No se me ocurrió pensar que las personas que irrumpen en tu vida pueden salir de ella con la misma facilidad en cuanto han terminado contigo, que alguien que entra en la sala de conciertos segundos antes de que empiece la música tal vez vuelva a levantarse de repente y molestar a todo el mundo al darse cuenta de que se ha sentado en la fila equivocada y no querer esperar al intermedio.

Me la quedé mirando. Contemplé su rostro. Conocía ese rostro. «Me sueñas de algo», estuve a punto de decir.

—Pareces perdido —comentó.

—¿Tanto se nota? —dije—. ¿Acaso la mayoría de la gente no parece perdida en las fiestas?

—Algunos más que otros. Él no.

Señaló a un caballero de mediana edad que charlaba con una mujer. Estaba

apoyado contra lo que parecía una falsa columna estriada con un capitel de estilo corintio, en la mano una bebida transparente, casi desplomado contra la columna, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Ese no parece perdido en absoluto. Y ella tampoco.

Soy Clara. Veo el interior de las personas.

El señor y la señora Shukoff,^[1] así los bautizó. El señor y la señora Shukoff no veían el momento de arrancarse la ropa, comentó con un guiño mientras el caballero apuraba la copa, dame un momentito y estaré listo para el despegue.

Shukoff: personas de las que no puedes librarte, aunque te gustaría, explicó. Nos echamos a reír.

Acto seguido, con un gesto que no podría haber sido menos discreto, Clara señaló a una mujer de sesenta y tantos años que llevaba un vestido largo rojo y zapatos de charol negro.

—La abuela de Santa Claus. Mira eso —indicó señalando el ancho cinturón de charol con hebilla de oro que rodeaba la barriga de la abuelita. Llevaba lo que sin duda era una peluca de un rubio reluciente cuyos lados, apelmazados y duros como colmillos de jabato, se curvaban alrededor de las orejas. De los lóbulos le pendían sendas grandes perlas partidas engarzadas en diminutas planchas de plata..., ovnis en miniatura sin hombrecillos verdes, comentó Clara. De inmediato la bautizó con el nombre de Muffy Mitford. Luego procedió a destruir a Muffy Mitford, embarcándome en la operación como si no dudara ni por un momento que me uniría al vilipendio.

Muffy, más que hablar, gorjeaba. Muffy calzaba zapatillas con pompones azul celeste en casa, añadí. Muffy llevaba debajo un vestido de estar por casa, siempre llevaba debajo un vestido de estar por casa, apuntó ella. Muffy tenía un caniche de pelo largo llamado Suleiman. Y un marido apodado Chip. Y su hijo..., cómo no, Pip. Y su hija, Mimi. No, Buffy, que rima con Muffy. Lo

cual nos hizo desternillarnos mientras veíamos cómo Muffy reía y balanceaba las caderas al ritmo del cantante de voz ronca, y el extremo suelto del cinturón se agitaba como un símbolo de fertilidad sobre su barriga, la copa de martini vacía. Sírveme otro y mira cómo me sonrojo, dijo Clara con un guiño antes de apurar el suyo.

—Eres amigo de Hans, ¿verdad? —me preguntó.

—¿Por qué lo dices? ¿En qué se nota?

—En que no cantas. Yo tampoco canto. —Al advertir que no acababa de entender la explicación añadió—: Los amigos de Hans no cantan. Solo cantan los amigos de Gretchen.

Se enjugó los labios con una servilleta, como si pretendiera sofocar los últimos aleteos de un chiste que no estaba dispuesta a compartir, pero cuyo eco quisiera hacerme llegar.

—Así de sencillo —continuó mientras señalaba sin discreción alguna a los invitados agolpados alrededor del piano, donde muchos cantaban con entusiasmo en torno al hombre de la voz ronca.

—En tal caso, Gretchen debe de tener más oído musical que él —comenté para decir algo, lo que fuera, aun cuando las palabras salieran renqueantes para llenar el silencio inevitable. La respuesta de Clara les cortó las alas.

—¿Oído musical Gretchen? Gretchen no reconocería la música aunque se la pedorrearan al oído. Mírala, con la espalda clavada a la puerta, saludando a todos sus invitados porque no se le ocurre nada mejor que hacer.

De repente recordé el apretón de manos flojo, el saludo mecánico, el beso en la mejilla que roza la oreja para no estropear el maquillaje.

Sus palabras me sorprendieron, pero las dejé pasar al no saber qué decir.

—Y mírales la cara —prosiguió señalando a los que cantaban. Les miré la cara—. ¿Tú cantarías solo porque estás en una fiesta de Navidad y todo el

mundo se dedica a pegar alaridos como peces de colores grandotes tragando ponche de huevo?

Guardé silencio.

—En serio —añadió, de lo que deduje que no se trataba de una pregunta retórica—. Mira a todos esos euroshukoffs. ¿No parecen personas que siempre cantan en las fiestas de Navidad?

Soy Clara. Me pongo desagradable.

—Pero yo también canto..., a veces —dije faltando a la verdad, con la intención de parecer igual de ingenuo e inane que todas las personas que consideraban lo más normal del mundo cantar en las fiestas de Navidad. Tal vez deseaba ver cómo se las apañaba para retirar su hostilidad ahora que sin querer me había colocado en su línea de fuego. O quizá solo pretendía tomarle el pelo y no quería que supiera hasta qué punto su cínica opinión de los cantos navideños era un reflejo de la mía.

—Pero yo también canto —dijo enarcando una ceja, como si yo hubiera dicho algo difícil, complejo.

Hizo un leve gesto de asentimiento, como si reflexionara sobre el sentido profundo de mis palabras, y aún parecía sopesarlas cuando de repente caí en la cuenta de que no hablaba de sí misma, sino que repetía lo que yo acababa de decir —pero yo también canto—, arrojándome las palabras con un insultante retintín burlón, como si se tratara de un regalo estropeado que me devolviera en su caja ahora abollada.

—Así que cantas —insistió, considerando aún la cuestión.

¿O tal vez ya estaba dando marcha atrás después de haberme lanzado su dardo envenenado?

—Sí, a veces canto... —respondí intentando no parecer demasiado ufano ni demasiado serio.

Fingí no haber reparado en la irritante ironía de su voz y estuve a punto de

añadir «en la ducha», pero de inmediato comprendí que, en el universo de Clara, cantar en la ducha era precisamente lo que todos confesaban cuando reconocían cautelosos que cantaban «a veces». Habría sido algo tan previsible que ya la imaginaba deshilvanando todos y cada uno de los tópicos de mi frase.

—Así que cantas —repitió—. Muy bien, pues cántame algo.

Me pilló desprevenido. Sacudí la cabeza.

—¿Por qué no? ¿No nos gusta cantar delante de alguien? —preguntó.

—Más o menos.

«Se me da fatal» habría sido una respuesta mediocre a su ingenio vertiginoso, de modo que no lo dije. Pero no se me ocurría nada más que decir.

Otro momento de vacilación. Luego miró por encima de mi hombro y rompió el silencio.

—¿Quieres oírme cantar?

Sus palabras casi sonaban a desafío. Supuse que lo decía en broma y que, después de haber manifestado tanta aversión hacia los amigos de Gretchen y sus alaridos, lo último que haría ahora sería ponerse a cantar. Sin embargo, antes de que pudiera formular una respuesta apropiada, Clara se unió a los que cantaban con una voz que jamás habría asociado a su rostro y que no podía creer que fuera suya, porque rayaba en la efusividad absoluta, como si al cantar en aquel momento junto a mí revelara una parte nueva y más profunda de sí misma para demostrarme que todo cuanto había pensado hasta entonces de ella —viento huracanado y dardo envenenado, salidas ingeniosas y mofas— tal vez fuera erróneo, que la mujer «cáustica» tenía un lado más dócil, que el «peligro» podía trocarse en temor y ternura, que podía dar tantos giros sorprendentes que de nada servía intentar entenderlos o preverlos, que carecía de sentido ofrecer resistencia a una persona cuyo *Soy Clara* seco y

displicente me recordaba que algunas personas, pese a su arrogancia áspera, son capaces, con tan solo algunas notas, de convencerte de que en el fondo son amables, francas y vulnerables.

Estaba fascinado. Fascinado por la voz, por la persona, por mi incapacidad absoluta para dominar la situación, por el placer que me proporcionaba sentirme tan abrumado, impotente, desorientado. Su voz no surgía tan solo de su cuerpo. Parecía arrancarme cosas, como una confesión que aún era incapaz de hacer y que se remontaba a la infancia, como el eco de cuentos olvidados que por fin cobraban forma de canción.

Cual un Ulises demasiado inteligente para caer en la trampa de las sirenas, parte de mí todavía buscaba a tientas razones para no sucumbir, para no creer. Una voz tan perfecta podía convertirla en un ser demasiado perfecto.

No tardé mucho en comprender que lo que sentía no era tan solo admiración, tampoco asombro ni envidia. La palabra «adoración» —«podría llegar a adorar a una persona como ella»— todavía no había acudido a mi mente, aunque horas después, mientras contemplaba con ella una barcaza, reluciente a la luz de la luna, amarrada en el blanco Hudson, sí me decanté por la adoración. Porque los paisajes invernales plácidos elevan el alma e inducen a bajar la guardia. Porque parte de mí ya se estaba aventurando en un territorio amorfo en el que una palabra aquí, otra allá, cualquier palabra en realidad, es lo único a lo que podemos aferrarnos antes de someternos a una voluntad mucho más poderosa que la nuestra. Porque en aquella sala atestada de gente, mientras la oía cantar, me sorprendí sopesando una palabra tan trillada y manida, tan inocua, que sentí la tentación de descartarla, razón por la cual acabé eligiéndola: interesante.

Clara era interesante. No por lo que sabía o por lo que decía, ni siquiera por lo que era, sino por el modo en que veía y distorsionaba las cosas, por la burla implícita y cómplice que traslucía su voz, por el modo en que parecía

admirarte y rebajarte, de tal manera que no sabías si poseía la sensibilidad del terciopelo o del papel de lija. Es interesante. Quiero saber más, oír más, acercarme más.

Pero «interesante» no era la palabra que buscaba. Con una copa más, la palabra que pugnaba por hacerse oír, y que por fin apareció en mi mente, surgiría con total naturalidad, sin esfuerzo alguno, de una forma tan desinhibida que, al contemplar su piel mientras charlaba con ella junto a la chimenea, me sentía tan tímido y torpe como un hombre que en sueño entra en un vagón de metro abarrotado, saluda a los demás viajeros y no siente la menor vergüenza al mirarse los pies y observar que no lleva zapatos ni calcetines y tampoco pantalones, que de hecho va desnudo de cintura para abajo.

Seguí charlando para evitar decir lo que quería decir, del modo en que los tímidos hablan demasiado cuando no tienen valor suficiente para decir lo justo y ni una palabra más. A fin de contenerme, cerré la boca. Intenté dejar que hablara ella. Luego, a fin de no interrumpirla y pronunciar la palabra fatídica, me mordí la lengua y la inmovilicé. No me mordí la punta, sino la parte central, un mordisco grande y dominante que tal vez habría dolido si le hubiera prestado atención, pero que en cualquier caso me inmovilizaba la lengua entera sin alterar la forma externa de mi boca. No obstante, tenía muchas ganas de interrumpirla, de interrumpirla como uno suele hacer cuando sabe que está a punto de entrometerse y escandalizar a alguien con una palabra a un tiempo exquisita, osada y obscena.

La palabra me asaltó la boca muchas veces. Me encantaba el salón, me encantaba la nieve que cubría Riverside Drive, me encantaba el puente de George Washington adornando la distancia como un collar sobre un cuello desnudo, también me encantaba el collar de Clara y el cuello que lo llevaba.

Quería decirle cuánto me había gustado su voz al cantar, quizá con el único

propósito de empezar a decirle también otras cosas, cosas tímidas y vacilantes que esperaba pudieran tornarse osadas y conducirme a otros lugares. Sin embargo, en cuanto mencioné su voz me atajó en seco.

—Estudié música en la universidad —explicó, a todas luces para sofocar mi cumplido y, al mismo tiempo, subrayarlo con la impaciencia con que pareció hacer caso omiso de él.

Significaba: *No te sientas obligado a decir nada. Lo sé. Es lo que estudié en la universidad.*

—Me voy a otra habitación. Aquí hay demasiado ruido y el ambiente está cargado.

No logré articular más que un «vale» pensativo. ¿Así que ahí terminaba todo?

—Vamos a la biblioteca. Estaremos más tranquilos.

Quiere que la siga. Recuerdo que me divirtió la idea: *Quiere que la siga.*

La biblioteca, que resultó estar tan concurrida como el salón, contenía grandes y valiosos volúmenes encuadernados en cuero que se alineaban con pulcritud a lo largo de las paredes, separados por varias ventanas y lo que parecía ser un balcón con vistas al río. Durante el día aquella puerta vidriera debía de permitir la entrada de una luz infinitamente plácida.

—Podría pasarme el resto de mi vida en esta habitación.

—Como otra mucha gente. ¿Ves ese escritorio?

—Sí.

El escritorio estaba cubierto de entremeses.

—Ahí escribí mi tesina.

—¿Rodeada de toda esa comida?

Me dedicó un breve gesto de asentimiento para desechar al instante mi intento de chiste.

—Esta habitación me trae buenos recuerdos. Aquí pasé un año entero, de

nueve a cinco todos los días. Incluso me dejaban venir los fines de semana. Recuerdo el verano y el otoño. Recuerdo que me asomaba a la ventana y veía la nieve. Y de repente llegó abril. El tiempo pasó volando.

Por un instante imaginé a Clara llegando puntual todas las mañanas de invierno para sentarse y pasarse el día escribiendo. ¿Llevaba gafas? ¿Se concentraba por completo en el proyecto o se aburría estando todo el día sola? ¿Divagaba, soñaba con el amor en las tardes invernales? ¿Había penas en su vida?

—¿De verdad echas de menos la época de la tesina? La mayoría de la gente ni siquiera quiere recordarla.

—No la echo de menos, pero tampoco la detesto.

Mi pregunta no pareció interesarle. La había formulado con la intención de impulsarla a decir que le gustaría volver a vivirla. O que desearía no haberla vivido. En cambio, me dio la respuesta más razonable. Pensé en decirle: Es una actitud agradable y ecuánime, pero me contuve para no parecer paternalista o, peor aún, sarcástico. Yo en su lugar probablemente habría respondido que odiaba aquella época pero al mismo tiempo la echaba de menos. Lo habría dicho con el fin de impresionarla, tal vez para sonsacarle algo, o sonsacarme algo a mí mismo, o para averiguar si le iban las paradojas y ver hasta qué punto podíamos avanzar a tientas por el terreno pantanoso de las ambigüedades cautelosas de la conversación banal.

Pero intuí que frases como aquella tampoco serían aceptables en su mundo. Decir que echabas de menos cosas que odiabas, que odiabas las que te gustaban, que querías las que rechazarías sin pensarlo..., todo eso no eran más que distorsiones artificiosas y cortinas de humo que tan solo provocarían su adiós fulminante.

Soy Clara. No me vengas con esas.

—¿Y sobre qué la escribiste?

—¿La tesina?

—Sí.

—Sobre la mesa, claro está. ¿Sobre qué si no?

De modo que me devolvía el favor. Gracias.

—No, en serio —insistí.

—¿Quieres decir si trataba de forma dialógica la situación de las mujeres marginadas que viven en un mundo monolingüe y hegemónico colonizado por instituciones falocráticas?

Muy graciosa.

—Pues no —añadió.

Un instante de silencio.

—¿Y ahora viene cuando tengo que seguir preguntando?

—Nadie te ha pedido que preguntes, pero sí, ahora viene cuando tienes que seguir preguntando.

Por un momento creí que la había perdido. Le devolví la sonrisa.

—¿De qué iba la tesina?

—¿De verdad quieres saberlo?

—No, solo te lo pregunto porque tengo que preguntártelo, ¿recuerdas?

—Las folías. Es un género musical. Carente de todo interés.

—¿Las folías? ¿Es un género que debería conocer una persona como yo?

—Una persona como tú... —Repitió mis palabras como si fueran una fruta exótica sobre cuyo sabor desacostumbrado reflexiona antes de emitir un juicio, razón por la que dijo—: Somos muy listos, muy ingeniosos. ¿Ahora viene cuando tengo que intentar adivinar quién es una persona como tú?

Me había calado. Había captado mi pregunta trampa aun antes que yo, mi intento de acercarme a ella, de conseguir que dijera algo sobre mí.

Soy Clara. Sigue intentándolo.

—Estoy segura de que has oído alguna folía más de una vez, aunque no lo

sepas.

Y de repente ahí estaba de nuevo, su voz elevándose por encima del murmullo de la biblioteca atestada, entonando los sombríos compases iniciales de la famosa zarabanda de Händel. Y yo, que nunca había entendido por qué a los hombres les gusta que las mujeres canten para ellos, sentí que se me quitaban las telarañas de la mente.

—¿Lo reconoces?

Sí, pero no contesté.

—Me encanta tu voz —balbuceé en cambio.

No sabía si decir algo más o, de ser posible, retirar lo que acababa de decir. Una vez más me encontraba desnudo de cintura para abajo, emocionado por mi osadía.

—Es una melodía estándar sobre una progresión de acordes estándar, muy parecida a un *passacaglia*. ¿Quieres un poco de ponche? —preguntó de repente, como si quisiera cortar de cuajo mi cumplido y la intimidad incipiente entre nosotros.

Pronunció las palabras con tal brusquedad que, una vez más, comprendí que pretendía dejarme claro que estaba cambiando de tema, pero que solo quería dejármelo claro si yo captaba su mal disimulada aversión a los cumplidos.

La maniobra me hizo sonreír. Clara advirtió mi sonrisa y, al advertirla, sonrió a su vez casi burlándose de sí misma.

O quizá su sonrisa fuera el modo de devolverme la pelota, porque yo la había pillado, sí, pero a cambio ella había descubierto algo en mí que la hacía sonreír, a saber: el placer culpable que me proporcionaba el ir y venir de las cosas que quedaban sin decir. Por un momento, tal vez con el objeto de barajar los peores desenlaces posibles a fin de evitarlos, me puse a pensar en la mujer de la escotada blusa púrpura desde la distancia de los años

venideros, como si la saludara con la mano desde el extremo equivocado de un catalejo. Como alguien a quien hubiera perdido. Como alguien a quien hubiera conocido en una fiesta lejana, visto una sola vez y olvidado pronto. Como alguien por quien podría haber cambiado de vida. O alguien que tal vez hubiera transformado mi vida de tal modo que llevaría años, una vida entera, generaciones enteras, recuperarla. Solo mirándola desde la distancia del tiempo podía vaticinar noches de enero vacías y domingos enteros sin ella. Una parte de mí me había adelantado y ya regresaba con noticias de lo sucedido largo tiempo después de haberla perdido: el camino hasta su casa, cuyo emplazamiento desconocía, la vista desde su ventana, que suspiraría por volver a ver, pero que daba a lugares que con toda probabilidad jamás había visto, el sonido de su molinillo de café por la mañana, el olor que despedía la caja de arena del gato, el chirrido de la puerta de servicio cuando sacabas la basura por la noche y oías el chasquido de la cerradura triple del vecino, la fragancia de sus sábanas y toallas, un mundo entero que se me escapaba antes de haberlo tocado si quiera.

De repente contuve mi imaginación, sabedor, gracias a la lógica inversa común a los supersticiosos, de que el mero hecho de prever penas futuras presuponía cierto grado de felicidad previa y sin duda alguna se interpondría en el camino de la felicidad que era reacio a considerar por miedo a perder el derecho a vivirla. Me sentía como un náufrago que, al divisar un velero desde una atalaya en su isla desierta, decide no encender una hoguera porque ya ha columbrado demasiados barcos y no quiere ver sus esperanzas frustradas una vez más. Sin embargo, al final se obliga a encenderla pese a todo y empieza a recelar de los ocupantes del velero, que tal vez resulten ser más peligrosos que las serpientes pitón y los dragones de Komodo entre los que ha aprendido a vivir. Las solitarias noches de enero no eran tan terribles. Los domingos vacíos tampoco estaban tan mal. Esto no lleva a ninguna parte, me repetí una

y otra vez. Además, pensar que ya la había perdido tal vez aliviara la tensión que se había creado entre nosotros y me permitiera recuperar la compostura y la seguridad en mí mismo.

Lo que no quería era albergar esperanzas y, detrás de las esperanzas, un deseo tan intenso que cualquiera que me observara adivinaría al instante que estaba completa e indudablemente enamorado.

No me importaba que Clara lo supiera. Quería que lo supiera. Las mujeres como Clara saben que estás enamorado, esperan que lo estés y advierten todos y cada uno de tus vanos intentos por disimularlo. Lo que no quería mostrarle era mi pugna por mantener la compostura.

A fin de eludir su mirada desvié la vista y traté de parecer distraído. Quería que me preguntara por qué de repente me había alejado de ella, quería que le preocupara que pudiera perderme con la misma facilidad con que yo podía perderla a ella, pero también quería que se riera de mí por hacer precisamente lo que estaba haciendo. Quería que reparara en mi indiferencia fingida, que desenmascarara cada una de mis maniobras y así demostrara que conocía al dedillo aquel juego, porque lo había jugado muchas veces, porque quizá lo estaba jugando ahora mismo. Volví a morderme la lengua mientras me asaltaban toda suerte de pensamientos impetuosos que pedían a gritos ser verbalizados. Ahí estaba yo, un hombre tímido fingiendo ser tímido.

—¿Ponche? —repitió como quien chasquea los dedos en la cara de alguien para devolverlo al mundo de los vivos—. El que canta va a por las bebidas —añadió, lista para ir a buscarme una copa de ponche.

Le dije que no hacía falta que me trajera nada, que ya iría yo. Sabía que me estaba andando con tiquismiquis innecesarios y que lo más sencillo habría sido aceptar. Pero no me sentía capaz de salir del jardín en el que me había metido. Parecía resuelto a mostrar que me sentía más incómodo por el hecho de que alguien me trajera una copa que halagado por su ofrecimiento.

—Es que me apetece traértela —insistió—. Y traeré también algo para picar..., si me dejas ir antes de que esos palurdos acaben de cantar y se lo zampen todo —agregó como si esto fuese un último incentivo.

—No hace falta que te molestes, de verdad.

Tal vez lo que quería no era tanto ahorrarle el paseo como impedirle que se moviera, porque aun el paso más minúsculo podía alejarnos, porque cualquier cosa podía interponerse entre nosotros, porque podíamos perder nuestro rincón en la biblioteca y no recuperar jamás nuestro ritmo vertiginoso.

Clara repitió el ofrecimiento. Me encontré insistiendo en ir a buscar el ponche yo mismo. Empezaba a parecer esquivo e idiota.

Y entonces sucedió exactamente lo que temía.

—De acuerdo.

Se encogió de hombros, como si dijera: «Como quieras». O aún peor: «Que te den». En su voz todavía resonaba la alegría que había surgido entre nosotros momentos antes, pero se advertía asimismo un eco metálico, no un retintín de ironía y buen humor, sino más bien el chasquido de un archivador al cerrarse de golpe.

Al instante lamenté que hubiera cambiado de opinión.

—¿Y dónde están esas cosas de picar que dices? —farfullé con el propósito de reanimar su ofrecimiento, pensando que debía de haber comida en algún otro lugar del piso.

—Buf, quédate aquí, ya voy yo —resopló con fingida exasperación.

Miré su escote mientras volvía a ponerse la actitud ligera como si de un abrigo reversible se tratara, el otro lado del «que te den», papel de lija convertido en terciopelo. Me pregunté si mostrar a los demás el lado áspero no sería su forma de acercarse furtivamente a ellos, su forma de disipar la tensión liberando tantas cosas de sí misma que si se acercaba más sería para rechazarlos, pero al rechazarlos lo que en realidad haría sería aproximarse a

ellos sigilosa como un gato arisco que no quiere que sepan que le gusta que lo acaricien.

Soy Clara. Ella fingió perder la paciencia. Yo fingí obedecer. En aquella estancia atestada y penumbrosa donde las sombras de todos se fundían, no podríamos haber elegido papeles más acertados.

Con aquel aire de agitación crónica, conseguía que hicieras exactamente lo que ella esperaba, no porque le gustara salirse con la suya, sino porque todo en su persona parecía tan cargado, agreste y lleno de espinas que no ceder a sus empujones sería como dejar en mal lugar cuanto ella era. Y así te acorralaba. Cuestionar su conducta equivaldría a desairar no solo la conducta, sino también a la persona que se ocultaba tras ella. Incluso su forma de arquear las cejas —un aviso de que exigía sumisión inmediata— podía compararse, si la cuestionabas, con el plumaje encrespado que los pájaros diminutos erizan para triplicar su tamaño, la mejor manera de disimular el miedo a no conseguir lo que se quiere pidiéndolo.

Todo eso podían no ser más que elucubraciones fantasiosas por mi parte. Tal vez Clara no ocultara nada, no se guardara nada, no erizara nada, no temiera a nadie. Tal vez era que yo necesitaba pensar así.

Quizá Clara fuera tal como se mostraba: una mujer jovial y rápida, atenta, cáustica y peligrosa. Clara sin más, sin personajes, sin alcánzame si puedes, sin aproximaciones sigilosas a desconocidos ni deseos de buscar subrepticamente amistad y conversación. Uno de los inconvenientes de ser tan solo quien era y decir lo que pensaba era que las personas poco acostumbradas a tanta sinceridad pensarían que se trataba de una pose, que había aprendido a disimular su timidez mejor que la mayoría, pero que tras aquella fachada era tan vacilante o apocada como el que más, y que todo aquel comportamiento nervioso, desde el modo en que apoyó el codo en mi hombro para indicarme que dejara de discutir por el tema del ponche hasta la

mano que surgió de la nada, no era más que una impostura, el modo en que algunos diamantes relucen por un instante y de inmediato se juzgan como falsificaciones de vidrio, hasta que los examinamos con mayor detenimiento y nos preguntamos con exasperación cómo es posible que hayamos creído ni por un segundo que no eran auténticos. La impostura estaba en nosotros, no en ellos.

Hay personas que se te insinúan con fricción. El roce áspero inicia la intimidad, y la lucha, al igual que la inquina, es el camino más corto al corazón.

Antes de que acabes la frase te la arrancan de la boca y le confieren un significado distinto, como si hubieras dado en secreto pistas de cosas que no sabías siquiera que existían y sin las que bien podrías haber vivido, pero que ahora deseas, como yo deseaba esa copa de ponche y las cosas de picar, justo lo que ella me había prometido, como si la velada entera y mucho, mucho más dependieran de esa copa de ponche.

¿Me perdonaría mi indecisión? ¿O la había interpretado como una victoria de su voluntad? ¿O quizá pensaba en términos completamente distintos? ¿Y qué términos eran esos y por qué no podía yo empezar a pensar en dichos términos?

De repente se marchó. La había perdido.

Debería haberlo imaginado.

—¿De verdad querías ponche? —preguntó al regresar.

Llevaba un plato con un surtido de aperitivos japoneses. Explicó que había tanta gente que no había podido servir las copas de ponche.

—Ergo, nada de ponche —sentenció, como si dijera «te fastidias».

Me sentí tentado de reprochárselo, no solo porque de repente estaba decepcionado y la palabra «ergo» me parecía un poco fría pese a la

despreocupación con que la había pronunciado, sino porque tenía la impresión de que todo aquello de ir a buscar, no ir a buscar y al final sí ir a buscar el ponche había tenido un solo objetivo: engañarme, hacerme albergar esperanzas para luego dar al traste con ellas. Y ahora, a fin de sacudirse la culpa de no haber cumplido su promesa o de no haberse molestado en cumplirla, intentaba que pareciera que, de todas formas, yo no quería ponche..., lo cual era cierto.

Advertí que había agrupado los aperitivos en parejas y los había dispuesto en rectas hileras alrededor del plato, como si los hubiera colocado en fila para que subieran al arca de Noé; su forma de compensarme por no traer el ponche, pensé. Los rollos minúsculos de atún y aguacate, macho y hembra; el pez blanquillo, macho y hembra; las vieiras salteadas con una ramita de canónigos sobre un lecho de trozos de nabo bañados en mermelada de tamarindo y coronados por un rizo de corteza de limón, macho y hembra los creó el Señor. En cuanto le expliqué por qué el extravagante surtido me había arrancado una sonrisa, advertí que mi comentario sobre las parejitas de aperitivos que se disponían a propagarse y poblar la tierra tenía algo de atrevido, pero antes de que pudiera dar marcha atrás, me asaltó otra idea que me volvió el estómago del revés como si me arrastrara una ola inmensa: nada de machos y hembras, nada de machos y hembras esperando en la fría orilla del mar Negro, haciendo cola para reservar un pasaje en Cruceros Noé, sino macho y hembra en el sentido de tú y yo, tú y yo, Clara, solo tú y yo, aguardando nuestro turno, qué turno, el turno de quién, di algo ahora, Clara, o hablaré sin que me toque y no he bebido lo suficiente para reunir el valor que necesito para decirlo. Tenía ganas de tocarle el hombro, de deslizar los labios por su cuello, de besarla bajo la oreja derecha, bajo la oreja izquierda, a lo largo del esternón, y darle las gracias por preparar aquel plato, por saber lo

que pensaría, por pensarlo conmigo, aun cuando nada de todo eso le hubiera cruzado la mente siquiera.

—Ahora que lo pienso... —empecé, sin saber si añadir algo más, pero titubeante porque sabía que el titubeo captaría su atención.

—¿Qué? —preguntó con falsa exasperación.

—La verdad es que detesto el ponche —dije.

Se echó a reír.

—En ese caso... —repuso en el mismo tono vacilante, porque también ella sabía jugar al juego de la espera y dejarme en vilo antes de pronunciar la siguiente palabra—, yo detesto, de-tes-to, el ponche, la sangría, las bebidas de chicas, el daiquiri, el harakiri y la *vache qui rit*. Me hacen vomitar.

Era su forma de devolverte la pelota justo cuando creías que por una vez habías podido decir la última palabra. *Soy Clara*. Siempre puedo contigo.

Lo que ninguno de los dos preguntó, porque ambos, sospechábamos ya la respuesta del otro, era por qué habíamos hecho tantos aspavientos por el ponche si a ninguno de los dos nos gustaba.

Una vez más, no preguntarlo solo delataba que los dos habíamos pensado en preguntarlo y decidido no hacerlo. Sonreímos ante nuestra tregua tácita, sonreímos por sonreír, sonreímos porque sabíamos y queríamos que el otro supiera que no dudaríamos un segundo en reconocer por qué habíamos hecho tantos aspavientos por el ponche si el otro amagaba siquiera la pregunta.

—Ni siquiera sé si alguna vez me han caído bien las personas a las que les gusta el ponche —añadí.

—Bien, ya que estamos —dijo, a todas luces resuelta a no permitir que la superara—, será mejor que confiese: nunca me han gustado demasiado las fiestas en las que ponen un recipiente de ponche.

Esa era la Clara que me gustaba.

—¿Y qué me dices de las personas que van a las fiestas en las que ponen

un recipiente de ponche?

—¿Me preguntas si me caen bien las *otraspersonas*?

Yo suponía que así era.

—Casi nunca —contestó—. La mayoría de la gente son Shukoff. Excepto los que me caen bien. Y antes de que empiecen a caerme bien también ellos son Shukoff.

Tuve ganas de preguntarle qué puesto ocupaba yo en la Escala de Shukoff, pero no me atreví.

—¿Y qué te lleva a querer conocer a gente Shukoff?

Me gustaba emplear su lenguaje.

—¿De verdad quieres saberlo?

Me moría de ganas de saberlo.

—El aburrimiento.

—¿El aburrimiento detrás de un árbol de Navidad?

Con mi inocente pregunta tan solo pretendía demostrarle que me gustaba recordar cómo nos habíamos conocido, que guardaba aquel momento en la memoria y todavía no quería soltarlo.

—Puede...

Clara vaciló. Quizá no le gustaba dar la razón a nadie tan fácilmente y prefería ofrecer un «puede» a un «sí». Yo ya oía a lo lejos el redoble de los tambores.

—En cualquier caso, imagina lo aburrida que sería esta fiesta sin mí.

Me encantaba aquello.

—Probablemente ya me habría ido —repuse.

—No te estaré entreteniendo, ¿verdad?

Ahí estaba de nuevo, el mensaje que no era el verdadero mensaje, pero que bien podría ser el verdadero mensaje.

Algo reconfortante, casi conmovedor en aquella marea de pinchos y

escollos me excitaba y me hacía pensar que Clara era un alma gemela que había descendido conmigo al mismísimo más allá, que me había arrebatado las palabras de la boca y, al decírmelas, les había conferido una vida y un sentido que jamás habrían poseído de haberlas guardado para mí. Bajo el disfraz de minirrabietas fieras, sus palabras insinuaban algo amable y cálido, como los pliegues ásperos de una vieja manta conocida que nos acepta tal como somos y sabe cómo dormimos, lo que soñamos, anhelamos desesperadamente y nos avergonzamos de reconocer cuando estamos a solas y desnudos. ¿Tan bien me conocía?

—La mayoría de la gente permanece en la categoría Shukoff —sentencié sin saber si lo decía en serio—. Pero podría equivocarme.

—¿Siempre eres tan ambiguo? —me picó.

—¿Tú no?

—Soy yo quien ha inventado la palabra.

Me llamo Clara. Invento acertijos y sus trampas.

Desvié la vista, tal vez para evitar mirarla. Eché una ojeada a los rostros que llenaban la biblioteca. La espaciosa estancia estaba atestada de la clase de personas que van a fiestas en las que un recipiente de ponche descansa en medio de su parloteo indolente. Recordé la actitud despectiva con que Clara había dicho «mírales la cara» e intenté lanzar una mirada fulminante a los invitados, un gesto que me proporcionó una excusa para continuar mirando a otra parte.

—*Otraspersonas* —dije para llenar el silencio.

—¿Son tan terribles las *otraspersonas*? —preguntó.

Alzó la mirada hacia mí en espera de una respuesta, como si yo fuera el experto que la hubiera conducido por un paisaje que no era suyo y con el que sentía escasa afinidad o paciencia, un paisaje en el que se había aventurado

tan solo porque nuestra conversación se había desviado hacia él. ¿Estaba discrepando de mí de un modo cortés? O peor aún, ¿me estaba reprendiendo?

—¿Terribles? No —contesté—. ¿Necesarias? No lo sé.

Clara consideró la cuestión.

—Algunas lo son. Necesarias, quiero decir. Al menos para mí. A veces me gustaría que no lo fueran, aunque al final siempre estamos solos.

—No hay nada más que decir sobre las *otraspersonas* —añadió con una mirada pensativa y distante, como si aún albergara sentimientos encontrados hacia ellas—. A veces son lo único que se interpone entre nosotros y la zanja para recordarnos que no siempre estamos solos, aun cuando haya trincheras entre nosotros. De modo que sí, son importantes.

—Lo sé —convine. Tal vez me había extralimitado en mi condena indiscriminada de la humanidad y había llegado el momento de dar marcha atrás—. A mí tampoco me gusta estar solo.

—A mí no me importa en absoluto estar sola —puntualizó—. Me gusta estar sola.

¿Acababa de atajar otro de mis esfuerzos por acomodar mi opinión a la suya? ¿O acaso, en mi intento de entenderla desde mi punto de vista, no había oído lo que me decía? ¿Trataba por todos los medios de pensar que Clara era como yo para que así no me resultara tan desconocida? ¿O intentaba ser como ella para demostrarle que éramos más afines de lo que parecía?

—Con ellas o sin ellas, siempre hay andémica.

—¿Andémica?

—Angustia pandémica..., vista por última vez merodeando por el Upper West Side un domingo por la noche, aunque esta tarde la han visto otros dos testigos que sin embargo no lo han notificado. Odio las tardes. Este es el invierno de la andémica.

De repente vi algo que debería haber visto desde el primer momento. No le

importaba estar sola, como suele pasarle a la gente que nunca está sola y anhela estarlo. La soledad le resultaba del todo ajena. La envidié. Con toda probabilidad sus amigos —y suponía que también sus amantes o posibles amantes— no le ponían fácil la tarea de estar sola, un estado que no le molestaba pero del que le gustaba quejarse, como solo aquellos que han estado en todos los rincones del mundo reconocen sin dudarlo que nunca han visitado Luxor o Cádiz.

—He aprendido a tomar lo mejor de lo que ofrecen los demás.

Esa era la persona que se acerca a un completo desconocido y lo saluda con un apretón de manos. No se advertía arrogancia en sus palabras sino tan solo la tristeza callada que provoca una larga lista implícita de reveses y decepciones.

—Tomo lo que ofrecen allí donde lo encuentro.

Pausa.

—¿Y el resto?

Tal vez no fueran por ahí los tiros, pero me parecía haber captado el indicio de un «pero» acallado al final de su frase a modo de advertencia y de cebo.

—¿El resto lo descartas? —aventuré con la intención de demostrar que tenía suficiente experiencia en los lances amorosos para entender lo que ella decía y que también yo era culpable de tomar lo que necesitaba de las personas y desechar el resto.

—¿Descartarlo? Quizá —contestó, sin que lo que yo le proponía como tema de reflexión acabara de convencerle.

Quizá me había mostrado duro e injusto, ya que tal vez no era aquello lo que ella había querido añadir. Tal vez se había limitado a seguirme la corriente distraída cuando lo único que pretendía decir era que aceptaba a la gente tal cual era.

¿O acaso se trataba de una advertencia más severa —tomo lo que necesito donde lo encuentro, así que ándate con ojo—, una advertencia que al principio no había captado porque no casaba con su expresión angustiada de un momento antes?

Estaba preparado para cambiar de táctica y señalar que tal vez nunca tiramos ni soltamos nada en la vida, y que mucho menos dejamos de amar a quienes nunca hemos amado.

—Puede que tengas razón —me atajó—. Conservamos a las personas para el día que las necesitamos, para que nos echen un cable, pero no porque las queramos. Creo que no siempre soy buena para los demás.

Me recordó las aves rapaces que mantienen a su presa viva pero paralizada mientras alimentan con ella a sus crías.

¿Qué sucedía con las personas a las que quitaban lo mejor de sí mismas para luego descartar el resto?

¿Qué le sucedía a un hombre después de que Clara acabara con él?

Soy Clara. No siempre soy buena para los demás.

¿Era su modo de sonsacarme, o era una advertencia que pedía a gritos no ser creída?

¿Era su vida una trinchera infestada de pulgas bajo el disfraz de boutique cara?

Tal vez, dijo. Algunos de nosotros nos hemos pasado la vida entera en las trincheras. Algunos de nosotros luchamos, albergamos esperanzas y amamos tan cerca de las trincheras que apestamos a ellas.

Era su aportación a mi imagen de las trincheras. Viniendo de una mujer como ella, se me antojó demasiado tenebrosa, demasiado sombría, no del todo creíble. ¿De verdad aquella mujer con la blusa desabrochada, un colgante sencillo y el cuerpo con un bronceado reluciente recién adquirido en el Caribe tenía una visión tan trágica de la vida? ¿O era esa su interpretación

personal de la imagen diabólica que yo había forjado para mantener viva nuestra conversación?

¿Qué quería decir con amor en las trincheras? ¿La vida con alguien? ¿La vida sin amor? ¿La vida intentando inventar a alguien y encontrando a la persona equivocada una y otra vez? ¿La vida con muy pocas o ninguna persona relevante? ¿O era la vida de las personas solas, con sus picos y sus valles, mientras transitamos de un lugar a otro en las grandes ciudades buscando algo que ya no sabemos si denominaríamos amor aunque se abalanzara sobre nosotros desde una trinchera cercana y nos gritara que se llama Clara?

Las trincheras. Con gente o sin ella. Pero trincheras a fin de cuentas. Las citas, sobre todo. Clara odiaba las citas. Puro tormento, el colmo de la andémica. Detestaba las citas. Antes pegarse un tiro que concertar una.

Las trincheras de las tardes de domingo. Eso sí era el colmo de los colmos, coincidimos, la madre de todos los hoyos profundos. *Les tranchées du dimanche*. Lo cual de repente les confería el lustre de Francia al atardecer. Ville d'Avray. Corot. Eric Rohmer.

Los sábados tampoco eran para tirar cohetes, comenté. El desayuno de los sábados, en casa o bien fuera, siempre la sensación de que los demás son más felices por el mero hecho de ser... los demás. Y luego las dos horas inevitables en la lavandería, donde tienes la impresión de que bien podrías quitarte la piel para meterla en la lavadora junto con los calcetines y, como un crustáceo que se esconde bajo una roca, aguardar a que te tejan una identidad nueva, con la esperanza de reinventarte gracias a lo que salga de la secadora.

Se echó a reír.

Su turno: Las trincheras, el abismo de la *anfibalencia*, el cenagal de la incomodidad, el tremedal del aburrimiento. Hacer daño, que te hagan daño, el apretón de mano flácido y frío de los amantes distanciados que acuden a

inspeccionar los desperfectos, fumar juntos un cigarrillo, jugar a ser amigos para luego regresar a una vida sin amor.

Mi turno: A veces quienes más daño nos hacen son aquellos a los que menos hemos amado. Hundidos en la ciénaga de los domingos, también a ellos los echamos de menos.

Su turno: La ciénaga cuando el sueño no llega lo bastante deprisa y desearías estar con alguien, con quien fuera. O con otra persona. O cuando alguien es mejor que nadie, pero no mejor de por sí.

Mi turno: La ciénaga cuando pasas delante de la casa de alguien y recuerdas lo desgraciado que fuiste allí, pero comprendes lo desgraciado que eres ahora que ya no vives allí. Los días que descienden por un embudo a toda velocidad pero que recuperarías sin pensarlo, más lentos esta vez, aunque con toda probabilidad darías lo que fuera por no haberlos vivido.

—Anfibalencia extrema.

—Puedo contar con los dedos de una mano los días que no he pasado en la ciénaga últimamente —reconocí—. Y con un solo dedo los que he pasado en el jardín de rosas.

—¿Ahora mismo estás en la ciénaga?

No se andaba con chiquitas.

—En la ciénaga no —contesté—. Solo... en espera. En reserva. Tal vez en revisión, posiblemente a punto de ser retirado.

La frase le hizo gracia.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste en el jardín de rosas?

Cómo me gustó que la pregunta fuera al grano y sacara a colación lo que habíamos estado insinuando en todo momento.

¿Debía decírselo? ¿Había entendido siquiera su pregunta? ¿O debía suponer que hablábamos el mismo idioma? Podía decirle: Ahora mismo estoy en el jardín de rosas. O: No esperaba encontrar el jardín de rosas tan pronto.

—A mediados de mayo —me oí contestar.

Qué fácil había sido soltarlo. Hizo que mi temor a hablar de mí mismo resultara tan tonto, tan cauteloso, que todas las palabras que pronunciara en adelante parecerían cargadas de emoción y franqueza.

—¿Y tú? —pregunté.

—Ah, no lo sé. Últimamente estoy en reposo, en plan caracol, como tú, supongo. Llámalo hibernación, cuarentena, tiempo muerto..., por mis pecados, por lo que sea. En *Rekonvaleszenz* —añadió imitando el deliberado ceceo vacilante de los psicoanalistas vieneses empeñados en emplear latinajos y germanismos polisílabos en lugar de contentarse con «convalecencia»—. Y también me están reacondicionando. La verdad es que no soy muy fiestera.

Me quedé muy sorprendido. A mis ojos, era la personificación del fiestero. ¿Me había equivocado por completo?

—Hablamos de lo mismo, ¿no? —inquirí, pues temía que nuestros mensajes se hubieran tornado incomprensibles.

—Sí —respondió sin alterarse.

Eso no aclaraba la cuestión, pero me encantaba el descubrimiento de la conspiración, con diferencia lo más estimulante y emocionante que había entre nosotros.

La seguí con la mirada cuando se encaminó hacia el otro extremo de la biblioteca, donde había dos estanterías con volúmenes de La Pléiade que a todas luces nadie había tocado. Desde luego, no parecía en absoluto una persona atormentada.

—¿Qué opinas?

—¿De los libros?

—No, de ella.

Miré a la mujer rubia a la que señaló. Se llamaba Beryl, me dijo.

—Yo qué sé. Agradable, supongo —dije.

Comprendí que Clara habría preferido que la pusiera de vuelta y media sin la menor piedad. Sin embargo, quería que supiera que no estaba haciéndome el ingenuo, sino que me reservaba antes de proceder al vapuleo. Pero ella no me dio tiempo.

—Piel blanca como una aspirina, tobillos gordos como papayas, rodillas que han entrechocado hasta perder el conocimiento... ¿No ves nada raro? —preguntó—. Camina con los cuartos traseros. Fíjate.

Con el plato todavía en una mano, Clara imitó los andares de la mujer, los brazos flácidos medio estirados, como si fueran las patas delanteras de un perro que intentara comportarse como un ser humano.

Soy Clara. Yo inventé el hacha.

—Todo el mundo dice que camina como un pato.

—No me había fijado.

—La próxima vez mírale las piernas.

—¿Qué próxima vez? —repliqué con el propósito de indicar que ya había olvidado a la mujer.

—Conociéndola, seguro que muy pronto habrá una próxima vez. Lleva un buen rato mirándote.

—¿A mí?

—Como si no lo supieras.

Y acto seguido, sin previo aviso:

—Vamos abajo. Estaremos más tranquilos —propuso señalando una escalera de caracol en la que no me había fijado, aun cuando no había parado de mirar en esa dirección mientras hablaba con Clara en la biblioteca.

Me gustaban las escaleras de caracol. ¿Cómo no había reparado en su existencia? *Soy Clara.* Ciego a la gente.

Aquello no era un piso, sino un palacio disfrazado de piso. La escalera estaba abarrotada de invitados. Apoyado contra la barandilla había un joven con un traje negro ceñido al que Clara a todas luces conocía y que, tras proferir un «¡Clariushka!» estridente, casi histriónico, la abrazó mientras ella intentaba mantener el plato apartado de él con una expresión burlona que decía «Ni se te ocurra, no son para ti».

—¿Has visto a Orla por alguna parte?

—Lo único que tienes que hacer es buscar a Tito —dijo ella con una risita.

—Mala, más que mala. Rollo ha preguntado por ti.

Clara se encogió de hombros.

—Saluda a Pavel de mi parte.

Era Pablito, me explicó. ¿Acaso conocía a todo el mundo? ¿Y no era fiestera? ¿En serio? ¿Y todo el mundo tenía mote?

Me cogió la mano mientras bajábamos. Sentí que nuestras palmas se acariciaban, y en todo momento percibí que había tanto compañerismo como pasión no desatada en el contacto incesante de los dedos. Ninguno de los dos daba señales de advertirlo ni quería que cesara. No era más que un juego de manos, razón por la cual no nos molestamos en interrumpirlo ni en ocultar el placer tenue y culpable del contacto prolongado.

Una vez abajo, navegó entre los invitados y me condujo a un lugar más tranquilo junto a una ventana salediza, donde tres cojines diminutos parecían aguardar nuestra llegada sobre el alféizar. Estuvo a punto de colocar el plato entre los dos, pero al final se sentó a mi lado y lo dejó sobre su regazo. Un gesto destinado a ser percibido y, por tanto, abierto a interpretaciones.

—¿Y bien?

No sabía a qué se refería, me sentía como un padre que intentara enseñar a caminar a un niño inseguro cogiéndolo de las manos e indicándole que colocara un pie delante del otro, una palabra delante de la otra, pero el niño

no se moviera. Saltaba de una idea a otra y al final me quedé paralizado, mudo, incapaz de pensar en nada.

A ver si se daba cuenta. Porque también eso me encantaba. Un minuto más y ni siquiera querría disimular hasta qué punto su mirada directa me había turbado, desarmado y hecho desear soltarlo todo. Un minuto más y me desmoronaré y querré besarla y le pediré que me deje besarla, y si me dice que no, que ni hablar, entonces no sé, pero conociéndome, se lo volveré a pedir. Y sé que lo sabe.

En ese punto interrumpió mis divagaciones.

—Bien, háblame de la chica de hace seis meses y medio en la rosaleta.

Se había tomado la molestia de contar los meses. Y quería que lo supiera. ¿O acaso no era más que una finta hecha adrede para confundir aún más las cosas y proporcionarse, o proporcionarme, una forma fácil de romper el silencio en que nos habíamos sumido?

No quería hablar de la chica de la rosaleta.

—¿Por qué no? ¿Estás enfurruñado?

Sacudí la cabeza para indicarle que se equivocaba de medio a medio. Lo que pasaba era que intentaba buscar una respuesta ingeniosa.

—¿Encuentras el amor a menudo? —solté de repente para darle la vuelta a la tortilla, emocionado por lo que había osado preguntar. Ya no había vuelta atrás.

—Bastante. O al menos alguna forma de amor. Lo suficiente para seguir buscándolo —respondió al instante, como si la pregunta no la hubiera sorprendido ni desconcertado. Pero entonces—: ¿Y tú? —preguntó a su vez, rasgando el velo que yo había creído colocar con tanta destreza entre nosotros.

El cambio de interrogada en interrogadora fue demasiado abrupto y, mientras me esforzaba por encontrar una buena respuesta, la sorprendí

sonriendo de nuevo, como si mi precipitado comentario sobre el jardín de rosas del mes de mayo anterior hubiera regresado para atormentarme y se interpusiera entre mi persona y el sudario que intentaba ponerme. Cuanto más buscaba una respuesta, más la oía imitar el tictac de un reloj de concurso. Si no lo había hecho antes, ahora dejó claro que ya intuía mi respuesta pero no tenía intención de dejarme en paz todavía. Yo quería explicarle que no sabía si era más difícil encontrar el amor en los otros o en uno mismo, que el amor en el valle de la andémica no era exactamente amor, no debía confundirse con el amor, pero de repente perdió la paciencia.

—¡Se acabó el tiempo!

Clara tenía en la mano un cronómetro imaginario, cuyo botón de parada apretaba con el pulgar.

—Creía que aún me quedaban unos segundos.

—Los patrocinadores del concurso lamentan tener que informar a su querido concursante de que ha quedado descalificado por...

Me estaba dando una última oportunidad para que me retirara con dignidad.

Una vez más busqué algo agudo y ocurrente para salir del apuro, pero al mismo tiempo era consciente de que mi falta de ingenio jugaba tanto en mi contra como mi incapacidad para decir la verdad y quebrar el silencio plomizo que había caído entre nosotros.

—Por... —repitió, sosteniendo aún el cronómetro imaginario.

—¿Por anfibalencia?

—Exacto, por anfibalencia. Como premio de consolación, la empresa ha tenido el placer de preparar este surtido de aperitivos, y animamos a nuestro querido concursante a probarlos antes de que la presentadora se los zampe.

Acerqué dos dedos tímidos al plato.

—Estos son los mejores, no tienen *ajó*. Odio el *ajó*.

—¿Odiamos el *ajó*?

—Profundamente.

Carecía de sentido decir que a mí, como a todos los que les gusta cantar en la ducha, me gustaba el *ajó*.

—En tal caso, odiamos el *ajó*.

A continuación señaló un pedacito minúsculo de carne glaseada sobre la que se alzaba una delgada hoja dentada como la crin de un caballito de mar.

—Cómetela... con delicadeza.

—¿Es decir?

—Es decir, como si te comieras algo que requiere estupor y veneración.

¿Por qué tenía la sensación de que todo cuanto decía era una alusión velada y no tan velada a ella, a nosotros?

—¿Qué es? —pregunté señalando uno de los cuadraditos.

—No preguntamos. Alargamos la mano y cogemos.

Clara tenía la boca llena y masticaba despacio, lo que daba a entender que saboreaba cada bocado. Qué persona más rara. ¿No sería otra de esas mujeres que necesitan recordar a todo el mundo que son tornados de sensualidad a duras penas contenidos por el corsé de los buenos modales?

—Mankiewicz —susurró al cabo de un minuto.

—Mankiewicz —repetí, como si la palabra poseyera un significado más profundo que no alcanzaba a adivinar, si bien supuse que era un sinónimo de «delicioso».

Por un momento pensé que se refería a algún invitado. ¿O quizá era el aperitivo, cuyo nombre no había oído bien? ¿O un mantra recitado tan solo en momentos de delectación? Mankiewicz.

—*Qui est Mankiewicz?*

—Mankiewicz ha preparado estas exquisiteces.

—No suena *japonais*.

—No es *japonais*.

Luego le llegó el turno a una albóndiga diminuta que, según me explicó, debía mojar con suma delicadeza en la pequeña mancha de salsa senegalesa muy picante que había en el plato.

—Solo un poquito de nada.

—Me gusta el picante.

—Le gusta el picante.

Estaba a punto de meterme la albóndiga en la boca cuando me pidió que esperara.

¿Iba a imponer uno de esos rituales complicados que las personas recién llegadas de lugares exóticos realizan para deslumbrar a sus atónitos invitados?

—Te lo advierto es muy, muy picante.

—¿Cómo lo sabes?

—Te lo aseguro.

Nuestra conversación me recordaba una mano acariciando la suavidad de una manga de terciopelo, arriba y abajo, a pelo, a contrapelo, a pelo, a contrapelo, como si las palabras carentes de sentido que nos lanzábamos no fueran más que objetos perdidos que se recogen sin pensar y pasan de una mano a otra, de una persona a otra, y lo único que importara fuera el tránsito y el gesto, el toma y daca, no las palabras, no los objetos, tan solo el ir y venir.

—Mankiewicz —dije como si brindara a su salud con la albóndiga y pronunciara un arcano conjuro para ahuyentar el mal.

—Mankiewicz —susurró con una hosquedad fingida.

Tardaría un rato en darme cuenta de que debería haberle hecho caso, porque una sensación abrasadora empezó a apoderarse de mí y ascendió hasta mi cuero cabelludo antes de descender por la nuca. Los ojos se me llenaron

de lágrimas y, antes de que supiera qué hacer con ellas —contenerlas, adoptar una pose, escupir la comida—, me rodaron por las mejillas mientras en mi boca el fuego se intensificaba cada vez que mascaba la carne o intentaba tragarla. Busqué el pañuelo, sintiéndome impotente y humillado, luego profundamente asustado, porque el fuego no menguaba, porque incluso arreció después de que me tragara la albóndiga, como si el primer estallido no hubiera sido siquiera un fuego, y no tuviera nada que ver con la albóndiga, sino que fuera el preámbulo de un incendio inminente. ¿Podía empeorar aún más? ¿Enfermaría? ¿Sufriría secuelas irreversibles? Quería recobrar la compostura y contarle lo que me estaba pasando, pero mi silencio, mis lágrimas, mi sufrimiento debieron de decirle cuanto necesitaba saber. Eché la cabeza hacia atrás para apoyarla contra el vidrio de la ventana, una sensación de frío que en aquel instante me sentó tan bien que, en mi aturdimiento, comprendí por qué a la gente le gustaban los huskies y por qué los huskies adoraban el frío y por qué, si hubiera podido cumplir mi deseo, en aquel momento habría querido convertirme en un husky y corretear a mis anchas por las orillas heladas del Hudson, que fluía bajo la ventana. Vuelve a preguntarme, Clara, si ahora estoy desnudo en las trincheras, y te explicaré cuán honda y mortífera es esta zanja parda en que he caído y con qué desesperación trato de salir de ella. Lo único que quiero es nieve, hielo, más hielo.

Clara me miraba inquieta, como si yo hubiera perdido el conocimiento y empezara a volver en mí. Me ofreció un pedazo de pan que, según vi en aquel momento, había colocado en el plato para después de la albóndiga picante. De pronto deseé que ella también tuviera fuego en la boca. Quería que se sintiera tan aturdida, débil y desnuda como yo en ese momento para que así no tuviera que estar solo y, con fuego en la boca de ambos y lágrimas en las mejillas, encontráramos algo más que nos uniera, aparte de las palabras, las

ocurrencias, los discursos, solo nuestras bocas ardiendo juntas como una sola boca, haciendo el amor aun antes de que nosotros supiéramos que estábamos haciéndolo.

Pero allí estaba ella, inclinada hacia mí, la mar de tranquila, con toda probabilidad sonriendo, como una enfermera que se inclina para enjugar con un paño húmedo el sudor del rostro de un soldado herido. Pensé que el soldado tal vez alargue la mano y, al haber perdido tanta sangre, abra su corazón a una persona que, en otras circunstancias, no le habría ni dirigido la palabra. ¿Estaba preocupada? ¿O acaso esperaba a que me recobrar para empezar a burlarse de mí? No dirás que no te he avisado, pero nada, él ni caso, ni caso. Tócame la cara con esos labios, Clara, tócame con tus labios, tus labios burlones y sarcásticos, tócame con el pulgar, Clara, métemelo en la boca y saca el fuego con el pulgar y la lengua.

Lo peor era la vergüenza. ¿Podía hacer algo para borrar la ignominia de haber quedado reducido a un cuerpo humano retorciéndose? Intenté consolarme desgranando tópicos para sentirme mejor: que somos nuestro cuerpo, que nuestro cuerpo nos conoce mejor que nosotros mismos, que mostrarlo todo era mucho mejor que mi cortina de humo hecha de palabras, que esa era la clave. Pero no lograba creerme ninguno.

O quizá las cosas eran más complicadas de lo que creía, porque parte de mí quería a toda costa mostrarle de qué estaba hecho y cuáles eran mis puntos flacos, la emoción de mostrarme tan desnudo y abierto como un libro de anatomía cuando se levanta una transparencia tras otra a fin de desvelar el color del fuego en mi garganta y la callada histeria enroscada en los órganos delatores de la vergüenza, el placer de mi vergüenza, de mi mezquina, mísera y estupefacta vergüenza; la vergüenza que uno se pone e intenta por todos los medios creer que existe e incluso pugna por superarla, cuando en realidad,

como en las comunidades nudistas, se deja encerrada en la taquilla junto con el reloj y la cartera.

Lo que quería era gemir. Quería que gimiéramos juntos, que gimiéramos juntos en un bosque azotado por el invierno donde los amantes nunca se separan.

Ahí estaba su pedazo de pan. Y ahí estaba yo, intentando demostrar que era del todo innecesario, que no era la primera vez que me pasaba algo así y que saldría indemne, espera un momento, ahora mismo me recupero, déjame conservar la dignidad, y deja de mirarme fijamente; el soldado herido taponando y suturando la herida. ¡Toma ya!

Sin embargo, ella seguía con la actitud de una enfermera atenta a la que pagan por horas y que no piensa marcharse antes de que el paciente se haya tomado hasta la última pastilla recetada por el médico.

—Venga, coge el pan —me instó— y mantenlo en la boca. Puede que te ayude.

Soy Clara, la misericordiosa.

Y cogí el pan como quien coge un pañuelo, sin rechistar, sin orgullo, porque sabía —y eso es lo que oculté tras una sonrisa forzada— que contra mi voluntad, contra todo pronóstico y sin posibilidad de explicación, me había acercado tanto al abismo que ahora mi única preocupación era que el sonido que parecía a punto de brotar de mi garganta no fuera un sollozo.

Por fin me tragué el pan. Clara me observaba en silencio.

Luego se volvió y miró por la ventana. Me hizo pensar en una enfermera que me tomara el pulso sin mirarme, contando las pulsaciones con expresión distante. No sabía qué hacer, de modo que también me volví y contemplé el Hudson. Nuestros hombros se rozaban —ambos sabíamos que no teníamos por qué dar importancia a eso—, y una parte de mí ansiaba demostrar que el

silencio es más que aceptable entre dos personas que se conocen en una fiesta y necesitan un momento para recobrar el aliento.

Le gustaba el fresco, dijo. Abrió un poco la puerta vidriera y se coló una ráfaga de aire frío. Luego salió a lo que resultó ser una inmensa terraza para encender un cigarrillo. La seguí. ¿Yo fumaba? Hice el gesto de aceptar el pitillo, pero enseguida recordé que había decidido dejar de fumar justo hacía seis meses y medio. Le di una explicación apresurada. Se disculpó, nunca volvería a ofrecerme un cigarrillo, dijo. Intenté no analizar si la palabra «volver» auguraba algo bueno y decidí no buscar sentidos ocultos en todo cuanto decía.

—Los llamo agentes secretos.

—¿Por qué?

—Los agentes secretos de las películas siempre fuman.

—¿Eso significa que tienes muchos secretos?

—Intentas tirarme de la lengua.

¡Era un idiota!

Imitó los gestos de un agente secreto de la posguerra que enciende un cigarrillo mientras camina sigiloso por las oscuras callejuelas adoquinadas de la vieja Viena.

La ciudad se hallaba envuelta en una pálida luz plateada. No había dejado de nevar en toda la noche. Clara se acercó a la balaustrada, movió el pie, apartó un poco de nieve con el zapato de ante granate y la empujó suavemente por debajo del barandal inferior. Contemplé cómo el viento esparcía la nieve.

Me gustó el gesto: zapato, ante, nieve, barandal, la acción realizada con aire distraído y un cigarrillo entre los dedos.

Nunca me había percatado de la belleza que encierra el acto de pisar la

nieve y dejar huellas. Siempre intento evitar la nieve, trato bien mis zapatos.

Desde nuestro punto de observación privilegiado, la ciudad violeta y plateada se antojaba aérea, lejana, sobrenatural, un reino seductor cuyos chapiteles relucientes se elevaban silenciosos en la bruma invernal para parlamentar con las estrellas. Contemplé las pisadas recientes a lo largo de Riverside Drive, las farolas solitarias con la cabeza en llamas, un autobús que avanzaba lentamente, se inclinaba al subir por la nieve, la cuesta de la calle Doscientos doce con Riverside y se alejaba, su largo lomo cubierto de nieve, un navío estigio vacío rumbo a destinos y parajes ignotos. Soy como Clara, decía, te llevaré a lugares que no conoces.

Un camarero abrió la puerta corredera de la terraza y nos preguntó si queríamos tomar algo. Al ver un bloody Mary en la bandeja Clara respondió sin vacilar que se lo tomaría. Antes de que el camarero pudiera protestar, ya lo había cogido. *Soy Clara*. Cojo cosas. La bebida hacía juego con el color de su blusa. Dejó la copa ancha sobre la balaustrada, hundiendo la base y parte del esbelto tallo en la nieve para mantenerla fría o evitar que la primera ráfaga de viento la volcara. Cuando terminó el cigarrillo, lo apagó con el zapato y, al igual que había hecho con la nieve, deslizó la colilla con cuidado por debajo del barandal. Supe que nunca olvidaría aquel momento. Los zapatos, la copa, la terraza, las placas de hielo surcando el Hudson, el autobús renqueante en Riverside Drive. Dulce Hudson, pensé, fluye suave hasta que termine mi canción.

Horas antes había tomado un autobús parecido y, a causa de la tormenta de nieve, había pasado de largo mi parada y acabado a seis travesías de la calle Ciento seis. Recordaba haberme preguntado dónde estaba y cómo era posible que me hubiera equivocado, además de sentirme ridículo acarreando la bolsa pija en la que dos botellas de champán no dejaban de entrechocar pese al

trozo de cartón que el dependiente de la licorería había insertado entre ellas. En plena tormenta, junto a la calle Ciento doce, vislumbré la estatua de Samuel J. Tilden, con su mirada impasible y solemne fija en el oeste, mientras subía por la escalinata y miraba a mi alrededor intentando evitar a un San Bernardo baboso que de repente apareció en la cuesta y no parecía dispuesto a pasar de mí. ¿Debía echar a correr o mantener la calma y hacer como si no lo hubiera visto? Entonces oí las voces de dos chicos que lo llamaban. Bajaban por la pendiente en trineo. El perro, que se había alejado un poco de ellos, empezó a seguirlos en dirección al parque. Y luego el paseo tranquilo, silencioso y encantador por aquellas seis manzanas desiertas a lo largo de la calle que discurría paralela a Riverside Drive, ora cóncava, ora convexa, el crujido del hielo bajo la nieve. Me recordó el Bedford Falls de Capra, el Saint-Rémy de Van Gogh, Leipzig, las cantatas de Bach y el hecho de que los incidentes más nimios a veces nos descubren mundos nuevos, nuevos edificios, nuevas personas, desvelando rostros que sabemos que jamás querremos perder. Saint-Rémy, la localidad donde Nostradamus y Van Gogh caminaron por la misma acera, el encuentro del vidente y el loco, separados por varios siglos, un saludo fugaz.

Caminando por la acera alzaba la vista hacia las ventanas e imaginaba familias tranquilas y contentas en las que los niños hacen los deberes, hogares donde los invitados, siempre reacios a marcharse, animan las cenas en las que los cónyuges casi nunca pronuncian palabra. Desde la terraza donde me encontraba ahora, el incidente del San Bernardo aterrador se me antojaba muy lejano. Recordé que había pensado en pueblos medievales a orillas del Rin y el Elba en Navidad, sobre todo al ver la catedral desde la calle Ciento doce, tan cerca del río. A fin de llegar más que elegantemente tarde di la vuelta a la manzana y llegué al parque Straus, en Broadway, satisfecho al advertir que aún tenía tiempo para decidir si de verdad quería asistir a aquella

fiesta, sobre todo ahora que apenas me quedaban ganas de ir y me sorprendí buscando buenas excusas para dar media vuelta y regresar a casa, al tiempo que miraba la invitación con la dirección impresa en dorado. Las letras eran tan finas y ornamentadas que no podía leerlas, y me sentí tentado de pedir indicaciones a una farola, también ella perdida y desamparada en medio de la tormenta, aunque siempre dispuesta a arrojar su tenue luz para ayudarme a leer lo que empezaban a parecer cuartetos fantasmales escritos por el propio Nostradamus. Para matar el tiempo, entré en un pequeño café y pedí un té.

Y ahora estaba aquí y estaba con Clara.

Después de haber engullido un Mankiewicz y casi berreado por culpa del picante, me encontraba en una terraza con vistas a Manhattan, pensando ya en volver al día siguiente a la calle Ciento seis para revivir aquella noche, a mi aire, a mi ritmo, la catedral, el parque, la nieve, la letra dorada y las farolas con la cabeza en llamas. Miré hacia abajo y, de haber podido, habría advertido a mi yo de unas horas antes de que siguiera demorando la llegada, que primero diera medio paso, luego la mitad de ese medio paso, luego la mitad de la mitad de ese medio paso, como hacen los supersticiosos cuando alargan la mano y apartan lo que ansían porque temen que no lo conseguirán a menos que primero lo alejen todo lo posible... Caminar y ansiar a la manera de una asíntota.

¿Debía rodearle los hombros con el brazo?

Intenté no mirarla.

—Bellagio —dije de repente.

—¿Qué pasa con Bellagio?

—Bellagio es un pueblecito situado en la punta de una lengua de tierra en el lago de Como.

—Sé dónde está Bellagio. He estado en Bellagio.

Noqueado otra vez.

—En noches especiales, Bellagio parece casi al alcance de la mano, un paraíso iluminado a un par de paladas de remo de la orilla occidental del lago de Como. Otras noches se diría que no se halla a un estadio, sino a leguas, a una vida entera de distancia, inalcanzable. Este es un momento Bellagio.

—¿Qué es un momento Bellagio?

—¿Hablamos en clave, Clara? Yo andaba con pies de plomo. Mientras que una parte de mí ignoraba adónde conduciría aquello, otra parte intuía que yo buscaba adrede territorios peligrosos.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Puede que no.

—En tal caso, ya lo has adivinado. La vida en la otra orilla. La vida como debe ser, no como acabamos viviéndola. Bellagio, no New Jersey. Bizancio.

—Tenías razón.

—¿Cuándo?

—Al decir que ya lo había adivinado.

Desairado y noqueado una vez más.

Nos sumimos de nuevo en el silencio.

—Antipática y desagradable —dijo por fin.

—¿Antipática y desagradable? —pregunté, aunque sabía perfectamente a qué se refería.

De repente, y sin ser consciente de ello, no quería que intimáramos demasiado, que abordáramos temas personales. No quería que empezáramos a hablar de la tensión que había entre nosotros. Me vino a la mente la imagen de un hombre y una mujer que se conocen en el tren y empiezan a hablar del hecho de conocer a alguien en el tren. ¿Era Clara de esas personas que expresan lo que sienten en compañía del desconocido que le inspira esos sentimientos?

—Antipática y desagradable está Clara. Es lo que estás pensando, ¿verdad?

Sacudí la cabeza. Prefería el silencio. Hasta que una vez más resultara insoportable. ¿Estaría haciendo un mohín sin darme cuenta? Sí, estaba haciendo un mohín.

—¿Qué? —añadió.

—Estoy buscando mi estrella.

Cambia de tema, sigue adelante, déjalo correr, levanta una cortina de humo entre los dos, di lo que sea.

—¿Ahora tenemos estrellas?

—Si hay destino, hay estrella.

¿Qué clase de conversación era esa?

—¿Así que esto es el destino?

No respondí. ¿Eran sus palabras otra forma burlona de cerrarme la puerta en las narices? ¿O de abrirla a lo bruto? ¿Me estaba retando a decir algo? ¿O a que cerrara el pico? ¿Volvería a mostrarme evasivo?

Lo único que quería era preguntarle: Clara, ¿qué nos está pasando?

Ella no contestaría, por supuesto que no, y si contestaba, sería con un desaire y un aguijón, la zanahoria y el palo.

¿De verdad tengo que decírtelo?, preguntaría a su vez.

Entonces dime qué me está pasando a mí. A estas alturas debería resultar bastante obvio.

Sonrió y me lanzó una mirada impertinente.

Cómo deseaba que las miradas que cruzábamos me infundieran el valor suficiente para deslizar un dedo por sus labios, detenerlo sobre el inferior y luego empezar a tocarle los dientes, los incisivos, los dientes inferiores, a continuación introducirle el dedo muy despacio en la boca y tocarle la lengua, aquella lengua húmeda, inquieta y fiera, capaz de decir cosas tan retorcidas y mordaces, y sentirla estremecerse, como mercurio y lava hirviendo bajo tierra, agitando los pensamientos antipáticos y desagradables que siempre se

le ocurrían dentro de esa caldera llamada Clara. Quería meter el pulgar en su boca, dejar que mi pulgar absorbiera el veneno cuando me mordiera, dejar que mi pulgar domesticara la lengua, dejar que la lengua se convirtiera en fuego desatado y, en nuestra lucha a muerte, dejar que esa lengua buscara la mía una vez que hubiera provocado su ira.

A fin de justificar el silencio intenté fingir que estaba completamente fascinado por el haz de luz, como si aquel rayo de luz difuminada que surcaba la noche magullada y gris reflejara alguna magulladura y grisura de mi interior, como si curioseara en un universo nocturno que me perteneciera en exclusiva buscando no solo algo que yo pudiera decir a Clara o el sentido oculto de lo que nos estaba sucediendo, sino sobre todo un rincón oscuro, ciego y silencioso que el foco, como en todas las películas de prisioneros de guerra, parecía buscar, pero nunca llegaba a encontrar en su recorrido por el cielo. No podía hablar porque no podía ver, porque el propio haz, a medio camino entre un reloj con una sola manecilla que, por lo tanto, es incapaz de dar la hora y una brújula cuya aguja no está imantada hacia ningún polo, me recordaba a mí mismo: en realidad ignoraba adónde se dirigía, no podía avanzar a tientas y no hallaría ahí fuera nada que traer a la terraza para que nos sirviera de tema de conversación. No, continuaba señalando los riscos que se alzaban más allá del Hudson, como si al otro lado del puente se extendiera algo mucho más real, como si la vida estuviera allí y lo de nuestro lado no fuera más que un simulacro.

Qué lejana me parecía de repente Clara, separada de mí por tantas puertas y escotillas cerradas, tantas biografías, tantas personas que se interponían entre nosotros a lo largo de los años como los tremedales y las canteras que cada una era, como ella y yo en la terraza. ¿Sería yo una trinchera en la vida de alguien? ¿Y ella en la mía?

A fin de convencernos de que mi silencio no era consecuencia de una incapacidad para hallar algo que decir, sino de que en verdad estaba absorto en reflexiones sombrías que no tenía intención de compartir, dejé que mi mente evocara el rostro de mi padre cuando fui a verlo el año anterior, bien entrada la noche, después de una fiesta. Me ordenó que me sentara en el borde de su cama y le contara lo que había visto y comido en la fiesta: *Y empieza por el principio, no por la mitad como haces siempre*, antes de hallar el modo de decirlo: *Ya apenas te veo*, o *Nunca te veo con nadie*, o *Cuando te veo con alguna mujer, nunca dura lo suficiente para que pueda recordar su nombre*; y justo cuando yo creía haber eludido la gran cuestión acerca de las semanas y los días que le quedaban, le oí pronunciar la frase que siempre se suelta a los hijos: *He esperado mucho tiempo, pero más no puedo esperar. Dime al menos que hay alguien*. Y acto seguido, con voz ronca: *No hay nadie, ¿verdad?* No hay nadie, contestaba yo. *A ver, sus nombres, Alice, Jean, Beatrice y aquella heredera insoportable de Maine con los pies grandes que nos ayudó a apilar las botellas de vino en el balcón y ni siquiera pudo envolver los cubiertos en una servilleta porque no paraba de fumar*.

Livia, respondí.

Sus palabras: *¿Por qué eres tan desapegado, tan independiente? CCLH*, decía. *Cásate con la heredera*. Y lo único que se me ocurría decir era: *Nunca he deseado lo que ella tiene. Lo que deseo no lo tiene. O lo que era todavía más cruel: Ya tengo todo cuanto ella tiene*.

Me obligué a evocar su rostro entre las veladuras grises, plateadas del horizonte, pero se empeñaba en desvanecerse en la noche. Te necesito, repetí una y otra vez tirando de él con un cordel imaginario, hasta que durante una fracción de segundo, el rostro demacrado y enfermo que había evocado apareció en mi mente, seguido de una imagen de numerosos tubos conectados a un respirador en la unidad de oncología del hospital Mount Sinai. Quise que

la imagen me conmoviera, que mi rostro trasluciera una pena contenida capaz de justificar mi incapacidad para decir algo a la persona que me había dejado sin habla.

—¡Mira abajo! Son enormes —exclamó Clara.

Una procesión en apariencia inacabable de limusinas larguísimas se detenía ante el edificio para soltar a sus alegres pasajeros con zapatos de tacón y avanzaba unos centímetros a fin de permitir que el siguiente coche descargara más pasajeros, y así sucesivamente. Una parte de mí se animó al contemplar la extravagante hilera de automóviles negros y relucientes en la noche blanca. Tuve la impresión de que había entrado en una versión extraña y sofisticada de Nevsky Prospekt.

Los vehículos no se marcharon, sino que estacionaron en doble fila a lo largo de toda la calle Ciento seis. Varios chóferes se habían apeado para fumar y charlar junto a la estatua de Franz Siegel. En ruso, sin duda. Dos de ellos llevaban largos abrigos negros, espectros salidos del infierno de Gógol que se disponían a tararear juntos canciones rusas.

¿Adónde iba toda esa gente? Al ver aquellos coches estacionados majestuosamente en la calle deseé haber ido a esa otra fiesta. Todos aquellos pijos que llegaban en parejas o grupos de tres... Qué vida más maravillosa debían de llevar, cuánto esplendor, pensé olvidándome casi de Clara, que estaba inclinada sobre la balastrada a mi lado, tan fascinada como yo. Experimenté algo rayano en el placer al advertir con qué facilidad me había distraído y puesto a pensar en algo que no fuera ella. Aquello era magnificencia hollywoodense, y deseé verla de cerca. De repente caí en la cuenta de que había olvidado a mi padre y me avergoncé; lo había evocado y luego me había quedado embobado mirando las limusinas.

Clara y yo acabamos hablando del haz de luz, de los invitados y de otros

temas, y le hice alguna que otra pregunta para mantener viva la conversación, hasta que mencioné de pasada que estar en aquella terraza con ella me recordaba el balcón de mis padres, donde en Nochevieja mi padre ponía a enfriar botellas de vino; la cata a ciegas de la cosecha del año con amigos y sus parejas para elegir el mejor vino; la cata que siempre acababa desmadrándose; mi madre correteando de un lado a otro para procurar que la votación terminara antes de que su marido pronunciara el mismo discurso en pareados de todos los años pocos minutos antes de la medianoche..., hasta Mount Sinai.

—¿Por qué el balcón? —me interrumpió.

Como es lógico, lo que quería saber era por qué un lugar me recordaba al otro y por qué la había incluido a ella en la imagen. Un lugar ideal para poner a enfriar el vino blanco y los refrescos, siempre y cuando no hiele. Siempre había alguien que me ayudaba a preparar las botellas, a tapar las etiquetas, a repartir papeletas improvisadas.

—¿La mujer del rosal? —preguntó.

Me encogí de hombros muy ufano para indicar que sí, que quizá; por qué lo preguntaba no era algo que hubiera que tomarse siempre a guasa, no me hacía gracia la bromita. Clara había perdido a sus padres en un accidente de coche cuatro años antes. Esta fue su enigmática salida ante mi respuesta algo ofendida a su ironía.

Soy Clara. No te metas conmigo.

Me habló de su último año en la universidad, la carretera helada de Suiza, los abogados, las noches de insomnio; necesitaba a alguien con quien dormir, cualquiera, nadie, tantos... Una risita medio culpable justo cuando empezaba a ponerme serio por ella.

Una conversación lánguida y desventurada, carente de brío, desde luego carente de la estimulante guasa que nos había envuelto como incienso en un

sudario bañado en la luz de luna. Probablemente estas eran las trincheras de las que nos habíamos reído antes, y durante las pausas que caían con estrépito como balones pesados anunciando el final me sorprendí intentando grabar en mi memoria detalles de la velada, como si el telón descendiera poco a poco y me viera obligado a salvar lo que pudiera y hallar modos de banalizar los momentos que habíamos pasado juntos sin juzgarme con demasiada severidad. Tendría que decidir qué debía rescatar y qué abandonar, y cuidar aquello que prometiera seguir vivo a la mañana siguiente, como esas pulseras luminosas de las fiestas que siguen irradiando las risas y premoniciones de la noche anterior.

Quería seleccionar los recuerdos imprescindibles —el zapato, la copa, la terraza, las placas de hielo en el Hudson—, los que desearía llevarme conmigo, como quien se lleva las sobras del restaurante, como cuando después de una cena nos acordamos de pedir a los anfitriones un trozo de tarta para alguien que está trabajando porque al día siguiente ha de entregar un encargo, o para el chófer que espera abajo, o para un hermano enfermo o un pariente que no ha podido venir, o para esa parte de nosotros a la que le gusta más llevarse la tartera que las cenas en sí y rara vez va a ningún lado, sino que prefiere enviar una sombra de sí misma al mundo, un satélite artificial sin tripulantes para explorar territorios inciertos, mientras la mejor parte de nosotros se queda en casa, del mismo modo que algunas personas llevan joyas falsas y dejan las auténticas en la caja fuerte u otras empiezan a «revivir» momentos pese a estar viviéndolos en tiempo real, en el mundo real, como yo en aquel instante. El cuerpo sale al mundo, pero el corazón no siempre lo acompaña.

Y volví a recordar a mi padre cuando el año anterior me pidió que me sentara en el borde de su cama y le contara lo que había visto, con quién había bailado; *nombres, nombres*, decía, *quiero nombres, quiero caras, tu*

presencia es un regalo para mí, mejor escucharte que ver mil programas en la tele. No le molestaba que me presentara a las tantas. Qué más da, si no puedo dormir; los dos sabemos que dentro de poco recuperaré con creces el sueño perdido. De haber estado vivo esta noche, yo habría empezado con dos palabras y descrito la velada entera desde el principio. Soy Clara. Suena a mundo real, habría dicho mi padre.

¿Era Clara el mundo real?

Lo saben: ellas son el mundo, están en el mundo, son del mundo. Porque son el aquí y el ahora, mientras que yo estoy en todas partes y en ninguna, mientras que yo soy un simulacro de vida. Mientras que yo esto, mientras que yo aquello.

Mientras que yo quería pensar en eso como un encuentro que aún no había emulsionado, o que todavía no había sucedido y estaba en manos de algún creador celestial que no sabía organizarse ni se había parado a plantear las cosas y nos dejaría improvisar los diálogos hasta que un artesano más hábil asumiera el control y nos brindara una segunda oportunidad.

Quería volver atrás e imaginarla como alguien que todavía no me había dicho su nombre, o que ya había aparecido ante mí, pero como las personas que aparecen en sueños al alba antes de presentarse en carne y hueso al día siguiente. Quién sabe, quizá se me concediera una segunda oportunidad. Pero con dos condiciones: que acabara en una fiesta distinta y que olvidara por completo que había estado en esta. Como alguien que regresa de una sesión de hipnosis o de una vida anterior, conocería a otras personas, personas que no sabía que todavía no conocía y a las que ardía en deseos de conocer, y casi deseaba haber conocido, a las que prometería no olvidar jamás, hasta que alguien apareciera como por arte de magia y dijera unas palabras torpes a modo de presentación y me recordara a una mujer a la que conocí una noche, o con quien me topé pero no volví a ver, y tuviéramos que presentarnos de

nuevo a toda costa, porque nos habíamos criado juntos y luego habíamos perdido el contacto, habíamos sido amantes largo tiempo atrás, hasta que algo tan banal y estúpido como la muerte se interpuso entre nosotros, algo que esta vez ninguno de los dos estaba dispuesto a permitir. Dime que te llamas Clara. ¿Eres Clara? ¿Te llamas Clara? *Clara*, diría. *No, no soy Clara.*

—Me encanta la nieve —dijo por fin.

Me la quedé mirando sin despegar los labios.

Quise preguntarle por qué y mientras me devanaba los sesos una vez más para llenar el silencio con algún comentario, el que fuera, se me ocurrió que si Clara podía decir que le encantaba la nieve seguramente era porque también ella encontraba insoportable el silencio y consideraba menos original guardarse un pensamiento intrascendente que soltarlo sin más.

—A mí también —convine, contento de que Clara hubiera allanado el camino a la sencillez—. Aunque no sé por qué.

—Aunque no sé por qué.

¿Me estaba indicando de nuevo que nuestros pensamientos corrían en paralelo? ¿O acaso se limitaba a repetir distraída, o bien burlona, una frase carente de sentido que yo había pronunciado para complicar algo que no podía ser más sencillo?

Con todo me gustó el modo en que musitó *Aunque no sé por qué*. Habría querido inclinarme hacia ella y rodearle la cintura con el brazo. ¿Convenía inclinarse hacia Clara, rodearle la cintura con el brazo y besarla?

Unos años atrás no habría dudado en acercar mis labios a los suyos.

Ahora, a los veintiocho, no estaba tan seguro.

Alguien abrió la puerta vidriera y salió a la terraza.

—Te encontré —dijo. Pareció dudar—. ¿Interrumpo? —preguntó, con lo que me pareció un destello travieso en los ojos—. Así que te escondías aquí

—añadió el hombre corpulento al tiempo que se inclinaba para besar a Clara—. Creía que todavía no habías llegado.

—Solo he salido a fumar, Rollo —explicó ella cambiando la voz para emplear un tono más afectado que no reconocí. Le indicó con un gesto que cerrara la puerta vidriera—. Si no Gretchen se ralla.

—Como si te importara —repuso él.

—Solo me faltaría oír a Gretchen rallarse.

—¿Por qué se iba a rallar Gretchen? —inquirí, no tanto por curiosidad como para adoptar su jerga y conservar el halo de intimidad de unos minutos antes.

—No le gusta que fume cerca de su hijita. Gretchen la gralla, que siempre se ralla.

—¿Y dónde está la hijita de la bruja? —pregunté tratando de hacerme el canalla, pues no había visto niños en la fiesta. Machacar a Gretchen era la consigna en el mundo de Clara, y quería demostrar que podía aportar mi grano de arena si era necesario para incorporarme a él.

—Su hijita era esa adolescente asmática que seguramente tuvo la amabilidad de recibirte cuando llegaste —explicó el grandullón poniéndome de inmediato en mi sitio.

—Esa huroncilla —añadió Clara para mi información.

—¿Esa qué? —preguntó el hombre.

—Na-da.

El grandullón le rodeó los hombros con el brazo para indicar que la perdonaba.

—¿No te estás congelando, Clariushka?

—No.

Clara se volvió hacia mí.

—¿Tú estarte congelando?

¿Me estaba introduciendo a la fuerza en su mundo, o era su modo de crear la ilusión de una amistad preexistente entre nosotros?

No esperaba respuesta, y yo no se la di. Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, los tres apoyamos las manos en la balaustrada y contemplamos el ilimitado horizonte blanco y morado del sur de Manhattan.

—Imaginaos —dijo Clara—. Si todas las farolas eléctricas de Riverside Drive volvieran a ser de gas, quizá podríamos desconectar este siglo y elegir otro, cualquier otro. El Drive sería tan fascinante de noche a la luz de las farolas de gas que tendríamos la sensación de vivir en otra época.

—O en cualquier otra ciudad —agregué.

—Cualquier ciudad menos esta, Clara, cualquier ciudad menos esta. Estoy harto de Nueva York... —empezó a decir Rollo.

—Al paso que vas, no me extraña. Quizá deberías aflojar el ritmo y ponerte en plan caracol durante una temporada. ¿No crees? —preguntó volviéndose de repente hacia mí—. Te sentaría de maravilla. Míranos a nosotros —añadió como si hubiera un «nosotros»—. Los dos estamos *très* en plan caracol y somos la viva imagen de la felicidad, ¿no te parece?

—¿Que Clara está en plan caracol? Venga ya. ¿Te pasas la vida entera marcándote faroles, Clara?

—Esta noche no. Esta noche soy exactamente quien quiero ser. Puede que a fin de cuentas sea aquí donde quiero estar, en esta terraza del Upper West Side, a esta orilla del Atlántico. Desde aquí se ve el universo entero con todos sus humanoides infinitamente pequeños y mezquinos intentando juntar partes del cuerpo. Desde donde estoy se ve todo, Rollo, incluso New Jersey.

El hombre gordo masculló algo para sí.

—Estás de uñas esta noche, ¿eh?

—Venga, Rollo, tranquilízate. Empiezas a parecer un Shukoff.

—Ponerse borde no es lo mismo que estar en plan caracol.

—He dicho en plan caracol, no en coma. Caracol en el sentido de replantearse las cosas, reservarse y por una vez probar el agua con el dedo del pie en lugar de lanzarse de cabeza a cualquier capricho que tengamos.

Se produjo un instante de silencio.

—*Touché*, Clara, *touché*. Me he aventurado en un valle infestado de escorpiones y he pisado la cola eréctil de la reina madre.

—No te lo tomes así, Rollo. Sabes perfectamente lo que quiero decir. Muerdo, pero sin veneno... El invierno... —Hizo una pausa para dar la última calada al cigarrillo—. ¿No te gustan el invierno y la nieve?

No estaba claro si se dirigía a Rollo, a mí, a ambos o a ninguno de los dos, porque había algo tan distante y soñador en su interrupción repentina, y además, quería que supiéramos que estaba cambiando de tema, que bien podía estar hablando a Manhattan, al invierno, a la noche, a la copa de bloody Mary medio vacía sobre la balaustrada, de la que el fantasma de mi padre había tomado apenas un sorbo antes de abandonar la terraza. Quería pensar que me hablaba solo a mí o a esa parte de mí que seguía siendo tan dúctil como la nieve acumulada sobre la balaustrada, en la que Clara había hundido los dedos.

—De hecho —comentó Clara, casi como si quisiera volver a cambiar de tema—, esta noche me recuerda sobre todo a San Petersburgo.

¿Qué había sido de la chica de «es aquí donde quiero estar esta noche»?

¿Acaso nuestros pensamientos se habían ido entrecruzando mientras discurrían en paralelo durante toda la fiesta? ¿O es que cualquier persona que saliera a la terraza pensaría al instante en San Petersburgo?

—¿Y esta es una noche blanca... o casi? —pregunté.

Hablamos de la noche más larga del año, de la más corta, de que hay muchas cosas que, por más que las vuelvas del revés y tuerzas y retuerzas como una cinta de Möbius, siempre quedan igual. Hablamos del hombre de

Dostoievski que conoce a una mujer en un embarcadero y durante cuatro noches blancas se enamora perdidamente de ella.

—¿Una noche blanca con vistas a New Jersey? ¡No lo creo! —exclamó Clara.

—¿Una noche blanca en invierno? ¡No lo creo! —replicó Rollo.

Sus palabras me hicieron reír.

—¿De qué te ríes? —inquirió, a todas luces molesto conmigo.

—Dostoievski en Fort Lee, New Jersey —contesté, como si la frase no requiriera explicación alguna.

—¿Acaso Dostoievski en la calle Ciento seis Oeste es mejor? —espetó Rollo.

—No aguantas las bromas, Rollo—intervino Clara—. Pero he aquí la pregunta del millón: ¿es mejor salir a una terraza en Riverside Drive con vistas a New Jersey o estar en New Jersey y divisar el mundo encantado de los judíos del Upper West Side celebrando la Navidad?

—Judíos fungibles.

—Judíos consumibles.

—Judíos decibélicos —añadió Rollo.

—Judíos anfibalentes —agregó ella.

Reflexioné sobre la pregunta y lo único que acudió a mi mente fue una New Jersey inmensa contemplando el perfil de Manhattan y planteando la misma pregunta al revés. Luego imaginé a los amantes de Dostoievski forzando la vista melancólicos para vislumbrarnos a Clara y a mí, al igual que nosotros ansiábamos aparecer en su Nevsky Prospekt alumbrado por las farolas de gas. Me limité a decir que si los habitantes de Manhattan no lograban ver Riverside Drive, entonces los del otro lado del Hudson que divisaban el Drive no podrían estar en él. La otra cara de la otra cara de la

cinta ya no es la otra cara. ¿O sí? ¿No hemos estado hablando el mismo idioma tú y yo?

—Con el amor pasa lo mismo —aventuré sin saber a ciencia cierta adónde conducía el paralelismo. En todo caso me sentía lo bastante osado para establecerlo—. Alguien puede soñar con una relación o bien vivirla, pero no puede ser al mismo tiempo el soñador y el amante. ¿O sí, Clara?

Ella caviló un instante como si hubiera captado, si no el significado de la analogía, al menos sí su escurridizo sentido.

—Esa es una pregunta para nota, y esta noche no estoy para eso.

—Ya —la pinchó Rollo.

—Bah —replicó Clara.

—Tú debes de ser Rollo —dije intentando adoptar la actitud de camaradería masculina de un Stanley chocando los cinco con Livingstone.

Clara recordó que no nos había presentado. Rollo me tendió la mano recia de un financiero próspero y, según añadió, violoncelista a tiempo parcial cuya vida privada es un armario abierto.

—Bah —repitió Clara en tono quejumbroso.

—¡Gorgona! —espetó él.

Una gorgona no, pensé, sino la maga Circe, que convertía a los hombres en los animalillos domesticados que inevitablemente llegan a ser.

—¡Gorgona! —reiteró Rollo entre dientes, al tiempo que emulaba el mordisco de un perro y ambos disfrutaban jugando al ratón y el gato.

No cabía duda de que las presentaciones no eran la especialidad de Clara. Más bien las eludía haciendo que pareciera que era culpa de los demás no haberse saludado antes. Al menos deberíamos haber tenido la cortesía de suponer quién era el otro.

—Un amigo de Hans —explicó—. Lo cual me recuerda... ¿Has visto a Hans?

Rollo se encogió de hombros.

—¿Dónde está Orla?

—No he visto a casi nadie. He visto a Beryl; estaba con Inky en la habitación azul.

—¿Inky está aquí? —preguntó Clara.

—Acabo de hablar con él.

—Pues yo no pienso dirigirle la palabra.

Rollo la miró como si no la entendiera.

—¿Qué dices?

El rostro de Clara adoptó una expresión de tristeza socarrona concebida a propósito para parecer falsa.

—Inky se ha ido.

Se volvió de espaldas, miró el cigarrillo que estaba a punto de encender y dio la impresión de querer seguir hablando de las *Noches blancas* de Dostoievski ahora que lo de Inky había quedado zanjado. Pero Rollo no estaba dispuesto a cambiar de tema.

—Te digo que se ha ido. Se ha ido. Se acabó. Borrado del mapa.

El gordo estaba atónito.

—Inky me ha dejado. *¿Est-ce que tu lo pillas?*

—*Je lo pillo.*

—Me sorprende que haya venido esta noche, nada más —dijo Clara.

Rollo abrió los brazos en un gesto de exasperación.

—Para no creérselo... —resopló.

—La verdad es que nunca hemos sido gran cosa. Era desde el principio limbo y crepúsculo. Solo que Rollo y todas las demás personas a las que conocemos nunca han querido reconocerlo.

Una vez más no sabía a quién hablaba, si a mí, a Nueva York o a sí misma.

—¿Y él sabía que estabais... en el limbo y el crepúsculo, como tú dices?

Rollo pronunció las palabras con bastante mala baba. Advertí que también Clara preparaba una respuesta mordaz.

—Yo nunca he estado... en el limbo, Rollo. —Como recurso humorístico hizo una pausa dramática antes de decir «en el limbo»—. Era él quien estaba en el limbo. Él era la gran tundra de mi vida, por si te interesa. Se acabó.

—Pobrecito Inky. No debería haber... Primero...

—¡Prungible!

—Primero lo obligas a deshacerse de todo lo que...

—¡Prungible!

—¡Clara, eres peor que una gorgona! En primer lugar...

—¡Prungible, consumible, fungible!

Clara alzó las manos en un gesto que significaba: *Me rindo y no diré nada más.*

—Es lo más cruel que he oído en todo el año.

—A ti qué más te da. Ahora está disponible para ti. ¿No es lo que siempre has querido?

Yo no sabía cuánto duraría aquello, pero la cosa se estaba poniendo fea por momentos.

—¿Tendríais la bondad de decirme quién es Inky? —intervine por fin, como un niño que trata de mediar en una pelea entre sus padres.

No solo pretendía interrumpir la disputa. Era también un intento lamentable de descubrir algo más acerca del mundo fascinante de aquel par, en el que sales a la terraza con una completa desconocida y, como un mago que sacara un pañuelo interminable del bolsillo de un espectador, acabas con una ristra infinita de amigos llamados Hans, Gretchen, Inky, Tito, Rollo, Beryl, Pablo, Mankiewicz, Orla y, en boca de todos, Clariushka, Clariushka, mientras tú piensas en Bellagio, en Bizancio, en las noches blancas, en los fríos canales de San Petersburgo, que hacían que el ilimitado perfil blanco y

negro del Upper West Side pareciera un cuento infantil, en el que entras con solo decir la palabra mágica.

—Inky es de las trincheras —explicó Clara empleando nuestra jerga, lo cual me halagó y me indujo a pensar que de repente ocupaba una posición más elevada que Rollo—. Hizo lo que debía, la verdad. No le culpo. Aunque se lo advertí.

—A la porra con tus advertencias. El pobre chaval está hecho polvo. Lo conozco. Esto es muy hiriente.

—Huy, qué penita por ti, y qué penita por él... Esto es tan, tan hiriente...

Hizo un gesto, algo así como un encogimiento de hombros, para burlarse del mal uso que Rollo había hecho de la última palabra.

—Clara, Clara... —empezó a decir él, como si no supiera si suplicarle, razonar con ella o mandarla al infierno—, tendrás que replantearte...

—¿Tendré que...? ¿Te refieres a «tener que» como en tener que tomarse la temperatura esta noche, o tener que andar con cuidado para no tropezar, o tener que vigilar la dieta, amigo mío? No digas nada más, Rollo. No digas nada más.

De repente su voz denotaba indignación. Percibí que lo que quería decir era: *No digas nada de lo que más tarde puedas arrepentirte*. No era un aviso ni una reprimenda. Era como un bofetón.

—Clara, si no dejas de bromear ahora mismo, te prometo que no volveré a dirigirte la palabra.

—Pues ya puedes empezar.

Yo no sabía qué decir. Una parte de mí quería marcharse para dejar que discutieran a solas. Sin embargo, no deseaba desaparecer de ese mundo que unos minutos antes me había abierto sus puertas.

—Son las gorgonas como tú las que convierten a los hombres como yo en homosexuales.

Y sin esperar a que Clara dijera algo, abrió la puerta vidriera de un tirón, entró y la cerró de golpe tras de sí.

—Lo siento, lo siento mucho.

No sabía si me disculpaba en su nombre o por haber presenciado la pelea.

—No tienes por qué sentirlo —repuso con calma al tiempo que apagaba el cigarrillo sobre la balaustrada de piedra y contemplaba Riverside Drive—. Un día más en las trincheras. De hecho me alegro de que estuvieras aquí. Si no, habríamos acabado discutiendo y yo habría dicho palabras que habría lamentado. Ya lamento bastantes cosas.

¿Lo sentía por él, por Inky, por sí misma?

No hubo respuesta.

—Empieza a hacer frío.

Abrí la puerta vidriera con cuidado para no interrumpir los villancicos que sonaban en el salón de la planta inferior.

—Inky no debería haber venido —la oí mascullar—. No debería haber venido esta noche.

Esbocé una sonrisa afable y medio triste para transmitirle algo tan torpe como: Todo saldrá bien, ya lo verás.

—¿Has venido con alguien? —me espetó a bocajarro.

—No, he venido solo.

No le devolví la pregunta. No quería saberlo. O quizá no quería parecer demasiado impaciente por saberlo.

—¿Y tú? —me encontré preguntando.

—No... Bueno, sí, con alguien, pero nadie en realidad...

Se echó a reír. Se reía de sí misma, de la pregunta, de los dobles y triples sentidos, de toda suerte de ambigüedades intencionadas e involuntarias. De repente señaló a alguien que charlaba con alguien que parecía ser Beryl.

—¿Sí? —dije.

—Ese es Tito, el Tito del que hablábamos.

—¿Y?

—Y donde hay un Tito tiene que haber una Orla.

No vi a ninguna Orla por allí.

—¿Ves al tipo que está a su lado?

Asentí.

—Es el tipo con el que estaba... en el limbo —explicó.

Otro instante de silencio. Quería preguntarle si todos los hombres de su vida acababan en el limbo. *¿Por qué lo preguntas?* Pero Clara lo preguntaría porque ya sabría por qué se lo preguntaba.

—Puede que algunos vayamos un rato a la misa del gallo en Saint John. ¿Te apuntas? —Hice una mueca—. Encenderemos velas; será divertido.

No aguardó respuesta y, con la misma brusquedad con que había propuesto la idea —la misma brusquedad que por lo visto imprimía a todos sus actos—, añadió que enseguida volvía y entró en el piso sin más.

—Espérame, ¿vale? —Ni por un instante dudó de que pudiera no hacerlo.

Con todo, esta vez tuve la certeza de que la había perdido. Se toparía con Inky, Tito, Orla y Hans, y en un abrir y cerrar de ojos regresaría a su pequeño mundo, del que había salido como una aparición detrás de un árbol de Navidad.

A solas en la terraza, me asaltaron de nuevo los pensamientos de unas horas antes, cuando iba por la planta superior de habitación en habitación intentando decidir si me quedaba, no me quedaba, me marchaba o me quedaba un rato más. Traté de recordar cómo me sentía y qué estaba haciendo segundos antes de que Clara se volviera hacia mí y me dijera su nombre. Había estado pensando en la hilera de grabados enmarcados de Athanasius Kircher colgados en el largo pasillo que partía de uno de los estudios. No

eran reproducciones, sino que debían de proceder de volúmenes muy valiosos. Fue entonces, mientras meditaba sobre el crimen que representaba enmarcar aquellas imágenes para colgarlas delante del baño de un hombre rico, cuando apareció su mano.

Por la puerta vidriera vi un gran número de regalos de Navidad amontonados majestuosamente junto a un árbol enorme. Alrededor de él se había reunido un grupo de adolescentes que, vestidos para otra fiesta que ni siquiera había empezado y tardaría mucho en empezar, se acercaban los paquetes a la oreja y los agitaban para adivinar qué contenían. Fui presa del pánico. Debería haber entregado las botellas de champán a alguien que supiera qué hacer con ellas. Recordé que no había encontrado a nadie que me las quitara de encima, de modo que no tuve más remedio que dejarlas, a hurtadillas y temeroso junto a la puerta basculante de la cocina, como una madre culpable que abandona a sus hijitos gemelos ante el umbral de la casa de un hombre rico antes de perderse en la noche anónima. Por supuesto, había olvidado adjuntar una tarjeta. ¿Qué habría sido de las botellas compradas a todo correr antes de subir al autobús M5? Sin duda algún camarero las habría visto junto a la puerta y las habría metido en la nevera, donde trabarían amistad con otros huérfanos.

Me sentí como uno de aquellos invitados que se mostraban incómodos en casa de mis padres durante la semana de Navidad, cuando celebrábamos nuestra fiesta anual del vino. QIF era la clave que empleaba mi padre para indicar: Queremos invitados felices. La de mi madre era ELR: Elogia los regalos. Y CCLH era la clave con que mi padre me recordaba: Cásate con la heredera.

A fin de distraerme paseé por la terraza intentando imaginar cómo sería en verano, los grupos de invitados con ropa veraniega y copas de champán en la mano, todos deseosos de contemplar lo que ya sabían que sería una de las

puestas de sol más espectaculares del mundo, viendo cómo el horizonte pasaba del azul claro reluciente a tonalidades de rosa estival, mandarina y gris. Me pregunté qué zapatos llevaría Clara en verano cuando salía a la terraza con los demás, a fumar agentes secretos, a discutir con Pablo, Rollo y Hans, a despotricar contra ellos en su cara o a sus espaldas, tanto daba, siempre y cuando tuviera ocasión de soltar algo antipático y desagradable que luego retiraría en un santiamén. ¿Había dicho algo agradable acerca de alguien aquella noche? ¿O era todo veneno y corrosión por fuera? Una marca fiera, irregular y abrasadora de algo tan duro y desalmado que podía perforar hasta el último fragmento de emoción humana y ensartar al niño desvalido e indefenso que todo hombre adulto lleva dentro porque, escrito al revés y vuelto del revés, su nombre tal vez siguiera siendo amor, el amor airado, árido, áspero e irritante rozado que era.

Intenté imaginar aquel mismo piso en Nochevieja. Solo unos pocos elegidos. A medianoche saldrían a la terraza para admirar los fuegos artificiales y abrir unas botellas de champán antes de sentarse junto a la chimenea para hablar del amor al estilo de los banquetes de antes. A mi padre le habría gustado Clara. Ella habría ayudado a sacar las botellas al balcón, habría ayudado con la fiesta, habría insuflado vida a los aburridos pareados de mi padre, habría reído con disimulo cuando el viejo amante de los clásicos pronunciara su discursito anual sobre Xantipa machacando a su esposo, Sócrates, para que se tomara la pócima envenenada, a lo cual él accedió de buena gana porque vivir un día más, un año más así, sin recibir amor y sin poder darlo... Con Clara, el sermón que me soltaba todos los años en el balcón mientras nos ocupábamos del vino no habría estado tan teñido de enojo. *Quiero niños, no proyectos.* Al ver a Clara me habría pedido que me diera prisa. Ella aparecería, diría *Soy Clara*, y ya está, embelesado. La muchacha de Bellagio, la habría llamado mi padre. Una noche estábamos los

dos juntos en el balcón con las botellas frías, mirando las ventanas de un piso lleno a rebosar en el bloque de enfrente.

—Esa es la fiesta de verdad; la nuestra es un simulacro —sentenció.

—Probablemente ellos crean que la suya es la de pacotilla y la nuestra, la de verdad —repuse para animarle.

—En tal caso, es peor de lo que creía —dijo él—. Nunca estamos en el momento, la vida siempre transcurre en otra parte. Lo que metemos en una cámara hermética se filtra a otra, como un corazón viejo con las válvulas estropeadas.

Un camarero abrió la puerta vidriera, salió a la terraza y se dispuso a recoger la copa de Clara. Le pedí que la dejara. Al advertir que mi copa estaba vacía, me preguntó si quería más vino. Me apetecería una cerveza bien fría, dije.

—¿En un vaso? —preguntó, recordándome de repente que había otras formas de beber cerveza aparte de en vaso.

—En la botella.

Era un capricho. Iba a tomarme una cerveza e iba a bebérmela a gollete e iba a disfrutarla solo, y si no aparecía la imagen de Clara flotando ante mí, qué se le iba a hacer. El camarero asintió y, tomándose un respiro en lo que sin duda debía de ser una velada muy ajetreada, siguió la dirección de mi mirada.

—Una vista impresionante, ¿verdad?

—Sí, maravillosa.

—¿Le apetece algo para acompañar la cerveza?

Negué con la cabeza. Recordaba los Mankiewicz y quería evitar cualquier cosa parecida a un aperitivo. Sin embargo su amabilidad me conmovió.

—Unos frutos secos, por favor.

—Ahora mismo le traigo las dos cosas.

Cuando ya estaba junto a la puerta, se volvió hacia mí con la bandeja, sobre la que llevaba varias copas vacías.

—¿Todo bien? —inquirió.

Debía de parecer cuando menos consternado para que un camarero me preguntara cómo estaba. O tal vez quisiera asegurarse de que no pensaba tirarme. Órdenes del jefe: Mantén los ojos abiertos y asegúrate de que nadie haga tonterías.

En el otro extremo de la terraza, el que daba a la punta meridional de Manhattan, una pareja charlaba entre risitas ahogadas. El hombre tenía un brazo apoyado sobre el hombro de la mujer y con la otra mano, en la que llevaba un puro, había conseguido dejar su copa, de nuevo llena, sobre la balaustrada.

—¿Me estás tirando los tejos, Miles? —preguntó la mujer.

—Para ser sincero..., no lo sé —fue la desenfadada respuesta del hombre.

—Si no lo sabes, es que sí.

—Supongo que tienes razón.

—Es que contigo nunca sé a qué atenerme.

—Sinceramente, yo tampoco sé a qué atenerme conmigo.

Sonreí. El camarero miró a su alrededor en busca de copas y ceniceros extraviados y luego pareció contemplar la posibilidad de tomarse un descanso para fumar. Examiné su atuendo: corbata azul de Prusia y camisa amarillo chillón con cuello de botones remangada hasta los bíceps. Qué combinación más rara.

—¡La cerveza! —exclamó en tono burlón, como si hubiera descuidado una misión importante, y procedió a recoger más copas vacías.

Pero lo cierto era que yo no quería una cerveza. Aquella fiesta no era para mí. Más valía que me marchara.

¿Qué más podía esperar esa noche? Autobús, nieve, caminar hasta la calle

Doscientos doce, echar un último vistazo a la catedral y, entre la nieve, observar cómo se llenaba para la misa del gallo y por último cerrar el libro de la velada. Clara había dicho que irían allí. Imaginé la carrera hasta la iglesia, la música, los abrigos, la multitud en el interior, Clara y sus amigos, Clara y Compañía, todos nosotros apretujados. Volvamos a la fiesta, diría ella. Incluso Rollo estaría de acuerdo. Sí, volvamos.

Era mejor que me marchara antes de que alguien me acorralara para la cena, pensé; que abandonara la terraza, regresara arriba, me deslizara con disimulo hasta el guardarropía, entregara el comprobante y me escabullera tan furtivamente como había llegado.

Sin embargo, antes de que pudiera dar un paso la puerta vidriera se abrió y salió el camarero con más vino y mi botella de cerveza. Dejó el vino sobre una mesa, se colocó la cerveza entre los muslos y la abrió al instante. Llevaba además sendos martinis para Miles y su novia.

Contemplé por última vez el haz de luz que giraba sobre Manhattan. Media hora antes estaba allí con Clara, pensando en Bellagio, Bizancio, San Petersburgo. El codo apoyado en mi hombro, los zapatos de ante granate apartando la nieve con suavidad, el bloody Mary sobre la balaustrada... ¡y allí seguía! ¿Qué había sido de Clara?

No recordaba si había accedido tácitamente a esperarla en la terraza. Hacía cada vez más frío y, quién sabe, quizá pedirme que no me moviera de la terraza era su modo de escabullirse sin que lo pareciera o de relegarme al papel del que se queda atrás, el que aguarda, el que persiste, el que alimenta la esperanza.

Tal vez al final decidiera entrar para darle una lección. Para demostrarle que aquello no iba a ninguna parte, que en ningún momento había albergado ni la más mínima esperanza.

Cuando por fin llegué a lo alto de la escalera abarrotada, el número de

invitados se había triplicado. Todas aquellas personas, todo aquel barullo, la música y la ostentación, todos aquellos euroesnobos ricos y famosos que parecía que acabaran de bajar de helicópteros privados que habían aterrizado en un helipuerto desconocido en la esquina de Riverside y la Ciento seis. De repente comprendí que la imponente hilera de limusinas aparcadas en doble fila hasta Broadway y alrededor de la manzana llevaban a personas que se dirigían a nuestra fiesta y que, por tanto, me hallaba en la fiesta a la que había anhelado ser invitado. La mujer bronceada de joyas llamativas cuyos zapatos de tacón de aguja repiqueteaban sobre el parquet, los apuestos jóvenes que deambulaban deprisa por la enorme estancia ataviados con trajes negros muy pijos y camisas gris pardusco con el cuello abierto, los hombres maduros que intentaban imitar su aspecto llevando la ropa que según sus emperifolladas nuevas esposas los rejuvenecían. Banqueros, mujeres despampanantes con la cabeza hueca, barbies... ¿Quién era toda esa gente?

Por fin caí en la cuenta de que todos los camareros y camareras eran jóvenes rubios con pinta de modelos y que su atuendo era de hecho un uniforme: camisa amarillo chillón remangada hasta los bíceps, corbata azul ancha y pantalones caqui ceñidísimos y de tiro muy bajo con el licencioso indicio de una bragueta no del todo abrochada. La combinación de lo elegante y lo hortera hizo que me entraran ganas de darme la vuelta y decir algo a alguien. Pero no conocía a nadie. Entretanto, los camareros instaban al mar de invitados a dirigirse hacia los extremos de la estancia, donde otros compañeros suyos habían empezado a servir la cena tras las largas mesas del bufet.

En un rincón había tres ancianas sentadas muy juntas alrededor de una mesita baja, como las tres Grayas que compartían un solo ojo y un diente. Un camarero les había llevado tres platos llenos de comida y se disponía a

servirles vino. Una de las señoras tendió lo que parecía una aguja a su compañera. Comprobando el nivel de azúcar antes de comer.

Volví a ver a Clara. Estaba apoyada contra una de las librerías de la biblioteca atestada donde me había mostrado su antiguo escritorio y donde, a riesgo de acercarme demasiado a lo que consideraba la auténtica Clara, la Clara íntima, la había imaginado escribiendo su tesina y quitándose de vez en cuando las gafas para contemplar con expresión distraída y melancólica la luz otoñal sobre el Hudson. Un joven de su edad tenía las manos en sus caderas y, con el cuerpo pegado al de ella, la besaba en la boca, los ojos cerrados, un abrazo testarudo, obstinado. Inmiscuirme en la escena aunque solo fuera mirándolos se me antojó una transgresión. Nadie los miraba, todo el mundo parecía ajeno a lo que ocurría. En cambio yo no conseguía apartar los ojos de ellos, sobre todo al advertir que las manos del joven no solo la sujetaban, sino que le aferraban las caderas por debajo de la blusa, tocándole la piel, como si hubieran estado bailando una canción lenta y se hubieran detenido para besarse. Y de repente reparé en algo aún más perturbador y fascinante: era ella quien lo besaba, no a la inversa. Él no hacía más que responder a su lengua, debilitado por su fuego intenso e invasor, como un polluelo que toma el alimento del pico de su madre. Cuando por fin se separaron un poco, la vi mirarlo a los ojos y acariciarle el rostro con languidez, una mano lenta cargada de adoración, primero en la frente, luego mejilla abajo, en un ademán tan tierno y conmovedor, tan húmedo, que sin duda habría inspirado amor incluso a las piedras. Si ese gesto era indicativo de su modo de hacer el amor cuando se quitaba la blusa púrpura y los zapatos de ante para abandonarse a sus sentidos, entonces hasta aquel momento de mi vida probablemente yo no había entendido lo que era hacer el amor, qué objetivo tenía, cómo se hacía; nunca había hecho el amor y, por supuesto, nunca me habían hecho el amor. Los envidié. Los amé. Y me odié a mí mismo por envidiarlos y amarlos.

Antes de tener ocasión de desear que dejaran de hacer lo que estaban haciendo, o que siguieran haciéndolo un rato más, vi que el joven apretaba la pelvis contra la de Clara, y empezaron a besarse de nuevo. La mano del joven había desaparecido bajo la blusa de ella. Ojalá aquella mano fuera mía. Ojalá pudiera yo estar ahí, estar ahí, estar ahí.

Así que en plan caracol. Qué excusa tan barata. Toda aquella palabrería acerca del limbo, del amor en tiempos de crepúsculo y andémica, la chica fiestera que se había desmoronado. Y yo que pensaba que albergaba un sentimiento trágico de la vida envuelto en su actitud frívola. No era más que una eurobarbie soltando palabras huecas aprendidas en el colegio de madame Dalmedigo para jovencitas descarriadas.

—Te presento a Clara e Inky —canturreó junto a mí una mujer que sin duda me había visto mirar a la pareja—. Se pasan la vida así. Es el rollo que les va.

Estuve a punto de encogerme de hombros para indicar que no era la primera vez que veía algo así y que desde luego no me escandalizaba ver a una pareja montándose en una fiesta, pero de repente me di cuenta de que la mujer no era otra que Muffy Mitford. Nos pusimos a hablar.

Tal vez porque ya había bebido demasiado, me volví hacia ella y le pregunté sin más si se llamaba Muffy. ¡Sí! ¿Cómo lo sabía? Mentí diciéndole que nos habíamos conocido en una fiesta el año anterior. La mentira me salió con demasiada facilidad, pero mientras charlábamos descubrí que teníamos amigos comunes y que, en efecto, para mi absoluta sorpresa, nos habíamos conocido en una cena. ¿No conocía Muffy a los Shukoff? No, nunca había oído hablar de ellos. Me moría de ganas de contárselo a Clara.

Y de pronto la vi saludarme desde lejos. De hecho, no solo me saludaba, sino que se dirigía hacia mí. Mientras la veía acercarse supe que, pese a mi determinación en sentido contrario, ya la había perdonado. No logré

identificar el sentimiento que me embargaba, porque era una mezcla de pánico, enfado y un arrebato de esperanza y expectación tan desmesuradas que una vez más, sin necesidad de espejo, supe por la tensión de mi rostro que estaba sonriendo demasiado de oreja a oreja. Intenté domeñar la sonrisa pensando en otra cosa, en algo triste que me hiciera ponerme serio, pero en cuanto empecé a pensar en Muffy y su cinturón de fertilidad subiendo y bajando noté que estaba a punto de estallar en carcajadas.

No importaba que Clara hubiera desaparecido ni que yo la hubiera defraudado al no esperarla en la terraza. Éramos como dos personas que se encuentran por casualidad dos horas después de haberse dado plantón y siguen donde lo habían dejado como si nada hubiera sucedido. Quería creer que sus besos con el joven no me afectaban, ya que, mientras no esperara nada ni tuviera que preocuparme por cómo introducirla en mi vida, podría disfrutar de su compañía, reír con ella, rodearla con el brazo.

Era, y ya entonces lo sabía, como un drogadicto resuelto a superar su adicción a fin de disfrutar de algún chute de vez en cuando sin tener que preocuparse por la adicción. Había dejado de fumar por la misma razón: para disfrutar de algún que otro cigarrillo.

Clara se colocó a mi espalda y se dispuso a susurrarme algo al oído. Percibí su aliento en mi cuello y estuve a punto de volverme suavemente hacia sus labios. Soltó un comentario burlón sobre Muffy y acto seguido me apretó el hombro en lo que me pareció un gesto de connivencia desdeñosa para hacerme reír.

—Tus gemelas son las chicas más guapas del mundo —comentó a Muffy. Comprendí que le estaba tomando el pelo.

—¿Verdad que sí? —convino Muffy—. Son preciosas.

—Son preciosas —la imitó Clara, y rozándome la oreja con los labios una, dos, tres veces, añadió—: preciosas de la hostia.

Noté que todo mi cuerpo reaccionaba a su aliento. Quienes hacían el amor con ella tenían su aliento toda la noche.

—Las llamamos *le gemelline* —explicó Muffy, que pronunció las palabras italianas con un fuerte acento norteamericano.

—No me digas, joder —me susurró Clara al oído.

Los invitados que se dirigían a las mesas del bufet empezaron a empujarnos. Muffy estaba a punto de ser engullida por la marabunta.

—Creo que deberíamos apartarnos si no queremos que nos arrollen. Conozco un atajo.

—¿Un atajo?

—Por la cocina.

Pablo, que había visto a Clara, le hacía señas desde otro grupo de invitados. Clara le indicó que nos encaminábamos hacia la cocina por el otro lado. Por lo visto no era la primera vez que hacían eso. Nos encontraríamos en el invernadero.

Pensé en Inky y supuse que Clara querría volver junto a él. Sin embargo no había rastro del joven, y Clara ni siquiera hizo amago de buscarlo.

—¿Dónde está el hombre de las trincheras? —le pregunté por fin, al tiempo que le indicaba con cada uno de mis gestos que no pensaba acompañarla a cenar.

Recibí una mirada inexpresiva. ¿No captaba el chiste pésimo o me lanzaría una mirada indignada cuando recordara nuestra jerga? Tardaba mucho en responder, y yo ya me sentía tentado de esbozar una sonrisa de disculpa y explicar mi frívola alusión, que parecería aún más frívola si la explicaba.

—Me refería a Inky —aclaré.

—Sé a quién te referías. —Silencio—. En casa.

Entonces fui yo quien mostró que no sabía de qué hablaba.

—Inky se ha ido a casa.

¿Me tomaba el pelo? ¿O quería hacerme callar? No es asunto tuyo, no te metas, te has pasado de la raya. ¿O seguía intentando encontrar un atajo hasta la comida y estaba por completo concentrada en conseguir que llegáramos antes que los demás? Sin embargo, intuí que no estaba pensando tan solo en el bufet. ¿Debía preguntarle si le pasaba algo?

—Tenemos que ir arriba, cruzar el invernadero y bajar por otra escalera para entrar por la puerta trasera y llegar a la cocina.

La observé mientras lo decía. Quise cogerle la mano en la escalera de caracol como habíamos hecho antes, deslizar la mano bajo su cabello y contarle todo lo que bullía en mí.

—¿Qué?

Sacudí la cabeza para indicar que no pasa nada, que pasaba todo.

—No lo hagas.

Ahí estaban, las palabras que había temido durante toda la velada. Había percibido indicios de ellas al hablar de Bellagio. Y ahora por fin habían salido, arrasando Bellagio, apagando el haz de luz, desbaratando la ilusión de jardines de rosas y amantes de domingo perdidos en tierras nevadas. No lo hagas. ¿Con signos de exclamación o sin ellos? Probablemente con. O sin. A buen seguro las había pronunciado demasiadas veces en su vida para necesitar signos de exclamación.

En la estrecha escalera por fin barbotó la respuesta a la pregunta que no había osado hacerle.

—Esta noche ha sido el final del duelo por nuestra relación —explicó mirando por encima de mi hombro.

Un grupo de adolescentes apareció detrás de nosotros y nos adelantó.

—¿Qué decías de Inky?

—Que se ha ido. Para siempre.

Compadecí a Inky. Clara acababa de darle la prueba definitiva de amor que

todo hombre necesita, para unos minutos después hablar de él con el mayor desdén. ¿No se mostraba demasiado dura para tratarse de alguien que no le inspiraba más que indiferencia? ¿O acaso hay personas cuyo amor, en cuanto rompen contigo, fermenta en algo tan implacable que lo que causa un sufrimiento intenso no es la pérdida del amor ni la facilidad con que te rechazan después de haberte dado las llaves de casa, sino el espectáculo de que te arrojen por la borda y te pidan que te ahogues sin aguar la fiesta a todo el mundo? ¿Era eso lo que le había ocurrido a Inky? ¿Rechazado, besado, mandado a freír espárragos? ¿O era Clara como un extraño gato montés que te lame la cara para inmovilizarte mientras te devora las entrañas?

Había visto el rostro de Inky, un tanto ladeado mientras Clara se disponía a besarle con mayor pasión la segunda vez, cada parte del cuerpo del joven convertido en un nervio en tensión. Y al cabo de unos minutos ella se acercaba a mí para pedirme que nos escabulléramos al piso superior.

—Seguro que está camino de la casa de montaña que sus padres tienen en Darien. Le he dicho que no conduzca con la nieve que hay, pero me ha dicho que le daba igual. Y la verdad...

Subimos unos escalones más.

—Estoy harta de él. Es el hombre más saludable del mundo, y yo, lo último que le conviene. Te juro que hay días en que lo único que quiero es coger la piedra pómez del baño y golpearme la cara con ella, porque me recuerda la cara que Inky mira todos los días sin saber qué hay tras ella, sin tener la más remota idea. Él hizo que dejara de ser quien soy; peor aún, que dejara de saber quién era.

Debí de lanzarle una mirada de sorpresa e incredulidad.

—¿Antipática y desagradable?

Negué con la cabeza.

—Incluso le reprocho que no consiguiera que le quisiera, como si fuera

culpa suya, no mía. Porque intenté quererle con todas mis fuerzas, y lo único que quería era amor, no a otra persona, no a otro, ni siquiera el amor de otra persona. A lo mejor es que no sé para qué sirven los demás. A lo mejor lo único que quiero es el idilio en sí. Servido bien frío. Puede que con eso tenga más que suficiente.

Se interrumpió un instante.

—Puedes meter eso en el cajón de la andémica —añadió la fiestera con una sonrisa incómoda.

Me detuve detrás de ella en la escalera. Me asustaba lo mucho que nos parecíamos. La mera ilusión de que teníamos tantas cosas en común bastaba para infundirme miedo y a la vez darme esperanzas.

—Cuéntame más cosas.

—No hay nada más que contar. Hubo una época en que las luces se habían apagado en mi vida y creí que él era la luz. Luego me di cuenta de que él no era la luz, sino la mano que apagaba la oscuridad. Un día comprendí que no quedaba luz, ni en él ni en mí. Entonces le eché la culpa. Después me la eché a mí. Ahora me gusta la oscuridad.

—De ahí lo de estar en plan caracol.

—De ahí lo de estar en plan caracol.

Dejó de mirarme.

—Este es mi infierno —agregó—. Inky no me quiere a mí. Quiere a alguien como yo, pero no a mí. Soy la persona menos indicada para él, y también para mí misma, por si te interesa. Los hombres nunca me quieren a mí, sino a alguien como yo. —Una pausa—. Lo sé. No sonaba muy distinto de «A buen entendedor con pocas palabras basta, amigo mío».

Este es mi infierno. Menuda frasecita para una fiestera. *Alguien como yo, pero no a mí...* ¿Dónde aprendía uno a decir cosas así, de dónde sacaba semejante capacidad de comprensión? ¿De la experiencia? ¿De muchas,

muchas horas de soledad? ¿Podían ir de la mano experiencia y soledad? ¿Acaso la fiestera era en realidad una solitaria que se hacía pasar por una fiestera que en realidad era una solitaria..., por siempre *rectus* e *inversus* como una fuga compuesta en el infierno?

Soy Clara. Es lo mismo.

Abrió la puerta. El balcón tenía las mismas vistas al Hudson que la terraza de dos plantas más abajo, pero desde una mayor altura. Me indicó un pasillo estrecho más allá del invernadero. El panorama era espectral, sobrecogedor.

—Nadie lo sabe, pero Inky moriría por mí si se lo pidiera.

Qué cosas decía.

—¿Y se lo has pedido?

—No, pero me lo ofrece todos los días.

—¿Y tú morirías por él?

—¿Que si moriría por él?

Probablemente repitió la pregunta a fin de darse tiempo para pensar en una respuesta creíble.

—Ni siquiera sé lo que significa eso, así que supongo que no. Antes me encantaba su aliento con olor a dentífrico y cerveza, pero ahora me revuelve el estómago. Me encantaban los codos raídos de su jersey de cachemira, pero ahora no los tocaría por nada del mundo. Ni siquiera a mí me gusta como soy.

Esperé a que continuara, pero guardó silencio.

—Mira el Hudson —dije mientras contemplábamos los bloques de hielo.

Clara había hablado con una seriedad desacostumbrada. Me prometí que la recordaría así. El invernadero estaba a oscuras, y por un instante mágico, mientras estábamos en lo que parecía la cima del mundo, quise pedirle que se quedara conmigo a contemplar cómo nuestro universo plateado avanzaba lentamente por el espacio. También ella debía de estar fascinada por el

espectáculo de la ciudad, porque se detuvo sin que yo se lo pidiera a contemplar la mitad sur de Manhattan. Noche honda, noche blanca.

En la cocina, un hombre con una americana de terciopelo granate hablaba por el móvil con expresión muy preocupada. Al ver a Clara la saludó con una mueca y al cabo de unos segundos cerró el teléfono sin despedirse, maldiciendo a su abogado. Se lo guardó en el bolsillo interior de la americana y se volvió hacia el chef.

—*Georges, trois verres de vin, s'il vous plaît.* ¡Menuda fiesta! —exclamó a continuación dirigiéndose hacia la mesa—. No, sentaos conmigo; necesito recobrar el aliento. ¡Estas fiestas son de otra época!

Le gustaban las fiestas, pero aquella era muy chabacana, y con todos esos alemanes y franceses, añadió, parecía la Torre de Babel.

—Menos mal que estamos nosotros. Y que tenemos la música.

Supuse que la música era lo que unía a aquel grupo de amigos íntimos.

Nos sentamos los tres mientras varios cocineros y un sinfín de camareros se afanaban a nuestras espaldas. En el rincón, dos tipos rubios y corpulentos con pinta de policías retirados transformados en chóferes o guardaespaldas comían los restos de una versión de *haute cuisine* de la lasaña.

Hans nos miró y señaló discretamente con el dedo a Clara, luego a mí y de nuevo a Clara, como si quisiera preguntar si éramos pareja.

Clara esbozó la sonrisa límpida y contenida de una abogada muy joven que se dispone a entrar en una sala de juntas cuando su secretaria le dice de repente que su madre está al teléfono. Al cabo de unos segundos comprendí que aquella sonrisa era su equivalente del rubor. Se mordió el labio como si dijera: «Me las pagarás por esto, ya lo verás». Y entonces la vi hacerlo.

—¿Estás bien, Hans?

—Sí —masculló él antes de añadir—: No, la verdad es que no.

—¿La neura de siempre?

—No, no es la neura de siempre. Solo negocios. A menudo me digo que debería haber seguido como contable en la empresa de música, un simple contable. Hay gente que quiere arruinarme. Y a este paso no me extrañaría que lo consiguieran.

Y acto seguido, como si quisiera disipar una lánguida nube de autocompasión, me tendió la mano.

—Soy Hans —dijo despacio, como si añadiera un punto y seguido detrás de cada palabra.

De pronto Clara debió de caer en la cuenta de que yo no conocía a Hans ni Hans a mí. Esta vez se encargó de las presentaciones, no sin comentar que se sentía como una idiota al haber pensado que yo era amigo de Hans, cuando en realidad era amigo de Gretchen.

—No conozco a Gretchen —confesé intentando demostrar que en ningún caso había pretendido engañar a nadie, razón por la cual aquel era un momento tan oportuno como cualquier otro para admitirlo.

—Entonces, ¿quién...?

Clara no sabía cómo formular la pregunta y se volvió hacia Hans en busca de ayuda.

Imaginé que en cuestión de segundos los dos fornidos ex policías que comían lasaña se abalanzarían sobre mí, me retorcerían los brazos, me inmovilizarían en el suelo, me esposarían a la mesa de la cocina y me retendrían allí hasta que sus mofletudos compañeros de la comisaría 24 vinieran a buscarme.

—Estoy aquí porque Fred Pasternak me envió la invitación con un mensajero y me pidió que viniera. Sospecho que me ha dejado plantado. Hasta esta misma tarde no sabía nada de la fiesta.

En mi intento por exculparme y disipar cualquier duda acerca de mi

legitimidad, empecé a dar más explicaciones de las necesarias, justo como hacen los mentirosos cuando con una simple mentira habría bastado. Iba a añadir que ni siquiera había tenido intención de ir a ninguna fiesta aquella noche, y que además no tenía hambre, y en cuanto a todos aquellos euroinvitados pijos, ostentosos, renqueantes y torpes congregados alrededor de dos anfitriones con nombres tan ignominiosos como Hansel y Gretel, la verdad es que no me interesaban lo más mínimo... ¡Toma ya!

—¿Eres amigo de Pooh Pasternak? —De modo que también ellos conocían su mote—. Los amigos de Pooh siempre son bienvenidos aquí.

Apretón de manos, brazo alrededor de mis hombros, la camaradería de vestuario masculino.

—Era un buen amigo de mi padre —puntualicé—. Se ocupa de las cosas.

—La conexión suiza —dijo en broma Hans, como si aquello fuera un pacto sellado en inglés de gimnasio por unos chicos abandonados en una novela de espías de la posguerra.

Por fin llegó un camarero con una botella de vino blanco que procedió a descorchar. Cuando se disponía a servir a Clara, se volvió hacia mí.

—¿Cerveza para usted? —preguntó en voz baja.

Lo reconocí de inmediato. No, esta vez tomaría vino.

Cuando se hubo alejado, conté a Hans que aquel camarero estaba convencido de que me había salvado la vida. ¿Y eso?, preguntó. Debía de haber pensado que estaba a punto de tirarme desde no sé qué piso.

Me lo inventé. Una buena historia, pensé, aunque no sabía por qué me la había inventado. Los dos se echaron a reír.

—No lo dices en serio, ¿verdad? —preguntó Clara.

Solté una risita. Era evidente que más de un hombre había amenazado con matarse por ella.

—Por Pooh —brindó Hans—. Por Pooh y todos los picapleitos con malas

pulgas de este planeta, para que su tribu se multiplique. —Entrechocamos las copas—. Una vez más y otra.

—Y muchas, muchas más —añadió Clara.

Por lo visto se trataba de un brindis habitual en su círculo.

Por Pooh, quien, de no ser por un capricho, me dije, nunca me habría enviado aquella invitación, sin la cual no habría sido posible una velada que estaba hechizando mi vida.

Soy Clara. Te convertiré en una persona nueva. Soy Clara. Te enseñaré cosas. Soy Clara. Puedo llevarte a lugares desconocidos.

Observé que detrás de Hans un camarero abría lo que parecían grandes latas de caviar. Se mostraba impaciente, con las latas, el abrelatas, el caviar y las cocinas, mientras sacaba el contenido cucharada tras cucharada. Su actitud me recordó a Clara. Ella te sacaba a cucharadas de ti mismo, te daba una nueva imagen, un corazón nuevo, todo nuevo. Sin embargo, primero tenía que abrirte con uno de esos abrelatas que había antes de que se inventara el modelo giratorio: primero una limpia incisión, seguida de la tarea compleja, tediosa, persistente y cruenta de ir deslizando la afilada cuchilla de acero en forma de aleta de tiburón a lo largo del borde, hasta completar el recorrido y sacarte de ti mismo.

¿Dolerá?

En absoluto. A todo el mundo le encanta esa parte. Lo que duele es cuando ya estás fuera y has perdido la mano que te ha arrancado de ti mismo. Entonces el abrelatas de las sardinas, con la tapa enroscada alrededor como una piel mudada, se te clava en el corazón como una daga.

Sabía que hacía falta algo más que una fiesta para cambiar el rumbo de toda una vida. No obstante, aun sin estar demasiado seguro, y quizá sin desear estarlo por miedo a que luego se demostrara que me había equivocado, sin tomar siquiera meticulosos apuntes mentales para revisarlos más tarde,

sabía que no olvidaría ni un solo detalle, desde el autobús, los zapatos, la carrera junto al invernadero en dirección a la cocina, donde Hans señaló a Clara y luego a mí, mi historia inventada del intento de suicidio, la amenaza de pasar la noche en el calabozo, hasta llegar a Clara corriendo a la comisaría para sacarme bajo fianza en Nochebuena y ellos dos saliendo al frío de la calle mientras ella preguntaba: *¿ Te han hecho daño las esposas? Deja que te dé un masaje en las muñecas. Déjame que te bese las muñecas, tus muñecas, tus pobres, dulces, doloridas y maltrechas muñecas.*

Me llevaría todo aquello conmigo, al igual que el instante en que Hans, que deseaba irse de su propia fiesta, preguntó a Georges si sería *bien gentil* de prepararnos tres platos y llevarlos arriba *dans la serre*; porque entonces supe que nos retiraríamos al invernadero y yo estaría más cerca que nunca de Clara, del haz de luz, de las estrellas.

—De todos modos —dijo Hans, que se levantó y nos cedió el paso en la puerta de la cocina—, habría jurado que os conocíais desde hace mucho tiempo.

—Pues no —repuso Clara.

Tardé unos segundos en comprender que ni ella ni yo creíamos que nos conocíamos desde hacía tan solo unas horas.

Hans encendió las luces del invernadero. En lo que parecía a medias una galería cubierta y a medias un invernadero, nos aguardaba una mesita redonda con tres platos cuya comida estaba dispuesta en complejos arabescos. Junto a ella, un cubo lleno de hielo, en el que alguien había depositado una botella con el cuello envuelto en un paño blanco. Me emocionó muchísimo pensar que tal vez fuera una de las botellas que yo había llevado y que alguien había reservado hasta aquel momento. En aquel lugar las cosas ocurrían por arte de magia. Dentro de la servilleta que

desenrollé había un tenedor de plata, un cuchillo de plata y una cuchara con unas iniciales grabadas en un estilo florido y anticuado. ¿De quién eran?, pregunté a Clara en un susurro. De los abuelos de Hans. Habían escapado de los nazis.

—Judíos huidos de los nazis, como los míos —añadió.

Como los míos también, quise añadir, sobre todo después de desenrollar la servilleta y recordar las fiestas que mis padres celebraban en esa época del año, cuando todo el mundo había catado ya demasiado vino y mi madre anunciaba que era hora de cenar. Las almas no recordadas cuyas floridas iniciales aparecían grabadas en nuestra cubertería de plata nunca habían cruzado el Atlántico, y mucho menos oído hablar de la calle Ciento seis y el parque Straus, y tampoco de las generaciones venideras que algún día heredarían sus cucharas.

Alrededor había otras tres mesas ya puestas, pero todavía sin comida. Un rincón maravilloso para desayunar todos los días. A mi izquierda estaba el herbario: especias, lavanda, romero, toques de Provenza por todas partes.

Me quedé mirando el paño blanco, que tenía un brillo de almidón y parecía haber sido lavado, esponjado, planchado y doblado por manos cariñosas.

—A ver, ¿dónde os habéis conocido?

—En el salón.

—No —dijo Clara antes de apoyar de nuevo el codo en mi hombro—. En el ascensor.

—¿En el ascensor?

Entonces lo recordé. Por supuesto. En efecto, había alguien en el ascensor. Recordé que el portero me había acompañado al ascensor, y, alargando su grueso brazo uniformado entre las puertas correderas, pulsó el botón, lo cual me hizo sentir a un tiempo halagado e inútil ante una mujer con una gabardina azul marino que se afanaba en limpiarse la nieve de las botas. Me

había sorprendido esperando que fuera una invitada a la fiesta, pero dejé de desearlo cuando salió del ascensor varias plantas antes que yo. Estaba tan convencido de que no volvería a verla que no comprendía cómo era posible que la mujer sentada ante mí en el invernadero fuera la misma cuyos ojos, ahora que el recuerdo acudía a mi mente, se habían clavado en mí con una expresión a medio camino entre «¡Ni se te ocurra!» y «¿Así que a ti tampoco te va la charla insustancial, eh?». ¿Se había acercado Clara a mí en la fiesta para presentarse porque consideraba que ya habíamos roto el hielo en el ascensor? ¿O acaso me pasaban cosas buenas porque había desistido de buscarlas? ¿O es que hay un designio en nuestros astros siempre y cuando lo ignoremos o, como en el caso de los oráculos, siempre y cuando hable con una lengua enroscada?

¿Habíamos hablado en el ascensor?, le pregunté.

Sí.

¿Y de qué hablamos?

—Tú dijiste que era extraño encontrar en Manhattan un edificio que tuviera planta decimotercera.

¿Y qué me contestó ella?

¿Acaso un comentario tan estúpido dicho con la intención de ligar merecía respuesta?

¿Y si no hubiera sacado a colación la planta decimotercera?

Esa es una pregunta para nota. Y, como ya te he dicho, esta noche no contesto a preguntas para nota.

¿Estaba invitada a otra fiesta en el mismo edificio?

Vivía en el mismo edificio.

Vivo aquí. Al principio me sonó a *Vivo aquí, tonto*, pero de inmediato comprendí que en realidad era la confesión de algo muy íntimo, como si mi

pregunta la hubiera acorralado en un rincón que no era otro que las cuatro paredes en las que vivía con Inky, su ropa, sus cigarrillos, su piedra pómez, su música, sus zapatos. Vive en este edificio, pensé. Aquí es donde vive Clara. Incluso sus paredes, para las que no tiene secretos y que lo oyen todo cuando está a solas con ellas, con las que habla porque no son ni mucho menos tan sordas como la gente cree, saben quién es Clara, mientras que Inky, yo y todos aquellos que le han causado tormento y tortura no tenemos ni la más remota idea.

Vivo aquí. Como si por fin hubiera confesado algo que yo jamás habría adivinado si ella no se hubiera visto obligada a reconocerlo; de ahí el tono de queja un tanto irritada y dolida con que había pronunciado las palabras, como si dijera: *Pero si en ningún momento ha sido un secreto. ¿Por qué no me lo habías preguntado antes?*

Y entonces mis pensamientos fueron por otros derroteros. ¿Podía Inky haber bajado al piso de Clara en lugar de irse a Darien? ¿La estaba esperando de morros? ¿Dónde has estado todo este rato? Arriba. Te he estado esperando y esperando, esperando. Pues no haberte ido de la fiesta. Sabías que te esperaría. ¿Y por qué no te has largado a Connecticut? Demasiada nieve. ¿O sea que te quedas a pasar la noche? Sí.

—Un momento —intervino Hans—. ¿Me estáis diciendo que habéis estado charlando y tomando copas sin saber que ya os habíais conocido en el ascensor?

Asentí con un gesto débil que no consiguió su propósito.

—No me lo creo.

Sentí que la sangre se me agolpaba en las orejas.

—Se está... ruborizando —señaló Clara en un susurro audible.

—Ruborizarse no siempre significa que uno esté ocultando algo —repliqué.

—Míralo, se está ruborizando otra vez —apuntó Clara.

Sabía que negarlo desencadenaría una sucesión de minirrubores.

—Ruborizado, sonrojado, turbado. Hombres...

Estaba a punto de contradecirla cuando volvió a suceder. Entre la guasa confundí un pedazo de sushi dispuesto sobre un lecho de arroz con una galleta salada, lo mojé en salsa y me metí en la boca otra de aquellas bolas abrasadoras. Esta vez ocurrió sin aviso previo por parte de Clara. En cuanto le hiqué el diente percibí que aquello no era una galleta, ni pescado crudo ni col marinada, sino otra cosa, algo malhumorado y con malas pulgas que acababa de iniciar un proceso que duraría mucho tiempo, tal vez para siempre. Y entretanto me odié porque después de morderlo supe que debía escupirlo de inmediato, aunque en el invernadero no hubiera ningún lugar donde escupir, salvo mi servilleta. Sin saber por qué, decidí tragármelo.

Aquello era peor que el fuego. Lo arrasaba todo a su paso. De repente vi mi vida y hacia dónde se dirigía. Me sentía como un hombre que despierta en plena noche y, al amparo de la oscuridad, descubre que casi todas las defensas con que cuenta de día lo han abandonado como los centinelas pobres y mal pagados que son. Los monstruos que de día logra domesticar se han desbocado, dragones que escupen fuego, y mientras suda bajo la manta de repente ve —como quien abre la ventana de la habitación de hotel en plena noche y contempla el panorama desconocido de un pueblo desierto— cuán triste y desolada ha sido su vida, como esta siempre ha errado el blanco y escatimado esfuerzos a cada paso, extraviada como un buque fantasma que va de puerto en puerto sin detenerse nunca en el que él siempre ha sabido que es el suyo, porque en medio de esta noche fatídica de pronto se da cuenta de otra cosa: que la misma idea del hogar es poco más que un parche, que todo es un parche, incluso pensar es un parche, como lo son la verdad, la felicidad y hacer el amor, y hasta las palabras con que intenta caer de pie cada vez que

nota moverse el suelo; todo eso son parches. ¿Qué he hecho?, pregunta. ¿Cuán siniestras son mis alegrías, cuán frívolos mis rodeos engañosos, que me arrebatan la vida y me fuerzan a vivir otra? ¿Qué he hecho? ¿Cantar en la tonalidad equivocada, decir cosas en el tiempo verbal equivocado y en una lengua inteligible para todos, pero carente de sentido para mí?

¿Quién es él cuando abre la ventana y contempla Bellagio y está solo toda la noche y nadie observa ni su sombra, ni su coro de farolas con cabeza en llamas, ni a la persona que ahora duerme en su cama sin saber que lo que mira con tanta hiel en el corazón es su vida en la orilla opuesta, la vida que casi está allí, la vida que pasamos mirándola y llegamos a creer que fue concebida para ser mirada, no vivida, la vida que nunca sucede porque, sin que nosotros lo sepamos, alguien la contempla desde la orilla de muertos? ¿Quién es él si el mismísimo lenguaje del que reniega es el único que habla, si la vida a la que engaña es la única que existe?

Quería pensar en Muffy y sus dos *gemelline* para provocar una carcajada en mi corazón. Pero no brotó carcajada alguna. Noté que las lágrimas me rodaban una vez más por las mejillas, pero estaba sufriendo demasiado para dilucidar si eran lágrimas de dolor, de pena, de gratitud, de amor, de vergüenza, de pánico o de repulsión, porque experimentaba todos esos sentimientos a la vez, el miedo a llorar, la vergüenza de llorar y la vergüenza de mi propia vergüenza, el miedo a que mi cuerpo me traicionara cada vez que se ruborizara, vacilara, hablara a destiempo o no encontrara nada que decir..., siempre buscando algo en lugar de no buscar nada, algo en lugar de nada.

Así que todo se reducía a eso: a ese momento, esas lágrimas, esa cena en un invernadero, esa fiesta, esa mujer, ese fuego en mis entrañas, ese jardín en la azotea, esa cúpula de cristal a un mundo entero de distancia con su panorámica invernal del Hudson y aquel infatigable haz de luz celestial, que

aparecía cada vez que pensaba que alguien por fin lo había apagado y que ahora surcaba el cielo como un presagio perezoso de los numerosos desiertos que me aguardaban y de los vertederos cubiertos de tierra baldía que quedaban atrás. Todo eso significaba una sola cosa: que, para algunos, ser humanos era algo natural, mientras que para otros era algo aprendido, como una costumbre adquirida o una lengua olvidada que hablan con acento extranjero, del mismo modo que algunas personas viven con prótesis, porque entre ellas y la vida se abre una trinchera que ningún puente, ningún *corvus* puede salvar porque el amor se pone en tela de juicio, porque se pone en tela de juicio a las *otras personas*, porque algunos de nosotros —y yo me sentía así en el invernadero— somos humanoides con tarjeta de residencia arrojados entre los terrícolas. Nosotros lo sabemos, ellos no. Y en parte lo que deseamos con vehemencia es que por fin lo sepan, pero que no lo sepan. Y lo que en definitiva nos mata es descubrir que siempre lo han sabido, puesto que ellos también se sienten así, razón por la cual, si el hecho de que lo supieran se había considerado antaño un consuelo, ahora era un consuelo llegado del infierno, ya que, como decía mi padre, no había esperanza y las cosas eran mucho peores de lo que temíamos.

En lo único en que podía pensar mientras estaba sentado con los ojos cerrados era el miedo: miedo puesto al descubierto, miedo de atreverme y de que me sorprendieran atreviéndome, miedo de desear y esperar con tanta desesperación pero no la suficiente para atreverme a hacer algo por lo que mereciera la pena ser sorprendido, miedo de revelárselo todo a Clara, miedo de que nunca me perdonaran; miedo de escupir aquel Mankiewicz como si fuera una mentira que me hubiera atragantado toda la noche, pero que no supiera por qué otra cosa sustituir, miedo de conservar esa mentira un rato más, como había hecho toda la vida, hasta que perdiera sus aristas y se tornara tan vulgar como el agua de la vida.

—Qué horror —oí decir a Clara.

La miré con expresión implorante, como si le dijera: Concédeme unos minutos, no empieces a machacarme todavía, espera, deja que recobre el aliento.

Oí un barullo de voces que se acercaban.

Hans hizo sonar una campanilla para pedir agua.

Tardé unos segundos en comprender que debía de haber perdido el conocimiento o algo por el estilo, pues al abrir los ojos vi que otras personas se habían unido a Hans y Clara, y se estaban sentando a las mesas adyacentes.

—No hables —ordenó Clara como quien se encuentra a alguien tendido en la acera y le indica que no se mueva hasta que llegue la ambulancia.

El camarero trajo un vaso de agua con cubitos de hielo y se lo tendió a Clara, en cuyo rostro vi la leve impaciencia, la mirada firme de un torturador avezado que conoce desde hace tiempo los efectos indeseables de los interrogatorios y siempre encuentra un frasco de sales para conseguir que el interrogado vuelva en sí y devolverle el dolor.

Cogí el vaso y empecé a beber sorbos jadeantes, casi sollozantes.

Volví a escudriñar el rostro de Clara. *Un traguito más*, parecía decir, y otro, y otro más. Hablaba con un niño pequeño, no con un compañero de copas. Me miraba con la expresión de la hija exhausta junto al lecho de un progenitor muy enfermo que lleva semanas sin querer comer. Al cabo de un segundo aquella expresión de pena y preocupación se trocó en otra más dura, de exasperación como si pasara de mí y se limitara a cumplir con la tediosa obligación de cuidarme hasta que llegara el relevo.

¿A qué se debía aquel cambio? La hostilidad repentina. La indiferencia fingida. Las bromitas con Beryl y Rollo de fondo mientras yo agonizaba. Deja de aparentar que no te importa.

—Bebe más agua. Bebe, por favor.

Y mientras yo bebía:

—¿Se puede saber qué te pasa?

Era lo más dulce que podía decirme. *¿Se puede saber qué le pasa a tu boca? Deja que te acaricie los labios, deja que te bese los labios, tus labios, tus dulces, pobres, infelices y abrasados labios.* Yo me apiadaría al instante.

Al final empezó a aclarárseme la vista. Todavía me ardía la boca y notaba los labios bastante hinchados, pero al menos podía hablar. Para quien acaba de tener una pesadilla, aquello era como el amanecer. Pronto despuntaría la luz del día, que es cuando los monstruos se retiran y disuelven en el rocío como leche en un tazón de té caliente. Tal vez aquel no fuera el final del tormento, y una parte de mí, incluso mientras yo procuraba sobreponerme lo antes posible, deseaba que no hubiera terminado todavía y ya echaba de menos el estallido silencioso y confuso de dolor y pánico que, según sabía, era mi modo de suplicarle que echara un buen vistazo a lo que cualquiera con dos dedos de frente habría adivinado de inmediato.

Era como si por fin le hubiera mostrado mi cuerpo o hecho algo con él para tocar el suyo. Por torpe que fuera mi gesto, experimenté el alivio de un soldado herido que en un impulso agarra la cálida mano de su enfermera y se la lleva a la entrepierna.

—¿Estás mejor?

—Sí —contesté.

Mientras miraba a los que se habían congregado más o menos alrededor, algunos con los platos y las servilletas enrolladas alrededor de cubiertos de la época en que los padres de Hans habían huido del Viejo Mundo, comprendí que, pese a sus burlas sobre mi reacción a los Mankiewicz, aquella era una de

las veladas más hermosas que había pasado en mucho tiempo. Hans, Pablo, Pavel, Orla, Beryl, Tito, Rollo, desconocidos todos ellos.

Clara recordó a todo el mundo que pronto tendrían que salir para oír la misa del gallo.

—Solo una horita —explicó.

El año que viene, propuso alguien.

—Además, Inky no está —señaló Pablo.

—Se ha ido —dijo Rollo acudiendo en ayuda de Clara.

—Exactooooo —confirmó Clara para indicar que dejaran correr el asunto.

—No puedo creerlo —comentó alguien que, según me explicó Clara más tarde, era Pavel.

Alguien meneaba la cabeza. *¡Clara y los hombres de su vida!*

—No tenéis ni idea de lo harta que estoy de los hombres, cada uno con su polla tiesa como una pistola de agua...

—Por el amor de Dios —la atajó Pablo—. Otra vez Clara con su rollo de estoy harta de los hombres.

—Lo cual te incluye a ti, Pablo —espetó ella—; a ti y a tu lastimosa polla.

—Deja tranquila a mi polla. Ha estado en lugares donde no ha estado la polla de ningún hombre, te lo aseguro.

—¿Y él? —preguntó malhumorada Beryl refiriéndose a mí—. ¿De él también te has hartado ya?

—No quiero saber nada de ellos, ni este invierno ni el resto del año. Antes besaré a una mujer que a un hombre. Me acostaré con una mujer antes que permitir que un hombre me roce con su polla.

Y a fin de demostrar que hablaba en serio se dirigió hacia la mesa de Beryl, se sentó junto a ella, acercó los labios a su boca, le dio unos cuantos besitos suaves y luego empezó a morrearla. Ninguna de las dos se resistió,

ambas cerraron los ojos y el beso, que había comenzado como una broma, no habría podido parecer más apasionado o aquiescente.

—¡Toma ya! —exclamó Clara tras separarse de Beryl sin darle tiempo a que se recobrara—. ¿Está claro? —dijo a nadie en particular.

—Si hasta besa bien —comentó Beryl.

Fue un beso salvaje. Yo había supuesto que estar en plan caracol significaba: «No estoy preparada, quiero irme a casa, llévame a otra parte, quiero estar sola, déjame encontrar el amor sin los demás, déjame volver a mis paredes, mis fieles, incondicionales y robustas paredes. Pero no, el beso había sido brutal. Podemos follar, pero no encontraremos el amor, no lo encontraré en mí, para ti, con nadie. Por eso tu presencia me estorba. Me hablaba a mí, ahora estaba casi seguro. Incluso tu paciencia me agota. Todo en ti —tú, tu silencio, tu tacto, tu puta contención, tu forma de seguirme la corriente esperando que no me dé cuenta—, todo me agobia, no es amor lo que necesito, así que déjame en paz». Las dos mujeres volvieron a besarse.

Cuando terminaron, Hans fue el primero en hablar.

—Esto empieza a parecer una película francesa. Todo tiene más sentido en las pelis francesas.

A fin de no parecer demasiado perturbado por el beso entre las dos mujeres, comenté que no estaba seguro de eso. Las películas francesas no trataban de la vida, sino del romanticismo de la vida. Del mismo modo que no tratan de Francia, sino de la idea romántica de Francia. En última instancia, las películas francesas tratan de películas francesas.

—Tu observación también es como una película francesa —indicó Clara mientras regresaba a nuestra mesa, la voz teñida de impaciencia, como si dijera: Basta ya de juegucitos intelectuales.

»Mi vida como una película francesa... No es mala idea —prosiguió la fiesterera cansada de juegucitos intelectuales—. A lo mejor debería verla esta

noche. —Y como si se lo hubiera pensado mejor, agregó—: No, ya la he visto demasiadas veces. El mismo argumento y el mismo final.

—Las películas francesas van de parisinos bien educados —terció Hans—, no de judíos dispéuticos del Upper West Side que toman antidepresivos. —Un instante de silencio estupefacto—. Dicho esto —añadió al tiempo que se levantaba y se volvía hacia mí para estrecharme la mano—, *enchanté*. —Se iba del invernadero—. Vuelve en Nochevieja. Lo digo en serio. Pero no se lo digas a Monique.

—¿Quién es Monique? —pregunté a Clara en cuanto Hans nos dejó a solas.

—Su amor que ya no lo es —explicó Clara.
Reflexioné sobre la información.

—¿Tú también fuiste su amor alguna vez?

—Podría haberlo sido.

—Pero no quisiste.

—No es tan sencillo.

—¿Por Gretchen?

—Gretchen me habría empujado a hacerlo, no lo contrario. Por Gretchen..., menuda idea.

—Pura curiosidad.

—Para tu ninformación, la nanfibalencia también afecta a las mujeres —comentó al cabo de unos instantes.

—¿Y ahora estás experimentando un brote? —inquirí, encantado con mi osadía y sabedor de que comprendería perfectamente a qué me refería—. Porque ahora mismo yo no la tengo.

—Ya sé que tú no.

Era lo más que se había acercado a mí en toda la noche.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé y punto.

—No pierdes comba, ¿eh?

—No. ¿Acaso no es por eso por lo que te caigo bien?

—Recuérdame que no me líe en la vida con una mujer que nunca pierde comba.

—¿Cuándo quieres que empiece a recordártelo?

—Ahora mismo. No, ahora no. Es un momento demasiado agradable y lo estoy pasando muy bien.

Y entonces, antes de que yo pudiera añadir algo, llegó ese gesto capaz de cambiar vidas. Clara acercó la mano a mi rostro con suma lentitud y me acarició las mejillas con el dorso.

—Estoy tan, tan en plan caracol que no puedes hacerte una idea. No es como en las películas francesas, me temo. En la jerga de las revistas, estoy a esto de no ser una persona sana —dijo acercando el pulgar al índice todo lo posible sin que se rozaran.

—A lo mejor no deberías leer revistas.

Hizo caso omiso del comentario.

—¿Puedo decir algo?

—Por supuesto —respondí con un nudo en la boca del estómago.

—Ahora mismo yo sería una mala compañía para cualquiera —explicó, queriendo decir que sería una mala compañía para mí.

Me la quedé mirando.

—Al menos eres sincera. ¿Lo eres?

—Casi nunca.

—Eso también es sincero.

—La verdad es que no.

Entonces la gente empezó a interrumpirnos e inevitablemente Clara desvió

su atención hacia otros invitados, momento en que nos recordó de nuevo la misa del gallo.

Entramos en la catedral de Saint John con la misa ya empezada. A ninguno de nosotros le molestó llegar tarde. Nos limitamos a unirnos a la muchedumbre que abarrotaba la entrada y observar a los feligreses desfilar por la nave en busca de un asiento libre entre los que ya se habían sentado en los bancos. El ambiente estaba poblado de la luz de las velas, música, banderas y el susurro de un sinfín de pisadas en el pasillo central.

—Nos quedamos diez minutos, no más —anunció Clara mientras los dos nos dirigíamos hasta el deambulatorio acordonado. Luego volvimos sobre nuestros pasos y nos abrimos camino entre el gentío hasta que nos topamos con los integrantes de nuestro grupo que se encaminaban hacia el transepto —. Judíos consumibles —añadió refiriéndose a todos nosotros.

Por fin encontramos en una capilla abovedada un rinconcito vacío donde apoyarnos y nos dedicamos a observar a los turistas mientras escuchábamos una composición para órgano de estilo *new age* que pretendía inspirar a los presentes.

Quizá fuera la combinación de Clara, iglesia, nieve, música, nuestro romance con Francia y las velas votivas que los dos encendimos con un deseo silencioso lo que me hizo pensar en las películas de Eric Rohmer. Pregunté a Clara si las había visto. No, ni siquiera había oído hablar de él. Pero enseguida se corrigió. ¿No eran esas en que los personajes no hacían más que hablar? Sí, en efecto, contesté. Le dije que ofrecían un ciclo de Rohmer en el Upper West Side. Me preguntó dónde. Se lo dije.

—Para algunos de estos turistas debe de resultar mágico viajar hasta Nueva York desde quién sabe dónde y encontrarse en esta misa del gallo —comentó.

Ella acudía todos los años desde que tenía uso de razón. La imaginé con

sus padres, luego con compañeros de clase, amantes, amigos y ahora yo.

—Algún día abrirán el transepto y terminarán la catedral.

Recordé haber leído que la catedral se había quedado sin fondos, por lo que había despedido a los canteros y los albañiles y guardado las herramientas. Tal vez al cabo de cien años reemprendieran la construcción... o no.

—El hombre que colocará la última piedra ni siquiera ha nacido todavía.

Fue la última frase que pronunció la fiestera antes de reunirnos a todos y conducirnos hacia la puerta principal. Sus palabras permitían ver las cosas con cierta perspectiva, me dije. Las lámparas de gas de hacía un siglo y el último cantero dentro de cien años. Me sentí muy, muy pequeño...; nuestras ciénagas, nuestra fiesta, nuestros dardos silenciosos, nuestra noche en la terraza contemplando el haz de luz en el firmamento plateado mientras hablábamos de la eternidad, al cabo de cien años quién sabía, quién querría saber, a quién le importaría. A mí. Sí. A mí.

En el camino de regreso por la nieve, ella y alguien de la fiesta a quien todavía no conocía se adelantaron corriendo, cogidos de la mano, y al poco empezaron a arrojarse bolas de nieve. No había tráfico en dirección al extrarradio, por lo que caminábamos por Broadway, sintiéndonos como peatones privilegiados que hubieran recuperado su ciudad. Cuando nos disponíamos a cruzar el parque Straus, Clara volvió a mi lado, se colgó de mi brazo e insistió en que paseáramos los dos por el parque, su lugar favorito del mundo, según me dijo. ¿Por qué?, pregunté. Porque estaba en medio de todo y en medio de nada, en otra parte: resguardado, a salvo, sin nada que lo toque, un refugio particular adonde uno va para darle la espalda al mundo. O para ponerse en plan caracol, añadí con la intención de burlarme de ella, de nosotros; incluso el monumento a la Memoria estaba en plan caracol, dijo. En efecto, la estatua estaba absorta en sus pensamientos. Me apetece un trago de

vodka helado, dijo cuando salíamos del parque. Y luego algo dulce, un postre. Sí, como Hopkins, añadió. ¿Por qué soy tan feliz esta noche?, tenía ganas de preguntarle. Porque te estás enamorando de mí y los dos juntos somos testigos de ello. A cámara lenta, muy lenta. ¿Quién sabe?, preguntas. Yo.

Nos apretujamos todos en el ascensor, dejamos los abrigos en el guardarropía y subimos corriendo al invernadero. Habían limpiado las mesas, que ya estaban preparadas para el postre y más copas. Una vez que se hubo servido el vodka, decidí esperar un rato, y tras la segunda ronda de postres comencé a dar a entender que había llegado el momento de irme. Eran más de las dos de la noche. Cuanto más fingía cierta inquietud velada por tener que anunciar mi partida inminente, más impelido me sentía a apresurarla. Quizá lo único que quería era que Clara se diera cuenta y me pidiera que me quedara.

Al final lo hizo.

—¿De verdad te vas? —preguntó, como si fuera algo que no podría haber imaginado de no habersele ocurrido a ella primero.

—¿Cómo? ¿Ya te vas? —exclamó Pablo—. Pero si acabas de llegar.

Esbocé una sonrisa afable.

—Yo... —terció Pavel, recalcando mucho la palabra— voy a servirle otra copa. No queremos que te vayas con el estómago vacío.

—Desde luego que no —convino Beryl.

—En fin, ¿te quedas o te vas? —preguntó Pablo.

—Me quedo —accedí, consciente de que no accedía a nada, porque estaba haciendo lo que de verdad quería.

—Vaya, por fin se decide —dijo Clara.

Cómo me gustaban aquellas personas, el invernadero, aquella isla diminuta

alejada de todos y todo cuanto conocía. Aquel refugio a resguardo del tiempo. Podía durar eternamente.

—Toma —dijo Pavel ofreciéndome una copa.

Cuando tendí la mano hacia ella, la apartó de repente, y cuando me acerqué para cogerla, me plantó un beso en la mejilla.

—No he podido resistirme —aseguró en voz lo bastante alta para que todo el mundo lo oyera—. Además, así se pondrá celoso, y adoro a Pablito cuando se pone celoso.

—Debo administrar el antídoto ahora mismo —intervino Beryl—. La cuestión es si me dejará.

—Puede que sí.

—Oh, seguro que sí —afirmó Clara con una indiferencia que me desarmó por completo.

—Bueno, antes de lanzarme, será mejor que pida permiso —dijo Beryl, con una risita tonta.

—No es a ti a quien quiere, pero por esa misma razón dejará que lo beses como ella te ha besado a ti delante de todos —señaló Rollo.

—¿Y a quién quiere entonces?

—A ella —respondió Rollo.

—En tal caso, no quiero saber nada de él —replicó Beryl.

—Ella está en plan caracol —terció Clara en referencia a sí misma.

—Y él está en reserva —añadí.

Nos miramos. Hilaridad y complicidad en nuestras palabras en apariencia razonables.

—Por cierto —dijo Clara—, no te he dicho mi nombre completo. Me llamo Clara Brunschvicg, escrito a la francesa. Y ya que me lo has preguntado, sí, mi nombre figura en la guía.

—¿Te lo he preguntado?

—Estabas a punto. O deberías. No es pregunta para nota...

Me tenía calado, mientras que yo no era capaz de ver nada por debajo de la superficie.

Brunschweig. Brunschwig, pensé. ¿Cómo se escribe? Brunswick, Brunchwik, Bushwick.

—¿Quieres que lo anote?

—Sé cómo se escribe Brunchweig.

Una vez más, aunque a regañadientes, hice ademán de irme. Sin embargo, debía de resultar tan evidente que estaba deseando que me pidieran que me quedara que a una sola palabra de Pablo y Beryl volví a encontrarme sentado con otra copa en la mano.

Beryl se acercó muy despacio y se plantó delante de mí.

—¿Estás enfadada conmigo? —inquirí.

—No, pero tenemos un asunto pendiente. Puede que más tarde.

Cuando por fin bajamos por la escalera de caracol, hallamos la fiesta en pleno apogeo, el salón entero agolpado alrededor del pianista de la voz ronca, que con toda probabilidad se había tomado un largo descanso y ahora volvía a estar sentado en el lugar de siempre cantando la misma canción que había interpretado horas antes. Ahí estaba el árbol de Navidad. El mismo recipiente de ponche. El rincón donde Clara me había dicho que parecía perdido. Allí, Clara y alguien a quien presentó como el Mankiewicz pidieron silencio, se encaramaron a dos taburetes y cantaron un aria de Monteverdi. Duró dos minutos. Pero cambiaría mi vida, mi modo de ver muchas, muchísimas cosas, de la misma manera que me habían cambiado la nieve y el haz de luz y el parque desierto y nevado. Al cabo de unos minutos el pianista de la voz ronca volvió a tomar el relevo.

A las tres y pico de la madrugada anuncié por fin que debía irme. Apretones de manos, abrazos y besitos. Cuando fui al guardarropía observé que la fiesta no tenía visos de acabar. Al pasar junto a la cocina me pareció percibir el aroma dulce, a chocolate y algo frito, de lo que tal vez fuera otro escuadrón de un ejército interminable de postres, o bien un desayuno temprano.

Beryl me siguió al guardarropía. Yo había perdido el comprobante, por lo que el encargado nos permitió entrar en el enorme y atestado cuarto. ¿Ella también se iba? No, solo quería despedirse y decirme cuánto se alegraba de haberme conocido.

—Me gustas —dijo—, y he pensado: Debo decírselo.

—¿Decírselo? —repetí, consciente de que estaba sonriendo.

—Decirle que había estado mirándolo y pensando: Si alguna vez se tercia, se lo diré. Mañana, cuando esté sobria, haré como si no se lo hubiera dicho, pero ahora mismo me parece lo más fácil del mundo, y solo quería que lo supieras... *Voilà!*

Era evidente que ya empezaba a dar marcha atrás. Yo habría dicho las mismas palabras a Clara.

No hablé, sino que le rodeé los hombros con un brazo y la atraje hacia mí en un abrazo amistoso, pero ella lo convirtió de inmediato en algo más, y casi sin darme cuenta la empujé tras uno de los inestables percheros y nos adentramos en la jungla de abrigos de pieles que llenaban la estancia como cadáveres sin desollar en un matadero, y allí empecé a besarla en la boca y tocarla por todas partes.

Nadie nos vio ni nos habría prestado la menor atención en caso de habernos visto. Sabía lo que ella quería y me satisfacía demostrar que lo sabía. Ninguno de los dos se cortó. La cosa debió de durar solo unos instantes.

—Menos mal que hay otras personas para frenarnos —dijo ella al acabar.

—Supongo que sí —repuse.

—No supongas nada.

No había habido ni una chispa de pasión por parte de ninguno de los dos, solo intercambio de fluidos.

Cuando salí del guardarropía con mi abrigo, vi a Clara hablando con alguien en el pasillo. Una parte de mí deseó que nos hubiera visto juntos.

—Seguro que sabes que está coladita por ti —comentó Beryl.

—Pues no.

—Todo el mundo se ha dado cuenta.

No recordaba que Clara me hubiera dado el menor indicio de estar coladita por mí. ¿Se lo estaría inventando Beryl para engañarme?

—¿De verdad tienes que irte? Te he buscado por todas partes —dijo Clara con una copa en la mano.

—*Ciao*, amor —dijo Beryl antes de dejarme a solas con Clara, no sin dedicarme un guiño destinado a revelar parte de nuestro secreto del guardarropía.

—¿Y eso a qué ha venido? —preguntó Clara.

—Será su forma de despedirse, digo yo.

—¿Habéis tenido un momento Vishnykrishnu Vindalu?

—¿Un qué?

—Da igual. ¿De verdad te vas con la nevada que está cayendo?

—Sí.

—¿Has venido en coche? No habrá forma de encontrar un taxi en una noche como esta.

—He venido en autobús y volveré a casa en autobús.

—El M5, mi autobús preferido del mundo. Vamos. Te acompaño a mi parada.

—Eh...

Ahí estaba yo, a punto de hacerlo otra vez, de intentar disuadirla cuando en realidad nada me apetecía más que estar con ella.

Tardamos más de veinte minutos en localizar a Hans y los demás para despedirme de nuevo.

Llegó el ascensor. Entramos en silencio, dos desconocidos que no saben qué decir pero se niegan a recurrir a cualquier tema para romper el silencio.

—Para tu información, este es el trece —explicó como si hablara de un amigo al que hubiéramos mencionado y ante cuyo edificio acabáramos de pasar—. Me viste bajar en el diez —prosiguió con una sonrisa.

Sonreí a mi vez. ¿Por qué tenía la sensación de que un minuto más en aquella situación acabaría conmigo? Estaba deseando llegar abajo, pero también sabía que apenas nos quedaban unos minutos juntos y no quería que se acabaran. Deseaba que Clara pulsara el botón de parada en cuanto las puertas se cerraran, dijera que había olvidado algo y me pidiera que mantuviera la puerta abierta. Quién sabe adónde habría llevado aquello, sobre todo si algunos de sus amigos me veían esperándola junto a la puerta abierta del ascensor... Quítate el abrigo y déjate ya de tonterías. O que el viejo y renqueante ascensor se detuviera entre dos plantas y nos dejara encerrados en la oscuridad para que aquella hora se convirtiera en una noche, un día, una semana, los dos sentados en el suelo abriendo nuestro corazón como no lo habíamos hecho en la fiesta, a oscuras, durante una noche, un día, una semana, oyendo los golpes del encargado de mantenimiento al manipular cables y poleas, ajenos a todo, volviendo a las *Noches blancas* de Dostoievski y el Nikolai Kuzmich de Rilke, que acabó con tanto tiempo en sus manos que podía permitirse el lujo de derrocharlo a su antojo, en billetes grandes o pequeños, gastar, gastar y gastar, y al igual que él, pediría al tiempo un préstamo cuantioso y dejaría que el ascensor permaneciera parado para siempre. Nos baja rían comida, bebida, incluso una radio. Nuestra burbuja,

nuestro hoyuelo en el tiempo. Sin embargo, el ascensor siguió bajando, séptima, sexta, quinta. Pronto acabaría todo. Pronto, sin duda.

Cuando llegamos al vestíbulo vi al portero de antes. Llevaba el mismo abrigo holgado de color marrón, cuyas mangas largas y raídas con ribetes amarillos recordaba del momento en que había pulsado el botón del ascensor haciéndome sentir halagado e inútil a la vez. Estaba abriendo la pesada puerta principal para que entraran los recién llegados. Estos se sacudían la nieve de las botas y agitaban los paraguas, tras lo cual decían su nombre a dos jóvenes con pinta de modelo que pasaban páginas y páginas de la lista de invitados escrita a un espacio, al final de la cual yo había señalado mi nombre escrito a mano. El invitado de última hora. La fiesta de última hora. La noche de última hora, la noche parche y adventicia.

Yo había sido uno de esos invitados horas antes. Ahora me iba; ellos llegaban. ¿Regresaría Clara a la fiesta, encontraría a otro desconocido junto al árbol de Navidad, comenzaría todo de nuevo?

Soy Clara. Puedo hacer esto sin parar, una vez más, una y otra vez, y muchas, muchas más, como el haz de luz sobre Manhattan, como el cantante de la voz ronca, como el pasillo que conducía por caminos invisibles hasta que, como por arte de magia, te llevaba de nuevo al punto de partida.

Antes de salir Clara deshizo el nudo de mi bufanda, me la enrolló al cuello una sola vez y la anudó. Su nudo. Me gustó.

—No pensará salir así, señorita Clara —advirtió el portero con voz áspera.

—Es solo un momento. ¿Me prestas tu paraguas, Boris?

No llevaba nada encima de la blusa púrpura.

—Lo llamo Boris por Godunov, o Feodor por Chaliapin, o Iván por el Terrible. Es fiel como un doberman.

El portero quiso sostenerle el paraguas.

—No te preocupes, Boris, quédate aquí dentro.

Yo quería prestarle mi abrigo, pero ese detalle por mi parte podría haberle parecido arrogante, así que decidí no molestar ni mostrarme entrometido y dejar que se congelara con la blusa púrpura transparente. De pronto, movido por un impulso, me quité el abrigo y se lo eché sobre los hombros..., molesto y entrometido, me daba igual. Me gustaba hacerlo.

Cogida de mi brazo mientras sostenía el enorme paraguas de Boris sobre los dos, Clara pasó por delante de la estatua de Franz Sigel. Bajamos con paso vacilante por la escalinata, ahora sepultada por la nieve. De pequeña venía a hacer snowboard, me explicó.

Riverside Drive, desierta y silenciosa, con montones de nieve, se había estrechado tanto que me recordó un camino sin asfaltar que condujera a un bosque que se extendía varios kilómetros hasta la aldea más cercana, con su mansión correspondiente. Podíamos incluso pararnos en medio de la calle sin preocuparnos por los coches, como si en noches como esta un Manhattan más amable y tranquilo como de libro de ilustraciones, adquiriera un tamaño humano y lanzara un conjuro a sus facciones por lo general duras.

La parada del autobús estaba en la otra acera.

—Me temo que tendrás que esperar un buen rato —advirtió Clara.

Acto seguido se quitó mi abrigo, me lo devolvió, tendió una mano y estrechó la mía.

Soy Clara. El apretón de manos.

El abrigo nunca volvería a ser el mismo.

Algo de ella había quedado impregnado en él.

Mejor dicho: algo de mí se iba con ella.

¿No era esa la razón por la que se lo había prestado?

Puntualización: Había más de ella en mí que de mí en mí.

Exacto. Había más de ella en mí que de mí en mí.

Y no me importaba. Si se convertía en mi dueña, no me importaba. Si

llegaba a leerme el pensamiento porque había llevado mi abrigo y lograba expresar mis pensamientos, uno por uno, no me importaba. Si sabía cuanto yo sabía, así como cuanto aún no sabía y quizá nunca llegara a saber, no me importaba. No me importaba. No me importaba.

Al poco me vi cruzando la calle. Clara permaneció inmóvil un instante, como si quisiera cerciorarse de que llegaba sano y salvo a la parada, el brazo izquierdo sobre el pecho aferrando las costillas derechas, como si quisiera indicar que podía convertirse en hielo en cualquier momento, pero que intentaría aguantar un poco más. Sentí el impulso de decir: «Volvamos. Hace demasiado frío. Volvamos a la fiesta». Sé que se habría reído..., de mí, de la idea, de la locura. Pídeme que te pida que volvamos arriba. Pídemelo y a ver qué te contesto.

Entonces, con el paraguas gigante en la mano derecha, agitó la izquierda para despedirse, dio media vuelta y regresó a casa como la propietaria de una mansión tras acompañar amablemente a un invitado hasta una verja pequeña y discreta, el último adiós de una campanilla oculta antes de que la verja se cierre tras el hombre.

Cuando llegara al autobús ocuparía el asiento más próximo a la puerta delantera, frente al conductor, y contemplaría el paisaje que se desplegaba ante mí, tal como lo había contemplado horas antes, solo que a la inversa. Ya tenía ganas de volver en autobús una y otra vez durante quién sabe cuántos meses. Tomaría ese mismo autobús los domingos por la mañana, los sábados por la tarde, los viernes y los jueves por la noche. Lo tomaría los días de nieve, los días soleados de primavera, y de regreso las tardes de finales de otoño, cuando la luz mortecina aún se refleja en los edificios de Riverside Drive, y pensaría en Clara escribiendo su tesina sobre las folías, en Clara hablando de Teaneck y *Noches blancas* en la terraza mientras

contemplábamos el haz de luz girar sobre Manhattan. El trayecto en autobús se convertiría en parte de mi vida, porque me conduciría a este mismo edificio, o bien pasaría siempre de largo ante él y me recordaría que dos paradas más allá me apearía en medio de una ventisca de cuento y retrocedería hasta una fiesta de Navidad en cuya lista de invitados siempre figuraría mi nombre escrito a mano. Tomaría aquel autobús tal vez mucho después de que Clara, Hans, Rollo, Beryl, Pablo y todos los demás se hubieran marchado de Nueva York, imaginando ese viaje ritual en autobús a través del tiempo tal vez por fin lograra olvidar que Clara seguía arriba, que no le había pedido que me deletreara su apellido, que siempre resultaba más fácil pensar en mundos desaparecidos, en amistades perdidas y en sobras de fiestas que esperar que Hans reiterara la invitación de que volviera al cabo de siete días.

Después de aguardar cinco minutos solo en la parada, empecé a pensar que el autobús no pasaría. Tenía miedo de parecer un imbécil si algún invitado a la fiesta me veía esperar un autobús que a todas luces nunca llegaría.

Miré hacia la azotea. Apenas cuatro horas antes estaba sentado en aquel invernadero, que ahora me miraba como si ni siquiera me conociese. De camino a él, Clara se había abierto un poco, me había hablado de Inky, de que este había conseguido, al menos durante un tiempo, alejar la oscuridad de su vida. Qué forma tan extraña de expresarlo. Yo había mirado la calle y me había prometido recordar aquello. Ahora mismo lo recordaba. Si vuelves la espalda a las cosas, se convierten en Bellagio.

Tras comprobar que no se acercaba ningún vehículo por la curva que había más allá del Drive, pasé ante el monumento a Franz Sigel, regresé a la acera de Clara y allí me quedé un rato, como si buscara alguna excusa para permanecer en su barrio, observando los edificios circundantes como un José moderno que echara un vistazo a los portales y sus porteros mientras María

esperaba en el coche, con la esperanza de que al final alguien abriera una ventana, gritara mi nombre en esa noche silenciosa y me ordenara con tono perentorio: *Sube de una vez, ahí fuera hace un frío que pela.*

Me imaginé entrando de inmediato en el edificio, sin prestar atención a las formalidades de Iván o Boris en la entrada a fin de no parecer poco entusiasta a ojos de quienes habían abierto la ventana y pronunciado mi nombre, al tiempo que procuraba adoptar el aire titubeante e indeciso de quien solo accedía con un desenfado *¿Por qué no? Pero solo un ratito, como una madre que permite a su hijo ver cinco minutos más la televisión.*

Vaya, estás helado, te vendría bien algo caliente. Venga, dame tu abrigo, dirían.

Y al poco estrecharía la mano de aquellos de quienes me había despedido minutos antes, y también la de los invitados recién llegados que había visto en el vestíbulo, como si fuera un viejo amigo que se presenta en la fiesta a tiempo para desayunar.

Y tanta prisa como tenías por irte.

¿Por qué te has ido?, dice ella mientras me tiende la copa de la que ha estado bebiendo toda la noche. Aquella copa, aquella copa, al cabo de un instante tendría en la mano aquella copa.

Me he ido... No sé por qué. Hay muchos motivos. No hay ninguno. Para adoptar una pose. Para dejar algo para más tarde. No quería hacerme pesado. No quería mostrar que lo estaba pasando en grande, que esperaba que no terminara nunca.

Quizá tenía otras cosas que hacer...

¿A las cuatro de la madrugada?

Tengo secretos.

¿Incluso para mí?

Sobre todo para ti.

Recuérdame que nunca me líe con hombres que tengan secretos a las cuatro de la madrugada.

Recuérdame que nunca me sienta tentado de decirlo todo, porque me muero de ganas de decirlo todo.

Empieza ya. ¿Por qué has vuelto?

Si lo preguntas, Clara, es porque ya lo sabes.

Dímelo de todos modos.

Porque no quería volver a casa todavía. Porque no quería estar solo esta noche. Porque no lo sé. El corazón empezó a latirme más deprisa mientras pensaba en añadir: Por ti.

¿Por mí? Palabras pronunciadas con la lentitud propia de Hans.

Qué hermoso decir *Por ti* o *Porque no quería estar solo esta noche*. Hola, no quiero estar solo esta noche. Quiero estar contigo. Y con tus amigos. En tu mundo. En tu casa. Y quedarme cuando todos los demás se hayan ido. Ser como tú, ser tuyo, estar contigo..., aunque estés en plan caracol, como yo, como Hans, como Beryl, Rollo, Inky y todo el mundo en esta ciudad, vivo o muerto, en plan caracol, náufragos, seres heridos y anhelantes, a solas contigo hasta oler a ti, pensar como tú, hablar como tú, respirar como tú.

¿Respirar como yo? ¿Lo dices en serio?

Con el entusiasmo, se me ha ido la mano.

Desde el centro de la calle alcé la vista y distinguí las siluetas de muchos invitados con la espalda apoyada contra las ventanas heladas, todos con los codos separados, lo cual significaba que tenían en las manos copas de vino y platos. ¿De verdad no tarda rían en servir el desayuno, como si de un demencial vuelo intercontinental nocturno se tratara?

¿Por qué me había acompañado Clara abajo? ¿Para acabar caminando por la nieve conmigo? ¿O en realidad tenía otras intenciones y yo había desbaratado sus planes al apretar el botón de la planta baja sin darle ocasión a

pulsar el de su piso? ¿Lo había hecho yo para demostrarle que la idea de ir a su piso ni se me había pasado por la cabeza? ¿O lo había complicado porque habría sido demasiado fácil soltar: Enséñame tu casa?

¿O acaso no quería estar con nadie esa noche? Quiero estar solo. Quiero irme a casa. Sin embargo quiero que me amen. Pues la distancia entre tú y yo, y, ya puestos, entre yo y yo, es de leguas, estadios y años luz.

Quiero amor, no otras personas. Quiero romanticismo. Quiero esplendor. Quiero magia en nuestra vida. Porque hay muy poca magia en el mundo.

Pensé en otros que habían estado antes en mi lugar, jóvenes a quienes el amor convierte en seres ilusionados y desprendidos, como Inky; que recorren largas distancias para plantarse delante de su casa y arrojar bolas de nieve a su ventana por la noche hasta que los pulmones les fallan, se marchitan y mueren, y lo único que queda es una canción y una huella congelada.

Deslicé una mano en el bolsillo. Estaba lleno de diminutas servilletas de papel. Durante la fiesta debía de estar tan nervioso que sin darme cuenta me había metido servilletas en los bolsillos cada vez que dejaba la copa o terminaba de comer algo. Recordé el pañuelo que Clara me había dado durante mi combate con el aperitivo picante. ¿Qué había hecho con él?

En el bolsillo también palpé la enorme invitación doblada con la dirección de la fiesta impresa con alegres florituras. Recordé vagamente que, mientras hablaba con Clara mi mano tropezaba a menudo con la invitación y jugueteaba con las esquinas, y yo experimentaba un repentino acceso de felicidad cuando conseguía juntarlas, atar cabos, y en la bruma de los pensamientos dispersos, recordaba que, si la tarjeta seguía húmeda a causa de la tormenta, eso solo podía significar que acababa de entrar en la casa, que la noche aún era joven, que aún faltaban horas y horas para que nos despidiéramos y que había tiempo más que suficiente para que pudiera suceder cualquier cosa. Y aunque tras esos brotes de felicidad se ocultara

algo parecido a un leve resentimiento por haberme visto arrastrado a aquella fiesta para que luego el amigo de mi padre me dejara plantado, tal vez en verdad no fuera resentimiento, sino una artimaña para desviar mis pensamientos de allí donde querían detenerse, si bien siempre volvían a Clara y a la inquietante sospecha de que tal vez Pooh hubiera orquestado parte de lo que había ocurrido esa noche. *Su padre ha muerto. Prometí cuidar de él. Se siente solo. No sabe qué hacer con su vida. Debe conocer gente.*

Eché a andar hacia la esquina de West End con la calle Ciento seis, en dirección al parque Straus. Quería pensar en ella, pensar en su mano, en su blusa en la noche helada, esa expresión cuando un sentido del humor perverso retorció todo cuanto habías considerado erróneamente inofensivo y directo y te recordaba que *A veces canto en la ducha* era una respuesta vulgar, aburrida y torpe. Quería pensar en Clara, pero al mismo tiempo me daba miedo. Quería pensar en ella de un modo oblicuo, oscuro, con moderación, como si la viera por la ranura de un pasamontañas en plena ventisca. Quería pensar en ella a condición de que pensara en ella por última vez, alguien en quien no conseguía concentrarme del todo, alguien a quien ya empezaba a olvidar.

Cuando me acerqué a una farola para examinar aquella sensación con más detenimiento y casi la vi inclinar su cabeza iluminada hacia mi hombro, como si a cambio de ayudarme a ver las cosas mejor buscara consuelo por esforzarse tanto en dármelo, empecé a pensar en la farola como si fuera una persona que comprendiera aquella sensación imbricada de casi felicidad y desesperación y me la explicara, puesto que me conocía desde hacía años y a buen seguro entendería quién era yo y por qué me había comportado como lo había hecho esa noche. Tal vez me dijera, si se lo preguntaba, por qué la vida había puesto a Clara en mi camino para luego observar cómo me revolvía tratando de agarrarme a una boya que no dejaba de hundirse. ¿O sea que tú lo

sabes, lo entiendes?, quería preguntarle. Oh, sí, lo sé y lo entiendo. ¿Y ahora qué hacemos?, pregunté. ¿Y ahora qué hacemos? Atraviesas media ciudad para ir a una fiesta y a la primera ocasión te largas cuando en realidad te morías por quedarte. ¿Qué quieres que te diga? ¿Quieres un consejo? ¿Una respuesta? ¿Una disculpa? Pues no los hay, espeta malhumorada. La única persona con la que hablaría ha muerto.

En el punto donde West End Avenue converge con Broadway advertí que tampoco allí habría forma de encontrar un taxi, y en cuanto al autobús M104 en dirección al centro, no tenía más probabilidades con él que con el M5 en Riverside. El mundo estaba cubierto por una capa de nieve espesa, luminosa, inmaculada. No se veía un solo coche, y los límites entre las aceras y las calzadas, entre las calles y el parque, entre el parque y ese momento invisible en que convergen Broadway y la punta más septentrional de West End Avenue, habían desaparecido. La nieve envolvía toda la zona y hacía que la ciudad semejava un inmenso lago helado del que sobresalían árboles y extrañas ondulaciones, los capós sepultados de los automóviles estacionados alrededor del parque Straus.

Dentro del parque, ramas heladas y centelleantes se estiraban hacia el cielo, un espectáculo caótico de manos desnudas, nudosas y serias tendidas haciendo señas desde los olivares de Van Gogh como los moradores de Calais acurrucados en el frío, mientras el blanco intenso reflejado en la base de las farolas hacía que todo pareciera inmaculado, saludable y ceremonioso, como si las farolas hubieran desfilado una tras otra a fin de abrir una pista de aterrizaje para los Reyes Magos perdidos que aparecen en Nochebuena.

Deshice el nudo que me había hecho en la bufanda y me envolví bien el cuello con ella, cruzando ambos extremos bajo el abrigo, como siempre había hecho. No hacía frío. Empecé a preguntarme si la nieve cuajaría y aguantaría hasta el día siguiente. Últimamente nunca pasaba. Caminando despacio por el

parque encontré un banco y me asaltó una idea disparatada. Tengo que sentarme aquí. Aparté la nieve con el guante, me senté y estiré las piernas como si me dispusiera a tomar el sol a primera hora de la tarde tras un almuerzo copioso.

Me gustaba aquel lugar, me gustaba el modo en que ambas avenidas y las calles adyacentes parecían fundirse en aquel punto y, al desaparecer en la nieve, desvelaban de repente que el Upper West Side poseía armonías secretas y recuadros ocultos que brotan ante ti como tenderetes en un mercadillo, recuadros nuevos que surgen con la nieve y se desvanecen en cuanto se derrite. Podría pasarme la noche entera allí y abrigar la esperanza de que la nieve permaneciera toda la noche y el día siguiente, de manera que pudiera regresar la noche siguiente y encontrarla todavía allí, sentarme de nuevo en el mismo banco, como si hubiera encontrado un ritual y un nodo propios, y confiar en que el lustre del momento se adueñara una vez más de mí, aun cuando supiera que la pátina luminosa que yo veía en el parque Straus se debía a la meteorología, al alcohol, al amor y al sexo, un accidente y nada más tal vez, como sentarme en ese banco y no en otro, o encontrar tanta belleza porque no había podido encontrar un taxi, o comerme un aperitivo picante en lugar de *crème fraîche*, no haber estado en la biblioteca, donde quizá habría conocido primero a Beryl y vivido una noche del todo distinta, tal vez mejor, sino detrás de un árbol de Navidad... De pronto todas aquellas casualidades se llenaban de una claridad radiante, de armonía y, por tanto, de felicidad..., felicidad que, como la nieve, sabía que no duraría, felicidad por los pequeños milagros cuando rozan nuestras vidas, felicidad como luz en un altar. Sabía que la noche siguiente regresaría a ese lugar.

No sabía nada de ella. Conocía su nombre de pila, ignoraba cómo se escribía su apellido, la había visto besar a un hombre y después a una mujer. ¿Quién era? ¿Qué hacía? ¿Cómo era? ¿Qué pensaban los demás de ella?

¿Qué pensaba de sí misma, de mí? ¿Qué hacía cuando estaba sola y nadie la observaba?

Tal vez lo único que quería era quedarme allí sentado y pensar, y pensar en nada, ensimismarme, soñar, hallar hermosas todas las cosas y, al contrario de lo que había hecho durante toda la noche, permitirme anhelarla, del modo en que anhelamos a alguien a quien sabemos que jamás volveremos a ver, o al menos en las mismas condiciones, a pesar de lo cual estamos resueltos a anhelarlo, porque el anhelo nos convierte en lo que somos, nos hace mejores de lo que somos, porque el anhelo llena el corazón.

Llena el corazón.

Al igual que la ausencia, el dolor y el duelo llenan el corazón.

No sabía qué significaba eso y tampoco confiaba mucho en mi criterio, pero mientras cavilaba sobre esas ideas peregrinas permanecía inmóvil, como si estuviera ocurriendo algo solemne e intemporal, no solo en aquel parque en uno de cuyos bancos estaba sentado, sino también en mi interior por haber entrado en ese lugar solitario y desierto llamado parque Straus, adonde las personas como yo vienen para estar consigo mismas y con todo cuanto las rodea. Con la ciudad, la noche, el parque, el llamativo rótulo de neón colgado sobre la farmacia al otro lado del parque y el que adorna el restaurante de pollo frito a su derecha.

Quería sentir pena de mí mismo, quería sentir pena por el hecho de desear siempre, desear y desear sin saber qué hacer ni adónde ir más allá del deseo. Quería poner una vela en el parque Straus, como uno hace en la iglesia cuando no está seguro de si reza para pedir algo o para dar las gracias por haberlo obtenido o bien por saber que existe, por verlo tan de cerca el instante fugaz en que se nos concede comprender que el simple deseo de conservar el recuerdo de su paso por nuestra vida posee las características no del anhelo, la esperanza, ni siquiera el amor, sino de la adoración.

Esa noche ella era el rostro que ponía a mi vida y a mi forma de vivirla. Esa noche ella era mis ojos abiertos al mundo que me observaba a su vez.

Esa noche me había acercado tanto..., una sola mirada más y te besaré, Clara, como tú has besado a Beryl, tu lengua en su boca, por eso he besado a Beryl, mi lengua, su lengua, tu lengua, la lengua de todos.

Si de mí dependiera, pondría la vela imaginaria ahí mismo y la clavaría en la nieve como Clara había clavado la copa en la nieve de la balaustrada. La dejaría allí. Y no encendería una sola, sino muchas velas, y las colocaría a lo largo del parterre de flores secas que rodeaba la estatua de la Memoria, y cubriría la estatua, de los pies a la cabeza, de velas delgadas, como se hace con las vírgenes y los santos en los pequeños altares que hay en las calles de los pueblos de España, Italia y Grecia, hasta que brillaran por todo el parque Straus, como fuegos fatuos en esos cementerios húmedos y fangosos donde las almas de los difuntos se levantan de noche para deambular cual luciérnagas apretujadas a fin de no pasar frío hasta el alba, porque los muertos se portan bien unos con otros.

Me quedaría sentado aquí, no me movería. Me congelaría por ella. Porque esa noche ella era el rostro que ponía a mi vida y al modo en que no había aprendido a vivirla.

Quizá fue el frío lo que hizo aflorar las lágrimas a mis ojos; tal vez había bebido demasiado para saber a qué se debían. En cualquier caso, mientras miraba una de las farolas más próximas a mí, empecé a ver doble, y el poste, que hasta entonces me había parecido inclinado, de pronto comenzó a oscilar, como si intentara desarraigarse para arrastrarse hacia mí, renqueando como un mendigo de piernas contrahechas.

Entonces vi la ramita centelleante que pendía justo encima de mi cabeza y la toqué. Estaba cristalizada. Tiré de ella, pero era imposible arrancarla. ¿Qué

pasaría si tiraba con más fuerza? Quizá la ramita se rompiera y yo me cortara. Imaginé la sangre brotando de mi dedo y goteando sobre la nieve. Eché la cabeza hacia atrás y pensé en lo que diría mi padre: *Esto no es nada nuevo. Llevas años así. Y nadie puede ayudarte. Vida en mi sangre, alma de mi vida.*

¿Qué diría Clara si viera mi dedo ensangrentado? La imaginé acercándose con sus zapatos granate y deteniéndose ante mí en la nieve.

¿Se puede saber qué te pasa? Déjame ver.

No es nada.

Pero estás sangrando.

Sí, ya lo sé. El soldado en las trincheras, ya sabes.

¿Te estás compadeciendo de ti mismo?

No respondí. Pero sí, me estaba compadeciendo de mí mismo. Y odiándome.

Clara arranca un jirón de su blusa púrpura y me venda el dedo y la muñeca. Pienso en la princesa de Clèves atando un lazo amarillo a un bastón de madera que pertenece al hombre al que ama. Aquel jirón alrededor de mi verga, mi carne, mi polla, mi todo en tu dobladillo, en tu mano, en tu muñeca, tu muñeca, tu muñeca, tu dulce, manchada y bendita muñeca. Mira lo que has hecho. Sonríe. Intento concentrarme. Se te podría infectar.

¿Y si se infecta?

Deja que me concentre, mientras me cura la herida.

Luego, cuando termina de ser mi enfermera: ¿Por qué lo has hecho?, pregunta.

Por todo lo que he deseado y nunca he tenido.

Por todo lo que has deseado y nunca has tenido. Te morirás de frío si te quedas aquí sentado.

¿Y? ¿Crees que me importa pasarme toda la noche aquí sentado y que mañana por la mañana me encuentren congelado si es por ti?

¿Por ti o por mí?

Me encogí de hombros. Ignoraba la respuesta. Ambas respuestas eran correctas.

—¿Le ocurre algo?

Era un policía uniformado que acababa de cerrar la puerta del coche patrulla y atravesaba el parque en dirección a mí. Parecía el único ser vivo que quedaba en el planeta aparte de mí.

Negué con la cabeza y fingí mirar hacia otro lado. ¿Acaso había estado hablando solo todo ese rato?

—¿Se encuentra bien?

—Sí, agente. Solo intentaba serenarme.

Serenarme... A la gente la detienen por hablar así.

—No estará pensando en hacer ninguna tontería, ¿verdad?

Sacudí de nuevo la cabeza y sonreí. Por segunda vez esa noche.

—¿Ha bebido?

—Sí, mucho. Demasiado.

—Feliz Navidad.

—Igualmente, agente...

—Rahoon.

—¿Rahoon como en «Ella llora sobre Rahoon»?

—No conozco esa canción.

—No es una canción, sino un poema. Irlandés.

—¡No me diga!

Estuve a punto de soltar «sí le digo», pero me pareció más conveniente callar.

—¿Y qué le pasa? ¿Problemas amorosos?

El agente cruzó los brazos. Vislumbré los bordes del chaleco antibalas bajo

la ceñida chaqueta azul.

—No, no tengo problemas amorosos. Es que mi padre ha muerto, y esta noche he estado pensando en él... Hace casi un año.

Y de repente recordé las palabras de mi padre: *Pronto ya ni siquiera sabré que estuve vivo*, y si mi sombra se tropieza con la tuya por la calle, no me brincará el corazón en el pecho como aquella noche en que asomaste la cabeza en mi habitación. Tanto amor y todo él desperdiciado, tantos libros y versos almacenados, y todo ello desaparecido. Miro esta mano y sé que pronto ya no la veré, porque ya no es del todo mía, al igual que mis ojos no son del todo míos, ni siquiera estoy aquí, mis pies ya han partido y encontrado un lugar más acogedor en Dios sabe qué huso horario más allá del Lete y el Flegetonte. Ni siquiera recordaré el Lete y el Flegetonte, ni las rebeldes aguas del río Shannon, ni a Fedón, ni al valiente Arístides, ni los largos discursos de Tucídides que leíamos juntos. Todas esas palabras inmortales; desvanecidas. Bizancio, desaparecido. ¡Puf! Una parte de mí ya no me pertenece, al igual que la vida nunca me ha pertenecido en realidad, al igual que mi ropa, mis zapatos y el olor de mi cuerpo nunca han sido míos, al igual que ni siquiera «mío» es mío ya, mis pensamientos, mi pelo, mi todo se ha alejado de mí, y el amor ya no es mío, solo prestado, como un paraguas de un perchero viejo y maltrecho; tú y yo, paraguas en un perchero, aunque ahora tú estás más cerca de mí que la sangre de mis entrañas, el aliento de mi vida. Me miro al espejo y lo único que hago es despedirme de tu rostro y del mío. Te dejo por partes, mi amor, y no quiero que llores por mí, quiero llevarme esta imagen de ti adondequiera que me obliguen a ir y confiar en que, en cuanto mis ojos se cierren, eso sea lo último en desaparecer, porque dicen que lo último que ves es lo que te llevas a la eternidad, si es que «llevar» significa algo más allá del Lete y Flegetonte.

—¿Conoce Lete y Flegetonte, agente?

—¿Quiénes son?

—No importa.

Lo peor de morir es saber que olvidarás que has vivido y amado. Vives unos setenta años y mueres para siempre. ¿Por qué no puede ser al revés? Estar muerto setenta años, y añadir setenta más por si acaso, y luego vivir para siempre. A fin de cuentas, ¿para qué sirve morir? Me da igual que digan que ningún ser humano soportaría vivir más de una vida. Preguntádselo a los muertos, a ver qué dicen. Preguntad a los muertos qué no darían por estar aquí y ver la nieve que ha caído esta noche, disfrutar de una semana entera de noches estrelladas como estas o enamorarse de la mujer más hermosa del mundo. Preguntádselo a los muertos.

—«Prométeme una cosa», decía a menudo. «Que cuando llegue el momento, me ayudarás, pero solo si te lo pido, no antes, porque aguantaré todo lo que pueda.»

—¿Y se lo pidió?

¿Estaba el agente sonsacándome con astucia?

—No.

—Nunca lo piden cuando llega el momento. Entonces, ¿por qué está tan desanimado?

—Se tumbó para dormir unas horas y yo fui a pasear por el barrio como un hombre que sale de casa y hace tiempo para que una novia termine de recoger todas sus cosas, con la esperanza de que cambie de opinión, hasta que por fin llegué a un parque y supe por el silbido del viento entre los árboles helados que mi padre había llegado sano y salvo. Quería que le leyera a Plutarco. Dejé que sucediera.

—¿Adrede?

—Nunca lo sabré.

Dígame que no soy cruel, agente Ragoon. Dígame que él lo sabía, agente

Rahoon.

—Mire la luna.

—Buenas noches, luna —recité.

—Buenas noches, luna —repitió para seguirme la corriente al tiempo que meneaba la cabeza como diciendo: Menudo individuo.

Una mendiga había cruzado la calle y se acercaba a nosotros. Sin duda el parque era su dormitorio. Su baño. Su cocina. Su salón.

—Deme algo de pasta, señor.

Me llevé la mano al bolsillo.

—¿Está loco? —exclamó el policía antes de volverse hacia la mujer—. Largo de aquí.

—No se enfade con ella. Es Navidad.

—Espere a que le ponga sus sucios dedos encima y ya verá lo que queda de su espíritu navideño.

La mendiga, que había adivinado un corazón blando, se me quedó mirando con expresión suplicante.

Cuando estaba a punto de marcharme del parque Straus saqué un billete de cinco dólares y se lo deslicé en la mano con disimulo. *Por mi padre.*

—¿En serio?

—Déjelo, agente —dije.

Nunca se sabe, quise decirle. En otra época la vieja me habría pedido que me sentara en uno de los bancos, habría acercado un cubo, me habría lavado los pies, y luego me habría enviado a casa. Y por Clara también, debería haber añadido.

Rahoon y su coche se marcharon, volvió a reinar el silencio.

Mientras cruzaba lo que debía de ser la calle, no solo la acera, miré atrás, hacia el parque, y supe que habría dado lo que fuera por volver a vivir toda aquella noche tal como había transcurrido, hacer con el tiempo lo que los

romanos hacían cuando se atracaban de comida, regurgitar el tiempo, atrasar el reloj hasta las siete de la tarde y comenzar de nuevo en el parque Straus. Está nevando. Aún es muy temprano para ir a la fiesta. Pararé a tomar un té en esa cafetería. Luego me dirigiré hacia el edificio, fingiré no saber a ciencia cierta si esa es la dirección correcta, sacudiré el paraguas, observaré al corpulento ruso de voz estentórea franqueándome la entrada y me encaminaré hacia el ascensor, en cuya puerta gótica no hay el menor indicio del rumbo que tomará la noche. Quería empezar la velada desde el principio otra vez, y muchas veces más, porque no deseaba que terminara, porque, aun cuando tuviera algo de melancólico e inacabado, la aceptaría, melancólica e inacabada como era, y me consideraría doblemente afortunado.

La noche siguiente regresaría y encendería de nuevo las velas, una a una, y al mirar alrededor me parecería sentir que cada rincón del parque reflejaba todavía la presencia de Clara, conmigo, mi vida y cómo la vivo, mi padre, quien, sin que yo lo supiera, me había estado siguiendo desde el principio de la velada y a quien me aferraba como a una sombra que en cualquier momento se desvanecerá pero de pronto regresa para echar un último vistazo, como si hubiera olvidado las llaves, y luego vuelve otra vez, como si hubiera olvidado las gafas, y una vez más porque había olvidado comprobar si había cerrado el gas, y muchas veces más, como el pobre hombre inquieto y atormentado que apenas ha conocido el amor en su vida, como yo mismo regresaría a este lugar temiendo haberme dejado algo, consciente de que lo que dejamos atrás es nuestra sombra, pero que esta sombra nuestra es lo más real y duradero que tenemos.

Segunda noche

La vi enseguida. Estaba delante del cine. Alrededor de la taquilla se agolpaba bastante gente y la cola de quienes ya habían comprado la entrada se alargaba hasta media manzana. Desde la isleta situada en el centro de Broadway crucé la calle sin esperar a que cambiara el semáforo. Cuando volví a escudriñar la muchedumbre, había desaparecido. Estaba casi seguro de que era Clara.

Había pasado el día entero pensando en ella, y en dos ocasiones, durante la comida y más tarde en el Starbucks, habría jurado que la veía entrar y salir de mi campo de visión, como si el deseo de verla se me hubiera adelantado y hubiese colocado sus facciones a cualquier persona que guardara algún parecido con ella. Verla por tercera vez restaría toda espontaneidad y me permitiría decir lo que había tenido tiempo de ensayar horas antes, cualquier cosa, desde la sorpresa inicial y la alegría de toparme con ella hasta la mentira de que me costaba situarla... —*Ah, sí, anoche, la fiesta de Hans, claro*— y hasta un deseo desesperado y en exceso entusiasta de recuperar la sorpresa inicial y resistirme a la impostura barbotando algo en apariencia improvisada: *He estado pensando en ti todo el día, Clara, todo el día.*

Era lo que había estado haciendo todo el día: mientras buscaba una tienda abierta el día de Navidad y no encontraba ninguna, mientras comía con Olaf, que en una interminable parrafada puso verde a su mujer, en un tugurio abarrotado porque todos los demás locales estaban cerrados, mientras intentaba comprar regalos de Navidad el día de Navidad; todo el día salpicado de premoniciones confusas de que la noche anterior podía repetirse de principio a fin.

¿Tendría el valor de decírselo?

Me sorprendí formulando un deseo: le confesaría que llevaba todo el día pensando en ella a condición de que esa noche apareciera en la esquina de Broadway con la Noventa y cinco. Humilde, esperanzado y feliz, se lo diría, saliera como saliera.

O esto otro: Ahora mismo estaba pensando en ti, con una sonrisa y cierta sorna en la voz, casi como si dudara de estar diciendo la verdad. Ella sabría interpretarlo.

Por si acaso, adopté un aire de desconcierto y despiste, supuestamente causado por mi temeraria carrera para cruzar Broadway, lo cual también justificaría el hecho de que no hubiera advertido antes su presencia.

Esperaba que fueras tú... pero luego me he dicho que era imposible..., pero aquí estás.

Mientras probaba mentalmente aquellas frases como quien conjunta corbatas y camisas, procuré no mirar hacia la gente que había delante del cine. No quería que supiera que ya la había visto y solo estaba disimulando. Quería pensar que ella me reconocería antes y sería quien primero fuera al encuentro del otro.

Pero había otra razón para no mirar hacia donde se hallaba. No quería frustrar la ilusión ni la emoción de tropezarme con ella. Quería aferrarme a esa ilusión y, como un Orfeo bien educado resuelto a cumplir con su parte del trato, quería pensar que ella me había visto y ya se acercaba a mí, pero solo si yo no miraba atrás. Quería rodear con mis manos esa esperanza minúscula, furtiva y vergonzosa como si lo único que tuviera que hacer fuera apartar la vista, seguir apartando la vista, y si mantenía el engaño ella vendría por detrás, me taparía los ojos y diría: *¿Quién soy?* Cuanto más me resistía a volverme hacia donde ella estaba, en mayor medida sentía su aliento rozarme la nuca, más y más cerca, como cuando en la fiesta casi me acariciaba la oreja

con los labios cada vez que me susurraba algo. Había algo tan fascinante en aguardar y alimentar la esperanza sin dar señal alguna de saber que me estaban observando, que incluso me sorprendí intentando no esperar demasiado —Clara no podía estar aquí esta noche, ¿cómo me había pasado por la cabeza semejante tontería?—, y comprendí que aquella actitud de contraesperanza no era tan solo mi forma de ver que la vida casi nunca nos otorga aquello que sabe que queremos, sino también mi modo retorcido de ganarme su voluntad fingiendo olvidar que nada le gusta más que concedernos nuestro deseo cuando ya hemos desistido y caído en la desesperación.

Más tarde, después de ver la película, probablemente encontraría de nuevo el espejismo de su presencia cerca de la taquilla. El espejismo ya había empezado a proyectar su luminosidad sobre la velada, y sabía que si podía llevarme al cine la ilusión de haberla visto y acurrucarme con ella unas cuantas horas, a su vez la película me permitiría, en cuanto saliera de la sala, llevarme conmigo la sensación de que lo que pasa entre hombres y mujeres me había sucedido también a mí esta noche.

Tal vez esta última ilusión no fuera más que un intento desesperado de levantarme el ánimo antes de dar por perdida la jornada y encerrarme cinco horas en el cine. A medianoche, me dije, ya sería mañana, y aquel día de Navidad tan extraño, que había empezado en un invernadero de cuento y no podría haber estado más carente de objeto después, por fin izaba velas, como un barco que se dispone a soltar amarras para dejarse llevar por la marea de la cotidianidad.

Después del cine subiría a un autobús, volvería a casa andando, cogería un taxi a cierta distancia del centro o me pararía por el camino en algún lugar, aunque solo fuera para ver otros rostros antes de dar por terminada la noche.

Ver rostros en lugar de no ver ninguno. Rostros. Gente. Habitantes de la

medianoche, *otras personas* que capean el temporal para comprar tabaco, pasear al perro, comer algo, comprar el periódico o, como yo, ver rostros.

Entonces la vi.

Quise mostrarme sorprendido, pero no estupefacto, como si hubiera esperado algo por el estilo pero no hubiera pensado mucho en el asunto.

Tal vez hallaría el modo de modificar las condiciones de mi deseo inicial ahora que me había sido concedido a fin de no sentirme obligado a decirle que había estado pensando en ella todo el día, todo el día.

—¿Clara? —pregunté, exagerando la sorpresa como suele hacer la gente cuando se apresura a saludarte por temor a que los pesques intentando evitarte.

—¡Vaya, por fin! —exclamó—. Te he llamado un millón de veces, pero nunca te encuentro en casa. —Sus palabras eran casi el reproche de una amante—. Creía que al final habías decidido no venir.

Para demostrar que no mentía, me mostró dos entradas pinzadas con fuerza entre dos nudillos enrojecidos.

—Llevo horas esperándote. Y... hace... un... frío... que... pela —espetó, como si yo tuviera la culpa—. Toca. —Me llevó la palma de la mano a la mejilla para demostrarme el frío que hacía—. Te he llamado tantas veces que ya me sé tu número de memoria. Mira...

Volvió el móvil hacia mí y fue bajando por una lista interminable de amigos. Tardé unos segundos en reconocer los dígitos que aparecieron en la pantalla en color. Bajo el número de teléfono vi algo más que me resultó inquietantemente familiar: mi nombre... Primero el apellido, luego el nombre de pila. ¿Formaba oficialmente parte de su lista de contactos favoritos?

—¿Por qué no contestas al *télyfön*?

Yo no sabía por qué no contestaba al *télyfön*.

En su lugar yo no habría archivado un nombre de ese modo. Introducir un

nombre nuevo en mi agenda permanente habría representado acabar con todo rastro de incertidumbre, detener el titubeo inquieto con que palpamos el nombre de un desconocido antes de incorporarlo al registro de nuestra vida. Yo lo habría dejado en suspenso, en el limbo, hasta que hubiera «demostrado» su valía. La errata involuntaria en una servilleta de papel, el nombre garabateado a toda prisa en la noche fría, la ausencia intencionada de apellido para mostrar que no sabemos si llamaremos..., todo eso no son tan solo indicadores de inseguridad y vacilación en el camino tortuoso que lleva a los demás, sino también arpilleras abiertas en toda exaltación, las ciénagas poco profundas que dejamos atrás para poder batirnos en retirada a toda velocidad. Nunca la habría guardado como Brunschwig. Tampoco habría archivado su nombre y su número en la memoria del móvil. Habría hecho todos los esfuerzos posibles por desrecordar su nombre si me sorprendía sabiéndolo de memoria.

De pronto caí en la cuenta de que Clara había dicho exactamente lo mismo que habría dicho yo en esas circunstancias. Pero yo lo habría dicho por la razón contraria. Habría hablado con excesiva vehemencia, como ella, para mostrar que no me tomaba muy en serio esas cosas. ¿Era la suya la voz de la inseguridad ocultándose tras las quejas hiperbólicas sobre el frío, mi teléfono, yo mismo...? ¿O no le importaba dejar al descubierto algo que la mayor parte de la gente es reacia a revelar demasiado pronto? ¿Era demasiado pronto?

¿Estaba pensando lo mismo que yo?

¿O le estaba diciendo a un hombre algo que este se moriría por escuchar de labios de una mujer en su primera cita?

¿Era esa nuestra primera cita?

Me pregunté si habría ensayado sus palabras.

Yo lo habría hecho.

Y entonces pensé: Mejor aún si las ha ensayado. Significaba que el asunto

le importaba lo bastante para ensayarlas.

De repente recordé que no le había dado mi número. Y que mi número no figuraba en la guía.

Sin duda me leyó el pensamiento.

—Nunca adivinarás quién me ha dado tu *télyfön*.

—¿Quién?

—Ya te lo he dicho, nunca lo adivinarás. He traído esto —anunció al tiempo que levantaba una bolsa de papel blanco que contenía comida y bebidas.

—Estoy... abrumado.

Pausa.

—Está abrumado.

Frunció los labios y apartó la vista como si quisiera manifestar la exasperación contenida que le provocaba algún tic extraño en mi forma de hablar. De inmediato reconocí el tono burlón de la noche anterior en la terraza. Lo echaba de menos, me alegraba oírlo de nuevo después de tanto tiempo.

—Un millón de veces —repitió como para sus adentros.

En sus palabras se advertía tanto la valentía indisimulada de quienes saben cómo hacer confesiones difíciles a alguien al que apenas conocen como el espíritu de la ironía, que acude en su ayuda cuando la confesión que les parecía difícil resulta no serlo en absoluto.

Cualquier otra persona lo habría considerado una señal de lo más prometedora.

Nada me habría complacido tanto como encontrármela allí, esperándome con dos entradas y un tentempié, y una actitud que insinuaba que quizá llevaba planeándolo desde que en la iglesia le hablé del ciclo dedicado a Eric Rohmer. Imaginé a Clara despertando por la mañana y, en lugar de pensar en

Inky, empezando a hacer planes para verme aquella noche. Primero tendría que conseguir mi número. Después me llamaría. A última hora de la mañana. A primera hora de la tarde. Al final tendría que dejar un mensaje. Pero nadie había dejado un mensaje.

—Supongo que la gente en reserva escucha el buzón de voz —comentó recordando mis palabras.

—¿Y los que están en plan caracol?

—Los que están en plan caracol hacen el esfuerzo de llamar. Te he estado llamando hasta hace unos minutos.

—¿Cómo sabías que estaría aquí? —Lo que quería preguntarle era cómo sabía que iría al cine solo—. ¿Y si no hubiera venido?

—Pues habría entrado sola. Además —añadió como si acabara de ocurrírsele—, habíamos quedado.

¿Sabía que yo sabía que no habíamos quedado, y que si de pronto fingía recordar que sí habíamos quedado no era tanto para no ponerla en evidencia como para ganar tiempo mientras decidía qué actitud adoptar?

—Clara, me alegro mucho de que estés aquí.

—¡Te alegras! Imagina lo idiota que me sentiría aquí plantada con estas dos entradas. ¿Entro, sigo esperando? Y si no aparece, ¿regalo las entradas, me quedo una, regalo la otra a algún hombre que se creará con derecho a charlar conmigo durante las dos películas, si es que aguanto tanto? Espero que sean buenas —añadió, como si no hubiera creído que pudieran serlo hasta haber visto la cola y conseguido las dos entradas justo antes de que se agotaran. O acaso esa fuera su forma de hacerme un cumplido porque a ella no se le habría ocurrido salir con el frío que hacía para ver una película de Rohmer, a menos que confiara en el hombre que adoraba aquellas películas.

Apenas tuvimos tiempo de decir nada más, pues de repente se puso a despotricar en un susurro contra la dirección del cine, lanzando una parrafada

burlona acerca de la idea de empezar una sesión a las siete y diez. Las siete y diez era demasiado temprano. Las siete y diez era para quienes necesitaban acostarse antes de medianoche. Las siete y diez era una hora absurda.

—¿Qué hice el día de Navidad del año del Señor tal y tal? Fui al cine a las siete y diez.

—Yo también fui al cine ese día.

—No me digas.

Otra vez. Aquel desdén burlón, como cuando alguien se cuelga de tu brazo mientras camináis juntos. Era su modo de decir que la intuición no la había engañado. Yo recordaría esa frase: *El día de Navidad del año del Señor tal y tal...* Me encantaba aquel principio. Casaba a la perfección con la nieve delante del cine, con la neblina que envolvía los semáforos de Broadway, con todos los que tiritaban en la cola esperando impacientes para ver *Mi noche con Maud*.

—No he comido nada. Supongo que tú tampoco —prosiguió mientras hacíamos cola.

—Fíjate en esa cara —murmuró Clara señalando a uno de los acomodadores, de cabello cortado al rape y hombros anchos—. Y esos dientes. Son personas con dientes así las que inventan horas como las siete y diez. —Me eché a reír—. Cuidado, nos ha visto —susurró como si jugara al gato y al ratón mientras se escondía la bolsa de papel bajo el abrigo.

El acomodador con andares de gorila de discoteca y una aguja en la corbata se acercó.

—¿Esperan para la sesión de las siete y diez? —preguntó.

—Afirmatov, sí seniorrrr —contestó Clara mirándolo de hito en hito al tiempo que le alargaba las entradas.

El acomodador las cogió y, en lugar de cortarlas por la mitad, se las devolvió convertidas en dos bolitas arrugadas.

—¿Qué es esto? —preguntó Clara con las entradas destrozadas en la mano. El hombre no contestó—. Las ha masticado con los dedos —comentó cuando nos sentamos. Sacó de nuevo la bolsa de papel—. He traído café.

—¿También para mí? —pregunté como si no me hubiera enterado.

—No, yo solo pienso en mí —espetó, y me tendió mi vaso mirándome como si dijera: Necesita que le den continuamente seguridad.

Observé cómo quitaba la tapa de plástico, añadía azúcar, removía el café, volvía a colocar la tapa y retiraba la pestaña.

—Me gusta el café.

Lo dijo como si fuera una confesión vergonzosa.

A mí también, convine. El café estaba bueno. Me gustaba tomar café en el cine. También me gustaban nuestros asientos. Esto es perfecto, se me escapó.

—¿Crees que he sido muy borde con él?

—¿Con quién?

—Con el gorila de la entrada. Me ha lanzado la mirada más fulminante desde la última vez que estuvo bebiendo vodka en Bratislavóvich.

Esperamos a que la sala quedara a oscuras. Otra sorpresa. Del fondo de la bolsa de papel sacó dos mitades de un bocadillo enorme.

—*Très gourmand* —susurró, asestando un gancho indirecto al amor de Manhattan por los placeres más selectos del paladar.

El repentino olor a queso con ajo y jamón era fortísimo. Una vez más se echó a reír. Alguien nos pidió silencio.

Nos hundimos más en el asiento.

—No será aburrida, ¿eh? —me preguntó cuando comenzaron los títulos de crédito iniciales.

—Quizá sea un muermo.

—Bien. Solo quería asegurarme de que estamos juntos en esto.

Otro «chist» brusco a nuestra espalda.

—¡Chist tú!

Y de repente nos sumergimos en el universo en blanco y negro que había esperado con ilusión todo el día. Clermont-Ferrand en Navidad, el hombre que estudiaba a Pascal en la localidad donde nació Pascal, el recorrido por las callejuelas concurridas de una ciudad francesa de provincias adornadas con luces navideñas. La chica rubia. La chica morena. La iglesia. El café. ¿Le gustaría a Clara?

No me atrevía a mirarla. ¿La gente iba al cine para ver películas o para estar juntos, o bien porque se gustaban y eso era lo que uno hacía a veces cuando otra persona le gustaba? Iba al cine con ella, como si fuera lo más natural del mundo. ¿Pasaba uno de ver la película a estar con la otra persona, y en qué momento dejaba de pasar de lo uno a lo otro? ¿Por qué me preguntaba eso? ¿Preguntarlo me situaba automáticamente en el bando de los que dudan y sospechan que los demás no albergan las mismas dudas acerca de sí mismos? ¿O acaso los demás esperaban en secreto que todo el mundo fuera tan inseguro como ellos? ¿Pensaba ella en el hecho de ser natural? ¿O se limitaba a ver la película?

Clara mantenía la mirada fija en la pantalla, como si estuviera resuelta a hacer caso omiso de mí. De pronto, sin previo aviso, me asestó un codazo en las costillas al tiempo que hundía las mejillas y, sin desviar la mirada, mascullaba unas palabras sin duda desagradables. La había visto hacer lo mismo con Rollo en la terraza en un momento de furia contenida. ¿Por qué me había dado un codazo?

Enseguida lo entendí. Clara no estaba enfadada, sino que trataba de reprimir la risa, y al propinarme un codazo, como hizo por segunda vez, pretendía cerciorarse de que yo sabía lo que le estaba sucediendo y, mejor aún, contagiarme su hilaridad.

—¿Por qué narices habré pedido queso con ajo? ¿En qué estaría pensando?

Cuando me disponía a aventurar una respuesta me dio otro codazo y agitó la mano para pedirme que no hablara, como si estuviera segura de que cualquier cosa que pudiera decirle la haría estallar en carcajadas. A sus ojos afloraron lágrimas de risa contenida, y al percatarme solté una risita.

—¿Quieres más *ajitó*? —empezó.

Entonces fui yo quien agitó la mano para hacerla callar.

Tardé unos segundos en advertir que había acuñado una nueva versión de una palabra que yo consideraba un término culinario íntimo entre nosotros. Nada de ponerse demasiado tierno con ella.

La película. Chica rubia. Chica morena. Chica rubia es virtuosa. Chica morena es una seductora. Hombre católico no se deja cazar. A causa de la nevada en Nochebuena, el hombre se ve obligado a quedarse en el piso de la chica morena, en su habitación, al final en su cama. No ocurre nada, pero hacia el amanecer, cuando la carne es débil y él está a punto de lanzarse, ella salta de la cama. «Prefiero a los hombres que saben lo que quieren.» Esa misma mañana, el hombre se topa con la chica rubia delante de un café.

En el intermedio Clara se levantó de repente y anunció que tenía que hacer una llamada.

Miré la sala en penumbra, observando a los espectadores que llegaban, sobre todo parejas. Entró un grupo de cuatro hombres y una mujer, cada uno bebiendo de un vaso enorme; no acababan de decidir dónde querían sentarse, hasta que uno señaló hacia el fondo y susurró: «¿Qué tal allí?». Una pareja se levantó para dejarlos pasar. Uno de los cinco se volvió hacia su compañero y dijo: «Da las gracias». El otro obedeció. «Gracias», dijo. Se palpaba en el ambiente cierta expectación contenida. Muchos venían de la otra punta de la ciudad para ver la película y, pese a sus diferencias, sabían que compartían algo, aunque resultaba imposible decir qué exactamente. Tal vez se tratara de

su amor por los filmes de Eric Rohmer. O de su amor por Francia, o la idea de Francia, o aquellos momentos confusos, íntimos y aleatorios de nuestra vida que Rohmer toma prestados durante poco más de una hora: los arranca, lima sus asperezas, retira todos los elementos accesorios, les confiere ritmo, cadencia, sabiduría incluso, luego los proyecta en una pantalla y nos promete que nos los devolverá en cuanto termine la película, aunque un tanto alterados, de modo que recuperamos nuestra vida, pero vista desde el otro lado, no tal como era, sino como siempre imaginamos que debería ser, la idea de nuestra vida.

Intenté imaginar a aquellos cinco amigos apretujados en un rincón del Starbucks contiguo al cine, a la espera de que terminara la primera película, y luego corriendo para ver la segunda. Ahora estaban aquí. Uno sacó una bolsa de rosquillas que había colado en la sala de matute ocultándola bajo el abrigo y las repartió. Al cabo de unos minutos una chica con un cartón gigantesco de palomitas entró en el cine y pareció perdida por un momento antes de localizar a su grupo y subir por la escalera para reunirse con ellos.

—También he comprado esto —anunció al tiempo que sacaba dos cajas amarillas grandes de M&M.

Me gustaba estar perdido entre toda aquella gente, me gustaban aquellas personas que habían huido del gentío, las luces y el frío de la ciudad para refugiarse en ese oasis del Upper West Side donde esperaban vislumbrar una Francia imaginaria e íntima. Me gustaba saber que Clara estaba en el vestíbulo y volvería a entrar. Me gustaba pensar que podía aislarme del mundo durante unas horas y que, en cuanto Clara regresara de dondequiera que hubiera ido para llamar por teléfono, nos sentaríamos muy juntos, como pasajeros en un transbordador abarrotado, y una vez más nos sumergiríamos en aquel extraño y fascinante mundo fantástico inventado por Rohmer que tal vez estaba más en nosotros que en las películas en sí. Me dediqué a mirar a

los grupos de amigos y las parejas sentadas en la sala. Saltaba a la vista que algunos eran más felices que otros..., más felices que yo, que las personas que no eran amantes, aunque aun así resultaba agradable hallarse entre ellos. Me gustaba la idea de que el nombre de Rohmer pronunciado a altas horas de la madrugada anterior hubiera hecho que Clara tuviera ganas de ver la película conmigo.

No era así como había imaginado la velada. Me emocionaba el curso que había tomado, que alguien hubiera aparecido de forma inesperada, y que ese alguien fuera Clara; Clara, con quien reír era más fácil que con cualquier otra persona; Clara, que sabía cómo hacer que sucedieran las cosas mucho antes de que yo supiera que las deseaba y que, con dos entradas de cine compradas antes de mi llegada, me había hecho el mejor regalo de Navidad que recibía desde la infancia, un regalo que podía convertirse en aire, porque Clara podía estar llamando en ese momento a otro hombre e, impulsiva como era, volver para coger sus cosas y dejarme plantado en la butaca. *Lo siento, tengo que irme, me ha gustado mucho la película, me alegro de haberte visto.*

No obstante, mientras me preocupaba esa posibilidad, supe que preocuparme era mi modo de rendir homenaje a temores infundados antes de reconocer que esa noche me sentía feliz. Esperarla me hacía feliz. Pensar en cómo se burlaría de mí por haberla esperado me hacía feliz. Imaginar su despedida brusca en cuanto saliéramos del cine al cabo de dos horas me hacía feliz. Y lo que me hacía aún más feliz no era que volviéramos a estar juntos después de pasar apenas un día separados, sino que su presencia hacía que me gustara cómo había sido el día, que me gustara mi vida y mi forma de vivirla. Ella era el rostro de mi vida y de mi forma de vivirla, mis ojos abiertos al mundo que me miraba a su vez. Los espectadores del cine, las personas a las que conocía, los libros que había leído, la comida con Olaf, los lugares donde había vivido, mi vida en reserva, lo que aún deseaba..., todo eso había

cochado de pronto un cariz más entrañable y vulnerable bajo el hechizo de Clara.

Ella había dejado el abrigo en la butaca. Apoyé la mano en él, me quedé mirando el forro, lo acaricié. Clara. Era mi foma de recordar que no estaba solo, que enseguida regresaría, se sentaría otra vez a mi lado y me explicaría —o no— por qué había tardado tanto. A veces dejo el abrigo en la butaca contigua cuando voy al cine solo para evocar una presencia en la oscuridad, imaginar que la otra persona ha salido un momento y pronto volverá, que es lo que ocurre en plena noche, cuando los que se han marchado de nuestra vida de repente aparecen junto a nosotros en cuanto susurramos su nombre contra la almohada. Clara, pensé, y ahí estaría, ocupando la butaca contigua.

Mientras escuchaba la sonata para violín de Beethoven, que siempre suena en este cine cuando se encienden las luces en el intermedio, recordé que hacía apenas tres inviernos había hecho exactamente lo mismo con el abrigo de otra persona que salió a comprar refrescos en el bar del cine. Entonces imaginé que habíamos roto o que ella ni siquiera existía, y luego me sorprendí al verla regresar y sentarse a mi lado. Cuando salimos del cine compramos el periódico dominical, caminamos de regreso a casa por la nieve hablando de Maud y de Chloé, y nos detuvimos a cenar en alguna parte después de entrar en una librería. Me parecía que había transcurrido una eternidad. Recordé también a un yo mucho más joven que había venido solo a este mismo cine un sábado por la noche y, mientras buscaba un asiento donde sentarse sin molestar a demasiada gente, oyó a un hombre preguntar a una mujer: «¿Te gusta Beethoven?». La mujer, que había colgado el abrigo en el respaldo de su butaca, se recostó contra la prenda, se volvió hacia el hombre y contestó algo así como: «Sí, mucho, pero odio esta sonata». Incluso yo comprendí de inmediato que aquella era su primera cita.

Aquella noche eché un vistazo esperanzado e intrigado al futuro y me

pregunté quién sería la mujer que se sentaría junto a mí, escucharía aquella pieza de Beethoven y diría: *Sí, pero odio esta sonata*. Sabían tan poco el uno del otro que el hombre había tenido que preguntarle si le gustaba Beethoven. Hasta ahora no se me había ocurrido que tan solo intentaba entablar conversación.

Sí, pero odio esta sonata, había repetido para mis adentros aquella noche, como si el tono un tanto molesto de sus palabras encerrara una llave capaz de abrir un pasadizo hacia el lugar adonde quería hacer llegar mi vida algún día; palabras que se antojaban cargadas de insinuaciones tan conmovedoras y temerarias como un cumplido que hasta entonces no había oído y anhelaba con toda el alma volver a oír. *Sí, pero odio esta sonata* significaba: *Puedo decirte lo que quiera. Es agradable estar juntos en esta noche tan fría. Acércate más para que nuestros codos se rocen*. Al analizar tantos años después la respuesta franca de la mujer comprendí que no sabía más de los escollos entre hombres y mujeres que entonces; ignoraba incluso cuál había sido mi deseo intrigado aquella noche, a solas en el cine, pensando en mi futuro con la esperanza de avizorar qué forma podría cobrar mi vida, sin darme cuenta ni por un instante de que las preguntas que formulaba entonces acerca de la vida regresarían al cabo de los años en la misma botella, sin contestar.

¿Tantos años y todavía lo único que intento hacer es entablar conversación?

Tantos años y lo único que quiero demostrar es que no me asustan el silencio ni las mujeres.

Pensé de nuevo en la pareja de enamorados. Los había visto otra vez fuera del cine, mientras la gente esperaba a que cesara la lluvia. Transcurrieron los años. Más tarde apareció alguien, y tal vez en nuestra primera cita yo también le pregunté qué le parecía Beethoven, y de esa forma marqué con una señal la

pregunta que franqueaba la entrada al jardín de rosas. También nosotros habíamos esperado a que cesara la lluvia. Más tarde fui al cine solo. Luego con otras. Luego solo. Luego de nuevo con otras.

¿Había visto más películas solo o acompañado? ¿Y qué me había gustado más?, me pregunté.

¿Diría Clara que ir solo era mejor y, en cuanto le dijera que estaba de acuerdo, cambiaría de opinión y reconocería que en la oscuridad necesitaba a *otras personas*, un codo que rozar?

El camino antaño transitado parecía ahora plagado de baches.

Tal vez explicara a Clara lo que había estado pensando.

El placer de deshojar los años y desnudarme ante ella me excitaba. El placer de contarle cualquier cosa sobre mí me excitaba.

Decirle: Por un instante me he obligado a temer que tu presencia no era más que fruto de mi imaginación. ¿Quieres saber por qué?

Ya lo sé.

¿Le diría que había estado pensando en ella todo el día o bien diría algo más soso, como que nuestro encuentro delante del cine parecía sacado de todas las películas que había visto y presagiaba el rumbo de muchas historias de Rohmer? Podía decirle que había caminado muchas manzanas en busca de una tienda abierta sin dejar de pensar en ella, que la había buscado, que me había parado a tomar un café y casi había tenido la certeza de verla, pero que no había albergar ninguna esperanza, había echado un breve vistazo al local antes de irme, mientras ella me telefoneaba un millón de veces. ¿Debía decirle que había preparado todas estas palabras?

Recordé el sol declinante de última hora de la tarde y cómo poco a poco había comenzado a proyectar soledad y abatimiento tras la comida con Olaf, cómo su luz incierta me arrastraba consigo mientras veía al día poner fin a su tristeza... y, sin embargo, en el fondo aleteaba la esperanza inquebrantable de

que el reloj retrocediera veinticuatro horas y me situara exactamente donde me hallaba la tarde anterior, justo antes de subir al M5, antes de comprar dos botellas de champán, antes de salir de casa de mi madre para pasar por la licorería...

Cuando por fin volvió a sentarse a mi lado, las luces de la sala empezaban a atenuarse. Ya no ofrecía un aspecto jovial, sino que se la notaba alterada.

—¿Qué pasa?

—Inky se ha puesto a llorar —respondió.

¿Quería marcharse? No. Inky siempre lloraba. Entonces, ¿por qué lo había llamado? Porque él le había dejado demasiados mensajes en el buzón de voz.

—No debería haberle llamado.

Alguien sentado detrás nos mandó callar.

—¡Cállate tú! —espetó Clara.

Creía que me gustaba cuando se irritaba y protestaba, pero aquello pasaba de castaño oscuro. Empecé a pensar en el pobre Inky, en sus lágrimas al teléfono, en los hombres que lloran por las Claras a las que aman... Un hombre que llora por teléfono debe de estar hundido en la desesperación. ¿Le había dicho que estaba conmigo?

—No, cree que estoy en Chicago —susurró.

Me la quedé mirando con expresión atónita, no porque hubiera mentido, sino por lo absurdo de la mentira.

—No cogeré el teléfono —anunció.

La decisión pareció tranquilizarla, como si de repente hubiera dado con la única solución capaz de disipar todas sus preocupaciones. Se puso las gafas, tomó un sorbo de café y se reclinó en la butaca, a todas luces lista para disfrutar de la segunda película.

—¿Por qué iba a volver a llamarte si cree que estás en Chicago? —

pregunté.

—Porque sabe que estoy mintiendo.

No apartó la vista de la pantalla para dejar muy claro que no tenía intención de mirarme. Y con un resoplido:

—Porque le gusta oír mi voz en el mensaje del buzón, ¿vale? Porque le gusta dejarme mensajes larguísimos en el contestador que yo borro en cuanto los oigo y que son un verdadero tormento cuando estoy allí con alguien y él lo sabe, pero aun así sigue largando y largando hasta que pierdo la paciencia y descuelgo. Porque sabe que estoy harta, ¿vale?

Palabras pronunciadas con ira.

—Se planta en la acera y me espía y no se larga hasta que enciendo las luces de casa.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho él.

—Me parece que no quiero meterme en esto.

Lo dije con una ironía exagerada para indicar que no deseaba arriesgarme a añadir nada que la irritara aún más y que me retiraba con elegancia y un toque de humor para facilitar que nos enfrascáramos en la película.

—No lo hagas —me atajó.

No lo hagas... Las palabras me llegaron al alma. Las había pronunciado una vez la noche anterior y me habían producido el mismo efecto sobrecogedor. Me acallaron. Me acompañaron durante toda la segunda película, una advertencia franca y fría de que no me inmiscuyera ni intentara congraciarme con la buena voluntad de las personas entrometidas que curiosean y husmean en zonas privadas a las que no han sido invitadas. Peor aún, me estaba confundiendo con Inky.

—Merodea delante de mi casa, y cuando ve que enciendo las luces, al cabo de un rato me llama.

—Lo siento por él —comenté después de la película, mientras estábamos sentados en un bar cerca de su casa.

A Clara le gustaban el whisky escocés y las patatas fritas. Y le gustaba ir a aquel local, a veces, con amigos. Servían el whisky en copas de vino. A mí me gustaba el whisky y acabé picando de sus patatas.

—Así que lo sientes por él. —Silencio—. Pues siéntelo por él todo lo que quieras. Tú y los demás.

Otro silencio.

—La verdad es que yo también lo siento por él —añadió al cabo. Reflexionó unos instantes—. No; no siento nada.

Estábamos sentados a una mesa de madera pequeña y vieja al fondo de un bar restaurante que, según me contó, le gustaba porque entre semana, a última hora, sobre todo cuando el local estaba vacío, a veces dejaban fumar. Clara tenía una copa delante, los codos abiertos sobre la mesa y un cigarrillo a medio consumir en el cenicero; entre ambos se alzaba una velita encendida dentro de una bolsa de papel, como un gatito recién nacido acurrucado en un calcetín enrollado. Se había remangado el jersey, de modo que se veía la sutilísima sombra del vello sobre sus muñecas huesudas y enrojecidas por el frío. Era un holgado jersey de lana gruesa y tosca tejido a mano. Me evocaba brezales, grandes chales de invierno, cuerpos desnudos y sonrosados envueltos en pieles de oveja.

—¿Por qué no cambiamos de tema? —Estaba un tanto enfadada, aburrida, ofendida.

—¿Y hablar de qué, por ejemplo? —pregunté.

¿De verdad creía Clara en las conversaciones orquestadas?

—¿Por qué no de ti?

Meneé la cabeza para dar a entender: No lo dirás en serio.

Ella meneó la cabeza para dar a entender: Claro que lo digo en serio.

—Sí, eso es —añadió como si quisiera atajar cualquier posible titubeo por mi parte—. Hablaremos de ti.

Me pregunté si se había animado de repente y se inclinaba sobre la mesa porque sentía auténtica curiosidad por mi vida o porque le gustaba esa transformación repentina de «mujer digna de compasión con ex novio equivocado» en «interrogadora dura de pelar».

—No hay mucho que decir.

—¡Cuenta!

—Cuenta... —repetí su orden con la intención de quitarle hierro—. ¿Contar qué?

—Para empezar, cuenta por qué no hay mucho que decir.

No sabía por qué no había mucho que decir. ¿Porque hay muy pocas cosas de mí que me apetezca contar antes de saber si es seguro hablar de ellas, y aun así...? ¿Porque la persona que soy y la persona que me gustaría ser en este bar no siempre congenian? ¿Porque en estos momentos me siento como una sombra y no entiendo cómo no lo entiendes? ¿Qué me estaba pidiendo en realidad?

—Cualquier cosa menos penas aburridas.

—Nada de penas aburridas, lo prometo.

Parecía entusiasmada con mi respuesta y esperaba ansiosa lo que estaba a punto de decirle, como una niña a la que acabaran de prometerle un cuento.

—¿Y bien?

—¿Y bien? —pregunté.

—Sigue...

—Depende de lo que cobres.

—Mucho. Pregúntaselo a quien quieras. Bueno, ¿por qué no hay mucho que decir?

Quería decirle que no sabía qué hacer con su pregunta y que, puesto que su

franqueza convertía la evasiva en una opción inaceptable, me había quedado en blanco, en mi mente se había hecho el vacío, un vacío del que no quería hablar tan pronto, un vacío sentado entre nosotros, Clara, que pide a gritos ser el tema de nuestra conversación. Una piedra Rosetta en el jardín de rosas, eso es lo que soy. Dame una piedra pómez y destrozaré toda evasiva en mi boca. Mi piedra pómez, tu piedra pómez, debería haber traído la mía esta noche para dejarla sobre la mesa y decir: «Pregúntale a la piedra pómez». ¿Quería saber qué había hecho en los últimos cinco años, dónde había estado, a quién había amado o dejado de amar, cuáles eran mis sueños, los que tenía por la noche y los que tenía durante el día, los que no osaba reconocer, me muero por saber lo que sueñas? Pregúntale a la piedra pómez.

—Y no quiero que me hables del tú de tu necrológica. Quiero el tú de verdad.

Pregúntale a la piedra pómez, Clara, pregúntale a la piedra pómez. Me conoce mejor que yo a mí mismo.

Alcé la vista, más aturullado que nunca. Fue entonces cuando noté que las palabras casi se me escapaban de la boca. Clara llevaba más rato mirándome de lo que yo esperaba. Le sostuve la mirada unos instantes, creyendo que tal vez estaba absorta en sus pensamientos y me miraba sin darse cuenta. Pero su silencio no había interrumpido nada, y Clara no estaba abstraída. Al revés, me miraba con fijeza.

Desvié la vista fingiendo que estaba enfrascado en pensamientos profundos que no sabía cómo expresar. Observé que los dedos de Clara doblaban las esquinas de la servilleta de papel en torno a la base de la copa. Cuando alcé de nuevo los ojos, los suyos seguían clavados en mí, y yo no había dicho nada todavía.

Me pregunté si se comportaría así con todo el mundo. Mira fijamente, no llena el silencio de palabras, te mira a la cara y a continuación perfora todos y

cada uno de tus frágiles baluartes, y sin desviar la vista esboza una sonrisa tibia y traviesa, casi divertida porque por fin te has dado cuenta de que te tiene más que calado.

¿Debía mirarla igual? ¿O en su mirada no había desafío, ningún mensaje inexpresado que interceptar o descifrar? Quizá era la mirada intensa de una mujer cuya belleza es capaz de desarmarte a la primera, pero, en lugar de retirarse una vez ha logrado su efecto, permanece clavada en tu rostro y no lo suelta hasta haber leído todos los pensamientos, buenos o malos, que sabía encontraría y que probablemente ella misma había sembrado forzando la conversación, prometiendo intimidad antes de tiempo, exigiendo intimidad como quien exige rendición, cruzando las fronteras de la conversación intrascendente mucho antes de colocar los actos preliminares de amistad en el lugar correspondiente, retándote a reconocer lo que ella sabe desde el principio: que su presencia te pone nervioso, que ella tiene razón, que a fin de cuentas todos los hombres se ponen más nerviosos con el deseo que las mujeres a las que desean.

Por un instante me pareció captar un gesto de asentimiento sutil e inquisitivo. ¿Lo habría imaginado? ¿O estaba Clara a punto de decir algo, pero se contuvo justo a tiempo?

En cualquier caso, alguien tenía que decir algo. Haría acopio de valor antes de lanzarme.

¿Siempre miras así a los hombres?

Atajé la pregunta justo a tiempo. Pero si seguía un momento más bajo su mirada soltaría algo más imprudente aún, cualquier cosa con tal de conjurar el silencio y sofocar el caos de palabras que brotaban en mi interior, palabras que todavía me resultaban del todo desconocidas y parecían acechar al fondo como criaturas incompletas, informes e inquietas que permanecían en estado larvario y, llegado el caso, saldrían en tropel y revelarían más de mí de lo que

yo mismo sabía —lo que sentía, lo que quería, lo que nunca me atrevería ni a insinuar—, abriendo una puerta que me aterraba pero que estaba dispuesto a cruzar si luego sabía cómo cerrarla.

—¡Qué peli más tonta y poco realista! —exclamé de repente sin saber por qué lo decía ni a cuál de las dos películas me refería, máxime teniendo en cuenta que ambas me habían gustado y que no consideraba que el realismo fuera necesariamente una virtud. Simplemente intentaba disimular mi incapacidad para decir algo que no nos concerniera a ambos.

Clara malinterpretó por completo mi comentario.

—¿Poco realista porque nadie se acuesta con nadie en las películas de Rohmer? —preguntó.

Sacudí la cabeza con un gesto de ironía y turbación para indicar que iba tan desencaminada que prefería olvidar mi intento desacertado de entablar una conversación inane y probar suerte con otro tema.

—¿Quieres decir porque tú y yo no vamos a acostarnos esta noche? —prosiguió al cabo de un instante.

Una pregunta inesperada. Pero ahí estaba. Clara no había malinterpretado nada.

Traté de esbozar una sonrisa divertida con la que pretendía contrarrestar su interpretación y así señalar cuán desencaminada iba. El silencio que se elevó entre nosotros con la rapidez del vapor de hielo seco puso de manifiesto que ninguno de los dos tenía nada que añadir y que ambos queríamos aparcar el tema a toda costa.

—Da igual —canturreó Clara con la tensión y el tono burlón de quien se ha pasado de la raya y, a fin de apaciguar las aguas, finge sentirse turbado por su propio atrevimiento.

Su sonrisa servía bien para subrayar su descarado comentario, bien para

indicar que no creía que al oírlo yo me hubiera quedado tan tranquilo como aparentaba.

—Lo decía por si acaso —prosiguió, alzando la mirada hacia mí una vez más—. Por si acaso anoche no lo dejé lo bastante claro. Estoy en plan caracol —añadió con una voz que casi denotaba modestia e indefensión.

La noche anterior había empleado el mismo tono al combinar, como parecía hacer siempre en los momentos difíciles, las palabras directas con los dobles sentidos, las palabras inocuas con las tristes. En todo caso, esta vez no lo decía acerca de sí misma o de su aislamiento de los demás, sino que me lo decía a mí, me apartaba a mí, quería ahuyentarme a mí. Se me ocurrió que si estaba conmigo ese día de Navidad era precisamente porque estaba en plan caracol. No nos habríamos conocido, no habríamos hablado ni salido juntos a la terraza, y mucho menos ido al cine y a ese bar donde estábamos sentados, si ella no estuviera en *Rekonvaleszenz* y si yo no hubiera asumido el papel de enfermero de noche, el visitante que se queda una vez acabadas las horas de visita, la mano que delicadamente apaga las luces mucho después de que el paciente se haya dormido.

Más tarde, cuando la acompañaba a casa y la veía buscar formas de subrayar las palabras «en plan caracol», me explicó que siempre estaba *a esto de llorar*, acercando, como la noche anterior, el pulgar al índice sin que llegaran a tocarse. Sin embargo, una vez en su portal, la chica que siempre estaba a un paso del llanto de repente se volvió hacia mí y me ordenó, con una sorna irritante, que no pusiera esa cara tan seria. Ya estaba avisado, ¿no? De pronto la distancia entre nosotros se hizo mayor que la distancia entre los polos.

En el bar había intentado abrirme y contarle por qué me gustaba Rohmer.

Cómo lo había descubierto a una edad a la que apenas sabía nada de mujeres ni de mí mismo...

—Estás demasiado lejos, casi no te oigo —me dijo.

Por eso acerqué más la cara a la vela, consciente de que llevaba todo el rato sentado a una mesa entera de distancia. No le gustaba que divagaras. De repente advertí que, cuando hablabas con ella, bastaba con que parecieras ligeramente cansado o dejaras vagar tus pensamientos durante un instante de silencio, para que ella se mostrara ofendida. Si persistía en mi actitud, castigaba mi distracción fingiendo primero estar también ensimismada y luego aburrida o demasiado interesada por la conversación de la mesa contigua. Dominaba aquel juego como nadie.

—Creo que debería irme a casa —dijo antes de proponer que nos tomáramos otra copa. —Y a continuación—: Acaba lo que estabas diciendo.

Así te halagaba. Las películas, pensaba yo, giraban en torno a hombres que amaban sin pasión, porque en ellas nadie parecía sufrir.

—Los hombres de Rohmer hablan y hablan sobre el amor y así consiguen amansar sus deseos y temores. Analizan en exceso las cosas, como si el análisis fuera a abrirles la puerta de los sentimientos, como si el análisis fuera una forma de sentimiento, o fuera mejor que el sentimiento. En definitiva, anhelan las pequeñas cosas porque han renunciado a las grandes...

—¿Y tú has conocido las grandes? —me interrumpió, apuntando de nuevo al tema tácito de nuestra conversación.

Reflexioné unos instantes. Hubo una época en que habría jurado conocerlas, pero ahora me parecía que en realidad no las había conocido.

—A veces creo que sí. ¿Y tú? —pregunté a mi vez, porque no quería ser más preciso.

—A veces creo que sí. —Me estaba imitando una vez más.

Me encantaba cómo lo hacía.

Nos echamos a reír. El bar iba a cerrar. Pedimos una tercera ronda. Nada había salido mal.

—Pero prométeme una cosa —dijo justo después de que yo repitiera que me alegraba de habérmela encontrado esa noche.

Me la quedé mirando en silencio, sin saber a ciencia cierta si la entendía, intentando parecer sorprendido por lo que estuviera a punto de decir, si bien el empleo del «pero» se me antojaba un aviso de que se disponía a abrir fuego.

Vaciló un instante antes de hablar. Luego cambió de idea.

—Creo que no hace falta que lo diga —señaló.

Sabía que yo lo sabía.

—¿Por qué no? —pregunté.

—No sé, podría estropear las cosas.

—Cosas —repetí, como si por fin comprendiera a qué se refería y estuviera dispuesto a plegarme a sus deseos—. No estropearé las cosas —agregué. Procuré suavizar la ironía consciente que untaba sobre sus palabras aun antes de que salieran de mi boca, como si su preocupación sobre nosotros ni siquiera se me hubiera pasado por la cabeza y, pensándolo bien, resultara hasta un poco graciosa.

Quizá intentaba disipar sus dudas acerca de mí, pero sin disiparlas del todo. Me estaba cobijando en la verdad.

—Además, puede que estés totalmente equivocada —añadí.

Un breve silencio.

—No lo creo.

Percibí en sus ojos un destello casi de disculpa; disculpa por el desaire silencioso dirigido a mí.

—De acuerdo —dije—. Captada la advertencia de prohibición de duelo —añadí.

Me apretó la mano y retiró la suya antes de que pudiera devolverle el gesto. Parecía aliviada por haber aclarado al fin las cosas y procedió a encender otro cigarrillo acercando el cabo de la vela a su rostro, resuelta a disfrutar de su tercer whisky. ¡Ese rostro a la luz de la vela!, pensé.

Nunca había visto su rostro a aquella luz. Al fumar, lo que hacía volviendo un tanto la cara pero sin apartar la mirada, confirió a su silencio un carácter deliberado y omnisciente que me resultaba difícil soportar.

Entrechocamos las copas tres veces. Luego otras tres. Y tres más.

—Por si acaso —dijo Clara—. Tres veces la Trinidad. Repite conmigo: *Ekj raz, yescho raz, yescho mnogo, mnogo raz...*

Pronunció la frase en ruso una vez más muy despacio, palabra por palabra. Y otra vez, y muchas, muchas más. Recordé su brindis con Hans. ¿Quién sabía entre los brazos de quién lo habría aprendido?

Fue entonces cuando hice el comentario sobre las películas de Rohmer.

—Lo poco realista es que en las películas de Rohmer el amor tal vez sea solo una coartada, una metáfora oportuna; pero ninguno de sus personajes confía de verdad en el amor, ni cree en él ni lo siente, tampoco el director, ni siquiera los espectadores, aunque todos seguimos empeñados en llamar a la puerta del amor, porque fuera del amor no sabríamos qué hacer. Fuera del amor estamos perdidos.

Clara caviló unos instantes. ¿Se burlaría otra vez de mí?

—Entonces, ¿todo el mundo está perdido?

—Supongo que unos más que otros. En cualquier caso, todo el mundo llama a la puerta.

—¿A pesar de que el amor es una coartada..., una metáfora?

En efecto, se estaba burlando de mí.

—No lo sé. Algunos llaman a una puerta. Otros a una pared. Y algunos

golpean suavemente lo que esperan sea una trampa, aunque en realidad nunca oyen ningún sonido revelador al otro lado.

—¿Y eso es lo que estás haciendo ahora?

—¿Eso es lo que estoy haciendo ahora? Buena pregunta. No lo sé, puede que sí.

—¿Algún sonido revelador?

—De momento, no... Lo único que oigo son sonidos de caracol.

—Eso no ha sido un golpe suave —exclamó con una risita nerviosa. Me eché a reír yo también.

—Las trincheras están vacías, la tierra arrasada; creía habértelo dejado claro.

¿Había reproche en su mirada? ¿O una disculpa? ¿Y por qué seguía mirándome fijamente?

—Clara, te miro y no sé si decirte que me encanta mirarte como te estoy mirando —reconocí por fin para dejar de ruborizarme—, o si callarme, no decir nada y encerrarme en el silencio más abstinerente.

—Cualquier mujer estaría loca si no te dejara continuar.

—Y cualquier hombre estaría loco si no te pidiera que lo detuvieras.

—¿Rohmer o tú?

—Quién sabe. Te miro y el corazón se me acelera, y tú me sostienes la mirada y lo único que puedo pensar es: Las trincheras están vacías, la tierra arrasada, respete las señales de tráfico.

Hizo un gesto para interrumpirme. De inmediato callé.

—No, sigue.

Una mujer sorprendente.

—Y ahora haces que me sienta como un artista callejero.

—Uf, para. Ya hemos tenido nuestro momento Vishnukrishnu Vindalu de intensa espiritualidad por esta noche.

Dicho eso, se puso en pie, sacó del bolso un billete de dólar, se acercó a la gramola y enseguida pulsó una serie de botones. A todas luces «su» canción. Esperaba que regresara a la mesa para acabarse la copa, pero permaneció junto a la máquina como si leyera la lista de temas. Me levanté y me acerqué a ella. Empezó la canción; era un tango.

Las palabras ásperas de la canción me hechizaron en cuanto las oí. Surgían de la quietud nocturna en el bar ahora casi desierto como una manta de lana sacada de un armario en una noche fría, cuando lo único que se oye es la lluvia de granizo y la vibración de las ventanas. Clara se sabía la letra, y sin darme tiempo a reaccionar, resistirme o siquiera fingir que me resistía, me pidió que la guiara en un baile que recordaba solo vagamente de mis primeros años en la universidad. Bailamos junto a la gramola, apenas a tres metros de la entrada, mucho más despacio de lo que suele bailarse el tango, pero qué más daba, ahí estábamos, con la gramola y los escasos rostros de transeúntes que miraban por las ventanas empañadas, bailando como en un cuadro de Hopper bajo el rótulo luminoso de Heineken, mientras un par de camareros rellenaban frascos de ketchup. Creíamos bailar de maravilla, creíamos que aquello era el cielo, creíamos que el tango nos había acercado más en tres segundos que todas las palabras con que nos habíamos debatido desde las siete y diez. Y entonces sucedió. Al terminar la canción Clara se quedó inmóvil un instante, y con la mano aún en la mía, en broma —¿o no era en broma?— dijo *Perdóname*, y acto seguido empezó a cantar la letra en español, y la cantó para mí, a capella, con esa voz que lo desgarraba todo en mi interior, mirándome como te miran los cantantes cuando te trastornan mientras tú estás desnudo e indefenso, hasta que lo único que te queda es un yo conmovido y lágrimas en las mejillas. Y ella observaba lo que me sucedía sin dejar de cantar, como si supiera, mientras me enjugaba los ojos con la palma de su mano, que era lo más natural del mundo y era exactamente lo

que debía suceder cuando un ser humano deja de bailar, te coge la mano y canta para ti, para ti, canta porque la música, como un machete en la jungla, lo corta todo para llegar a ese lugar llamado corazón.

—No, por favor, no —susurró antes de seguir cantando «Perdóname», su canción.

—«Perdóname» —dijo.

*Si el miedo robó mi ilusión
viniste a mí,
no supe amar
y solo queda esta canción.*

Supe que nunca lo olvidaría. Es la historia de un hombre que, temeroso del amor, elige «proteger su corazón». ¿Me hablaba Clara a mí, o era pura coincidencia? ¿Tenía undola?, me preguntó. ¿Qué era undola?

—¡Un dólar! —resopló con fingida exasperación.

Se lo entregué y la observé mientras pulsaba los mismos botones en la gramola.

—Otra vez —dijo.

¿Es conmigo con quien está bailando?

Sí.

¿Por qué no había nada en ella que no me gustara?

—Menos mal que yo no soy tu tipo ni tú el mío —comentó cuando nos sentamos después del segundo baile.

Su maniobra me hizo reír.

—Bueno, sobreviviré. Será mi infierno. —Quería reproducir sus palabras de la noche anterior.

La ayudé a ponerse el abrigo. Cuando se volvió para cubrirse la cabeza con

la bufanda, hubo un momento fugaz en que todo lo que habíamos dicho pareció confluír en un solo punto. Clara vaciló un momento antes de hablar.

—O sea que no vas a hacerme ni caso, ¿verdad?

«¿Hacerte caso en qué?», estuve a punto de preguntar, fingiendo una vez más no entender a qué se refería por miedo a reconocer que siempre, siempre estábamos en la misma onda. O también podría haber dicho: «Sabes que no puedo ni quiero».

Sin embargo, al final dije algo tan impropio de mí que me asustó y emocionó a un tiempo, como si de repente no llevara la ropa de siempre, sino un uniforme militar con sable, estrellas, medallas y charreteras, pero sin botas ni calzoncillos. Me gustaba ser «impropio de mí», esperaba que este ser «impropio de mí» no fuera una visita efímera a un baile de disfraces o una excursión a un paraje desconocido que desaparecería en cuanto expirara mi billete de vuelta, sino una travesía por tiempo indefinido que había tardado toda una vida en emprender y por fin debía emprender. Ser impropio de mí era ser yo mismo, aunque todavía no sabía muy bien cómo. Una parte de mí todavía no lo conocía, no sabía hasta dónde llegar con él. Seguía probándomelo para ver si me quedaba bien, como un par de zapatos nuevos que me gustaban pero no sabía si combinaban con el resto de mi persona. ¿Estaría aprendiendo a andar de nuevo, aprendiendo a ser humano? ¿Qué había sido hasta entonces? ¿Un artista sobre zancos? ¿Un ser humano reversible?

Tardé un instante en comprender que también me daba miedo otra cosa: no solo llegar a apreciar a ese nuevo yo, encariñarme por completo con él, darle cada vez más cancha y con él descubrir toda suerte de mundos nuevos, sino también darme cuenta de que ese nuevo yo solo existía en presencia de Clara, que ella y solo ella era capaz de hacerlo aflorar, y que yo era como un genio sin amo que vuelve a meterse en su lámpara milenaria, condenado a esperar y

esperar una oportunidad para salir y ver la luz del día cuando la persona adecuada aparezca detrás de un árbol de Navidad y diga que se llama Clara. No quería encapricharme de él para luego descubrir que no duraría más que los lacayos de Cenicienta. Era como una persona que no habla francés pero que una noche, en presencia de una francesa, se convierte en el hablante de francés más locuaz del mundo, y a la mañana siguiente descubre que ella se ha marchado y que sin ella jamás volverá a pronunciar una sola palabra en francés.

La forma en que me miró con las orejas y parte del rostro cubiertos con la bufanda de lana, me impulsó a contestar a su advertencia con una temeridad impropia de mí.

—O sea que no vas a hacerme ni caso, ¿verdad? —preguntó.

—No quiero hacerte caso —respondí.

—¿No quieres?

—No quiero en absoluto.

Aquel bien podría haber sido nuestro último instante juntos.

—No te enamores de mí, por favor.

—No me enamoraré de ti, por favor.

Me miró, se acercó más a mí y me besó en el cuello.

—Hueles bien. Acompáñame a casa.

Estaba nevando. Un tenue resplandor ambarino bañaba Broadway y confería a las sucias aceras de la calle Ciento cinco una alegría serena. Había poco tráfico —prácticamente solo autobuses y taxis—, y a lo lejos, como si procediera de barrios muy distantes se oía el ruido metálico de una máquina quitanieves que avanzaba hacia el centro. Clara se colgó de mi brazo; esperaba que lo hiciera. ¿Así que lo nuestro no era más que compañerismo?

Cuando pasamos por delante de la frutería coreana abierta las veinticuatro horas, Clara anunció que quería comprar tabaco.

—Lee esto —añadió señalando un cartel que decía MANDALINAS y, al lado, otro en el que ponía MERONES. Se echó a reír—. Imagínate cómo escribirían albaricoques y ciruelas.

Rió con más ganas ante la expresión desconcertada del dependiente mexicano que arreglaba flores a esa hora intempestiva de la noche. No quería ni pensar qué diría de mí en cuanto volviera la espalda. No, ella me lo soltaría a la cara.

Llegamos a su edificio antes de lo que me habría gustado. Decidí que no tenía sentido que me entretuviera. Me abroché el último botón del abrigo para indicar que me marcharía en cuanto la hubiese dejado en el portal y que ya me estaba preparando para afrontar el frío, pero por lo visto Clara quería demorar la despedida y señaló una panorámica del Hudson. Luego dijo que me habría pedido que la acompañara arriba si no se conociera tan bien como se conocía, y que juzgaba más prudente que nos despidiéramos. Nos abrazamos... Fue idea suya, aunque el abrazo resultó un poco demasiado efusivo para insinuar algo más apasionado o menos casto. Dejé que el abrazo se desvaneciera por sí solo. Fue el abrazo de dos amigos o dos hermanos, un gesto de ánimo seguido de dos rápidos besos en las mejillas. Me levantó el cuello del abrigo para taparme las orejas y me miró a la cara con aire dubitativo, como una madre que se despide de su hijo sabedora de que a buen seguro lo pasará fatal en su primer día de escuela.

—¿No te importa? —preguntó como si aludiera a algo de lo que ya habíamos hablado.

Negué con la cabeza mientras me preguntaba cómo se las apañaba para parecer críptica y a la vez explícita incluso cuando hacía algo tan sencillo como dar las buenas noches.

—Deja que te acompañe hasta donde nos despedimos anoche.

¿También ella se dedicaba a recrear escenas? ¿Estábamos fingiendo que

aquello era la noche anterior? ¿O lo hacía por mí? ¿O para alejarme de su portal? Le dije que volvería a casa en taxi.

—Porque ayer el bus nada de nada.

—¿Nada de nada?

—Nada de nada.

—Pues deberías haber vuelto a subir.

—Me moría de ganas.

—La fiesta duró hasta esta mañana. Deberías haberte quedado.

—¿Por qué no me lo pediste?

—¿Después de tu representación? Mí estar muy ocupado, mí tener muchas cosas que hacer, mí buscar mi abrigo, mí buscar mi bufanda, mí tener que irme, hala, hala, hala.

Me acompañó hasta la estatua junto a la que nos habíamos despedido la noche anterior. Me toca, anuncié. La acompañé de nuevo hasta su portal. Su rostro envuelto en la bufanda, las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, tiritando. Postura: vulnerable y suplicante, capaz de partirme el corazón si no te andabas con ojo.

—No lo hagas —dijo con el tono acostumbrado de disculpa y advertencia sincera, haciendo añicos nuestra elegía momentánea en la nieve con el cáustico desaire de un soneto de amor grabado en granito con alambre de espino.

Me puso una mano en la mejilla y, sin pensar, la besé, la suave, suave palma de su mano. Clara la apartó, pero no con rapidez como si yo hubiera cruzado una línea imaginaria, sino casi a regañadientes, como si no quisiera darle importancia, lo cual me dolió más, porque hizo que el gesto pareciera deliberado, como si su forma de censurar mi beso fuera pasarlo por alto, tiñendo su rechazo de indecisión; un gesto que, aunque halagador, no dejaba de ser un castigo.

¿A quién le molestaba que le besaran la palma de la mano? Si la mendiga de la noche anterior me hubiera besado la mano, se lo habría permitido. Le lancé una mirada incómoda. Lo sé, lo sé, estás en plan caracol.

—Lo has hecho fatal —explicó.

Me quedé atónito. ¿Y ahora qué había hecho?

—¡La bufanda!

—¿Qué le pasa a la bufanda?

—Odio este nudo.

Lo deshizo y volvió a anudármela a su manera.

El nudo me acompañará hasta casa, me conozco. Probablemente querré conservarlo un rato más aunque la calefacción funcione a todo trapo. Desnudarme con el nudo de Clara, desnudarme con el nudo de Clara. Atado con sus nudos. La noche anterior me había desanudado la bufanda adrede para demostrar que tenía mi propio modo de hacer las cosas, muchas gracias. Pero eso había sido la noche anterior.

Iván-Boris-Fedor le abrió la puerta. Le dije que la llamaría, pero quería que pensara que no estaba seguro de que fuera a hacerlo. Tal vez deseaba pensarlo yo mismo. Cruzó la puerta. La vi entrar en el ascensor.

Recordé la fragancia de perfumes fuertes en el pasillo mezclada con ese olor a ascensor antiguo que había percibido al entrar en su edificio. La noche anterior.

Me quedé un momento en la acera para serenarme y decidir si caminaba hasta la estación de metro de la Ciento diez o paraba un taxi ahí mismo, y me pregunté cuál de las ventanas oscuras del edificio se encendería minutos después de nuestra despedida. Tenía que quedarme un rato para ver qué ventana era, pero lo que de verdad quería era verla salir corriendo en mi busca. Algo me decía incluso que la idea le había pasado por la cabeza y que la estaba sopesando en ese mismo instante, lo cual tal vez explicara por qué

no se habían encendido aún las luces de su casa. Esperé unos segundos más. Recordé que no sabía a qué parte del edificio daba su piso.

Me dirigí a la esquina de la Ciento seis con West End, más convencido que nunca de que no debía volver a verla.

Caminé hacia el parque Straus en pos de los copos de nieve que se arremolinaban cual un enjambre de abejas inquietas alrededor de una farola, y que eran más densos aún cuando miré hacia el río y las lejanas luces de New Jersey. Recordé a Clara con su suéter holgado. Durante toda la noche, incluso en el cine, me había evocado una manta de lana áspera con espacio para dos. Me pregunté a qué olería el mundo bajo aquella manta, si sería mi mundo con sus olores cotidianos o bien un mundo desconocido de olores tan nuevos y excitantes como los de una fruta exótica. ¿Cómo sería la vida desde el lado de Clara, desde debajo de su suéter? ¿Cuán diferente se vería nuestra ciudad por entre los puntos del tejido? ¿Cómo pensaba uno en las cosas cuando era Clara? ¿Leía uno el pensamiento y siempre miraba de hito en hito a la gente? ¿Mandaba callar a los demás cuando se quejaban? ¿O era como cualquier otra persona? ¿Qué pinta tenía yo cuando me había mirado con la cabeza envuelta en la bufanda pensando: *Ah, se muere de ganas de besarme, lo sé, quiere deslizar las manos bajo mi blusa como hizo Inky anoche, sé que su polla está tramando algo.*

Sentaba bien estar solo, pensar en ella y acariciar la emoción sin dejarla desvanecerse.

Cuando entré en el parque por el mismo lugar que la noche anterior, supe que de nuevo me adentraría en un reino de silencio y ritual, un mundo suave, tranquilo y luminoso donde el tiempo se detiene, donde uno piensa en milagros, en belleza serena, en el hecho de que las cosas que deseamos se nos conceden tan rara vez que cuando por fin las obtenemos casi nunca damos

crédito, no nos atrevemos a tocarlas y, sin saberlo, las rechazamos y les pedimos que reconsideren si en verdad somos nosotros a quienes van destinadas. ¿No era esto lo que había hecho yo al abrocharme el abrigo con tanta premura delante del portero: demostrar que podía irme sin mencionar la posibilidad de volver a vernos, de subir con ella, de quedarme en su casa? ¿Por qué me había molestado tanto en manifestar indiferencia, si hasta un niño de dos años se habría dado cuenta...? Qué extraño. No, extraño no. Típico. La distancia de un día no había cambiado nada entre nosotros. No estaba más cerca de ella ahora que la noche anterior. De hecho, si acaso la distancia se había agrandado y solidificado hasta convertirse en algo más áspero y accidentado.

Mientras deambulaba por el parque y miraba a mi alrededor, supe que no me importaban ni el dolor ni la pérdida. Me encantaba caminar por su parque, me gustaban la nieve y el silencio me gustaba, sentirme por completo perdido y a la deriva, me gustaba sufrir aunque solo fuera porque me devolvía a la vigilia y el hechizo de la noche anterior. Ven aquí cuantas veces quieras, ven aquí cuando veas frustradas todas y cada una de tus esperanzas, que yo te reconstruiré hasta dejarte entero, te daré algo que recordar, algo que te haga sentir bien, ven y hazme compañía, que yo seré como el amor para ti.

Retiré la nieve del mismo banco de la noche anterior y me senté. Quería que todo fuera como la noche anterior. Crucé los brazos y, aun a riesgo de que me viera desde su ventana, me quedé allí mirando los árboles desnudos. No había nadie en el parque. Tan solo la estatua, cuyo esbelto pie calzado con sandalia sobresalía del pedestal, con nieve sobre los dedos. A mi espalda distinguí el tintineo rítmico de las cadenas de unos neumáticos que me recordó los coches patrulla de antaño. Al poco surgió de la nada un coche patrulla que giró por la Ciento seis y se detuvo junto a un autobús aparcado. Un saludo silencioso entre los dos conductores. De pronto el coche patrulla se

puso en marcha, hizo un brusco cambio de sentido y se alejó por West End. El agente Ragoon y otros dos policías. Menos mal que no me había visto. Los agentes Ragoon, Muldoon y Culhoon, tres cerditos en busca del lobo. ¿Terminaba aquí la magia? ¿Cenicienta volvía a fregar suelos?

Silencio absoluto.

La farola más próxima se alzaba en medio de su halo de luz y una vez más pareció inclinarse hacia mí como la noche anterior, ansiosa por ayudar, aunque aún sin saber cómo.

¿Qué había significado todo aquello?, me pregunté. La mirada fija, el abrazo de amiguetes, los dos besos de rigor al estilo francés, el comentario de que se conocía a sí misma, lo de decirme que no pusiera esa cara tan seria, el rollo de que estaba en plan caracol, las señales melancólicas de amor y advertencia en la triste historia de los Czernowhiskes perdidos, todo ello coronado con un amargo *Creo que no hace falta que te lo diga, podría estropear las cosas*, como veneno al final de un mordisco cariñoso.

¿Estropear qué cosas? ¡Por favor!

No te enamores de mí. Momento en el que me besó debajo de la oreja. *Hueles bien*, pronunciado casi como un escarnio y un pensamiento repentino. Veneno, veneno, veneno. El veneno y su antídoto, como el calor y la esponjosidad del pan recién hecho en una mañana fría, cuando la costra de repente te corta la encía y convierte el sabor más agradable del mundo en bazofia hedionda y putrefacta. Nada de «cosas», ¿vale? O sea, nada de caras largas, mohines huraños, sentimiento de culpa y tal, ¿vale? Porque podrían transformarse en su infierno. ¡Baja de las nubes, *Schwester!* La amargada heredera de Maine no agitó tantas llaves antes de abrir la fortaleza. La libertina de tres al cuarto habla de eternidad, ¡por favor! Y todo ese rollo de estar en plan caracol. ¡Menuda patraña!

Oí al conductor del autobús poner en marcha el motor. Las luces interiores

del vehículo se encendieron vacilantes. Qué acogedor el brillo anaranjado tras las ventanas, un auténtico refugio contra el frío. Solos yo y el conductor del autobús, el conductor del autobús y yo.

Quizá era hora de que me marchara yo también, pero aún no me apetecía. Y de repente lo pensé. Debería llamarla, ¿verdad? Llamarla. ¿Y decirle qué? Ya se me ocurriría algo. Era hora de hacer algo en lugar de esperar a que los demás movieran ficha, de decir la verdad para variar, comprometerme, por el amor de Dios. *No quiero estar solo esta noche.* ¡Eso! Clara sabría qué responder. Mantendría viva la conversación, y aun cuando reaccionara con una negativa, sería una negativa amable, del tipo: *No puedo, estoy en plan caracol, ¿sabes?* Ah, pero el solo hecho de oírsele decir, *No puedo, estoy en plan caracol, ¿sabes?*, como la caricia reacia que empieza y luego se demora en tu rostro y después va disparada hacia tu boca y te desabrocha el corazón. Llevé la mano al móvil. Era la última persona que me había llamado..., hacía horas. Le había dado el número de mi móvil mientras hacíamos cola y ella había dicho: Te hago una perdida y así tienes el mío. Eso fue antes de la advertencia, antes de que Affirmatov cogiera nuestras entradas y las aplastara con el puño. Ahí estaba su número. El corazón me dio un vuelco, porque la misión se me antojaba imposible. ¿Qué otra cosa pensabas hacer conmigo sino llamar?, me preguntó el móvil cuando lo tuve en la mano. Imaginé el pitido estridente de sus diez dígitos como puntas metálicas martilleando sobre roca, seguido del redoble tronante y amenazador de la señal de llamada. Ahora le tocaba a su número de teléfono burlarse de mí, como un reptil diminuto que parece tan dócil en la tienda de animales, cuando le acaricias la barriga con la yema del dedo, pero que de pronto te muerde la uña y te la arranca.

Pensé en su número de teléfono, generaciones de llamadas de novios desesperados. ¿Cómo sonaba cuando la llamabas a altas horas de la noche?

¿Sabía ella por el tono si la llamada procedía de la desesperanza, el sentimiento de culpa, la ira, el reproche o la timidez que cuelga a los tres timbrazos? ¿Los celos poseían un tono delator que revelaba más verdades que el identificador de llamada?

Un autobús M104 se detuvo en la esquina de la Ciento seis con Broadway. Subí justo a tiempo y antes de sentarme miré el parque triangular hasta que desapareció entre los copos de nieve. Tal vez nunca volviera a ver aquel lugar nevado. Y justo cuando empezaba a creérmelo supe que me estaba mintiendo. Regresaría la noche siguiente, y también la siguiente, y la siguiente, con ella o sin ella, con Rohmer o sin él, y me sentaría con la esperanza de hallar un modo de evitar pensar que la había perdido dos veces en dos noches, intuyendo en todo momento que su rostro era el que colocaría por todo el parque para protegerme de mí mismo, de todas las mentiras que reúno de noche aunque solo sea para pensar que no estoy solo al alba.

Más tarde me despertó el estruendo de una máquina quitanieves que pasaba por mi calle. De pronto me embargó una sensación tan exquisita que de nuevo no pude por menos de llamarla felicidad, la palabra de Pascal pronunciada una noche en su habitación solitaria de Port-Royal.

Me recordó el momento en que salimos del bar justo antes de que cerrara y vimos la calle Ciento cinco cubierta por un manto de nieve. Nos frotamos los brazos hasta que ella se colgó del mío. Había deseado que nuestro paseo no acabara nunca.

Me levanté de la cama, miré por la ventana y vi que la nieve había cubierto serenamente los tejados y las callejuelas de Manhattan. Era —tal vez porque me recordó tanto a Brassai— una magnífica imagen en blanco y negro de París, Clermont-Ferrand o cualquier otra ciudad francesa de provincias por la noche, y la felicidad que estalló de repente en mi interior hechizó de tal modo

mi dormitorio mientras me dirigía de puntillas a la ventana junto a mi escritorio para contemplar otro panorama del mundo nocturno, que me sorprendí intentando no hacer ruido: no permitir que el parquet crujiera bajo mis pies y que los contrapesos de la ventana de guillotina emitieran su chasquido delator cuando la abriera un poco para dejar entrar el aire frío, no hacer nada que perturbara el silencio que había llegado sobre las alas de un ángel, porque mientras contemplaba la noche me resultaba facilísimo imaginar que bajo mi edredón dormía alguien de sueño tan ligero e inquieto como el mío. Cuando volviera a la cama, procuraría no moverme mucho, acostarme en el lado derecho, yacer muy quieto hasta que me durmiera, con la esperanza de no dormirme hasta haber introducido la imagen de su cuerpo desnudo en mis sueños.

Lo primero que haría al día siguiente sería salir, desayunar y tratar de ver a mis amigos para hablarles de Clara. Luego daría una vuelta por algunos grandes almacenes, comería en Whitney entre hordas de turistas haciéndose fotos con sus abuelos de la *jetset* y compraría regalos de Navidad el día siguiente de Navidad, todo ello salpicado por la tímida premonición de que aquella noche podía volver a suceder todo, debía volver a suceder todo o quizá no volviera a suceder.

Una vez más mi mente se remontó al momento en que salimos del bar antes de que cerrara y descubrimos nieve recién caída en la Ciento cinco. Ella me besó en el cuello, y después de advertirme de que no esperara nada, se colgó de mi brazo como si dijera *No le des importancia, pero No lo olvides nunca*. Ahora, en la oscuridad, con el recuerdo de su cuerpo pegado al mío, lo único que tenía que hacer era pronunciar su nombre, y ella aparecería bajo el edredón; moverme un centímetro, y tocaría un hombro, una rodilla; susurrar su nombre una y otra vez hasta estar seguro de que ella también susurraba el

mío, nuestras voces entrelazadas en la oscuridad, como las de los amantes de un cuento antiguo que jugaban a cortejarse con un solo cuerpo.

Tercera noche

A la mañana siguiente estaba en la ducha cuando oí el interfono. Salí de la bañera de un salto, pasé a la carrera por delante de la puerta de la cocina chorreando agua y grité:

—¿Quién es?

—Soy yo —contestó la voz distorsionada por el aparato, y no era la de portero.

—¿Quién es yo? —exclamé, exasperado con el repartidor, mientras buscaba billetes sueltos, primero sobre la cómoda, luego en los bolsillos de los pantalones que llevaba la noche anterior y que había dejado sobre una silla.

—Yo —respondió la misma voz, seguida de un silencio—. Yo —insistió—. Yoooo. —Otro silencio—. Yo, Shukoff. Yo, la del caracol. ¡Yo, maldita sea! Qué deprisa olvidamos.

Otro silencio.

—Me voy a Hudson —exclamó.

Dudé por un momento ¿Qué tal ir a Hudson con ella? ¿Quería subir?, le pregunté. La idea de que subiera me provocó una emoción indecente y casi culpable. Que viera mi mundo arrugado, mis calcetines, mi albornoz, mi cuchitril, mi vida.

—Gracias, pero no.

Me esperaba en el vestíbulo, no le importaba, pero no tardes mucho. ¿Estabas durmiendo?

—No, ducha.

—¿Qué?

—Du-cha.

—¿Qué?

—Da igual.

—Date prisa —exclamó, como si ya hubiera accedido a acompañarla.

—Es que... —vacilé.

Silencio sepulcral.

—¿Es que qué? ¿Tan ocupado estás? —espetó.

Las interferencias del interfono no lograron sofocar la ironía que teñía cada sílaba.

—Vale, vale. Bajo dentro de cinco minutos.

Debía de haberle arrebatado el teléfono al portero.

Adiós a mi desayuno habitual en el restaurante griego de la esquina, pensé. El periódico esperándome junto a la caja registradora, el crucigrama que nunca terminaba, el vasito de zumo de naranja tamaño dedal que me servían en cuanto me veían llegar por la nieve, la tortilla, las patatas fritas, los paquetitos de jamón muy procesado —me conocían bien— envuelto en papel de aluminio, intercambiar unas palabras en *helleniki* con la camarera, fingir que coqueteábamos, dejar vagar mis pensamientos. Casi me pareció oír el sonido de la puerta con el pestillo que siempre se atascaba, seguido de la campanilla y el temblor del vidrio cuando se cerraba a tu espalda muy deprisa, mientras te frotabas las manos para entrar en calor, buscando una mesa vacía junto a la ventana para sentarte y aguardar el momento mágico en que mirarás a la calle y dejarás vagar tus pensamientos.

Seis horas antes, tan solo seis horas antes, estaba ante el edificio de Clara, viéndola desaparecer en el ascensor. Y ahora ella estaba delante de mi edificio, esperando. Cuando por fin la vi en el vestíbulo, me quejé de que las ocho de la mañana no eran horas para sacar a la gente de su casa.

—Te encanta —me atajó—. Anda, sube; desayunaremos por el camino.

Echa un vistazo.

Señaló el asiento del acompañante de un BMW plateado. Vi dos cafés grandes en precario equilibrio, no colocados en los soportes situados bajo el salpicadero, sino encima del asiento, como si los hubiera soltado con lo que yo consideraba su típica impaciencia con las cosas pequeñas. Había además lo que parecían magdalenas muy bien envueltas, «compradas al lado de tu casa», explicó. Las había comprado pensando en mí y solo en mí, lo que significaba que sabía que me encontraría en casa, sabía que estaría encantado de acompañarla, sabía que me gustaban las magdalenas, sobre todo las que despedían un leve aroma a clavo. Me pregunté en casa de quién habría irrumpido si no me hubiera encontrado. ¿O acaso yo era la segunda opción? ¿De qué servía pensar eso?

—¿Adónde vamos? —inquirí.

—A visitar a un viejo amigo mío. Vive en el campo... Te caerá bien.

No dije nada. Otro Inky, supuse. ¿Por qué quería que la acompañara?

—Vive allí desde que se fue de Alemania antes de la guerra.

Sin duda había heredado de sus padres esa expresión. La llamaban «la guerra», no la Segunda Guerra Mundial.

—Lo sabe todo...

—... de todo.

Conocía a esa clase de personas.

—Más o menos. Conoce todas las grabaciones musicales del mundo.

Imaginé a un anciano con zapatillas raídas que cojeaba junto a un gramófono enorme. *Dime, Liebchen, ¿cuál es tu deseo? ¿Conoces la tierra donde florecen los limoneros?* Quería burlarme de él.

—Otro de esos sabelotodos —afirmé.

—Ha vivido más vidas aquí y en otros lugares que tú y yo juntos multiplicado por ocho elevado a la tercera potencia.

—No me digas.

—Sí te digo. Conoció una época en que el mundo entero se unió contra los judíos y lo único que quedó de Europa fue un lugar pequeñísimo cerca de una ciudad mágica a orillas de un lago desde donde se divisa un cantón de Suiza. Allí se conocieron mi padre, Hans y Fred Pasternak, en la escuela primaria, razón por la cual mi padre insistió en que estudiara durante una temporada en aquel colegio. Y allí, para tu información, Max volvía las páginas para el hombre que en tiempos las había vuelto para el hombre que las había vuelto para el último alumno de Beethoven. Así que puede que lo venera.

Odiaba su veneración ciega. Y sin duda ella odiaba mi deseo irracional de mofarme del hombre.

—Así que no te pongas tú en plan sabelotodo. —Repitió mi palabra para suavizar su censura—. Vamos a escuchar una grabación que ha descubierto; algo increíble, por si te interesa.

De repente se instaló cierta frialdad entre nosotros. A fin de combatirla, guardamos silencio. A la espera de que se disipara la bruma, de que se dispersara y desapareciera del coche como el humo del cigarrillo que salía por la ranura de su ventanilla. Nuestro silencio me decía no solo que por un instante estábamos pensando en otra cosa y que el enfado cerraba el paso a algo entre los dos, sino también que ella, al igual que yo y sin querer que se notara, buscaba desesperadamente el modo de salvar la situación en el último momento.

Buena señal, pensé.

Fue entonces cuando sacó una grabación de las suites de piano de Händel. No dije nada por temor a que la mención de la música la indujera a traer de nuevo a colación al anciano ciborg del gramófono gigantesco. Pone Händel para llenar el silencio que se ha hecho entre nosotros. Para mostrar que es consciente de la tensión, para mostrar que no es consciente de ella, para alisar

las arrugas al igual que una mujer hermosa en un ascensor alisó una vez las solapas de mi americana. Una forma de romper el hielo. Para nada una forma de romper el hielo.

Debió de adivinar mis pensamientos.

Le devolví la sonrisa.

Si albergaba en su mente un reflejo de mi *¿Recuerdas ese paseo, el de anoche?*, ¿cómo sería? *Sé lo que estás pensando. No tiene nada que ver con tus pensamientos. Es la tensión la que hace que quieras leer los míos. O algo peor: No tenías ningún derecho a hablar así del señor Sabelotodo. Mira lo que has hecho.*

Íbamos por Riverside Drive. Pronto estaríamos cerca de la estatua de la calle Ciento doce, donde, durante un rato que se antojó eterno dos días antes, había disfrutado de la sensación de estar aislado por la tormenta de nieve. Intenté recordar la noche, la cuesta cubierta de nieve, el San Bernardo que apareció como por arte de magia, el ascensor, la fiesta, el árbol, la mujer.

—Qué día más feo, ¿verdad?

Me gustaban los días encapotados, señalé.

A ella también.

Entonces, ¿por qué decía que era feo?

Se encogió de hombros para aparcar mi pregunta. Por un instante me pareció que Clara estaba muy lejos.

Y de pronto, en cuestión de segundos y sin previo aviso, como si lo tuviera preparado desde antes de poner el disco de Händel, antes aun de la tensión en el coche, quizá antes incluso de llamar a mi puerta o de comprar los dos cafés al lado de mi casa:

—Bueno... —Y de inmediato supe lo que iba a decir—. ¿Pensaste en mí anoche? —preguntó con la vista fija al frente, como si estuviera demasiado ocupada para mirarme, aunque sin duda escudriñaría mi respuesta.

No tenía sentido andarse por las ramas.

—Anoche me acosté contigo.

No dijo nada. Ni siquiera me lanzó una mirada de soslayo.

—Lo sé —repuso por fin, como una psiquiatra complacida al ver que la medicación prescrita casi sin pensar al final de una sesión ha surtido el efecto deseado al inicio de la siguiente—. A lo mejor deberías haberme llamado.

Una frase inesperada. ¿O era su modo de poner a prueba lo que yo suponía eran los límites entre desconocidos? Se mostraba muy franca cuando se trataba de cuestiones delicadas. Al igual que yo, tal vez hallaba fáciles las confesiones, y aún más las preguntas osadas, pero sin duda llegar hasta ellas era puro tormento y tortura, del mismo modo que no es la pasión lo que la gente oculta, sino la excitación gradual. La verdad sobresalía como fragmentos de vidrio, pero surgía de una disputa interna, tal vez porque su origen se acercaba más al miedo que a la violencia.

—¿Querías que te llamara? —inquirí.

Silencio.

—Hay magdalenas y panecillos en la bolsa gris claro que tienes a tu izquierda —indicó al poco con la misma brusquedad de antes.

Dominaba el juego a la perfección.

Tardé una eternidad en examinar el contenido de la bolsa gris claro. Lo último que había comido era el bocadillo de queso con ajo de Clara hacía ya doce horas.

—¿Permiso para comer en el coche?

—Permiso concedido.

Separé una parte de la cubierta crujiente de la magdalena de arándanos y se la tendí. Clara la cogió y con la boca llena inclinó la cabeza dos veces para darme las gracias.

—¿Permiso para probar otra magdalena y así variar un poco?

Con la boca todavía llena y a punto de echarse a reír, Clara se limitó a asentir.

—Tengo que hurgar en el resto del contenido de... esta bolsa gris claro que tengo a mi izquierda.

Me pareció que Clara se encogía de hombros con aire burlón. Habíamos superado nuestro momento de tensión.

Sonó su móvil.

—Descolgar —ordenó al aparato.

Era alguien que quería hacerle una pregunta.

—Ahora no puedo, estoy en el coche. Mañana.

Colgó y apagó el teléfono.

Silencio.

—Me gusta esto de desayunar en el coche —dije por fin.

—¿Y anoche no me llamaste porque...? —preguntó ella al mismo tiempo.

Ya estábamos otra vez con eso, pensé. No se rendía. ¿Era buena señal? Y si lo era, ¿por qué experimentaba yo esa sensación de incomodidad e inquietud entre nosotros, máxime cuando no tenía nada más de lo que avergonzarme después de mi declaración de hacía unos instantes? ¿O había hecho aquella declaración para escandalizarla y así zanjar el asunto de golpe, demostrarle que podía decir toda la verdad si quería, pero con la condición de que aparcáramos el tema? Lo último que quería era contarle por qué no la había llamado, aunque al mismo tiempo era lo que más, lo único que quería contarle. También quería hablarle de la noche anterior, de cómo había sido consciente de ella al evocar el vello suavísimo de su piel en el bar, de que el recuerdo aún me acompañaba cuando llamó a mi puerta y quise bajar corriendo en albornoz para mostrarle el efecto que su voz tenía en mi cuerpo.

—Porque no sabía si querías que lo hiciera —acabé diciendo.

¿Por qué no la había llamado? ¿Estaba fingiendo que no quería decírselo?

¿O acaso ni siquiera sabía cómo decírselo? ¿Qué puedo decirte, Clara? ¿Que estaba dispuesto a respetar tus reglas a pesar de que no quería hacerlo? ¿Que no te llamé porque no sabía qué decir después de «Soy yo, no quiero estar solo esta noche»?

Las palabras que acudieron inesperadamente en mi ayuda eran las mismas que había pronunciado ella la noche anterior.

—Estoy en plan caracol, Clara. Como tú, supongo. No quiero perturbar el universo.

Hasta que hube pronunciado esas palabras no caí en la cuenta de que me acercaba mucho más a la verdad acerca de mi estado en el coche, la noche anterior, en la fiesta o incluso en la vida de lo que pretendía transmitir con mi fingido intento de adoptar una expresión traviesa.

Sin embargo, también era consciente de que todavía no le había dicho por qué no la había llamado y que tal vez ella esperaba una respuesta.

—Creo que tengo que decir algo —empecé por fin.

Ignoraba adónde quería ir a parar. Solo sabía que pronunciando aquellas palabras en tono serio y quejoso tenía la impresión de estar obedeciendo al impulso de decir algo profundo e inexorablemente sincero que sin duda disiparía todo asomo de ambigüedad entre nosotros.

—No tienes que decir nada —espetó, burlándose del verbo «tener que», que había olvidado que detestaba.

—Solo iba a decir que casi todos nosotros estamos en una especie de taller de reparación.

Me miró.

—No ibas a decir eso.

¿Había calado una vez más mis intenciones antes que yo mismo? ¿O, como preferí pensar, creía que me burlaba de ella en una venganza tardía por la

ducha fría de la noche anterior, cuando me advirtió de que no debía «estropear las cosas»?

—Todo el mundo está en plan caracol en estos tiempos que corren — afirmé para deshacer el entuerto—, incluso los que viven felices para siempre..., también ellos están en plan caracol. Para serte sincero, ya ni siquiera sé lo que significa esa expresión.

Si me lo hubiera preguntado, habría hallado el modo de explicarle que sencillamente me había refugiado en sus palabras como un niño que se acurruca bajo la manta de un adulto en una noche helada. He tomado prestadas tus palabras, para cobijarme en tu mundo, en tu manta, Clara, nada más; porque lo explican todo y no explican nada, porque, por mucho que me duela decirlo, tu aliento encierra más verdad que mis palabras, porque eres una línea recta y yo un trazo tortuoso, porque tú corres por campos minados sin pestañear, mientras yo me quedo en las trincheras de la orilla equivocada.

—Creo que «tengo que» pedirte otro trozo de magdalena.

Los dos nos echamos a reír.

No estábamos lejos del Henry Hudson y bordearíamos el río hacia el norte, me explicó Clara, sobre todo porque odiaba la autopista Taconic. Mientras seguíamos adelante, desayunando en plan improvisado, al igual que habíamos cenado en plan improvisado, empecé a pensar que quizá lo que nos unía no era sino el anhelo de estar en plan caracol con alguien desesperado por hacer lo mismo, alguien que pidiera muy poco y pudiera ofrecer mucho siempre y cuando no se lo pidieras. Éramos como dos convalecientes que comparan gráficas de temperaturas, intercambian medicamentos, ambos arropados con una sola manta, contentos de habernos encontrado y dispuestos a abrirnos como casi nunca lo habíamos hecho, siempre y cuando ambos supiéramos que la convalecencia no duraría indefinidamente.

—¿Así que anoche pensaste en mí? —Le devolví la pregunta.

—¿Que si pensé en ti? —repitió, en apariencia perpleja, con cara de considerar mi pregunta del todo inapropiada—. Puede —respondió por fin—. No lo recuerdo. —Una pausa—. Seguro que no.

Pero la expresión de astucia que yo mismo había fingido unos minutos antes me dio a entender que también ella quería decir lo contrario.

—Seguro que no. No lo recuerdo. —Otra pausa—. Puede.

Volví a mirarla. ¿Era ella quien estaba falsificando ahora una sonrisa contenida? ¿O sencillamente se reía del marcador con las puntuaciones que yo miraba frenético en mi intento desesperado de darle alcance?

Le tendí un trozo de magdalena en son de paz. Lo aceptó. Había menos que decir ahora que cuando había tensión entre nosotros, así que me dediqué a contemplar el río, hasta que divisé un gran buque mercante anclado en medio del Hudson, con el nombre *Prince Oscar* pintado en letras rojas y negras de falso estilo gótico.

—¡Príncipe Oscar! —exclamé para quebrar el silencio.

—Quiero otro trozo de Príncipe Oscar —dijo, creyendo que por alguna razón había decidido llamar Príncipe Oscar a la magdalena.

—No, el barco.

Miró a su izquierda.

—¡Querrás decir Printz Oskár!

—¿Quién es?

—No tengo ni idea. Algún cadete real desconocido de un país balcánico que ya no existe.

—Menos en los libros de Tintín —puntalicé.

O en las películas de Hitchcock, agregó ella. O es un dictador-emperador sudamericano bajito y rechoncho que gasta monóculo y tortura a niñas preadolescentes delante de sus padres antes de violar a sus abuelas. Ninguno

de los dos conseguía insuflar vida al chiste. Avanzábamos a toda velocidad por el Drive cuando de repente un coche del carril derecho se metió bruscamente en el nuestro.

—¡Que te joda Printz Oskár! —le gritó Clara.

El BMW pasó al carril rápido y se acercó al vehículo que nos había cortado. Clara miró al conductor y masculló otro insulto: ¡Priiiiiintz Oskáááááár!

El hombre se volvió hacia nosotros, hizo una mueca grosera, levantó el dedo medio y lo agitó.

Ni corta ni perezosa, Clara sonrió e hizo un gesto todavía más obsceno.

—¡Printz Oskár tu padre, capullo!

El gesto de Clara pareció desarmar por completo al hombre, que pisó el acelerador para alejarse de nosotros.

—Así aprenderá.

Su gesto me había sorprendido más a mí que al conductor del otro coche. Parecía proceder de un submundo que jamás habría asociado con ella ni con la persona que había pasado meses escribiendo sobre las folias y que de madrugada cantaba el «Pur ti miro» de Monteverdi. Me quedé sin habla. ¿Quién era esa mujer? ¿Existían de verdad las personas como ella? ¿O el raro era yo, que me escandalizaba con tanta facilidad?

—¿Queda algo de Printz Oskár? —preguntó al tiempo que alargaba la mano derecha.

¿A qué demonios se refería?

—*Un petit* pedacito de magdalena Printz.

—Marchando.

—Me parece que queda otra Printz.

—Ya nos la hemos comido.

Miró los cafés.

—¿Te importaría ponerme otro azucarillo en el Oskár?

Debía de intuir que su gesto obsceno me había alterado; llamar a todo Printz Oskár era su modo de mitigar lo que quedaba de mi consternación. Pero también me recordó lo fácil que era crear un pequeño mundo nuestro, con nuestra propia jerga, nuestras inflexiones, nuestro sentido del humor. Otro día juntos y añadiríamos cinco palabras más a nuestro vocabulario. Al cabo de diez días ya no hablaríamos inglés. Me gustaba nuestra jerga, me gustaba el hecho de que tuviéramos una.

Ante nosotros apareció una enorme barcaza. Me recordó la barcaza gigantesca que había visto anclada en el río cerca de la Ciento seis la noche de la fiesta. En aquel momento había estado pensando en la palabra «adoración».

—Otro Printz Oskár —anuncié. Me tocaba a mí emplear nuestra jerga.

—Este es más bien el Rey Oskár —puntualizó mientras contemplábamos lo que resultó ser una barcaza mastodóntica con una cabecita diminuta y chulesca en la popa, inmensa, fea, descerebrada. Imposible que aquella cosa hubiera cruzado el Atlántico por sí sola. Probablemente procedía de otro río. Clara tomó un sorbo de café—. Lo has removido bien.

Quitó el disco de Händel.

—¿Bach? —dijo como si me preguntara si me molestaba que pusiera a Bach.

—Me gusta Bach.

Introdujo el CD. Oímos el piano.

—Volveremos a escuchar esta pieza cuando lleguemos, así que prepárate.

—¿En casa de herr Sabelotodo?

—No seas Printz, por favor. Te caerá bien, te lo prometo, y sé que tú también le caerás bien a él.

—Ya veremos —repuse, en apariencia absorto en la música de Bach

mientras fingía que intentaba reprimir un comentario desdeñoso sobre el señor Sabelotodo.

—¿Y si resulta que es un plasta de cuidado? —pregunté al cabo de un rato, incapaz de contenerme.

—¿Y si resulta que te cae bien? Solo quiero que lo conozcas. No es mucho pedir. Deja de ponerte tan difícil.

Me gustaba que me pidiera que dejara de ponerme difícil. Eso nos acercaba, como si me hubiera arrojado cinco o seis cojines antes de apoyar la cabeza en mi regazo. Lo que me gustaba no era tan solo el aire de familiaridad y regañina que nos acercaba, y tampoco el sarcasmo con que añadió «¡Eres terrible, Printz Oskár!» refiriéndose a que era un esnob, un crío, un obtuso, sino sobre todo que «Deja de ponerte tan difícil» era lo que todo el mundo me decía siempre. Clara hablaba mi mismo idioma. Era como encontrar el sonido de nuestra infancia en un piso vacío, o el olor a clavo y a las especias de la abuela en la bolsa de las magdalenas que había traído Clara.

—Toma este trocito —dije tras encontrar un pedazo de magdalena oculto en el fondo de la bolsa.

—Cómetelo tú.

Insistí. Me dio las gracias igual que la primera vez, con un gesto de asentimiento.

A Clara le gustaba correr con su deportivo. De repente apareció entre la bruma la carretera de Saw Mill, una franja infinita hacia lugares invisibles e ignotos que esperaba no cambiaran nunca.

—¿Se te dan bien las matemáticas?

—No se me dan mal.

¿Por qué lo preguntaba?

—Termina esta serie: uno, dos, tres, cinco, ocho...

—Fácil, es la serie de Fibonacci. Trece, veintiuno, treinta y cuatro...

Al cabo de unos instantes:

—¿Y esta? Uno, tres, seis, diez, quince...

Tardé un rato.

—El triángulo de Pascal: veintiuno, veintiocho, treinta y seis.

Siempre brusca y seca.

—Y ahora esta: catorce, dieciocho, veintitrés, veintiocho, treinta y cuatro...

Me devané los sesos, pero no di con la solución.

—No lo sé.

—Pero si lo tienes delante de las narices.

Probé toda clase de cálculos. Nada. ¿Por qué se le daba tan bien hacerme sentir torpe e ignorante?

—No lo sé —repetí.

—Cuarenta y dos, cincuenta, cincuenta y nueve, sesenta y seis... — Intentaba ayudarme.

—¿Cómo lo sabes?

—Son las paradas del autobús de Broadway. No ves más allá de tus narices, ¿eh?

—Normalmente no.

—Ya lo veo.

Quise decirle: Clara Brunschvicg, ¿cuál es la secuencia de Brunschvicg?

—Clara, anoche no te llamé porque me acobardé, ¿vale? Incluso llegué a sacar el *télyfön*, pero entonces pensé que no querrías que te llamara, así que no lo hice.

—Y en lugar de eso hiciste el amor conmigo.

Clara había elegido el día ideal. El mundo era blanco. No había la menor probabilidad de que el sol se abriera paso. No obstante, a pesar de la

escarcha, que lo cubría todo con una capa helada, desde el capó inclinado del coche plateado hasta el carril blanco, dentro del vehículo reinaba la calidez entre nosotros, debida en parte al estado de ánimo de Clara, en parte al desayuno que había traído, en parte a la Navidad, en parte al recuerdo feliz de la noche anterior, que se enroscaba alrededor de *¿Pensaste en mí anoche?* como el aura de la estatua de un santo, solemne y mudo.

—Y yo que esperaba que me llamaras.

—Y te has presentado en mi casa.

—Y me he presentado en tu casa.

De todos modos, qué agallas pasarse por casa de alguien con el desayuno sin preocuparse por la posibilidad de recibir un no por respuesta. Así era como se había presentado detrás del árbol de Navidad. Así era como me había esperado delante del cine. Así era como vivía, como lo hacía todo. La envidiaba.

Así era como se comportaba con todo el mundo. Rehuía a la gente y luego volvía a irrumpir en sus vidas. Hablaba, ordenaba, y de repente desconectaba. Algo me decía que por muy tarde que hubiera llegado a casa la noche anterior, y por muchas veces que hubiera evitado coger el teléfono mientras estaba conmigo, sin duda había encontrado tiempo para llamar a Inky después de que nos hubiéramos despedido. Y luego estaba el anciano al que íbamos a visitar. No tenía ni idea de que Clara se presentaría aquella mañana, y mucho menos con un desconocido. ¿Quieres decir que llegarás a su casa, tocarás el claxon unas cuantas veces para darle tiempo a que se lave la cara, se peine y se ponga la dentadura antes de gritar «¡Yuju, adivina quién ha venido!»?

No, lo llamaría en cuanto saliéramos de casa de Edy.

¿Quién es Edy?, pregunté más desconcertado que nunca. Ya lo verás. ¿Me gustaba eso de no saber nada? No, no me gustaba. No es cierto: me encantaba

y estaba empezando a descubrirlo. Era como jugar a la gallinita ciega y no querer que te quiten la venda.

Quizá llegué a adorar que trastocaran mi horario, porque trocear mis días y mis costumbres y esparcirlos a los cuatro vientos para que no pudiera hacer nada con ellos hasta que Clara volviera a unirlos era su forma de agitar las cosas, de hacerme girar y girar antes de darme la vuelta como un calcetín, mi corazón convertido en un calcetín lavado en busca de su pareja. Anoche no solo pensé en ti, Clara, pregúntame, oblígame a decírtelo y te lo diré, me muero de ganas de decírtelo.

No sabía adónde nos dirigiáramos ni cuándo regresaríamos. Por otro lado, no quería ponerme a pensar en el día siguiente. Tal vez no hubiera día siguiente. Tampoco quería hacer demasiadas preguntas. Quizá aún me estaba resistiendo, consciente de que resistirse es el gesto delator de quienes se han rendido hace mucho tiempo. Quería parecer totalmente despreocupado, pero sabía que la rigidez de mi cuello y mis hombros había empezado justo cuando me había subido al coche. Con toda probabilidad también la tenía la noche anterior en el cine. Y en el bar. Y durante nuestro paseo. Todo me instaba a decir algo, no algo osado ni ingenioso, sino algo sencillo y verdadero. Ante mí se abría una puertecita, y lo único que debía hacer era mostrar mi pase y entrar. En cambio, me sentía como un pasajero que pasa asustado bajo el arco detector de metales. Dejas las llaves, el reloj, las monedas, la cartera, el cinturón, los zapatos, el *télyfön*, y de repente te das cuenta de que sin todo eso estás tan desnudo y vulnerable como un diente roto. Cuello rígido y diente roto. ¿Quién era yo sin mis «cosas» ordenadas, cada una en su lugar, sin mis pequeños rituales matutinos, mi desayuno en el concurrido restaurante griego, mis penas cultivadas y mis astutas formas de fingir que no reconocía que la mujer que desde abajo me gritaba *Yo, Shukoff. ¡Yo, maldita sea!*, era la misma a la que la noche anterior me había llevado a la cama y con la que, a

oscuras, había desechado toda precaución al pedirle que no se quitara el jersey para poder deslizarme bajo él, porque mientras pensaba en nuestros cuerpos desnudos y envueltos juntos por la lana una parte de mí supo que no entrañaba ningún peligro abrir las esclusas y dejar que mi mente enloqueciera con ella, una vez que ya había desperdiciado dos oportunidades en dos noches seguidas y, con toda probabilidad, la había perdido para siempre?

—Estás distraído.

—No estoy distraído.

Ella también odiaba a la gente que se distraía.

—Pues estás muy callado.

—Estoy pensando.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —Y al cabo de un instante—. Cuéntame algo que no sepa. —Seguía mirando al frente.

—Creía que lo sabías todo sobre mí.

Intentaba recordarle la advertencia que me había hecho la noche anterior en el bar.

—Entonces cuéntame algo que quiera oír.

El privilegio de los conductores: decir las cosas más osadas sin mirarte a la cara.

—¿Como qué?

—Seguro que se te ocurre algo.

¿Entendía yo adónde quería ir a parar? ¿O eran imaginaciones mías?

—¿Como que te acompañé a casa con la esperanza de hallar una forma más de evitar despedirme de ti porque todavía quedaba mucho por decir? ¿Como que no sé por qué me pareció que la película tenía tantos lazos, tanto que ver con nosotros? ¿Como que quiero vivirlo todo otra vez? ¿Algo así?

Clara no contestó.

—¿Quieres que siga o paro?

Pretendía que la pregunta sonara a amenaza de avalancha y al mismo tiempo dar a entender que solo estaba jugando con ella; que, por mucho que me acercara, nunca sería el primero en apartar el espectro que ella había colocado entre nosotros.

—Puedes parar cuando quieras —contestó.

Eso me enseñaría a pedir ayuda para sortear los bancos de arena que había entre nosotros.

—¿Dónde se fabrica a las personas como tú, Clara?

Permaneció callada unos instantes.

—¿Dónde? —repitió, como si no comprendiera la pregunta—. ¿Por qué lo dices?

—Porque cuesta calarte.

—No tengo secretos. Pongo las cartas sobre la mesa. Contigo lo he hecho.

—No me refería a secretos, sino a tu forma de sonsacarme cosas que no contaría a nadie.

—¡Bah, no te pongas Printz Oskár!

Dejé transcurrir unos segundos.

—Vale, no me pongo —dije por fin, como si accediera tan solo para seguirle la corriente, aunque en realidad me sentía a la vez desairado y aliviado.

Se echó a reír.

—No puedo creer que sea yo la que se esté ruborizando, no tú —dijo.

—¿Permiso para cambiar de tema? —pregunté mientras le tendía el último pedacito de magdalena que había encontrado en el fondo de la bolsa de papel.

—Se te ocurre cada cosa, Printz.

Me encantaban los pueblos que bordeaban el Hudson, sobre todo en un día tan ceniciento y blanco. Veinte años antes, algunos de ellos no eran más que

villorrios industriales con embarcaderos hundidos y malecones esqueléticos. Ahora, como todas las poblaciones de los alrededores de la ciudad, se habían transformado en pintorescas localidades de fin de semana. A cierta distancia de la carretera, en una pendiente, se veía un hotelito. Envidié a sus clientes, sus propietarios, las personas sentadas en pequeños comedores leyendo el periódico matinal esa semana de Navidad.

No, me gustaba estar en el coche.

Sí, pero estar con ella en el comedor de uno de esos hotelitos... O mejor aún, estar allí esperando a que bajara y se sentara a nuestra mesa. Y si esa noche nevaba mucho y por fuerza teníamos que alojarnos en algún establecimiento de la zona...

—Cuéntame algo más..., lo que sea, Printz.

—Clara B., cómo cuesta seguirte. No paras de cambiar de carril.

—Quizá sea porque tú te diriges hacia un único lugar...

—... y me han advertido en repetidas ocasiones de que más adelante hay obras...

—... sin olvidar los controles de carretera —añadió, también aparentemente en broma.

Clara conducía deprisa, pero no de forma temeraria. En varias ocasiones observé que cambiaba de carril para dejar paso a algún conductor impaciente. Pero no les permitía adelantarla por cortesía.

—Me ponen nerviosa.

Me costaba imaginarla nerviosa.

—¿Yo también te pongo nerviosa?

Meditó unos instantes.

—¿Quieres que diga que sí o que no? A mí me da igual.

Sonreí. No recordaba en toda mi vida ningún momento de nerviosismo que hubiera disfrutado más. Asentí.

—En el fondo, muy *très* en el fondo —admitió—. Demasiado rollo cómplice entre nosotros.

No dije nada. Sabía a qué se refería, pero ignoraba si le gustaba aquella intimidad o por el contrario quería ponerle fin.

—La ciudad de los cementerios —dije para cambiar de tema, mientras señalaba la hilera de cementerios de Westchester.

—Lo sé —dijo ella.

Miré por la ventanilla y reparé en que nos acercábamos a toda velocidad al cementerio donde estaba enterrado mi padre. Sabía que no iba a sacar el tema y que lo olvidaría en cuanto dejáramos atrás la población. De haberla conocido mejor o haber estado menos tenso, quizá le habría pedido que tomara la siguiente salida, parara en una floristería y me acompañara a visitar un momento su tumba.

A mi padre le habría caído bien. Perdona que no me levante, la verdad es que estar aquí destroza la espalda a cualquiera. Y volviéndose hacia mí: Al menos esta, con su desparpajo y sus aires de seudolibertina, no es una heredera tocapelotas.

Me pregunté si algún día me atrevería a pedir a Clara que aparcara el coche y me acompañara un momento a su tumba. ¿Por qué no lo hacía? Clara no habría vacilado en llevarme a la tumba de su padre o del mío si se lo hubiera pedido. ¿Por qué no la había llamado la noche anterior? ¿Por qué no podía limitarme a decir: Algún día dejarás que te hable de mi padre?

Nunca hablaba de él. ¿Me acordaría de pensar en él en el trayecto de vuelta? ¿O preferiría odiarme a mí mismo por enterrarlo en una segunda muerte, la muerte del silencio y la vergüenza, que ya sabía que era un crimen contra mí mismo, no contra él; contra la verdad, no contra el amor. El salario del duelo se paga en billetes grandes y más tarde con monedas, las del silencio y la vergüenza que ningún prestamista usurero tocará jamás.

Al cabo de un rato, sin previo aviso, Clara tomó una salida y entró en lo que parecía un viejo pueblecito de pescadores, con un mástil antiguo que señalaba el centro. Al poco aparcó delante de una tienda de caramelos de los años cincuenta algo escondida, situada a apenas diez metros de una gasolinera.

—Pararemos un rato —anunció.

Un rótulo desvaído en lo alto de una escalera de ladrillo anunciaba un establecimiento llamado Edy's.

Me gustó el aire frío que nos azotó en cuanto nos apeamos del coche.

Edy's era una cafetería sencilla y estaba desierta.

—Norman Rockwell a lo cutre —comenté.

—¿Té? —propuso Clara.

—Perfecto —accedí, resuelto a seguirle la corriente.

Clara dejó caer el abrigo sobre una mesa de formica junto a un enorme ventanal con vistas al Hudson.

—Voy al lavabo.

Yo envidiaba a las personas capaces de soltar sin rodeos que iban al servicio.

La camarera, de cincuenta y pico años y con el nombre bordado en letra cursiva rosa sobre un delantal azul de rayas, trajo dos tazas vacías de las que pendían sendas bolsitas de té Lipton. Llevaba las asas enganchadas en el dedo índice de la mano izquierda, y en la derecha, una jarra redonda de vidrio llena de agua caliente.

—¿Edy? —pregunté para darle las gracias.

—La misma —respondió, y tras depositar las tazas en la mesa de formica sirvió el agua casi hirviendo.

Ocupé el asiento con la vista menos hermosa de las dos, un cobertizo flotante que más parecía una cabaña de pesca abandonada. Pronto cambié de idea al observar que el lado de Clara daba a un embarcadero enrejado ladeado

y herrumbroso. Al poco volví a cambiar de opinión: tal vez la vista de la barcaza flotando en el cauce no fuera tan fea a fin de cuentas. No logré decidirme hasta que vi una chimenea con un leño ardiendo al fondo de la cafetería. De pronto visualicé ventanas saledizas. Cogí las dos tazas y las trasladé al reservado junto a la chimenea. Incluso la vista era mejor desde allí. Dos cuadros minúsculos colgaban un sextante y una enorme pipa de espuma de mar: un retrato imitación de Reynolds y la representación de un toro tambaleante con una espada de torero clavada en el espinazo.

Al regresar del baño Clara se sentó y rodeó la taza con las manos como si quisiera indicar que nada le gustaba más que el contacto de una taza caliente.

—Nunca habría descubierto este sitio solo —comenté.

—Ni tú ni nadie.

Al igual que la noche anterior, había apoyado los codos sobre la mesa.

Tus ojos, tus dientes, Clara. Hasta entonces no me habían excitado sus dientes, pero ahora ardía en deseos de tocarlos con el dedo. Nunca había visto sus ojos a la luz del día. Los buscaba, los temía, me debatía con ellos. Dime que sabes que te estoy mirando, que lo sabes, que quieres que te mire, que tú también estás pensando que nunca habíamos estado juntos a la luz del día.

Quizá la estuviera incomodando, porque al poco empezó de nuevo a fingir que intentaba evitar que se le congelaran las manos rodeando con ellas la taza. Un brazo alrededor de sus hombros, un brazo alrededor del holgado jersey enorme que le colgaba de los hombros suaves de cachemira. No era tan difícil... ¿Por qué parecía entonces tan difícil con Clara?

Se irguió en el asiento, como si me hubiera leído el pensamiento y no quisiera que volviese a enfilarse ese camino.

Hice algún comentario gracioso sobre el viejo señor Sabelotodo. Ella no respondió; tal vez no me prestaba atención, o bien se limitaba a obviar mi

débil intento de entablar una conversación divertida. Envidio a las personas capaces de desdeñar todo intento de entablar una conversación insustancial.

Clara reclinó la cabeza contra la ventana cerrada, procurando no tocar las sucias cortinas de cuadros. Parecía pensativa. Estuve a punto de reclinar también la cabeza contra la ventana, pero decidí no hacerlo. Lo que hice fue reclinarme en el asiento, los pies casi tocando los suyos por debajo de la mesa.

Cruzó los brazos y miró afuera.

—Me encantan los días así.

La miré. Me encanta el aspecto que tienes ahora mismo. Tu jersey, tu cuello, tus dientes. Incluso tus manos, la palma dócil, blanca, cálida y luminosa de cada mano posada en el bíceps del otro brazo, como si también tú estuvieras nerviosa.

—Bueno, dime algo.

—Bueno, te digo algo.

Jugueteé con un sobre de azúcar. Por una vez daba la impresión de que era ella quien necesitaba llenar el silencio, no yo. No obstante, era yo quien se sentía como un cangrejo que acaba de mudar el caparazón: sin pinzas, sin inteligencia, sin sus andares rápidos, tan solo una masa indefensa de miembros fantasma doloridos.

—A mí también me gusta estar aquí así —dije.

Estar aquí contigo, tomando una taza de té en un lugar perdido, junto a una gasolinera abandonada en el corazón de la América profunda. ¿Qué más da?

—Y esto también me gusta —añadí contemplando la blanca ribera nevada y los peñascos que se alzaban más allá, como si también ellos tuvieran algo que ver con el hecho de «estar aquí así»—. Estar aquí como estamos ahora mismo —agregué como si se me acabara de ocurrir—, aunque puede que no tenga nada que ver contigo, claro está —apostillé con malicia.

Clara sonrió al oír mi comentario «espontáneo».

—Nada que ver conmigo en absoluto.

—Nada de nada —insistí.

—No podría estar más de acuerdo.

Se echó a reír. De mí, de ella, de la felicidad de estar juntos tan temprano, de nuestros intentos intencionadamente transparentes de minimizar la felicidad.

Dientes, ojos, sonrisa.

—Si te sirve de consuelo, a mí también me gusta esto —afirmó mirando el bosque que se extendía al otro lado del río, como si los árboles estuvieran más relacionados con el placer que sentíamos en aquel momento que nosotros mismos.

¿Estaba haciendo lo mismo que acababa de hacer yo, dedicarnos un cumplido a los dos y al instante retirarlo dirigiendo la mirada hacia los peñascos? ¿O bien intentaba sacar a colación el tema de una forma a la que yo no osaba recurrir todavía?

—Estoy segura de que te importará un pimiento, pero venía muchas veces aquí con Inky.

—¿A chez Edy's?

¿Por qué seguía burlándome del lugar, por qué?

—Cuando eran unos críos, él y su hermano traían la barca, pescaban, se emborrachaban y volvían a casa antes de que oscureciera. Inky y yo veníamos, aparcábamos el coche, paseábamos un rato, y yo notaba que echaba de menos los viejos tiempos; luego subíamos al coche y regresábamos a la ciudad. Un alma perdida.

—¿Tú también eres un alma perdida?

—¡No! —exclamó sin dejarme terminar lo que ni siquiera yo sabía que intentaba preguntar.

Significaba: *Ni se te ocurra*. Las trincheras, las zanjas, los valles de la andémica eran temas reservados a las fiestas.

—¿Y hoy has decidido venir para estar con él?

—No. Ya te lo dije: lo nuestro se acabó.

Qué pregunta tan estúpida.

—Entonces, ¿por qué lo has mencionado?

—No hace falta que te pongas así.

—No me pongo de ninguna manera.

—¿No te pones de ninguna manera? Deberías verte la cara.

Decidí tomármelo a broma. Cogí la jarrita metálica de la leche y, como si quisiera ver qué cara tenía al «ponerme así», examiné mi reflejo una, dos, tres veces.

Y entonces lo vi. En mi precipitación por ir a su encuentro aquella mañana, había olvidado afeitarme. Y eso que había procurado tardar bastante en bajar, mostrar que no tenía por qué correr escalera abajo para verla.

¿Quería que le dijera que estaba enfadado? ¿Era eso una forma de romper el hielo, su modo de obligarme a reconocer lo que sentía cada vez que ella hablaba de él, de manera que pudiera volver a recordarme que me había pasado de la raya? ¿Utilizaba a su ex resucitado una y otra vez para recordarme la trinchera que nos separaba?

—No pongo ninguna cara —sentencié, fingiendo desmentir su opinión.

—Déjalo ya.

¿Por qué me llevaba al borde del abismo cada vez que yo pensaba que no era peligroso avanzar otro paso hacia ella?

—Inky se sentaba aquí y se quedaba mirando aquel puente.

—¿Se quedaba mirando el puente? ¿Por qué?

—Porque su hermano se tiró de ese puente.

Compadecí a los tres.

—¿Y tú qué hacías mientras él lo miraba? —pregunté sin saber qué otra cosa decir.

—Esperar que lo olvidara. Esperar que aquello dejara de obsesionarlo. Esperar que yo pudiera hacer algo. Esperar que dijera algo. Pero él se quedaba aquí sentado mirando el puente con ojos vacíos, siempre vacíos. Hasta que comprendí que, de un modo sutil y atormentado, me estaba dando a entender que si yo quería y me empeñaba, podría hacerle tirarse a él también.

Sí, imaginaba a Clara capaz de llevar a alguien a tirarse.

—¿Y por qué veníais aquí?

—Me gusta la cutrez de este sitio.

También ella sabía fingir una despreocupación absoluta.

—En serio. ¿Le echas de menos? —pregunté con la intención de ayudarla a ver la respuesta que saltaba a la vista.

Meneó la cabeza, no para negar, sino como si pretendiera sacudírseme de encima, *Nunca me pillarás, así que ni lo intentes. O: Vas muy desencaminado, colega.*

—Conque este sitio está impregnado de Inky —señalé tras aguardar un buen rato una respuesta.

—De Inky no.

—Entonces, ¿de quién?

—Pregunta para nota. ¿Cuánto cobras por sesión?

Pero no esperó mi respuesta.

—Está impregnado de mí. Porque aquí es donde por fin entendí que quizá no sabía qué era el amor. O que había practicado la clase equivocada de amor y que nunca conocería el de verdad.

—¿Me has traído hasta aquí para decirme eso?

La pregunta la pilló completamente desprevenida.

—Tal vez. Tal vez —repitió, como si hasta entonces no se hubiera planteado la posibilidad de que me hubiera hecho acompañarla para reabrir viejas heridas y ayudarla a ver dónde la había mutilado la verdad.

¿O quizá solo quería saber si sentía algo distinto con otro hombre? ¿O era demasiado pronto, ya que estaba en plan caracol y todo eso?

—Yo me quedaba sentada y lo veía divagar, divagar y divagar, como si me llevara al puente y estuviera dispuesto a saltar con la condición de que yo saltara con él. Y yo no quería ir al puente y saltar, no con él, no por él, ni por nadie, desgraciadamente. Tampoco quería seguir sentada viéndolo pensar en eso cada vez que veníamos aquí, viéndolo mirar el puente mientras me decía que moriría por mí, cuando lo único que quería oírle decir era algo que yo tampoco podía decir.

—¿El qué?

—¡Voy a tener que pagarte por sesión!

Se interrumpió un momento para recobrar el aliento o serenarse... ¿O acaso intentaba sofocar un sollozo? ¿O tal vez una sonrisa?

—Pues por mí adelante. Antipática y borde. No es que Inky no me importara, sino que yo nunca querría a nadie, al menos no a él. Habría tenido que saltar tras él para salvarlo. Tal vez. No, ni eso. —Jugueteaba con la cuchara, trazando dibujos en la servilleta de papel—. Del resto no hablemos.

—Yo habría saltado para salvarte, te habría envuelto en todos los abrigos colgados del perchero de Edy's, habría pedido ayuda, te habría hecho el boca a boca, te habría salvado la vida, te habría traído té y magdalenas.

Supe que era lo más inoportuno que podía decir tan pronto como lo hube soltado, una insinuación torpe entre dos rebanadas de ingenio más bien mediocre.

—Me gusta lo del té, los abrigos y las magdalenas. Lo del boca a boca no, por lo que te dije anoche.

Me la quedé mirando con cara de sorpresa. ¿Por qué decía algo así? Me sentí como si me hubiera llevado hasta el puente y me hubiera empujado. Justo cuando se mostraba más vulnerable, humana y franca, sacaba la mala leche y los colmillos. *Por lo que te dije anoche.*

¿Cuánto tardaría en contrarrestar aquel momento? ¿Meses? ¿Años?

Nos hallábamos en el que sin duda era uno de los rincones más acogedores del mundo, con chimenea, té, vistas de los muelles antiguos, sirenas de niebla mudas, una cafetería tranquila que con toda probabilidad se remontaba a la época de Coolidge y Hoover, donde los sonidos que llegaban del fondo del establecimiento, tras la estrecha ventana de la cocina, recordaban que había otros seres en el planeta, la calidez onírica de una secuencia romántica de una película en blanco y negro ambientada a orillas de un Hudson antipático y borde. Me sentía tenso, incómodo, contrariado, mientras trataba de mostrarme natural, de disfrutar de su presencia, sin dejar de pensar que estaría mucho mejor en mi restaurante griego, coqueteando con la camarera, pidiendo mis huevos favoritos, leyendo el periódico. Aquello se había torcido y no sabía cómo enderezarlo. Se torcía una y otra vez.

—Hazme un favor, ¿vale? —dijo mientras recorríamos el camino helado de vuelta al coche, ambos con la vista clavada en el suelo.

—¿Qué favor?

—Tampoco me odies.

La palabra «tampoco», que habíamos evitado de forma tan evidente, me picó el orgullo, y solo el orgullo, como si el orgullo revistiera cada curva de mi columna vertebral y su palabra lo hubiera matado con ese único golpe certero que derriba al toro en la arena sin que se entere. No le fallan las patas, no vacila, no le tiemblan las rodillas... Sencillamente ha muerto. ¿Acaso es más fácil herir el orgullo que todo lo demás? ¿Por qué detestaba que lo

descubriera todo de mí, lo sacara a la luz, lo tendiera a secar como si de ropa interior sucia se tratara?

Su «tampoco» había transformado todo cuanto yo sentía en una violación indecente, una insinuación de desidia. De pronto me entraron ganas de soltar «Mira, ¿por qué no sigues tú sola? Yo me quedo aquí y regresaré a la ciudad en el primer tren». Eso le habría enseñado una lección. No volvería a verla, no contestaría al timbre, nunca más iría de excursión al norte del estado ni pararía en cafeterías cutres y anticuadas, donde había tantas probabilidades de que un capitán Haddock con resaca asomara la cabeza por la cortina de la cocina como de que un viejo abortista se tomara un chupito de ron antes de disponer sus utensilios sobre el mostrador de mármol resquebrajado junto a la caja registradora de Edy's. ¿Por qué molestarse en ir a mi casa, por qué el viaje a Dios sabe dónde, el mimoso *¿Pensaste en mí anoche?*, si lo único que hacía era mandar una y otra vez el mensaje de que no se me ocurriera acercarme a ella?

—No te habré molestado, ¿verdad? —preguntó.

Me encogí de hombros para indicar que no podría molestarme por mucho que se esforzara.

¿Por qué decía que no me había molestado? ¿Por qué no decía nada?

—Dos veces en una mañana... Debes de pensar que soy una auténtica arpía.

—¿Una arpía? —repliqué como diciendo: «¿Solo una arpía?».

—Sabes que no lo soy —aseguró casi con tristeza—. Sabes perfectamente que no lo soy.

—¿Cuál es tu infierno, Clara? —inquirí por fin tratando de hablar su idioma.

Se detuvo en seco como si la hubiera asombrado u ofendido, como si

tuviera ganas de mandarme a paseo. Acababa de preguntarle algo que por lo visto nadie le había preguntado nunca, y que tardaría mucho tiempo en perdonar y olvidar.

—¿Mi infierno?

—Sí.

Ahora que se lo había preguntado, no había vuelta atrás. Se produjo un silencio. Las barreras derribadas con tanta precipitación volvieron a alzarse para luego caer de nuevo y levantarse una vez más.

¿Era la nuestra una familiaridad nerviosa, ligera y superficial, nada más? ¿O compartíamos el mismo infierno porque, al igual que sucede con los vecinos de un mismo bloque, yo conocía la distribución de su piso, desde la caja de fusibles oculta hasta los estantes del armario de la ropa blanca?

—Puede que nuestros infiernos no sean tan distintos —aventuré por fin.

Clara meditó unos instantes.

—Si te apetece creer eso...

Una vez en el coche sacó el móvil y decidió llamar a su amigo para anunciarle que llegaríamos al cabo de menos de veinte minutos.

—No —dijo tras un saludo apresurado—. No le conoces. En una fiesta. —Me abroché el cinturón de seguridad y esperé intentando parecer despreocupado, incluso adormilado—. Hace dos días. —Una mirada de complicidad hacia mí para apaciguarme. Silencio—. Puede. —Su interlocutor debió de hacerle dos veces la misma pregunta—. No lo sé. —Empezaba a impacientarse—. No lo haré, te lo prometo. —Tras colgar el teléfono se volvió hacia mí—. ¿A qué habrá venido todo esto? —Suspiró con la intención de quitar hierro a las preguntas que a buen seguro yo había deducido de sus respuestas.

—¿Cuándo lo viste por última vez? —inquirí para cambiar de tema.

—El verano pasado.

—¿De qué lo conoces?

—Mis padres lo conocían de toda la vida. Fue él quien me presentó a Inky.

—¿Un amigo de un amigo de un amigo?

¿Por qué intentaba hacerme el gracioso si era evidente que detestaba que el nombre de Inky saliera a colación cada dos por tres?

—No, no es un amigo. Es su abuelo.

Sin duda le satisfizo marcarse ese tanto. Al instante adivinó la pregunta que no le formulaba.

—Por si te interesa, nos conocemos desde pequeños.

Clara nunca hablaba de Inky en pretérito indefinido, como si se tratara de alguien encerrado para siempre en una mazmorra inhóspita e inaccesible del corazón cuya llave ella hubiera arrojado al primer foso nada más cortar con él. Hablaba de él en un curioso modo optativo, la manera en que las esposas desencantadas hablan de maridos que no acaban de ponerse las pilas y deberían volver a presentarse a aquellas oposiciones, o madurar y dejar de engañarlas de una vez, o decidirse por fin a tener hijos. Hablaba de él con un descontento que parecía tenderse hacia el presente desde un pasado que en cualquier momento podía reivindicar un futuro.

Debería haberle preguntado dónde narices encajaba yo, qué demonios hacía en el coche con ella. ¿Hacerle compañía para que tuviera un cuerpo cálido con quien charlar si le entraba sueño? ¿Alguien que le fuera dando pedacitos de magdalena? ¿Me convertiría en el clásico mejor amigo, el tío al que le haces confidencias y delante del cual te paseas desnuda porque ya le has advertido que no se te acerque?

Nunca lo había visto con tanta claridad. Ese era exactamente el papel al que pensaba relegarme, y yo lo estaba permitiendo porque no quería remover las aguas, razón por la cual tampoco le diría hasta qué punto se había convertido en una arpía. Rollo tenía razón.

—¿Música? —preguntó.

Le pedí que volviera a poner el disco de Händel.

—Marchando Händel.

—Toma, esto es para ti —anunció en cuanto arrancó, alargándome una pesada bolsa de papel marrón.

—¿Qué es?

—Estoy segura de que te traerá malos recuerdos.

Era una pequeña esfera de nieve con el nombre Edy's en la base. La puse boca abajo, la enderecé y contemplé la nieve que caía sobre una diminuta cabaña de un pueblo de postal. Me recordó a nosotros, protegidos de todo y de todos ese día.

—Para mí, en cambio, no son malos recuerdos —añadió.

Debía de saber que yo habría dado cualquier cosa por besar el hueco entre su cuello desnudo y el hombro mientras estábamos sentados en nuestro cálido rincón de Edy's. Debía de saberlo.

—Romanticismo con nieve —dije sin apartar la mirada de la esfera—. ¿Tú ya tienes una?

Es lo que acabé preguntándole en lugar de ¿Por qué te abres y te cierras de esta manera?

—No, nunca he tenido ninguna. No soy de las que guarda entradas y demás recuerdos. No me dedico a crear recuerdos.

—Saboreas y escupes, como los catadores de vino —señalé.

Clara comprendió de inmediato adónde quería ir a parar.

—No, mi especialidad es el ardor de estómago.

—Recuérdame que nunca...

—¡No seas Printz Oskár!

Llegamos a casa del anciano antes de lo que habíamos previsto. Las

carreteras estaban desiertas, las viviendas parecían cerradas, como si todas las familias residentes en aquella parte del condado de Hudson pasaran el invierno en la ciudad o se hubieran largado a las Bahamas. La casa que buscábamos se encontraba al final de un camino de acceso semicircular. Había imaginado una especie de choza, una casucha desaliñada y destartalada, apenas sostenida por la negligencia insolente que la edad impone a quienes hace tiempo dejaron de cuidar el mundo que los rodea. Pues no; era una auténtica mansión situada en lo alto de una colina, y de inmediato intuí que la parte posterior daba al río. Estaba en lo cierto. Nos apeamos del coche y nos dirigimos hacia la puerta principal, pero de repente Clara cambió de idea y decidió entrar por una puerta lateral; en efecto, ahí estaba el río. Nos encontramos delante de un gran porche con una mesa y sillas de hierro forjado, cuyos cojines o bien se guardaban durante el invierno o bien estaban destrozados y nadie se había molestado en sustituirlos por otros nuevos. Sin embargo, la pasarela de madera que conducía al embarcadero parecía recién reformada, de modo que aquella gente cuidaba de su casa y con toda probabilidad los cojines del porche estaban guardados con todo cuidado en el interior. Clara intentó abrir la puerta vidriera, pero estaba cerrada con llave, así que llamó tres veces con los nudillos. Una vez más hizo el numerito de frotarse los brazos para indicar que tenía frío. ¿Por qué no me lo tragaba? ¿Por qué no creerla sin más? Tiene frío y punto. ¿Por qué buscar siempre otra cosa, por qué ir siempre a la caza de significados ocultos? ¿Para no olvidar que debía andarme con ojo? ¿Para no dar crédito a lo que me había dicho la noche anterior y al menos dos veces esa mañana?

—¿No sería más sensato llamar a la puerta principal?

—Es que tardan bastante en abrir. Tienen miedo de los lobos, a pesar de que siempre les digo que lo único que hay por aquí son pavos silvestres.

En efecto, al rato una anciana que parecía de origen alemán abrió la puerta

con cautela. Manos artríticas, cojera pronunciada, escoliosis.

Las dos mujeres se abrazaron y se saludaron en alemán. Yo le estreché la mano artrítica.

—Soy Margo —se presentó.

Nos franqueó la entrada. Estaba trabajando en la cocina donde sobre una mesa grande vi aquí y allá indicios de un almuerzo en preparación. Max llegaría enseguida, aseguró. Siguieron charlando en alemán.

Me sentía totalmente perdido, un forastero.

Deseé haber tomado el tren de vuelta a Nueva York. Deseé no haber salido de la ducha ni haber descolgado el auricular del interfono, deseé no haber ido al cine la noche anterior. Podía deshacerlo todo en un segundo. Excusarme, salir de la casa, sacar el móvil, llamar a una empresa local de taxis, entrar de nuevo en la casa, despedirme a toda prisa y largarme, adiós, Casablanca. Adiós, Clara, Margo, Inky y toda vuestra tribu de intelectualoides andémicos.

Salí con el pretexto de que quería ver el paisaje. Pronto comprendí que tampoco me interesaba el paisaje, de modo que volví a entrar y cerré la puerta de la cocina.

—Te he preparado café —anunció la artrítica Margo, que me tendió una taza con la mano derecha mientras con la izquierda me ofrecía un sobre de azúcar que sostenía entre el pulgar, el índice y el dedo medio; su brazo retorcido casi me suplicaba que me acercara y lo cogiera antes de que se le escurriera y luego se cayera ella al intentar recogerlo del suelo.

Me extrañó que me ofreciera café a mí y no a Clara, pero enseguida vi que Clara ya se había servido y se disponía a sentarse en una esquina despejada de la enorme mesa de la cocina. El gesto suplicante de la anciana, a la vez humilde y contrito, me conmovió.

—Clara siempre se queja de que hago el café muy flojo —comentó.

—Hace el peor café del mundo.

—¡Está muy bueno! —aseguré como si me hubieran pedido mi opinión y hubiera decidido ponerme de parte de la anfitriona.

—*Ach*, Clara, qué educado es —exclamó la anciana mientras me examinaba con aire aprobador, al menos de momento.

—¿Quién es educado? —preguntó la voz de un anciano, el señor Sabelotodo en persona.

Besos. Tal como había esperado. Apretón de manos firme. Sonrisa del Viejo Mundo de lo más formal que no significa nada, leve inclinación de la cabeza mientras se apresuraba a estrecharme la mano. Reconocí el ademán de inmediato. Deferencia en estado puro, menos cuando les das la espalda. A diferencia de su esposa, ningún vestigio de acento alemán, del todo americanizado. *Encantado de conocerle*.

—¿Y estos zapatos tan feos, Max? —dijo Clara señalando lo que a todas luces eran unos aparatos ortopédicos asegurados con tiras de Velcro.

Comprendí que era su forma de preguntarle por su estado de salud.

—¿Lo ves? ¿No te decía yo que eran horribles? —comentó el hombre a su mujer.

—Son feos porque tienes dislocadas las piernas, las rodillas y todos los huesos de tu cuerpo viejo y deteriorado —replicó ella—. El año pasado las caderas, este año las rodillas, el que viene...

—Ni menciones esa parte de mi anatomía, víbora venenosa. Te sirvió fielmente en su momento. —Tardé unos instantes en comprender que estas palabras iban dirigidas a Clara—. Puede que sir Lochinvar, que en paz descansa, ya no esté entre nosotros, pero en plena noche se oye su cuerpo decapitado galopar por encima de nuestro dormitorio en busca de un pasadizo oscuro y si prestaras atención, hija desdentada de escorpiones, abrirías tu ventana, le ofrecerías tus flácidos huevos fritos y te pondrías manos a la obra con la boca.

Todos nos echamos a reír.

—*Ach*, Max, te has convertido en un auténtico viejo verde —lo regañó su mujer, que se volvió hacia mí como si me suplicara que no prestara atención al último exabrupto del anciano.

—Querida, querida Clara, lo que me pasa es que todo yo estoy fuera de sitio.

—Quejas y más quejas. La última novedad es que quiere morirse.

Max hizo caso omiso de la mujer.

—¿De verdad me quejo tanto? —preguntó tomando la mano de Clara.

—Siempre te has quejado, Max.

—Pero ahora más que nunca, sin parar —insistió la anciana artrítica.

—Es lo que hacemos los judíos. Si fuera más joven, Clara —añadió—, si fuera más joven y tuviera las rodillas en mejor estado y también el ariete...

Margo me pidió que le echara una mano. *Natürlich!* ¿Me importaría acompañarla afuera un momento?

—Ponte el abrigo. Y también necesitarás guantes.

No tardé en averiguar por qué. Debía ir a por leña para la cocina.

—Nos encanta cocinar con leña. Pregúntaselo a mi marido. Qué estoy diciendo, pregúntamelo a mí.

Juntos nos dirigimos hacia el cobertizo donde el jardinero guardaba la leña. Margo se quejó de los ciervos, sorteó sus excrementos, masculló al pisar algo que no era barro y restregó la suela del zapato contra una roca. Yo no sabía si hablaba conmigo o sola. Y de repente:

—Me alegro de ver a Clara.

Quizá era un modo de entablar conversación, o quizá hablaba de nuevo sola, así que no respondí.

Volví con dos leños a la cocina donde Margo abrió el horno para mostrar

varias calabazas pequeñas partidas por la mitad, doradas y relucientes con el aceite y las hierbas aromáticas.

Max descorchó una botella de vino tinto y otra de blanco.

—Para pasar el rato —dijo antes de servir el vino blanco en cuatro copas.

A continuación cogió la base de su copa con el pulgar y el índice y removi6 el líquido unas cuantas veces antes de llevársela a los labios.

—Un soneto, un milagro —afirmó.

Clara brindó con Margo y con él, se volvió hacia mí y entrecrocó su copa con la mía tres veces, luego dos veces más tres veces, mientras repetía el antiguo brindis ruso en un susurro burlón. Todos guardamos silencio hasta que Max tomó de nuevo la palabra.

—Solo hace falta una fruta redonda y pequeña como el testículo de un bebé para transportarte al cielo.

Todos saboreamos el vino.

—Y ahora prueba el otro —dijo escanciando el pinot en mi copa al ver que ya había apurado el sauvignon—. Otro pequeño milagro.

Bebimos el vino con expresión aprobadora. El abuelo de Inky me miraba con fijeza. Sospecha que ya han roto. Pretende tantear a Clara antes de intentar arreglar las cosas entre ellos. Desde luego, yo estoy de más aquí. Debería haber pedido un taxi. A estas alturas ya estaría en la estación.

—Los dos vinos me parecen magníficos —aseguré—, pero entiendo tan poco de vinos que a menudo no sé distinguir uno bueno de otro mediocre.

—No le hagáis caso, se está poniendo otra vez en plan Printz Oskár.

Clara se dirigía a ellos, pero parecía guiñarme el ojo a mí, o no guiñárnoslo ni a ellos ni a mí, tan solo guiñarlo, o quizá no.

Es demasiado lista para mí, me dije. Demasiado lista. Qué forma de cambiar de humor, atraerme y rechazarme, para luego cambiar de humor otra vez, y justo cuando estás a punto de desistir e ir a tomar el primer tren de

regreso a la ciudad, te arroja un Printz Oskár para que lo roas y lo agita por encima de tu cabeza para ver si ladras y saltas para alcanzarlo.

—¿Te ha dicho Clara por qué ha venido? —me preguntó Max.

—No, no se lo he dicho —terció ella.

—Pues prepárate: habéis venido a escuchar a Leo Czernowicz, a Czernowicz tocando el Bach de Siloti. Luego le oiremos tocar la composición de Händel, y después estaremos en la gloria, y comeremos sopa, tomaremos vino y, si hay suerte, probaremos una de las ensaladas de Margo con esas setas extrañas que utilizará para acabar conmigo si me atrevo a soltar un solo comentario impertinente más. Siéntate —ordenó.

Miré los numerosos sillones y sillas que había en el salón.

—No, ahí no. Aquí —me indicó.

Abrió la pianola y empezó a manipularla antes de insertar en ella lo que resultó ser una larga tira enrollada de algo que parecía pergamino amarillento perforado.

—¿Conoce el joven la pieza de Bach? —preguntó.

Miré a Clara, y asentí.

Max le indicó que se sentara junto a mí en un diván muy estrecho. Yo esperaba a que comenzara la música y entonces apoyaría la mano en su hombro, ese hombro que ahora, más que nunca, parecía saber y secundar y querer hacerme saber que conocía hasta el último de mis pensamientos.

—Bueno, aunque conozcas el preludio, esto es algo que no has oído nunca en tu vida, nunca. Y jamás volverás a oírlo tocado de este modo. Primero le escucharéis tocar el preludio de Bach en la pianola, y después la transposición que Siloti hizo del preludio de Bach. A continuación lo escucharéis tal como se lo hice remasterizar a dos estudiantes de una universidad cercana. Y si os portáis bien, no interrumpís demasiadas veces y os coméis toda la sopa, os dejaré escuchar el Händel de Leo. Señoras y

señores, he aquí a Leo Czernowicz pocos años antes de que los alemanes lo encontraran, se lo llevaran y, al no saber qué hacer con él, lo mataran.

Y ahí estaba. Primero un tenue zumbido, luego el sonido de un jadeo, como aire al pasar sibilante por una vía respiratoria congestionada, y entonces empezó, el preludio que había oído tantas veces en mi vida, pero nunca así: apresurado, vacilante y a la vez deliberado. A continuación escuchamos el Siloti.

—El preludio es demasiado solemne —señaló Clara—, demasiado sombrío, tal vez demasiado lento.

Alguna pega tenía que encontrarle. ¿Por qué no me extrañaba?

—No importa, hemos tenido que acelerarlo, por supuesto, porque los que llegamos a escuchar a Leo recordamos que era muy rápido, demasiado. Pero da igual. El arte consiste tan solo en hablar directamente con Dios en el idioma de Dios con la esperanza de que nos escuche. El resto es pipi caca.

Puso el CD y, en efecto, por fin comprendí por qué habíamos realizado un trayecto de dos horas en ese día gélido para llegar hasta allí.

—¿Queréis que lo ponga otra vez?

Clara y yo nos miramos. Por supuesto.

—En ese caso iré a ocuparme de la comida —anunció Margo.

Sin titubear ni esperar nuestra respuesta, Max puso el BachSiloti por segunda vez.

Gracilidad y destreza, algo tan natural, brillante y al mismo tiempo contemplativo sabiendo lo que esperaba a las personas como Czernowicz, tantas y tantas décadas después seguía hablando con Dios. No podía dejar de pensar en su interpretación de aquella pieza mientras el piano perforaba el cartón ante nosotros. ¿Cómo era posible que no supiera que al cabo de pocos años bebería la leche negra del alba? Cuanto más la escuchaba, más me parecía que la esencia era él, no Siloti, los judíos como Max, que habían

sobrevivido al Holocausto pero jamás sobrevivirían a su condena, más la fuga de la muerte que el preludio y la fuga de Bach. Supe que aquello nunca desaparecería, que tampoco aquí había vuelta atrás, ningún retorno, al igual que sabía que sin Max y esa vieja casa, sin el invierno a orillas del Hudson, sin Clara y nuestros tres días juntos, el preludio seguiría siendo el caparazón reluciente y vacío que siempre había sido para mí hasta entonces. Necesitaba la Shoah para cobrar vida, necesitaba la voz de Clara en mi interfono, la risa de Clara mientras hacía gestos soeces en el coche, necesitaba nuestro «estar aquí así» en el cálido rincón de Edy's junto al toro tambaleante, así como, sus advertencias que prohibían tantas cosas; necesitaba incluso mi incapacidad para concentrarme en la música, como si no concentrarme en la música mientras pensaba en alargar la mano hacia ella formara parte de cómo la música precisaba ser oída, asimilada, recordada. Y si el arte no era más que un modo de dilucidar el designio de lo aleatorio, entonces el amor por el arte sin duda procedía de algo igual de arbitrario. Tal vez el arte no fuera más que la invención de la cadencia, un intento de razonar con el caos. Usaré cualquier cosa, lo que sea, para enroscarse alrededor de nosotros una y otra vez, una y otra vez, hasta encontrar la forma de penetrar en nuestro interior.

¿Podría alguien escuchar el preludio de Bach después de haber oído la versión de Siloti?

Nadie respondió.

Pregunté si podía escucharlo una vez más.

Max se mostró complacido. La música me tenía enganchado, pensó.

Mientras sonaba el glorioso inicio Max se excusó para ir a echar una mano a Margo.

Al quedarme a solas con Clara me embargó una sensación de incomodidad absoluta. Con todas aquellas sillas vacías alrededor, ahí estábamos los dos, Clara y yo, apretujados en el estrecho diván. Quería hallar un pretexto para

apartarme, quizá fingiendo que deseaba acercarme más a la música. No obstante permanecí inmóvil, casi sin respirar. También ella debió de sentirse incómoda antes de advertir mi inquietud, pero lo disimulaba mejor que yo, porque no movía ni un solo músculo. Quizá no notaba nada y mi interpretación de su incomodidad, al igual que mi interpretación del prelude de Siloti o de lo que Clara quería decir cada vez que pronunciaba las palabras Printz Oskár, o de nuestra postura tan incómoda en el diván, no fuera más que otra interpretación errónea, mi mirada de asombro al mundo que a su vez me miraba de hito en hito.

¿Existía algún modo de que Clara supiera lo que yo estaba sintiendo, lo que pensaba? ¿Se le había pasado siquiera por la cabeza? Estaba tan absorta en la música que no se había percatado de que su muslo tocaba el mío, desde la cadera a la rodilla, es decir, casi el veinte por ciento de nuestros cuerpos estaban en contacto. ¿Y si le decía que mientras sonaba el prelude yo solo pensaba en nuestras caderas y rodillas, tú y yo, Clara, unidos a la altura de la cadera, porque también compartimos un riñón, y solo tenemos que volvernos un poco en el diván para que de repente mis caderas estén contra las tuyas, yo dentro de ti, mientras escuchamos esta música una y otra vez, tu olor en mi piel, por toda mi piel, porque quiero bañarme en tu olor, frotarme la espalda con él, tu humedad en mi cuello, en cada centímetro de mi cuerpo, tú y yo, Clara.

Sabía que el menor movimiento de mi cuerpo, incluso el de un dedo, la arrancaría bruscamente de su ensimismamiento y le comunicaría que nuestros cuerpos se tocaban de la cadera a la rodilla. Así pues, permanecí completamente inmóvil; incluso tragar se tornó difícil a medida que era cada vez más consciente de mi respiración, a la que intenté imprimir una cadencia monótona para al fin, si podía, llegar a dejar de respirar.

Entonces me asaltó otro pensamiento: ¿por qué no contarle lo que me

estaba ocurriendo, lo que sentía? ¿Por qué no moverme, rebullirme y mostrar al menos que me gustaba estar pegado a ella en ese diván estrecho y que lo único que tenía que hacer era tocarle la rodilla, separarle las rodillas, deslizar la mano entre ellas y, como en tantos cuadros del Renacimiento, dejar que introdujera una pierna entre las mías en un gesto que dice más que mil palabras, como Lot con sus hijas? ¿Estaba Clara conmigo? ¿O estaba en otra parte? ¿Acaso se había fundido con la música, sus pensamientos en las estrellas, los míos en el arroyo?

Mientras todos estos sentimientos se debatían en mi interior, supe que no me atrevería a dar ningún paso, sobre todo ahora que estábamos a solas. Nada quedaba ya de mi determinación.

Noté que Clara se ponía tensa. Me había pillado.

De un momento a otro se levantaría para echar una mano en la cocina. ¿O debía levantarme yo primero para demostrar que no daba importancia al modo en que estábamos sentados en el diván, que no deseaba acariciarla, que se me daba un ardite?

—¿Quieres escucharlo otra vez?

Me la quedé mirando. ¿Debía decírselo de una vez por todas, soltarlo y que los dados cayeran donde quisieran?

—La música. ¿Quieres volver a escucharla o ya has tenido suficiente?

—Escuchémosla una vez más —contesté por fin.

—De acuerdo.

Se levantó para pulsar el botón del equipo y se sentó de nuevo a mi lado.

¿Ahora nos cogemos de la mano o qué?

Sé natural, me instó una voz.

¿Es decir?

Sé tú mismo.

¿Es decir?

Pedirme que fuera yo mismo era como pedir a una máscara que remedara un rostro que nunca había vivido sin máscaras. ¿Cómo representar el papel de alguien que intenta no representar ningún papel?

De nuevo nos tocábamos de cadera a rodilla, pero ahora se antojaba algo mecánico, frío, desalmado. Prefería mil veces el momento de la noche anterior en que se detuvo antes de atravesar el parque y me habló de Czernowicz mientras nuestros brazos se tocaban sin que ella se diera cuenta.

Todo eso eran imaginaciones mías, ¿verdad?

De repente me sorprendí deseando regresar a aquella casa algún día, aunque solo fuera para volver a tocar ese momento: la estancia atestada de objetos, el frío, el pianista muerto, ella y yo sentados más juntos que de costumbre dentro de la cabaña de aquella esfera de nieve de nuestra invención, y todo lo demás a nuestro alrededor, la sopa, el hermano de Inky, el Rohmer de la noche anterior, la nieve en Manhattan y en Clermont-Ferrand, y el hecho de que si Czernowicz no sabía qué le esperaba después de tocar el Siloti, desde luego nunca habría adivinado que, dos noches después de contemplar su mundo de la Europa prebélica, estaríamos sentados en aquella habitación como un par de viejos amigos íntimos, escuchando a un pianista al que mi abuelo y el abuelo de Clara bien podrían haber escuchado en su juventud sin sospechar en ningún momento que sus nietos...

Tan pronto como cesó la música dije que quería salir un instante. No le pedí que me acompañara.

—Te acompaño —dijo.

—¿Adónde vais? —preguntó Margo cuando nos vio salir por la puerta de la cocina.

—Voy a enseñarle el río.

El suelo estaba muy duro, con pedazos de tierra marrón entre la nieve. Clara

apartó un triciclo que, según me dijo, pertenecía a un nieto de la pareja. Se llamaba Miles.

—¿Agente secreto?

—Agente secreto —respondí, aceptando un cigarrillo.

—Ya te lo enciendo yo.

Lo encendió y me lo arrebató antes de que pudiera dar mi primera calada en mucho tiempo.

—Por encima de mi cadáver.

Así pues, no se me permitiría fumar.

—¿De qué crees que están hablando ahora? ¿De mí, de ti? —inquirí.

—Probablemente de nosotros.

Me gustaba ese «nosotros».

Clara me explicó que en verano el condado de Hudson era exuberante y que los veraneantes se dedicaban a descansar y pasar fines de semana enteros echados en tumbonas, comiendo y bebiendo. Le gustaban las puestas de sol estivales en ese lugar. Comprendí que estaba hablando de la época de Inky en Inkylandia.

Recorrimos un sendero estrecho flanqueado por abedules altos. El mundo era blanco —incluso los arbustos eran de un gris pálido peltre—, con excepción de los muros que rodeaban la casa y el que bordeaba el bosque, cubiertos de verdín. Imaginé un carruaje deteniéndose allí un siglo antes. Nos acercamos a lo que parecía una valla de madera sucia que conducía a una pasarela también de madera y más adelante a una escalera maltrecha.

—Allá abajo está el embarcadero. Ven.

Habían limpiado el Hudson hacía años. Ahora, si no te importaban las corrientes y las anguilas, podías nadar en él. Más árboles, arbustos pelados, más tapias inclinadas que delimitaban la finca.

Por fin divisamos el río y en la otra orilla, blanca y brumosa, un paisaje

impresionista.

La imagen me recordó los últimos cuartetos que compuso Beethoven. Le pregunté si alguna vez había oído tocar al Cuarteto Busch. Tal vez de pequeña en casa de sus padres, respondió.

Al acercarnos al río empezamos a oír unos chasquidos, cada vez más fuertes, como barras de hierro golpeadas con un martillo sobre un yunque. El hielo del río al quebrarse, tintineaba y chasqueaba, los témpanos chocaban unos contra otros, desbaratando la lisa capa blanca de hielo que habíamos visto desde la casa. Bloque tras bloque del Hudson helado flotaban corriente abajo, sobre el agua oscura, sucia, viscosa. Tal vez el Hudson nos estuviera obsequiando con su propia versión de Siloti. Cric, crac, crac, crac.

—Podría pasarme horas oyendo esto —comenté.

Lo que quería decir era: Podría estar contigo durante horas..., podría estar contigo para siempre, Clara. Todas las demás han sido espejismos, y quizá tú también lo seas, pero ¿cómo es que contigo, a pesar de todos tus agujones y espinas, me siento tan a gusto?

—Podría pasarme el día entero oyendo esto —repetí.

Había olvidado que en el mundo de Clara la gente no hablaba con entusiasmo de la naturaleza, las puestas de sol, los ríos ni del hecho de cantar en la ducha. Y tampoco se cogía de la mano, suponía yo.

—¿A ti no te gusta? —pregunté.

—Claro que sí.

—Pues entonces dime que te gusta.

Se volvió hacia mí y clavó la mirada en el suelo.

—Me gusta.

Una mínima concesión retirada tan pronto como la hubo hecho.

¿Cuánto tiempo duraría eso de vivir en plan caracol?

Y de repente, sin saber qué se había apoderado de mí, le pregunté:

—¿Cuánto tiempo vas a seguir en plan caracol?

Sin duda ella se lo esperaba o incluso había estado pensando en eso, quizá preguntándose en ese mismo instante cuánto tardaría yo en decir algo parecido. Tal vez por eso se abstuvo de preguntar por qué se lo preguntaba.

—Quizá todo el invierno.

—¿Tanto?

Cogió una piedra del suelo y la arrojó con fuerza al río. Yo cogí otra y seguí su ejemplo, lanzándola lo más lejos que pude.

—Bellagio está a un tiro de piedra —comenté—. Y sin embargo...

Me dijo que le encantaba el sonido de las piedras al chocar contra el hielo, sobre todo las más grandes. Arrojó otra. Yo arrojé otra y otra. Nos quedamos mirando cómo se estrellaban contra el hielo.

—Tal vez necesite tiempo.

No terminó la frase, pero lo supe de inmediato.

—Eres una mujer increíble, Clara —aseguré—. Increíble.

Ella guardó silencio unos instantes.

—Sienta bien oírsele decir a alguien —reconoció por fin, y al oír su propia frase, no pudo por menos de parodiarse a sí misma—: *Sienta bien oírsele decir a alguien* —repitió.

—Aun así, eres increíble.

Lanzamos más piedras sobre los témpanos y los oímos crujir como si unos pingüinos hubieran saltado sobre ellos en busca de alimento para sus crías creyendo que les tirábamos pan, cuando lo único que arrojábamos eran piedras y hielo.

En el camino de regreso le tendí la mano sin pensar. Ella me dio la suya mientras subíamos por la escalera de madera que conducía a la pasarela. Una vez arriba me soltó, o yo la solté, o ambos nos soltamos.

Cuando llegamos a la casa, la sopa estaba lista. A Margo le gustaba poner

nata líquida en el espeso caldo dorado. A Clara también. Era una sopa para días fríos, comentó Margo. Nos sentamos a una mesa rectangular de estilo rústico, Max a la cabecera, Margo a su izquierda, Clara a su derecha, y yo junto a ella.

—Me habría gustado que Clara se sentara a mi izquierda —señaló Margo, que parecía estar de muy buen humor—, pero no quería separaros.

¿Qué demonios estaban pensando? ¿Qué les habían contado?

Lancé una mirada inquisitiva a Clara, pero ella sin duda se lo esperaba y no levantó la vista del plato, intentando fingir que no había oído el comentario que de ningún modo podía haber pasado por alto. Elogió efusivamente la sopa, la nata líquida y el curry.

—Creo que se deben dedicar sesenta minutos, ni uno más, a preparar la comida, incluido el postre —declaró Margo.

—Y yo creo que un buen vino hará comestible cualquier plato que prepares en esos sesenta minutos y que ni los mapaches se atreverían a probar.

—Deberías darme las gracias por estar aquí y alimentar tu cuerpo decrepito.

—Y tú deberías darme las gracias por tragarme eso que delante de nuestros invitados llamaremos comida.

Clara fue la primera en echarse a reír, seguida de Margo y Max, y por último de mí.

Una escena familiar como cualquier otra, supuse.

Estoy sentado en el lugar de Inky, pensé.

La sopa, el pan, la nata líquida y el vino, que no dejaba de fluir, eran extraordinarios, y al poco Max nos agasajó con las quejas sobre su última dolencia, las rodillas. De joven había participado en excavaciones

arqueológicas y ahora, a los noventa y tantos años, pagaba el precio de las locuras cometidas cerca de Ecbatana.

—Las personas de mi edad suelen perder la cabeza. Mi cabeza está intacta; es el cuerpo el que me falla.

—¿Y cómo sabes que tu cabeza sigue intacta, anciano? —preguntó Clara.

—¿Quieres que te lo diga?

—Sí, por favor.

—Te lo advierto, va a empezar a decir obscenidades; le conozco —avisó Margo.

—Pues bien, hace cosa de un mes, a causa de las malditas rodillas (que por cierto me van a reemplazar, así que esta es la última vez que os ven), tuve que hacerme una resonancia. Por supuesto, me preguntaron si quería que me sedaran y si tenía claustrofobia. Me reí en su cara. Había sobrevivido a la Segunda Guerra Mundial sin tomarme una sola aspirina, ¿y ahora pretendían sedarme tan solo porque estaban a punto de meterme en una especie de caja con un agujero? Ni hablar. Así que entré, pero en cuanto estuve dentro comprendí que así debía de ser la muerte. La máquina empezó a emitir una especie de golpazos y pisadas tan macabras que me entraron ganas de pedir la sedación. El problema es que me habían dicho que no me moviera; si me movía, interrumpirían la prueba. Así que decidí aguantar. Sabía que el corazón me latía a mil por hora y no podía pensar en nada más que el ruido, que me recordaba aún más que antes las tétricas pisadas de la estatua del muerto en Don Giovanni. ¡Dong, dong, dong! Intenté pensar en el Don, pero lo único en que podía pensar era el infierno. Eso era la muerte. Tenía que pensar en algo tranquilo, relajante, pero no acudía a mi mente ni una sola imagen tranquila y relajante. Y fue entonces cuando la memoria acudió en mi ayuda. Decidí contar y nombrar a todas las mujeres con las que me había acostado a lo largo de los años, incluidas las que me habían proporcionado

tan poco placer en la cama que a menudo me había preguntado por qué abrían su mar Rojo si no tenían maná que ofrecer y desde luego no querían recibir el mío. Eso por no mencionar a las que no se quitaban la ropa, o las que hacían esto pero no aquello, o las que siempre tenían problemas mecánicos, de modo que al final, a pesar de haberme acostado con ellas e incluso dormido con ellas, no sabía con certeza si habían alcanzado la cumbre. En cualquier caso, las conté y obtuve la cifra de...

—¡Mil tres! —exclamó Clara, refiriéndose al número de amantes que Don Giovanni tenía en España.

Todos aplaudimos.

—¿O eran noventa y una? —agregó Clara, aludiendo a las amantes del Don en Turquía.

—¡Seiscientos cuarenta! —terció Margo, refiriéndose a las amantes de Italia.

—¡Doscientos treinta y una! —tronó Max, las amantes del Don en Alemania.

—*Madamina...* —empecé adoptando un tono de voz cómicamente grave para parodiar el modo en que Leporello cita a las amantes que Don Giovanni tenía repartidas por todo el mundo.

Era tan impropio de mí bromear entre personas a las que apenas conocía, y mucho menos entonando una canción, que me sorprendió ver que era Clara quien reía con más ganas, y me sorprendí aún más cuando tomó lo que ni siquiera pretendía ser un pie y se puso a tararear los compases iniciales del aria, la cual procedió a cantar con una voz que, de nuevo, llegó sin anunciarse y era aún más lacerante que la que había oído en la fiesta o junto a la gramola, porque en esta ocasión parecía acariciar mi cuello con su aliento, una vez, dos veces, cada sílaba una caricia.

—*Madamina, il catalogo è questo, delle belle che amò il padron mio...*

Tras unos cuantos versos más su voz me había alterado y conmovido hasta tal punto que, en un intento por guardar la compostura, la rodeé con un brazo, apoyé la cabeza contra su espalda y la atraje hacia mí. A ella no pareció importarle, porque, de un modo aún más asombroso, me sujetó la mano sobre su cintura, se volvió hacia mí y me besó en el cuello, donde posó su mano, al igual que había hecho la noche anterior, como si la mano formara parte del beso.

Su beso me descolocó aún más que su interpretación del aria. Debía permanecer en silencio, concentrarme en la sopa, mostrar que aquella tercera botella de vino era mucho mejor que las dos primeras. De todos modos estaba demasiado desconcertado para articular palabra. Le había tocado el jersey, cuya suavidad desmentía la mordacidad de sus palabras, de su rostro, de su cuerpo.

Para entonces los cuatro habíamos tomado dos platos de sopa y pasado a la ensalada. Más copas de vino.

Después de la ensalada Margo fue a la cocina y volvió con un pastel.

—Es *strudel gâteau*. Espero que os guste.

También trajo más nata líquida.

—Es lo que más gusta a todos.

Es lo que más le gusta a Inky, quiso decir sin duda, pero se contuvo a tiempo. O quizá fueran imaginaciones mías. No obstante, el modo en que Clara clavaba la mirada en su trozo de pastel de manzana me indicó una vez más que también lo había captado y lo dejaba pasar en silencio.

—Max, ¿quieres *strudel gâteau*?

—Qué mujer más tonta. ¿Por qué siempre lo llamas *strudel gâteau*?

—Compórtate —musitó Clara.

Quién sabe qué había entre Clara y el anciano matrimonio. En algún momento tendría que preguntárselo, probablemente en el trayecto de vuelta,

durante uno de esos silencios largos que siempre se instalaban entre nosotros. En cualquier caso, una parte de mí estaba harta de que me recordaran el pasado de Clara con Inky. ¿Se habían criado juntos? ¿Acaso su sombra perviviría siempre entre nosotros? Si había roto con él, ¿por qué visitaba a sus abuelos? ¿Para que supieran que ahora estaba con otro hombre, con la esperanza de que ellos se lo contaran a Inky? Sin embargo cualquiera con dos dedos de frente deduciría enseguida de nuestro comportamiento que no estábamos juntos. ¿Pretendía dar a entender con su beso que sí lo estábamos? ¿Era esa la razón por la que me había hecho acompañarla?

Me pregunté en qué clase de monstruo malvado se convertía Clara cuando su amor moría. ¿Te decía que todo había terminado, «más vale que lo dejemos»? ¿Volvía a meterte en la pecera, donde te hundías o nadabas, o iba soltando alguna que otra burbuja y lanzando trocitos de comida, como había hecho aquella noche con Inky en la fiesta, a fin de que no estiraras la pata de inmediato, aunque tanto tú como ella sabíais que solo era cuestión de tiempo que te sacaran de la pecera y te arrojaran por el retrete al lugar donde acababan todas las almas de los peces cuando iban al más allá? ¿Era todo fruto de mi imaginación? ¿O a mí también me estaban embutiendo gradualmente en una camisa de fuerza antes de meterme en un tarro de pepinillos que no tardarían en cerrarse sobre mi cabeza?

Siempre me quedaba la opción de escapar. El tren a la ciudad. Mi querido restaurante griego. El crucigrama del *New York Times*. Todavía me quedaban regalos de Navidad por comprar. Si me iba ahora, las tiendas seguirían abiertas cuando llegara. ¿Había un plazo para entregar los regalos de Navidad?

—¿Otro pedazo de *strudel gâteau*? —ofreció Margo.

La miré y me pregunté cuál sería su postura en el frente Inky. Entonces recordé que nos habían hecho sentarnos juntos, no una vez, sino dos.

Sí, tomaría otro trozo de *strudel gâteau*.

—A todos los jóvenes les gusta este pastel.

Me volví hacia Clara, pero una vez más su rostro era inexpresivo.

—Señoras y señores, ha sido un placer —dijo Max—. Vamos, Margo.

Alcé la mirada hacia ellos con expresión estupefacta.

—Tengo que hacer la siesta. Si no, envejezco cinco años, y eso, queridos amigos, nos sitúa en unas cifras increíbles. O me adormezco en público y, francamente, a nadie le gusta ver a un viejo cabecear, babear y mascullar entre dientes cosas que más vale callar.

—Como si alguna vez se reprimiera.

—*Ach*, Margo, será que tú no das cabezaditas por las tardes.

—¿Y abandonar a nuestros invitados?

—Ven a acurrucarte conmigo y deja de hacer aspavientos, mujer.

—Acurrucarme, dice. Puaj.

—Dirás lo que quieras, bruja enamorada, pero ahora sube conmigo y observa cómo me convierto en un hombre osado en el amor y gallardo en la guerra.

—¿Y cómo agitas tu pluma? No tengo sueño.

—No os preocupéis por nosotros —intervino Clara—. Prepararé café y recogeré la cocina.

—Ya lo hará Esmeralda. Si no, ¿para qué le pagamos?

—Pensándolo bien —comentó Clara—, será mejor que nos despedamos ahora. Nos iremos dentro de un ratito. Puede que vuelva a nevar.

—Sí, y no querréis quedaros atrapados en la nieve.

De repente Clara se volvió hacia mí.

—¿Tú quieres quedarte atrapado en la nieve?

Qué mujer tan, tan increíble.

—Sabes perfectamente que nada me gustaría más —respondí.

—Margo nunca me ha preguntado si quería quedarme atrapado en la nieve. Eres un hombre afortunado.

—Arriba, Lochinvar —ordenó Margo—. Arriba tú y tu vieja pluma.

Clara besó a ambos de un modo más afectuoso que al llegar.

—Pronto volverás a ser el mismo de siempre, ya lo verás —añadió, sabedora de que Max estaba preocupado por la operación inminente.

—No olvidéis escuchar el disco de Händel. Con todo este rollo de la sopa, el vino y las plumas, se me había olvidado.

—No eches la culpa al vino ni a mi sopa. Lo has olvidado porque eres viejo.

—Porque eres viejo. Probablemente esas serán las últimas palabras que oiga antes de irme al otro barrio. En fin, no olvidéis escuchar el disco. Ha merecido la pena esperar siete décadas para escuchar esta pieza.

—Preparemos primero el café.

La observé abrir una alacena de la cocina y sacar la cafetera. Sabía exactamente dónde encontrarla. Intentó abrirla, pero estaba demasiado apretada.

—Ábrela tú —pidió al tiempo que me la alargaba—. Ellos ya no toman café —añadió como si señalara otro ejemplo de su decrepitud.

El paquete de café molido también estaba donde ella esperaba, en el congelador. La cuchara de plata con la que sacó tres cucharadas colmadas se hallaba en un viejo cajón de madera que chirrió antes de inclinarse en precario equilibrio al abrirlo. Un cementerio de cubiertos viejos que debían de llevar años sin ver la luz del sol.

—Toma —dijo tendiéndome dos tazas—. Cuchara. Azúcar. ¿Leche?

—Leche —asentí.

Me gustaba su modo de hacer que todo pareciera tan normal, tan habitual,

tan doméstico, como si lleváramos siglos haciendo aquello.

¿O acaso debía ponerme en guardia? Las personas que te hacen sentir inusualmente cómodo cuando sabes que no eres más que un invitado pueden, en cuestión de segundos, acompañarte a la puerta y recordarte que no eres mejor que el repartidor que llama al timbre un día caluroso para pedir un vaso de agua.

Me pregunté si nos sentaríamos el uno junto al otro ante la gran mesa de la cocina, como en la comida, o bien frente a frente, o bien en ángulo recto. En ángulo recto, decidí antes de disponer las cucharillas en esa posición.

—Estoy segura de que guarda dulces en alguna parte —dijo Clara, y empezó a rebuscar en el frigorífico y en las viejas alacenas—. Los encontré —exclamó—. *Ach, Liebchen*, nada de dulces después del *strudel gâteau* —agregó mientras cogía una caja de galletas de chocolate Leibniz, arrancaba el envoltorio de celofán y colocaba cuatro en un plato que dejó entre lo que serían nuestros asientos.

Había imitado tan bien el acento de la anciana que no pude contener una carcajada, lo cual a su vez la hizo reír a ella. Le pedí que repitiera lo que acababa de decir.

—No.

—Venga.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque me da vergüenza, por eso.

—Pues di solo *shtrudel gató*.

—*Shtrudel gató*.

Sentí que se me tensaban los músculos del estómago. Ardía en deseos de besarla. Dijera lo que dijera Clara, me moría de ganas de besarla. Podía hacer cualquier gesto, y yo me vería atraído hacia ella, y si se inclinaba hacia mí

mientras hablábamos en voz baja para no despertar al anciano matrimonio que dormía arriba, entonces tendría que dominarme para no rodearla con el brazo como había hecho en la mesa durante la comida, pero en esta ocasión, le acariciaría el rostro con la palma de la mano, una, dos veces, seguiría acariciando ese rostro, y tocaría esos labios, esa boca, y restregaría el rostro contra el suyo. Qué no daría por tocar sus dientes con la mano, con los labios. Estábamos en la cocina enjuagando los platos.

—¿Te alegras de haber venido? —pregunté.

—Sí, me ha gustado verlos. Siempre me gusta verlos. Son como dos serpientes enroscadas al máximo. Ya verás, cuando uno muera, el otro no tardará en seguirle. Son como un par de zapatillas viejas.

—¿Eso es el amor, un par de zapatillas?

—Zapatillas..., no lo sé. En todo caso Max y Margo son idénticos. En cambio, Inky y yo no podríamos ser más distintos. Inky no posee una sola fibra de maldad. Inky quiere hacerte feliz. Inky te echa de menos cuando no estás, hace los recados que le pides, arregla lo que se estropea, estaría dispuesto a morir por ti si tan solo le insinuaras que quieres que se tire de este o aquel balcón. Es una persona sana y buena. Por eso nunca me entenderá.

—¿Porque no es retorcido?

—No como nosotros.

Me gustó oír eso.

—De modo que has dejado a Inky porque es un ser humano sano.

—De modo que he dejado a Inky. —Pausa—. Venga, cómete esta galleta; si no, me la comeré yo, y te aseguro que cuando engordo me vuelvo todavía más amargada y deprimida.

—¿Tú, amargada y deprimida?

—Como si no lo hubieras notado. Eres como yo. Estamos descascarillados, como estos platos. Platos judíos —añadió con una sonrisa.

Hice con los platos lo que me pidió. Acto seguido los metimos en el lavavajillas. Estábamos de pie, las caderas casi rozándose, y ninguno de los dos se apartó, hasta que por fin nuestras caderas se tocaron, pero aun así ninguno de los dos se apartó.

Me preguntó si quería partirme otra galleta Leibniz con ella.

—Prométeme que no te volverás amargada y deprimida.

—Ya estoy amargada y deprimida.

—¿Por mí?

Lo dije en broma, y desde luego sin la intención que ella interpretó. Sin embargo, se volvió hacia mí y con el dorso de la mano rosada y mojada me acarició una vez la mejilla, luego otra vez, y otra. Y a continuación me besó tan cerca de los labios que bien podría haberme besado de verdad. Fue entonces cuando dejé que mis labios tocaran los suyos, una vez, dos veces, mientras le acariciaba el rostro con las manos mojadas, como había deseado hacer durante toda la comida. Clara permitió que le rozara los labios, pero sus labios encerraban una advertencia, y supe que no debía forzar la situación.

—O sea que te partirás otra galleta Leibniz conmigo.

—No me queda otro remedio.

—Inky las llama lesbianas de chocolate. Antes nos parecía gracioso. A ver si encuentro algo que podamos llevarnos para el camino de vuelta.

Volvió a registrar las alacenas. Nada, tan solo M&M, probablemente comprados para la visita de los nietos o para Halloween. La gran bolsa amarilla estaba cerrada con una pinza gigantesca.

—Nos llevaremos unos cuantos.

Encontramos una bolsita de cierre hermético y vertimos en ella unos cuantos M&M parodiando la complicidad de unos ladrones aficionados.

—Gracias —dijo Clara.

—¿Por los M&M?

—No, por venir aquí conmigo. Por saber. Por todo lo demás. Y por comprender.

—Sobre todo por comprender —repetí con énfasis y en tono un tanto burlón.

Gracias por comprender.

Qué forma de hablar tenía. Qué forma de decirlo todo sin decir nada.

—Le advertí de que era la mujer menos indicada para él, ¿y crees que me hizo caso? Entonces le dije que él era el hombre menos indicado para mí, pero siguió sin hacerme caso. Y todavía se resiste a aceptarlo. Lo conozco. Esta noche los llamaré y les preguntaré si he pasado por aquí. Ellos dirán que sí, y él les preguntará si he venido sola. Ellos dirán que no, y entonces él preguntará quién me acompañaba. Ellos no lo sabrán, luego él me llamará, y será el cuento de nunca acabar. ¿Te alegras ahora de haber venido?

—Responde tú.

—Creo que sí te alegras.

Se secó las manos, me pasó el paño y procedió a guardar las botellas de vino.

—Clara.

Se volvió hacia mí.

—¿Sí?

—Quiero decirte algo.

Clara estaba tapando las botellas con sus respectivos corchos. Aquello tocaba a su fin.

—Quieres decirme algo. —De nuevo aquella contención en la voz, en la postura de su cuerpo, en su mirada—. ¿Crees que no lo sé? —Me miró de hito en hito—. ¿Crees que no lo sé?

Quise añadir algo, pero no había nada que añadir. Clara ya lo había dicho todo.

—Pues vamos a escuchar el disco de Händel —propuso.

Pasamos al salón. Clara encendió el equipo de música y se sentó en la alfombra con las rodillas dobladas bajo el cuerpo. Ya se había puesto el abrigo. Tomé asiento frente a ella en una silla arrimada a la pared. En la misma habitación, en silencio. Y entonces empezó.

No entendía qué tenía aquella zarabanda que nos había impulsado a ir a aquella casa para escucharla. Quizá se debía a que era la primera vez que la oía.

—¿No la toca un poco demasiado despacio? —aventuré por fin con la intención de demostrar que también yo advertía que le hacía falta un poco de aceleración mecánica.

Clara sacudió la cabeza una sola vez sin decir nada, desechando mis palabras como el comentario necio y molesto que era. Y de pronto, sin razón alguna, o al menos ninguna que alcanzara a adivinar, alzó la vista y me miró fijamente, pero de un modo distraído, sin vida, lo cual me hizo sospechar que, si bien me miraba a mí y solo a mí, en realidad no me estaba mirando. Pero no cabía duda: tenía la mirada clavada en mí. Yo se la sostuve con la misma expresión en apariencia abstraída, pero Clara no reparó en ello, o ni siquiera reparó en mi presencia. Entonces pensé: Esto es lo que les pasa a las personas que se sumergen por completo en la música, mientras que yo estoy casi solo fingiendo, al igual que casi solo finjo sumergirme por completo en el placer de la comida y el vino, el paisaje, el arte, el amor. Cuando otras personas escuchan música, se funden con la música y te miran con fijeza, te miran sin verte, sin esperar reciprocidad alguna, sin mover ni una ceja, porque ya están fusionadas con las cosas.

¿Continuaríamos mirándonos así hasta que cesara la música?

Eso parecía.

Me levanté de la silla y, sin desviar la vista de Clara, que me siguió con la

mirada, me arrodillé a su lado en la alfombra, el corazón desbocado, todavía mirándonos de hito en hito, yo sin saber si estaba quebrantando algún acuerdo tácito que no había suscrito, ella sin saber cuáles eran mis intenciones. Y de pronto observé que su labio inferior temblaba, que su barbilla se contraía levemente, y, sin que yo supiera qué pasaba sus ojos se inundaron de lágrimas y rompió a llorar. La envidié por aquella desinhibición.

—Clara —murmuré.

Se encogió de hombros como si indicara que no podía evitarlo.

—No sé qué me ha dado. No lo sé.

Tomé sus manos entre las mías.

—Soy un desastre, ¿verdad?

—Es por Händel.

Clara sacudió la cabeza sin decir nada. Tendría que haberla besado en ese momento.

—O quizá por Inky —aventuró—. O por ver a Max y Margo —agregué a fin de ayudarla a dilucidar la causa de sus lágrimas, como un padre intenta ayudar a su hija a localizar qué parte del brazo le duele exactamente.

—Nos llevaremos el CD; Max tiene otras copias —dijo por fin.

Deseaba demostrar que era capaz de recobrar la compostura.

—Pobre hombre, con su música muerta, su cuerpo decrepito y todo ese rollo de irse al otro barrio.

Rompió a llorar de nuevo, esta vez con más fuerza.

—Te has dejado el *strudel gâteau* —comenté con el propósito de distraerla y hacerla reír, aunque lo cierto era que no me importaba que siguiera llorando. Las lágrimas habían barrido de su cuerpo hasta la última espina, la habían humanizado hasta el punto de que yo pocas veces había visto a alguien mostrarse tan humana.

Eso me hizo sentir por completo a la deriva. Intenté bromear de nuevo, esta vez a costa del arte y del arte pipi caca.

Clara lanzó una débil carcajada, pero no se dejó engañar por mi maniobra de distracción.

—¿La música siempre te hace llorar?

Mi pregunta era otro intento de distracción, y Clara tampoco se dejó engañar esta vez.

—No estoy preparada —dijo por fin.

Sabía exactamente a qué se refería. Más valía poner las cartas sobre la mesa.

—¿Acaso crees que yo sí lo estoy? —inquirí como si quisiera desmentir cualquier pretensión de que sí lo estaba.

¿Estábamos diciendo que sí al decir que no?

¿O era a la inversa? ¿Decir no significaba sí a decir no?

—Somos un desastre los dos —musitó.

—Bueno, al menos sabemos que somos un desastre poco peligroso.

Clara captó el sentido de mis palabras. Creí que por fin había logrado consolarla.

—No lo sé... Quiero decir que no sé si soy poco peligrosa. Puede que ninguno de los dos sea poco peligroso.

Aun entre sus lágrimas advertí el leve tintineo del alambre de espino oxidado que pendía de la larga valla que delimitaba el campo.

Saqué mi pañuelo y se lo di.

Lo cogió como si fuera una jarra de agua helada en julio, se enjugó las lágrimas varias veces y lo estrujó en el puño.

Temí que algún día me echara en cara aquel momento.

—Eres la única persona que conozco... —vaciló un instante, lo cual me

hizo pensar que estaba a punto de decir algo cariñoso sobre mí— que todavía utiliza pañuelos de tela.

—¿Y qué suele utilizar la gente? ¿Los dedos?

—Algunos sí. La mayoría usa pañuelos de papel. Y otros, los guantes.

Me dio la impresión de que tal vez el humor no funcionara en aquella situación.

—Es que tengo miedo de no volver a ver esta casa.

De nuevo estaba al borde del llanto.

—¿Y si prometemos volver aquí dentro de una semana... juntos?

Me miró directamente sin decir nada, con la misma expresión distraída, ausente, de antes, lo cual me dio a entender que o bien no se fiaba de mis motivaciones o bien carecía de la energía necesaria para recordarme cuán quijotesco era mi plan. Tal vez ella tuviera otros planes para la semana siguiente, de los cuales yo no formaba parte. Pensé que aquel era un buen momento para que me repitiera una vez más sus advertencias, pero no tenía la energía ni el coraje para hacerlo.

—¿Por qué no? Pasas a recogerme, traes el desayuno y me cantas algo en el coche.

—Estás hecho un verdadero Printz Oskár.

Cuando me devolvió el pañuelo, sentí su humedad y fue como una bendición.

En el camino de regreso escuchamos la zarabanda de Händel una y otra vez. Sabía que aquella sería nuestra canción, la canción del 26 de diciembre, y que dondequiera que estuviera en los años venideros, si como un viajero en el desierto me perdía en plena noche, lo único que tendría que hacer sería pensar en aquella zarabanda tocada por un hombre que había desaparecido en las entretelas del tiempo, y que, como un antropólogo que fuera juntando

fragmentos de hueso, sería capaz de reconstruir quién era yo ese día, dónde había estado, qué era lo que más había deseado en la vida y cómo me había abalanzado sobre ello hasta casi tocarlo.

—Clara Brunschvicg —dije.

—¿Sí, Printz Oskár?

«Clara Brunschvicg, nunca te olvidaré», estuve tentado de decir, pero enseguida pensé que sonaba demasiado melancólico. «Clara Brunschvicg, podría enamorarme tan fácilmente de ti..., si es que no me he enamorado ya.» No, demasiado solemne. «Clara Brunschvicg, podría hacer esto durante el resto de mi vida..., tú y yo, juntos y a solas, cuando sea, donde sea, para siempre. Pasar cada minuto tal como los hemos pasado hoy, invierno, coche, hielo, piedras, sopa. Porque dentro de cien años estos minutos serán la única prueba que tengamos de nosotros, lo único que queremos legar a otros y, francamente, dentro de cien años todos habrán olvidado, o no querrán o no sabrán recordar, y no deseo acabar como mi padre, con sueños de amor y de una vida mejor que le fue arrebatada o que todavía intentaba alcanzar. No quiero pasar por delante de tu edificio dentro de treinta años y mirarlo diciéndome a mí mismo, o diciendo a la persona que me acompañe ese día: ¿Ves ese edificio? Allí es donde se detuvo mi vida. O donde se dividió mi vida. O donde la vida se volvió contra mí, de modo que la persona que ahora mismo contempla este edificio y habla contigo es, desde ese invierno de hace tantos años, una persona en modo de espera. Mi auténtico yo está petrificado en esta manzana, y con toda probabilidad me sobrevivirá muchos años, hasta pasar a formar parte de una de esas leyendas familiares que se cuentan una y otra vez en aniversarios señalados, y que de tragedia se transforman en un motivo de risa y burla. *Háblame de aquel hombre que se llamaba como un gran barco mercante*, dirán, de la misma manera que yo preguntaba a mi padre sobre antepasados a los que habían cortado la cabeza.»

—¿Qué ibas a decir? —preguntó.

—Nada.

—Eso no es lo que ibas a decir —repuso ella.

—Ya lo sé.

Ambos nos echamos a reír.

—Pero qué listos que somos, Printz.

—Lo somos, lo somos.

Eso mismo ocurrió dos veces más ese día.

Circulábamos a toda velocidad por la carretera rural de regreso a la ciudad. Ya se había puesto el sol y veíamos una línea pálida y lánguida: el Hudson blanquísimo que habíamos visto durante todo el día. Llevábamos cosa de media hora en camino cuando el pueblecito apareció ante nosotros. Ninguno de los dos dijo nada, y pareció que ambos lo habíamos olvidado y que lo dejaríamos atrás en silencio. Clara me miró y aceleró aún más. Supe que sonreía. Se estaba marcando un farol.

—¿Quieres pasar de largo? —preguntó.

—No, iba a pedirte que pararas.

—¿Tan bueno es el té Lipton?

Asentí con un gesto.

—Sabes que estamos siendo un poco malos, ¿no? —señaló.

—Lo sé, pero una taza de té no hace daño a nadie.

Aparcamos el coche en el mismo sitio que aquella mañana. Pedí dos tazas de té como había hecho horas antes. Clara fue al baño. Yo elegí el mismo rincón junto a la pared revestida de madera. El fuego seguía ardiendo en la chimenea. Ella supo sin dudarle dónde encontrarme, pero esta vez, en cuanto se sentó, le pedí que me hiciera un hueco porque quería sentarme a su lado. A Clara no pareció molestarle. Al cabo tan solo de unos instantes me dijo:

—Háblame de ella.

Le pregunté si de verdad quería saber de ella.

Sí, de verdad quería saber. Y, a fin de alentarme, se acurrucó en el rincón entre el extremo del asiento y la ventana, tras la cual se extendía el Hudson, sumido ahora en la oscuridad. La conocí al acabar la universidad, empecé. ¿El amor de tu vida? No, no era el amor de mi vida. Entonces, ¿por qué me hablas de ella? Lo sabrás si me dejas terminar. Era bailarina, pero durante el día trabajaba de editora, cocinaba muy bien y tres veces por semana ejercía de madre soltera. Me sacaba unos años. ¿Cuántos? Diez, y deja de interrumpirme. Me preparaba comidas que yo nunca había probado, con salsas que parecían el fruto del trabajo intenso de varios cocineros y ayudantes de cocina, pero que ella tenía listas en cuestión de minutos. Y ahí estaba yo, un casi vegetariano, cenando filetes todas las noches. Tardé cierto tiempo en averiguar por qué me daba tantas proteínas. Ella nunca comía; fumaba sin parar, eso sí. Conque llevábamos esos platos fabulosos a la mesita y yo comía, comía y comía mientras ella, sentada a mi lado en el suelo, me miraba. Probablemente era bulímica o anoréxica, o ambas cosas, pero no había forma de saberlo con certeza, porque sin duda se daba atracones en secreto. También era adicta a los sedantes, los laxantes y los antidepresivos.

—¿Y qué tenía de bueno?

—Durante un tiempo, todo.

—¿Y después?

—Dejé de quererla. Intenté no dejar de quererla, pero no lo conseguí. De dejar de quererla pasé a no querer escucharla, luego a no querer tocarla, a odiar el sonido de su risa, el tintineo de sus llaves cuando llegaba a casa y las pisadas de sus zapatillas cuando se despertaba en plena noche y se iba al salón a fumar un cigarrillo, sentada a oscuras porque yo le decía que la luz me molestaba. Llegué a odiar el chasquido del televisor cuando lo apagaba,

lo cual significaba que volvía a la cama. Fue horrible. Yo fui horrible. Así que la dejé.

—¿O sea que tú tampoco convienes a los demás?

—Creo que no. Y ella lo sabía. Un día, hacia el final, me dijo: «Soy una persona a la que no recordarás haber querido. Me dejarás y no volverás a pensar en mí». Y tenía razón.

Callé.

—Sigue.

—A finales del invierno pasado, de repente me llamó una noche. Llevábamos tres o cuatro años sin hablar. Me dijo que quería verme..., no, que necesitaba verme. Yo sabía que no había tenido un hijo mío en secreto, que no andaba mal de dinero y que no le habían diagnosticado una enfermedad venérea de la que tuviera que informar a sus antiguos amantes. Tan solo necesitaba verme. Al hombre de mi vida, dijo. Eso me conmovió un poco. Quedamos para comer, pero tuvimos que anular la cita. Lo intentamos de nuevo, pero tampoco conseguimos vernos. Después no volvió a llamarme, y yo tampoco la llamé. Hace unos meses, por una serie de coincidencias, me enteré de que había muerto. La noticia de su muerte todavía me persigue, o quizá es que quiero que me persiga.

—¿Y?

—Nada. Había descubierto que estaba muy enferma y necesitaba hablar con alguien que hubiera significado algo para ella y decir algunas cosas que hasta entonces no había tenido el valor de decir. Ahora que todos los velos habían caído y no quedaba lugar para el orgullo ni otras tonterías, lo único que quería era pasar unas cuantas horas conmigo.

Se produjo un silencio.

—Yo creí que se sentía sola y que se le había acabado la lista de antiguos novios o antiguos amigos —añadí.

—No sé a quién llamaré cuando me llegue la hora. A Inky no, desde luego.
¿A quién llamarías tú?

—Esa es una pregunta para nota. Y no contesto a preguntas para nota en cafeterías.

Se enderezó y, levantando la taza con ambas manos, tomó un sorbito de té.

Me entraron ganas de agarrarle las manos, juntarlas y mantenerlas entre las mías, para luego abrirlas como quien abre las páginas de un misal y besarle ambas palmas.

Le dije que me gustaba mirarla mientras bebía té.

—Y a mí me encanta tu frente —dijo.

Miré por la ventana con la sensación de que aquella cafetería humilde poseía algo increíblemente mágico, como si comprendiera que para que nosotros estuviéramos ahí juntos y nos sintiéramos cómodos debía ser tan vulgar, modesta y cochambrosa como los espacios que aparecen en los cuadros de Hopper, como el té Lipton, como las cortinas de falso lino a cuadros que no dejaban de rozar el cabello de Clara, como las tazas de loza gruesa y desportillada en las que bebíamos. Me pregunté si ella y yo no seríamos como los eternos convalecientes de Hopper, vacuos, aturdidos, petrificados, resignados a heridas secretas que tal vez nunca sanaran, pero que mucho tiempo atrás dejaron de provocar dolor o aflicción.

—Entiendo por qué te llamó.

Tardé unos instantes en comprender que se refería a mi antigua novia.

—¿Por qué me llamó?

—No hay por qué. Simplemente lo entiendo.

—Se está haciendo tarde —señalé.

Y en cuanto lo dije, supe que Clara sabía por qué lo decía.

—¿A qué hora empieza?

—A las siete y diez. ¿No lo sabías?

—¿Estoy invitada?

Me la quedé mirando.

—¿Y ahora quién se pone en plan Printz Oskár?

—¿O sea que vamos al cine?

—Sí —asentí, como si por fin accediera a una petición que me hubiera estado haciendo durante todo el día.

—O sea que vamos al cine.

Tardé un momento en entender qué significaba la alegría casi imperceptible que capté en su voz cuando pronunció las palabras «O sea que vamos al cine». Estaba remedando o bien expresando de forma genuina la emoción de una niña cuyos padres deciden de repente, en una aburrida tarde de domingo, ponerse los abrigos para llevarla al cine.

—Nos vamos al cine —repetí, como si ella fuera una compañera de clase que hubiera venido a verme al salir de la escuela y a la que en lugar de mandarla a su casa por la noche, invitara a acompañarme al cine.

Disponíamos de menos de una hora para llegar a la ciudad y encontrar aparcamiento. Claro que podíamos dejar el coche en su garaje y luego tomar un taxi.

—Podemos conseguirlo —afirmó ella.

O bien yo podía apearme delante del cine y comprar las entradas mientras ella aparcaba cerca. ¿Y por qué no llamábamos al cine para pedir que nos reservaran dos entradas a nuestro nombre? ¿A qué nombre? Al tuyo. El mío.

—Sabes muy bien a qué nombre —dijo ella.

Circulábamos ahora a toda velocidad por la autopista y al cabo de poco rato divisamos las luces del puente George Washington sobre el Hudson, inmenso y sereno.

—La ciudad —observó ella, como quien vislumbra un faro conocido que

señalara el camino a casa.

Recordé la tensión que había surgido entre nosotros en el coche aquella misma mañana, las magdalenas y los panecillos en la bolsa gris claro, la versión de Bach que habíamos escuchado y la sensación de que todo aquello pertenecía a otro recodo del tiempo.

—Mira a tu derecha —me indicó nada más verlo.

Y ahí estaba, en el mismo lugar donde lo habíamos dejado por la mañana, anclado en el centro del Hudson, el *Prince Oscar*, nuestro faro, nuestra estrella polar, nuestro emblema, nuestro doble, nuestro tocayo, nuestra palabra mágica para las cosas que no sabíamos nombrar, amor de mi vida, mi querido, querido *Prince Oscar*, querido navío baqueteado.

Nos había visto ir y venir, y durante un momento pareció iluminar su cubierta para enviarnos una señal desde el centro del Hudson, como si dijera: Afortunados mortales, pareja sagrada que esta noche os habéis acordado de mí cuando fácilmente podríais haber mirado hacia otro lado y despreciado mis años, echad un vistazo a este vetusto navío húmedo y ferruginoso, pura chatarra, que resiste en medio de sus blancos inviernos. No penséis que no sé qué significa ser joven, albergar esperanzas, temores, anhelos, mientras vais y venís, y tal vez vayáis y vengáis de nuevo. Yo, que he visto innumerables riberas y recorrido el mundo como tantos otros buques fantasma antes que yo, os digo que no os convirtáis en buques fantasma cubriendo vuestros años con capas de herrumbre, hasta que el agua penetre en vuestro interior y quedéis reducidos a un cascarón hueco varado después de tantos virajes erróneos y tantos recodos poco profundos, hasta que el timón deje de perteneceros por completo, hasta que el óxido ya no sea vuestro, hasta que ya no recordéis que un día fuisteis un buque.

—Printz Oskár —dijo por fin Clara.

—Sí —contesté.

—Printz Oskár.

—Sí —repetí.

—Nada, es que me gusta decirlo.

Esta chica está enamorada de mí y ni siquiera lo sabe.

Pensé en la noche que nos esperaba. Dos películas, el paseo por la nieve hasta el mismo bar, donde nos sentaríamos a la misma mesa, aunque esta vez el uno junto al otro, donde pediríamos las mismas bebidas, hablaríamos, reiríamos, bailaríamos la misma canción, quizá dos veces, y luego el temido trayecto hasta su casa pasando por delante de mi rincón en el parque Straus, donde querría hablarle, o quizá no, de mi rincón en el parque, todo ello seguido del beso de buenas noches tan mecánico ante su puerta, que con toda probabilidad intentaría parecer mecánico, aunque tal vez no. Y por último, tras verla desaparecer en el ascensor mientras Boris vigilaba el vestíbulo, mi paseo de vuelta al parque, donde esta noche también me detendría, donde me sentaría en mi banco si no estaba mojado y me quedaría mirando la fuente, los árboles en medio de aquel parque insignificante junto a Broadway, preguntándome qué era lo que más me gustaba, si pasar el día entero con Clara o venir aquí solo para pensar en la Clara con la que acababa de pasar el día entero, esperando no hallar respuesta, porque todas las respuestas eran correctas hasta que se daban la vuelta y demostraban que la pregunta era incorrecta, al igual que tantas cosas eran correctas, luego incorrectas y de nuevo correctas, hasta que todos nosotros nos sumergíamos en nuestro coloquio nocturno, con las velas encendidas a nuestro alrededor y las sombras de nuestros seres rozándole los hombros, como habíamos hecho en Edy's y en nuestro bar, y durante la comida, y mientras escuchábamos la música, lavábamos los platos y estábamos sentados en el cine, hombro con hombro, dirigiéndonos sombras de palabras.

Aquella noche, cuando volvía a casa, recibí un mensaje de texto.

PRINTZ OSKÁR, UN DÍA DE ESTOS TENDRÉ QUE ENVIARTE UN MENSAJE DE TEXTO.

Cuarta noche

«¿Cuál es tu infierno?», había planeado preguntarle. Habría sido mi modo de sacarla de su refugio, de ayudarla a bajar sus defensas. Me gustó cuando Clara habló de sí misma. Me gustó cuando lloró. Me gustó haber estado sentado con ella en nuestro rincón de Edy's al anochecer, a punto de cogerle la mano y besarle las palmas. Me gustó Clara cuando, tras salir del cine pasada la medianoche, dijo que las patatas fritas de nuestro bar de siempre eran muy buenas, porque sabía que yo quería volver allí y, aún mejor, sentarme a la misma mesa, junto a ella, y reanudar nuestra conversación sobre Rohmer. Me gustó que saliera de la sala entre las dos películas para buscar un quiosco abierto que vendiera M&M, porque habíamos olvidado coger los que habíamos vertido en la bolsita de cierre hermético en la cocina de Margo. Tuvo incluso tiempo de comprar dos cafés grandes. Uno para la mañana y otro para la noche, explicó. Supuse que también habría mirado los mensajes que había recibido en el móvil. ¿Cuántas veces la había llamado?, le pregunté. Solo ocho, y eso sin contar los mensajes que le habría dejado en el teléfono de casa. ¿No sentía curiosidad por saber qué decía en ellos? Me respondió que ya sabía lo que le había dicho en cada uno. Habría preferido verla compadecerlo y besarlo antes que comprobar que era capaz de trocar la amabilidad en ponzoña.

Después de despedirnos me obligué a prometerme que no esperaría que me llamara al día siguiente, que no esperaría verla ni tener noticias suyas en mucho tiempo y, desde luego, que no pensaría siquiera en llamarla. A menos que tuviera una buena razón. La mejor razón del mundo se me ocurrió al cabo de unas horas, pero hice caso omiso de ella.

Primero quise llamarla para decirle que... que me alegraba de haber pasado el día con ella y, de paso, hacer algunas referencias a los hitos del día. Bach, *strudel gâteau*, de nuevo Rohmer y la aparición súbita del *Prince Oscar* en el Hudson, aguardándonos, o el beso de despedida que era tan incómodo buscar como evitar.

Pero ¿llamarla para decirle qué? ¿Que retiraba todas las bromas que había hecho a costa del señor Sabelotodo? ¿Que había pasado un día increíble tal como ella había vaticinado? ¿Que había tantas cosas que decir? Pues dilas. No sé por dónde empezar. Es para hoy. Ojalá me hubieras acompañado a casa esta noche, ojalá estuvieras aquí ahora. ¿Y por qué no me lo has pedido, Oskár? Porque no podía, porque me intimidas, joder, con tu combinación de frío y calor, de hielo y fuego, de verborrea y silencio. Porque no entiendo dónde estás, quién eres. ¡Printz Oskár! ¡Clara Brunschvicg! Buenas noches. Buenas noches. Habría un momento de silencio. Clara Brunschvicg. ¿Qué? No lo digas, me interrumpiría. ¿No quieres que lo diga? No. Pues dilo tú. Printz Oskár, no vayamos por ahí. Dime por qué no quieres que lo digamos. Dímelo, dímelo, dímelo.

Podría haberla llamado de camino a casa.

Podría haberla llamado desde el taxi.

Podría haberla llamado al llegar a casa.

Podría haberte llamado cuando estabas en el ascensor, haber pronunciado tu nombre mientras hablabas con Boris, haber gritado: ¡Clara!

Podría haber contestado a su mensaje en cuanto lo recibí. *Un día de estos tendré que enviarte un mensaje de texto*. Escrito en el típico estilo de Clara, grabado en piedra, como un jeroglífico que nadie sabe descifrar, ni siquiera su autora. ¿Qué significaba *Un día de estos tendré que enviarte un mensaje de texto*? ¿Que ese no es el mensaje de texto que quería escribir? ¿O tal vez significara: Ojalá tuviera más cosas que decir, ojalá tuviera valor para decir

más cosas, ojalá pudiera decirte lo que sé que quieres oír..., ¿por qué no me lo pides, por qué no me lo pides, maldita sea?

Leí y releí el mensaje de texto durante al menos una hora, como si me hubiera llegado con una chuleta para descifrarlo que hubiera extraviado sin querer. Debería haber contestado de inmediato, pero a las tres de la madrugada todavía no había contestado, y no quería que pensara que era de los que miran sus mensajes a altas horas de la noche. A las cuatro, tras despertar de un sueño que ni siquiera recordaba, pensé que debía responder con algo ingenioso: «*Ceci n'est pas un message non plus. Vete a la cama*». Pero entonces pensé: Que sufra un rato.

De pronto me asaltó una angustia terrible. ¿Y si Clara se había quedado levantada a la espera de mis noticias? ¿Y si por fin cogía el teléfono cuando sonara por enésima vez aquella noche para enzarzarse en un tira y afloja maratoniano con Inky, de esos que siempre acababan con un exhausto *Vale, ven si quieres*? Me pregunté si habría descolgado el teléfono al ver que era yo quien la llamaba.

A las ocho de la mañana, cuando, a despecho de todas mis expectativas absurdas, por fin quedó de manifiesto que Clara no llamaría a mi interfono, decidí que había llegado el momento de abandonar toda esperanza y bajar a mi querido, aunque ya no tan querido, restaurante griego. La oportunidad perdida el día anterior de pasar un rato a solas desayunando y leyendo el periódico volvía a mí como un recordatorio de fracaso y desesperanza. Antes de meterme en la ducha me quedé mirando el teléfono. No, nadie llama a las Claras de este mundo solo para saludar. Se las llama con un propósito, con un plan. Aunque sea un plan improvisado. ¿Tienes un plan? No tengo ninguno. Pero ¿quieres llamarla? Quiero llamarla.

Almuerzo, pensé de repente. No, un almuerzo tardío. En un sitio poco concurrido y tranquilo. Un almuerzo tardío en un lugar agradable.

CB QUEDAMOS PARA COMER PO.

Que pensara que aquel era mi lenguaje habitual para los SMS. Ligeró, despreocupado, espontáneo.

Cuando salí de la ducha Clara ya había respondido. He aquí una persona a la que no le importaba demostrar que estaba ansiosa por contestar.

DÓNDE CUÁNDO QUÉ CÓMO POR QUÉ.

Había aceptado mi apuesta y la había subido.

Significaba: *Si quieres jugar a ser breve y lapidario, seamos breves y lapidarios. A ver quién se cansa antes.*

El «por qué» que había escrito al final como si se le hubiera ocurrido en el último momento era la parte más espinosa de la ecuación.

PIRANESI A LAS 2 ITALIANO 67 CON MADISON. PORQUE SÍ.

UNA RAZÓN PATÉTICA.

NO TE CONVIENE CONOCER LA RAZÓN.

DAME UNA.

HÄNDEL ROHMER ANOCHE.

ESO FUE AYER.

QUIERO QUE HOY SEA COMO AYER. ¿TENGO QUE SEGUIR?

Estaba a punto de reconocer algo, aunque no sabía qué.

La comunicación por SMS es más íntima y a la vez más distante. En ocasiones más incluso que la palabra hablada. Incluye el acento, pero más fuerte, más agudo, más claro, un arrecife de intenciones bruscas, fáciles de malinterpretar aunque casi nunca se malinterpretan. Una ronda más y empezaríamos a pelearnos en lugar de besarnos.

CONOZCO UN SITIO MEJOR. RECÓGEME A LAS 2.

Estuve a punto de responder con un resuelto «Genial», pero entonces decidí suavizar el tono y escribir un desenfadado pero neutro «Hecho», que enseguida sustituí por un «Ahí estaré», más sumiso, y a continuación por un

imperativo y burlón «Espero que estés ahí», que en el último instante quise dulcificar con un evasivo «Hasta entonces», para al final optar por el «Hecho» original.

Todo muy cauteloso y escurridizo. Impostado. ¿Por parte de los dos? ¿O solo por mi parte?

Después bajé a mi restaurante griego e hice exactamente lo que había anhelado hacer el día anterior. Me senté junto al ventanal cubierto de escarcha, conseguí intercambiar exactamente las mismas palabras con la *kukla* griega que ya no era una *kukla*, me tomé el inmenso tazón de café insípido, me comí las croquetas de patata y cebolla, leí el periódico del día y también el de la víspera.

A continuación fui a una tienda de discos y compré CD de todas las suites de piano de Händel y del Bach-Siloti. Los oiría en cuanto llegara a casa e intentaría recordar el chasquido del hielo al quebrarse al ritmo de un preludio que había hechizado todo aquel día.

Entré en un Starbucks, pedí el mismo café con moca que ella había llevado al cine la noche anterior y empecé a abrir la funda de todos los CD. Me gustaba el ambiente posnavideño, con hordas de turistas deambulando alrededor de Lincoln Center y numerosos neoyorquinos disfrutando de un día de asueto. Todavía me quedaban dos regalos por comprar. De pronto me di cuenta de que lo que de verdad me apetecía era comprarle un regalo a Clara. *¿Por qué comprarme un regalo? Porque sí. Porque sí es una razón patética.* Porque haces que me guste mi vida, que me guste quién soy, y si todo se detuviera aquí, no haberte conocido sería como haber vivido en un país del norte y no haber probado nunca una fruta exótica. Chirimoya, mango, guayaba, papaya. Las nombraré todas como las estaciones del vía crucis, o los pueblos en el camino a Santiago de Compostela, o las estaciones de la línea de Broadway, incluida la estación fantasma bajo la calle Noventa y uno,

que es donde tú y yo, Clara, bebemos de la misma sangre, como dos sombras de los infiernos que necesitan descansar un rato juntas antes de regresar con los que se denominan los vivos.

Y entonces lo comprendí. Soy una persona a la que olvidarás haber conocido, ¿verdad?

Soy una persona que nunca recordarás haber conocido.

Podría morir sin que te enteraras.

Le compré un disco del Cuarteto Busch con la sonata de Beethoven en *la* menor. Garabateé la dedicatoria con un rotulador con tinta indeleble: *El Heiliger Dankgesang es para ti. Soy yo.*

Impactante.

Sutil.

Dulce.

Necio.

Espontáneo.

Me gustaba.

Algo me decía que se echaría a reír y pese a todo me olvidaría.

A las dos de la tarde, cuando llegué a su casa, Clara ya me esperaba abajo.

—La película de anoche no tiene ni pies ni cabeza —empezó en cuanto el otro Boris le abrió la puerta—. Él no deseaba su rodilla, la deseaba a ella, pero sabía que nunca la conseguiría, de modo que el muy perverso fue a por la rodilla. Una distracción barata. De hecho la deseaba pero se negaba a reconocerlo. O, peor aún, nunca la había deseado, pero creía que debía desearla, lo cual le ponía en el brete de desearla y no desear desearla, sin que tal vez la hubiera deseado nunca...

—¿Cómo estás? —la interrumpí.

Lanzó una carcajada.

—Muy bien, pero ¿crees que me equivoco?

—Creo que todos los hombres de Rohmer... A la mierda.

Clara se cubrió la cabeza con la enorme bufanda de lana multicolor y se la anudó bajo la barbilla.

—¡Bufanda! —ordenó.

—Bufanda —repetí, tras lo cual me la desanudé y traté de hacer el nudo que a ella le gustaba.

—Ya lo hago yo —resopló.

Acto seguido se colgó de mi brazo y puso rumbo al norte. Podíamos tomar un taxi o el autobús. El recorrido era muy pintoresco, aseguré. Vayamos a pie. No tenía frío, dijo. De inmediato me desanimé y empecé a preguntarme si aquella sería otra excursión que requeriría cierto esfuerzo o si el restaurante sería uno de esos establecimientos de los que Inky y ella eran asiduos, donde ella e Inky hacían esto, comían aquello, se encontraban con fulano y mengano...

—Sé exactamente lo que estás pensando y no tiene nada que ver.

—Qué alivio —repuse—. Es que tengo que pensar en todo. No queremos caras largas.

—¿Quién pone cara larga? Alguien a quien conozco se altera con facilidad.

—Mira quién habla.

Mientras caminábamos hacia el norte por las aceras desiertas de Riverside Drive recordamos las barcazas y los gigantescos barcos mercantes. Me dediqué a contemplar los edificios que flanqueaban Riverside Drive. Hacía años que no pasaba por allí, no había cambiado un ápice. Sin embargo, ahora todos los edificios llevaban el nombre de Clara escrito en la fachada. En un momento dado le sonó el teléfono. Lo buscó en todos los bolsillos del grueso abrigo hasta localizarlo.

—No llevo las gafas. ¿Quién es? —me preguntó alargándome el móvil.

—Ricardo.

Clara me arrebató el teléfono, lo apagó y se lo guardó.

—¿Quién es Ricardo? —inquirí.

Siempre había tenido la sensación de que Clara vivía rodeada de hombres, pero ¿por qué nunca había mencionado al tal Ricardo?

—Es Inky —espetó.

—¿Le pusieron el nombre por un barco, tal vez?

—No.

A Clara no le hizo ninguna gracia mi comentario.

El restaurante estaba vacío. El personal estaba comiendo en una de las grandes mesas más próximas a la cocina. Sentado solo a una mesa pequeña, un camarero leía *Il Corriere dello Sport*.

Nada más entrar Clara lo llamó por su nombre de pila y le saludó. Era el copropietario. ¿Había pasta? Sí, de sobra. El hombre ni siquiera alzó la vista. Clara se coló detrás de la barra, abrió lo que parecía una vieja nevera, sacó una botella de vino frío y dos copas, me pidió que la descorchara y entró en la cocina al tiempo que se quitaba el abrigo y la bufanda que llevaba enrollada a la cabeza.

Cohibido, descorché la botella, serví vino para los dos y me reuní con ella en la cocina. Por lo visto el agua todavía estaba caliente, de modo que Clara pidió a Svetonio que «tirara» la pasta y pusiera a calentar la salsa. Había además algunas tiras de pollo que podía saltar si quería.

—*Grazie*, Svetonio.

Clara se volvió hacia mí y, sin presentarme al hombre, explicó que su amistad venía de lejos. ¿Debía interpretar sus palabras de alguna forma especial?

—Svetonio me deja venir aquí y campar a mis anchas, y a cambio yo le consigo las mejores localidades para la ópera durante todo el año. Te aseguro que salgo perdiendo yo. ¿*Non è vero*, Svetonio?

—A ver quién se atreve a discutir con Clara —replicó él.

Clara encontró la sartén que buscaba, sacó de la enorme nevera industrial las tiras de pollo envueltas en film transparente y vertió un poco de aceite de oliva en la sartén. Svetonio le acercó unas verduras picadas.

—¿Te vas a quedar ahí como un pasmarote?

—No, estoy observando —contesté.

—Pues observa. La comida estará lista dentro de nueve minutos. Esto es mejor que cualquier cosa que hubieras planeado, ¿verdad? Necesito limón y algunas especias.

Estaba hablando sola, no conmigo.

Vi que un camarero ponía una mesa muy apartada de las demás, junto a un ventanal. Saqué el CD y lo dejé en la mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó Clara al salir para ver si todo estaba preparado.

—*Ein Geschenck.*

—*Für mich?*

—*Für dich.*

—*Warum?*

Me la quedé mirando y no pudo sino decir:

—Porque sí.

Clara se llevó el CD envuelto a la cocina, adonde entré tras ella. Me quedé a su lado mientras ella observaba a Svetonio colar la pasta y servirla en dos platos hondos. Salsa, queso y *pimienta, por favor*, como pidió Clara imitando a los camareros de los restaurantes. A continuación Svetonio dispuso el pollo salteado en un plato, lo cubrió con otro, sacó las verduras, y en cuestión de segundos Clara y yo nos encontramos sentados el uno frente al otro. Alguien se había tomado incluso la molestia de preparar una enorme fuente de ensalada para los dos.

—Bueno, ¿qué es esto?

—Mi música favorita.

—Sí, pero ¿a qué te refieres cuando dices «soy yo»?

—Mis estados de ánimo, mis pensamientos, mis esperanzas, todo cuanto yo era antes de oír esta música y todo aquello en lo que me convertí después de oírla. Todo está aquí dentro, pero mejor. Quizá es como quiero que me veas.

Tomamos un trago de vino.

—¿Y me lo has regalado por...?

—No puedo explicarlo.

—¿No puedes o no quieres?

—Eso tampoco puedo explicarlo.

—Te lo preguntaré de otra manera.

De repente me sentí expuesto, en peligro, a punto de ser sorprendido con la guardia baja.

—¿Por qué me lo regalas a mí?

—Porque he comprado regalos de Navidad para casi todas las personas a las que conozco, excepto para ti.

—¿Y ese es el verdadero motivo?

—No.

—¡Printz Oskár! —exclamó en tono de reprimenda fingida.

—Clara Brunschvicg, haces que me resulte muy difícil tanto mentir como decir la verdad. Todo parece complicado y retorcido.

—¿En qué sentido?

—Decimos cosas importantes como si no importaran y dejamos que las tangentes nos aparten de nuestro rumbo para evitar detenernos en lo que realmente importa. Y entonces lo que de verdad importa reaparece y de nuevo nos perdemos en tangentes y desvíos.

Clara me miraba en silencio.

—¿Y cuáles son las cosas que realmente importan?

Debería haber sabido que lo preguntaría.

—¿De verdad hace falta que te lo diga?

—No sé por qué me parece que vas con pies de plomo conmigo.

Sacudí la cabeza para negarlo, pero en realidad sí andaba con pies de plomo y no tenía sentido negarlo.

—Los pies me sangran y tengo la lengua trabada.

—¿Quieres hacer el favor de decírmelo para que podamos comer de una vez?

—A ver, no sé cómo decirlo. De repente parece tan difícil...

—¿Por qué? —musitó con ternura y sin un ápice de impaciencia.

—En parte porque nunca he conocido a nadie como tú. Nunca he querido que nadie me conozca como quiero que me conozcas tú. Contigo no quiero falsear nada, y sin embargo, sin quererlo, cuando estoy contigo, siempre tengo la sensación de estar evitando, eludiendo algo. Y aun así, tú eres como la hermana gemela que nunca he tenido. De ahí esta música. El resto no son más que chorradas.

—No, no, también quiero que me hables del pollo vindaloo.

—No mientras comemos espaguetis.

—Si quieres esta noche podemos ir a un indio a cenar.

—¿De modo que esta noche estás libre?

—¿Tú no?

La vi apoyar el costado derecho contra el ventanal; yo apoyé el izquierdo. Era como el día anterior, aunque mejor. No me molestaba el silencio. Me recordaba el momento en que habíamos escuchado a Händel juntos, mirándonos de hito en hito durante largo rato. Clara descansó la barbilla en el puño y me miró.

—Sigue con el vindaloo.

Noté que los hombros se me tensaban una vez más. La situación empezaba a hacerme sentir muy incómodo, como si yo ocultara algo sin saber ni remotamente qué era. Ni siquiera podía mirarla a los ojos. La desconexión entre nuestras frases, entre su franqueza y mi inseguridad, se volvía contra mí. ¿Por qué tenía la impresión de que me estaba mostrando evasivo cuando en realidad me moría por no ocultarle nada?

—En cuanto a Beethoven —empecé, como si fuera lo que de verdad intentaba decirle desde que la había visto desenvolver mi regalo—, puede que lo único que quisiera era que hablara por mí.

—¿Para decir qué?

—Clara, todos los temas que sacamos, desde los barcos, Bach y Rohmer hasta las *mandalinas* y el *strudel gâteau*, nos llevan siempre al mismo sitio, como si todo entre nosotros estuviera destinado a rondar, rastrear y golpear una sola puerta. Y hemos decidido..., tú has decidido, Clara, que esa puerta debe permanecer cerrada. ¿Me equivoco?

—Contestaré cuando me toque.

—Puede que Beethoven sea mi forma de sortear esa puerta. O quizá debería aprender de los personajes de Rohmer, que se excitan de un modo indecente al hablar íntimamente de cosas que la mayoría de las personas que acaban de conocerse encuentran incómodas y prefieren obviar.

Me estaba poniendo a cubierto, sin darme cuenta de que acababa de revelar mi escondrijo.

—Así que esto te resulta incómodo —me interrumpió.

El «esto» se refería a nosotros, supuse. Había algo brutal y cruel en su pregunta, como si atacara algo que yo hubiera dicho y que la hubiera ofendido. Pero también daba la impresión de que lo único que quería era ponerme en evidencia por el puro y perverso placer de ponerme en evidencia.

Dos noches antes me había advertido de que no me atreviera a sacar ese tema. ¿Por qué lo traía ella a colación cuando era evidente que yo intentaba eludirlo? Sus seis palabras, «así que esto te resulta incómodo», pronunciadas con tanta sequedad, constituían un ataque frontal a todo cuanto yo era, me hacían sentir como un estafador escurridizo que debería ser castigado por andarse por las ramas cuando ya le habían advertido de que se mantuviera alejado del árbol.

La miré. Sabía que podía arriesgarlo todo si decía algo que fuera remotamente gratuito o ingenioso. Las Claras de este mundo rara vez conceden una segunda oportunidad a los hombres. Si dices algo inconveniente, desaparecen. Si no dices nada, desaparecen igualmente. Se pondrá una falda oscura, una blusa púrpura y, con su belleza sobrecogedora y muchos botones de la blusa desabrochados, encontrará a cualquier hombre en la primera fiesta a la que la inviten. Me quedé mirando su fina blusa verde desabrochada. No era de extrañar que utilizara una bufanda tan gruesa. Bajo la blusa no llevaba nada. ¿A qué venía la blusa desabotonada? ¿Miro o no miro? Miraré.

—La situación empieza a resultar incómoda, Printz.

Si no dices nada, salen todos los pinchos, pensé.

—¿Te refieres a mi silencio? —pregunté.

—Me refiero a tu mirada, pero también al silencio.

—Cambiemos de tema, pues —propuse.

—¿Y huir? No, háblame de la incomodidad. Quiero aprender.

Carraspeé.

Clara destapó el plato del pollo y nos sirvió dos tiras a cada uno.

—Tres patatitas para ti, tres para mí, una más para ti, porque todo hombre a punto de pronunciar un discurso merece una patata; cinco espárragos para ti, tres para mí, porque tengo que dejar espacio para lo que estoy a punto de

recibir de él, y por último, un poco de salsa para ti y un poco para mí, para acompañarlo todo. Ya está, te escucho. —Al darse cuenta de que había olvidado algo, añadió—: Y no estropees el momento.

—Estaba pensando que fue una suerte ir a la fiesta de Hans.

—Ajá.

Un modo cauteloso de alentarme para que siguiera.

—Quiero decir que la suerte la tuve yo, no tú.

—Por supuesto.

Nos echamos a reír. Sabemos por qué reímos. Fingimos no saberlo. Nos damos cuenta de que ambos fingimos. Lo clásico. Me encanta. *Qué listos, qué listísimos somos.*

—Puede que en realidad no me sienta nada incómodo contigo, pero tenga la sensación de que debería. Puede que esta pizca de incomodidad que ha surgido entre nosotros ahora mismo no sea más que un preludio de la intimidad. Una intimidad por llegar, o una intimidad que no llega.

—¿Y?

—Y algo me dice que ambos tenemos la impresión de que esta bien podría ser la mejor parte, razón por la cual somos reacios a luchar contra ella. Puede que esto sea el jardín de rosas, y lo que llegue después tal vez sean las trincheras.

—¿Y?

¿Estaba diciendo la verdad? ¿Estaba mintiendo? ¿Por qué no me tragaba una sola de mis propias palabras?

—¿Y? —insistió.

—Y aquí es donde me gustaría que entrara Beethoven y prolongara este momento indefinidamente. Esta comida, esta conversación, incluso estas pizcas de incomodidad. No quiero que cambie nada. Quiero que todo dure para siempre.

—¿Y?

Para entonces me estaba tomando el pelo, y a mí me encantaba.

—Y estaba pensando si dentro de un año, cuando vayamos a la fiesta de Hans, iremos como desconocidos.

—Hans y yo no somos desconocidos.

—No me refería a Hans y a ti.

—Ya sé a qué te referías. Probablemente habremos discutido algunas veces, quizá incluso nos habremos peleado, habremos roto, de eso estoy casi segura, y nos habremos colgado el teléfono jurando no volver a dirigirnos la palabra. Pero yo no soy rencorosa y hago las paces enseguida, así que el cabrón que estropeará las cosas serás tú, no yo.

—¿Estropear? ¿Estropear qué?

Por fin había logrado acorralarla.

—¿Lo ves? Ahora mismo lo estás haciendo. Estás estropeando las cosas, esta vez fingiendo.

No había forma de acorralarla.

—Bueno, y si soy un cabrón, ¿qué?

—¿Quieres decir si me mostraré comprensiva e intentaré entenderte, meterme dentro de tu piel y sentir tu dolor y ver el mundo con tus ojos y no desde mi punto de vista egoísta y estrecho de miras?

¿Por qué se desviaba del tema?

—Lo expresaré de otra forma: ¿y si de repente «las cosas» mueren o están a punto de morir, y con su muerte muere también el deseo de mantenerlas vivas? ¿Qué harás entonces?

Tuve la impresión de que de nuevo la había acorralado sin proponérmelo.

—Te haré saber que están a punto de morir, pero no moveré ni un solo dedo más.

—Así que es concebible que nos encontremos en la fiesta de Hans el año

que viene..., qué digo, la semana que viene, y aunque estemos así de cerca, seamos unos completos desconocidos.

Había adoptado un tono malhumorado.

—¿Por qué haces esto?

De repente Clara dejó a un lado su frivolidad.

—Aquí estamos, en esta comida maravillosa, probablemente una de las mejores para mí en lo que va de año, y míranos, jugando al ajedrez, peor que el ajedrez, porque las piezas del ajedrez se mueven, pero tú nos has inmovilizado, como dos bloques de hielo atrapados bajo un puente. Los idiotas salvan todas nuestras barricadas y encuentran toda suerte de atajos, y los escasísimos compañeros del alma acaban estropeando las cosas, y es a mí a quien se echa la culpa. ¿Sigo o cambio de canal?

—Sigue, sigue, por favor, no cambies de canal.

—No como tú, quieres decir.

Un pequeño dardo, ligero y veloz. Ligero y veloz, tal como me gustaba Clara. Pasé por alto el comentario.

—Mira, sé lo que quieres, y lo curioso es que puedo dártelo, pero también te conozco: prefieres las promesas a lo que puedo darte, y no puedo hacer promesas. Y tú tampoco, por cierto, ahora mismo no. No nos engañemos; esto no es el jardín de rosas.

Su franqueza me desarmó.

—¿He hablado cuando no me tocaba? —preguntó.

—No, como siempre, has dado en el clavo. A veces me pregunto por qué no puedo hablar como tú.

—¿Quieres saber por qué?

—Me muero de ganas de saber por qué.

—Es muy sencillo, Printz: no confías en mí.

—¿Y por qué no confío en ti? Dímelo.

—¿De verdad quieres que te lo diga? ¿De veras?

—Sí.

—Porque sabes que puedo hacerte daño.

—¿Y eso lo sabes con certeza? —pregunté tratando de recobrar la dignidad.

Clara asintió con un gesto.

¿Por qué no podía ser como ella?

Le cogí la mano, bajé la cabeza y le besé la palma. Cómo me gustaba aquella mano, tal como era, tal como yo la sentía, tal como olía. Casaba a la perfección con aquella blusa, que casaba con aquel rostro, con esta mujer que siempre había sido yo, pero que tal vez nunca me quisiera. Noté que su mano se tornaba flácida en la mía. Sufría con mi contacto y no iba a dar un paso más.

—¿Por qué? —inquirí.

Se encogió de hombros como diciendo: *Quién sabe*.

—Creo que no siempre soy buena persona, pero, si se lo digo a los demás, lo único que consigo es que intenten demostrar que me equivoco, y cuanto más intentan demostrar que me equivoco, más ganas me entran de apartarme de ellos, pero cuanto más me aparto de ellos, más culpable me siento, más amable me vuelvo y más creen que he cambiado. Pero nunca dura. Al final acabo odiándome a mí misma y odiándolos a ellos por cosas que no deberían haber durado más de unas cuantas horas. —Meditó unos instantes—. Quizá unas cuantas noches. Inky y yo podríamos haber seguido siendo amigos.

—Es lo más retorcido que te he oído decir.

—¿El qué? ¿Que ser amable con la gente hace que quiera hacerles daño? ¿O que hacerles daño hace que quiera ser amable con ellos?

—Las dos cosas. No te preguntaré por qué me cuentas todo esto...

No me dejó terminar.

—Quizá mi infierno consista en decirlo todo sin saber si debería callar, y el tuyo, a menos que me equivoque de medio a medio, consista en escuchar sin saber si hablo en serio.

—¿Anfibalencia?

Se me quedó mirando con una expresión que parecía de gratitud.

—Sí señor, anfibalencia. Voy a poner unas cartas sobre la mesa, pero no puedes subir la apuesta, ¿de acuerdo?

¡Cómo no! Asentí.

—He dicho que no confías en mí, y estoy segura de que tienes tus razones; no te preguntaré cuáles son. Pero también te conozco: nunca me preguntarás qué estamos haciendo juntos, y algún día tendrás que hacerlo.

—¿Y cuando llegue ese día?

Frunció los labios y se encogió de hombros con aire melancólico sin decir nada.

No tenía intención de contestar.

—¿Pregunta para nota? —aventuré.

Asintió.

—Este es mi infierno —declaré.

—No es justo. También es el mío.

Creí comprender. En todo caso, Clara tenía razón. Algún día tendría que preguntarle a qué se refería. De repente comprendí que ese día era hoy, era este momento. Y no tuve el valor necesario para preguntar.

—Invita la casa —anunció uno de los camareros mexicanos, que junto con sus compañeros y los cocineros había acabado de comer hacía rato y quitado la mesa del personal.

Dejó dos raciones de lo que parecía tiramisú y dos tazas de café en nuestra mesa.

—¿Sabes qué hora es?

Nos quedamos atónitos al ver que eran las cuatro y media.

Clara dijo que necesitaba estirar las piernas; yo también. Tras tomar el café nos pusimos los abrigos, ella se anudó la bufanda, nos despedimos de Svetonio, que de nuevo estaba enfrascado en la lectura del periódico deportivo, y salimos a la gélida puesta de sol. Todo en Clara, todo en ese día, era por completo insólito. El hecho de no pagar la comida, de ayudar al cocinero en su propio restaurante, de entrar en sitios y asumir el control — una casa, la cocina, un restaurante, una vida—; todo eso era una ráfaga de viento en los días por lo demás corrientes. No era tan solo el estilo de Clara, sino el mundo de Clara, una vida que se antojaba ilimitada, pródiga, festiva y por completo distinta de la mía... Y ahí estábamos, dos seres que, pese a sus diferencias, parecían hablar el mismo idioma, tener gustos comunes, llevar vidas casi idénticas. ¿Cómo podíamos estar en dos habitaciones distintas, más aún, vivir en calles y manzanas distintas, cuando estábamos hechos para compartir la misma silla? De pronto pensé en Inky y vislumbré su infierno. También él debía de haber creído que eran seres idénticos y, no obstante, ahí estaba, viviendo con la terrible prueba de que ser parecidos, compartir los mismos pensamientos y sentirse inseparables no era más que una de las numerosas imágenes que la soledad proyecta sobre las cuatro paredes de nuestra vida.

Le dije que no creía que tuviéramos tiempo de cenar en un indio aquella noche.

—¿Por qué? —preguntó.

Nos echamos a reír. Sabía muy bien por qué.

Quedaban poco más de dos horas para las siete y diez. Mientras caminábamos por Broadway, Clara se detuvo ante una tienda de artículos esotéricos y preguntó en español si estaba la dueña. La muchacha, que no

aparentaba más de catorce años, entró y llamó a su madre, que apareció al poco.

—¿Juntos o por separado? —preguntó.

—Como usted quiera —contestó Clara a la vidente.

La mujer me pidió que le mostrara la palma de la mano y obedecí de mala gana, ya que nunca había hecho nada parecido. Era como entrar en un garito cochambroso de tatuajes o en un fumadero de opio, algo un tanto perturbador. No se pierde nada por intentarlo, pensé.

La corpulenta mujer me sujetó la mano izquierda con una mano mientras con el meñique de la otra señalaba cosas que yo no veía. Un ser querido había tenido problemas graves en las piernas; no, solo en la derecha. Un hermano. Y al cabo de un instante..., no, un padre, se corrigió. Problemas muy graves, agregó alzando la vista y mirándome de hito en hito. Pero ya ha terminado, puntualizó. Retiré la mano sin darle tiempo a añadir nada más. Tienes una buena línea, comentó como si pretendiera compensar las malas noticias. A continuación pidió a Clara que alargara la mano. El cubo está lleno, pero no veo nada en ninguna parte. ¿Era una metáfora? Acto seguido, la mujer le susurró algo al oído. Clara se encogió de hombros en señal de indiferencia o ignorancia. Salimos de allí convertidos en criaturas humilladas y contrariadas.

—¿Qué te ha susurrado madame Sosostri? —le pregunté en cuanto salimos de casa de la vidente.

—Más te vale no saberlo.

Nos quedaban dos horas, pero curiosamente a ninguno de los dos nos parecía que tuviéramos que matar el tiempo. Podíamos pasear, entrar en alguna tienda, comprar regalos, seguir caminando..., ¿hasta cuándo, Clara? ¿Hasta mañana, hasta el año que viene, para siempre?

—Puedo preparar té —propuso.

No pude resistirme.

—¿Te refieres a entrar en la primera cafetería que veamos, meterte en la cocina y salir con dos tazas de té Lipton?

—No, en mi casa.

Hube de controlar una oleada repentina de pánico y felicidad. Una parte de mí no quería subir a su casa por temor a lo que me sintiera tentado de hacer. Otra parte de mí no quería subir por temor a que no me atreviera siquiera.

Boris, si es que me recordaba, debió de sospechar que algo parecido podía ocurrir. Clara golpeó el suelo con los pies mientras Boris mantenía la puerta abierta. Yo hice lo propio y di las gracias al portero con cierta timidez. Sin darme cuenta, me sentía incómodo e intentaba no mostrarlo.

Entramos en el ascensor. Ahí había conocido a la mujer del abrigo azul.

El ascensor parecía y olía diferente. No conocía aquel olor. Era un olor a lugar nuevo a media tarde. Quise imaginar que estaba allí por primera vez, que la fiesta ya había comenzado y que estaba a punto de conocer a Clara, pero enseguida llegamos a su planta.

Abrió la puerta, se quitó el abrigo, se desanudó la bufanda y me condujo al salón, que daba al Hudson. Tuve la sensación de que estaba de nuevo en la fiesta, salvo que la casa estaba ahora recogida y ofrecía un aspecto completamente distinto. Había paredes donde en el piso de arriba no existían, los muebles habían cambiado de sitio, las obras de arte parecían diferentes, más antiguas, el Hudson, más próximo, y cuando me acerqué a la hilera de ventanales, tuve la impresión de que incluso Riverside Drive era distinto, más accesible que la impresionante vista que me había hecho pensar en Gógol, Bizancio y Montevideo.

—Dame tu abrigo.

Se lo entregué, y lo que casi me conmovió, por lo inesperado, fue su forma de cogerlo, como si temiera romperlo o arrugarlo si no cuidaba con esmero

mi estúpido y viejo abrigo. ¿Sería una señal? Las señales no existen, me repetí una y otra vez.

—Vamos a la cocina. Luego te enseñaré la casa.

¿Me enseñaría su dormitorio?

La cocina, al igual que el resto del piso, llevaba décadas inalterada. Me explicó que sus padres habían vivido allí hasta el día del accidente y que desde entonces nunca había tenido ánimos ni tiempo para hacer reformas. Había paredes que derribar y otras que levantar, cables eléctricos que cambiar, tantas cosas que regalar... A fin de subrayar sus palabras me mostró la cocina de gas y me pidió que la encendiera.

—¿No hay que girar alguna clavija o pulsar un botón? —pregunté.

—No, usa esto —indicó al tiempo que sacaba una cerilla de una caja grande.

—¿Esta cosa silba cuando hierve el agua?

—No, suena una campanilla.

Señaló un hervidor de diseño muy moderno. Un regalo. Pero las grandes reformas llevarían tiempo.

—Además, me parece que no quiero cambiar nada.

Se me ocurrió que también su piso estaba en plan caracol.

Nos quedamos en la cocina sin encender la luz, esperando a que hirviera el agua.

—No tengo galletas. No tengo nada que ofrecerte.

La chica que está siempre a régimen.

Clara estaba de pie con los brazos cruzados, apoyada contra la encimera, y parecía, como ya había observado yo en otros momentos de silencio entre nosotros, sentirse algo incómoda. Me pregunté por qué. ¿Siempre se mostraba seca, brusca e inquieta para disimular su incomodidad? ¿Era ese su modo de actuar? ¿O era de verdad una persona seca y brusca, lo cual a veces

coincidía con momentos de incomodidad? La compadecí, razón por la cual, mientras veía la luz de poniente bañar su cuerpo, dije:

—Solo te falta un faisán muerto y una granada magullada en un cuenco de borde azul junto a una jarra con licor aquavit para convertirte en *Muchacha apoyada contra encimera* de algún maestro holandés.

—No, *Muchacha preparando té con hombre en cocina*.

—Quizá muchacha recelosa de hombre en cocina.

—Muchacha no sabe qué pensar.

—Muchacha muy hermosa en cocina. Hombre muy, muy feliz.

—Muchacha contenta que hombre en cocina.

—Hombre y muchacha parecen idiotas.

—Puede que hombre y muchacha visto demasiadas películas de Rohmer.

Nos echamos a reír.

—Nunca había hablado con nadie como hablo contigo. Eres la única persona con la que me río últimamente.

No había nada que añadir; tan solo quedaba mirarla a los ojos.

Abrió una alacena para sacar el azúcar y vi unas dos docenas de cuchillos de acero, de diversos tipos. Me explicó que a su padre le encantaba cocinar los fines de semana. Ahora estaban todos amontonados en el estante superior de la alacena. Una cucharada para mí y dos para ella. Advertí que seguía sintiéndose incómoda.

—Muchacha pondrá CD que hombre regalado —anunció—. Y después los dos se irán a Francia.

Era su modo de referirse a las películas de Rohmer.

Comenté que el sonido de la campanilla del hervidor era como el de las sirenas antiaéreas de la Segunda Guerra Mundial. Contestó que no se había fijado, pero que sí, que sonaba como una sirena antiaérea.

Le pregunté si tenía una tetera, porque quería preparar el té como en *Mi*

noche con Maud. Respondió que solo tenía bolsitas de té, aunque a buen seguro debía de haber una tetera por alguna parte, probablemente muy vieja y muy sucia.

Con las bolsitas de té bastaría, aseguré antes de verter agua caliente en dos jarras, una con el nombre de una ciudad de Umbría y la otra con el de una tienda del Soho.

—Dejaremos que se asiente un momento.

—¿Sabes qué estás haciendo?

—No tengo ni idea, pero pondré una bolsita de Earl Grey en cada taza.

La fragancia del té inundó la cocina.

Vayamos al salón, propuso Clara cogiendo su jarra y el CD. Una vez allí abrió un armario, encendió el equipo de música y al poco sonó el himno del adagio en todo su penetrante y sobrecogedor esplendor. Me encanta el Earl Grey, dije. A ella también.

—Es la hora de un agente secreto.

El sofá, que era nuevo, estaba situado justo delante de la hilera de ventanales, de modo que podíamos contemplar el Hudson mientras tomábamos el té. Qué vista, comenté. Me encantaba el té. Me encantaba el Hudson. Me encantaba Beethoven y me encantaba aquella escena del té por la tarde, tan Rohmer. En la calle, donde la nieve seguía incólume, sin rastro de neumáticos ni pisadas, se hallaba la pendiente por la que Clara bajaba en trineo con sus amigos al salir de la escuela.

—Y ahora cuéntame por qué Beethoven eres tú.

—¿Otra vez a vueltas con Beethoven? —resoplé complacido.

—Inténtalo, Printz. ¿Eres tú porque...? —insistió, fingiendo que contenía el aliento.

—Porque Beethoven compuso el *Heiliger Dankgesang* mientras convalecía de una enfermedad y, al igual que tú, que yo, que todo el mundo

en realidad, estaba en plan caracol. Había estado a punto de morir y sentía una profunda gratitud por seguir con vida.

—¿Y...?

—Y es un conjunto muy sencillo de notas, más un himno sostenido y muy largo en el modo lidio, que adora y quiere prolongar indefinidamente, porque le gusta repetir las preguntas y demorar las respuestas, porque todas las respuestas son fáciles, porque no son respuestas ni claridad, ni siquiera ambigüedad, lo que quiere Beethoven. Lo que busca es la suspensión y el tiempo dilatado, un período de gracia que nunca expira y aparece como el recuerdo, pero no es un recuerdo, solo es cadencia sin caos. Y sigue repitiendo y extendiendo el proceso hasta quedarse con cinco notas, con tres, con una, sin ninguna, sin un soplo de aire. Puede que el arte sea solo eso, vida sin muerte. Vida en el modo lidio.

El silencio que se hizo entre nosotros me indicó que, en su mente, Clara había sustituido de inmediato la palabra «vida» por otra. De ahí su silencio.

—Té en el modo lidio. Puesta de sol en el modo lidio... —añadí para aportar un toque de humor, a lo que ella casi hizo una mueca despectiva, como si dijera: *Sé muy bien lo que pretendes, Printz.*

—Sí, eso también —convino.

Paseé la mirada por la sala. Debía de haber unos veinte cojines desparramados sobre los sofás y los sillones, y en un rincón junto a la ventana, dos plantas muy grandes. Los sillones parecían viejos, pero no anticuados, como si el resto de la estancia intentara adaptarse al sofá nuevo sin esforzarse en exceso. En todas las tomas de corriente parecía haber un racimo de enchufes.

—¿Era aquí donde hacías los deberes de pequeña?

—Los hacía en el comedor, pero me gustaba leer aquí. Incluso cuando

teníamos invitados, me sentaba en una otomana en el rincón y me escabullía a San Petersburgo. También tocaba el piano aquí.

—¿Una infancia perfecta?

—Anodina. No tengo malos recuerdos, pero tampoco ninguno especialmente bueno. Solo me gustaría que mis padres hubieran vivido más tiempo, aunque la verdad es que no los echo de menos.

Intenté imaginar su dormitorio. Le pregunté por qué había decidido escribir la tesina en casa de Hans en lugar de allí.

—Porque me preparaban el desayuno y la comida. Te sorprendería comprobar cómo vuela el tiempo cuando otros te preparan la comida y cuidan de ti. Pasé seis meses allí arriba escribiendo sin parar y sin prestar atención a nadie.

Recordé el escritorio del piso de Hans junto al que había esperado a que Clara regresara con un tentempié, temeroso de que no volviera, aunque volvió con un plato de aperitivos; una habitación donde pensé una y otra vez: Quedémonos sentados en este rincón, a solas, reinventando el mundo a nuestra imagen y semejanza, en nuestro propio firmamento, que no va más allá del lugar donde todos esos desconocidos rodean al cantante de voz ronca, como alienígenas que se hubieran desmaterializado a nuestro alrededor dejando atrás tan solo sus sombras. Me había prometido esperar un cuarto de hora y ni un minuto más antes de abandonar la fiesta, pero al ver a Clara regresar con el gran plato en la mano empecé a pensar que aquello era mejor que un sueño, y quién era yo para inmiscuirme en los sueños, mientras veía aquel cuarto de hora alargarse hasta las tres de la madrugada, una hora, según me aseguraron todos aquella primera noche, demasiado temprana para marcharse. Aquel cuarto era lo más cerca que estaría nunca de Clara. Y ahora me encontraba en el mismo lugar, pero unas cuantas plantas más abajo, unas cuantas capas urbanas más abajo, y seguíamos en la superficie, todavía por

encima del nivel del mar. Me pregunté a qué profundidad vagaría el alma de Inky en los infiernos de aquel edificio.

Las habitaciones y las terrazas apiladas unas sobre otras se antojaban versiones de un diseño impreciso y misterioso que presagiara algo sobre mí, sobre ella o sobre el tiempo pasado juntos que todavía no alcanzaba a comprender.

La situación empieza a resultar incómoda, había dicho Clara en el restaurante. Yo no sacaría el tema, pero sabía que me estaba suplicando que hablara, que fuera más allá, que dijera algo.

La distribución de estancias y ventanas me recordó los elementos de la tabla periódica, todos ellos dispuestos en filas y columnas de acuerdo con una lógica que es del todo críptica y, al mismo tiempo, una vez ordenados numéricamente, resulta tan previsible como el propio destino para quienes conocen la clave. El sodio (número atómico 11) es la última planta, con el invernadero; justo debajo se halla el potasio (19), donde casi perdí el conocimiento, y bajo él, el rubidio (37), el piso de la terraza y el bloody mary. Debajo, el cesio (55), el mundo de Clara. ¿No podía uno organizar su vida de acuerdo con una tabla periódica, de tal modo que, si calculaba la regla subyacente a la serie de 11, 19, 37 y 55, pudiera predecir con facilidad que el siguiente elemento sería el 87, el francio? ¿Acaso no iríamos a la Francia de Rohmer al cabo de menos de dos horas?

A Clara le gustaba la improvisación; a mí me gustaba la planificación.

—¿Y a qué corresponde esta habitación en la planta baja? —quise saber.

—Al vestíbulo.

—¿Y debajo qué hay?

—El trastero y el garito del portero.

—¿Y debajo? —insistí, como si quisiera averiguar adónde me llevaría el

destino si decidía vagar de planta en planta como un holandés errante atrapado para siempre en el montacargas.

—El cuarto de las bicicletas. La lavandería. China —contestó.

Aquí estoy yo, intentando determinar que no hay nada debajo del suelo de roca, detrás de la omega, que más allá de la persona que veo en Clara no hay otra persona, pero qué propio de ella decirme que el suelo de roca no existe, que hay tantas Claras como capas y leyendas enterradas en nuestro planeta. ¿Y yo?

—Hombre pensando en la primera noche, preguntándose qué habría pasado si hubiera salido del ascensor en la planta equivocada e ido a otra fiesta.

—Hombre habría conocido a otra dama holandesa.

—¿Y qué le parece eso a esta dama holandesa?

—Hombre da palos de ciego, así que dama holandesa le dice que coja otro palo.

Cómo me gustaba su mente. A cada norte, mi sur; a cada secreto, su partícipe; a cada guante, su pareja.

—Printz —dijo.

Se había levantado para llevar las dos tazas a la cocina y se había detenido ante un ventanal del salón para contemplar el Hudson bajo la luz crepuscular.

—¿Qué? —pregunté.

—Creo que deberías venir a echar un vistazo. Toma. —Para mi sorpresa, me tendió unos prismáticos que parecían de la Segunda Guerra Mundial—. Mira allí. —Señaló hacia el puente George Washington.

—¿Es lo que creo? —inquirí.

—Podría ser.

—Esperemos cinco minutos. Puede que pase por aquí.

Aguardamos con impaciencia mientras oíamos la parte final de la pieza de

Beethoven.

Sin embargo el barco no se acercó; tal vez estuviera anclado. Estaba demasiado oscuro para distinguir su nombre. Además, era tarde, y si no nos dábamos prisa, no llegaríamos al cine a tiempo. Así pues, Clara se anudó una vez más la bufanda y me indicó dónde estaba mi abrigo. Desde el baño la oí tocar al piano unos cuantos compases de la pieza de Händel. Eso significaba, o al menos eso quise creer, que podíamos quedarnos en su casa, pedir comida a algún restaurante, permanecer inmóviles hasta que cayera la noche, sin levantarnos siquiera para encender las luces, porque el movimiento de un solo músculo rompería el hechizo. Será mejor que cojamos un taxi, apunté. Ni hablar, replicó. Iremos a pie.

—Así que eso eras tú —comentó en el ascensor.

Tardé un instante en comprender que de nuevo se refería a la composición de Beethoven.

—Sí, era yo —respondí casi con timidez, sin demasiada convicción, como si repitiera una confesión que hubiera hecho horas antes sin pensar y ahora pretendiera retractarme.

—La próxima vez te tocaré algunas zarabandas al piano. Son totalmente yo.

—¿A qué te refieres?

—Las zarabandas son rápidas y lentas. Alguien dijo una vez que las zarabandas se bailan dando dos pasos adelante y tres atrás... Es la historia de mi vida.

Atajamos por West End Avenue, donde, a diferencia de Riverside Drive, ya habían retirado la nieve, que ahora se amontonaba en los bordillos. Todo el trayecto era de bajada, y cuando llegamos al cine, la cola ante la taquilla era más larga de lo que esperábamos. Alguien aseguró que todavía quedaban

entradas. Cuando las hubimos comprado recé para que no tuviéramos que sentarnos separados. ¿Y si resultaba que sí? Pues nos vamos, sentenció ella. Reconocimos algunos rostros de las noches anteriores. Como era su costumbre, Clara anunció que iría a buscar un par de cafés a un Starbucks cercano. Nos gustaba la tarta de limón que había comprado la víspera. Ya en la cola para entrar, entablé conversación con la pareja que esperaba delante de mí. Ella había visto muchas películas de Rohmer, él solo unas pocas. También habían venido la noche anterior, pero él no estaba demasiado convencido. Ella creía que tal vez las películas de esta noche acabaran por persuadirlo de que el director era un genio. ¿No opinaba yo que era un genio? Tal vez, repuse. Pero las personas no se comportaban, y mucho menos hablaban, en la vida real como los personajes de Rohmer, señaló el hombre.

—Bueno —interrumpió Clara, que captó la esencia de los reparos del hombre al reunirse conmigo en la cola—. Los cuadros de Monet no tienen nada que ver con el mundo real, ni falta que les hace. ¿Se puede saber qué tiene que ver el mundo real con el arte?

Sus palabras acallaron al hombre.

Tal vez el pobre solo pretendía entablar conversación. A todas luces, aquella era su segunda cita.

—¿Dónde estará el del pelo cortado al rape? Ah, aquí viene.

Entregué las entradas al acomodador y Clara le sonrió.

—*Danko, filo donka* —dijo ella en falso alemán con una sonrisa de payaso.

Él gruñó por lo bajo como había hecho dos noches antes, al advertir que Clara le tomaba el pelo.

—No me gusta su actitud —espetó por fin.

—Pues a mí me encanta la tuya —replicó Clara.

No sabía si llamarlo Fildanko o Fildenko, de modo que al final decidí llamarlo Phildonka, con «ph». No paró de reír hasta que vimos que Phildonka

escudriñaba el patio de butacas por la rendija de la pesada cortina oscura y apuntaba con la linterna una butaca vacía situada detrás de nosotros.

—Señora, el asiento —anunció.

Clara lo convirtió de inmediato en «Senioralasiento».

—¿Ves algo? —pregunté cuando aparecieron los créditos en la pantalla.

—Nada de nada. Phildonka Senioralasiento —repitió, a lo que ambos nos echamos a reír sin poder parar.

A media proyección de *El rayo verde*, la situación se hizo del todo insostenible. Clara buscó en el bolso, sacó un botellín, lo abrió y me lo pasó para que bebiera.

—¿Qué es?

—Whisky de malta —susurró.

Mi vecino volvió la cabeza hacia mí y enseguida desvió la vista hacia la pantalla, como si hubiera decidido no volver a mirarnos jamás.

—Creo que nos han pillado —murmuró Clara—. Se lo dirá a Phildonka, ya verás, y Phildonka se pondrá furioso.

Risitas ahogadas.

Al cabo de un rato la película se interrumpió. Al principio los espectadores permanecieron en silencio, pero al poco empezaron a impacientarse y se pusieron a silbar y gritar como si se hallaran en la sala de actos de un instituto. Comenté a Clara que Phildonka se encargaba de revisar las entradas, preparar las palomitas y proyectar la película, lo cual le arrancó una sonora carcajada.

—¡Phildonka, reparralapelícula!

Todo el mundo se nos quedó mirando, y cuanto más nos miraban, más se reía Clara.

—¡Reparralapelícula! —aulló entre las carcajadas de todos.

Era la misma mujer que horas antes, apoyada contra la encimera en la

cocina, se había sentido tan inquieta durante uno de nuestros silencios embarazosos que lo único que podía hacer era hablar en un inglés macarrónico. La misma Clara, la nueva Clara, la Clara de siempre, la Clara que hace callar a los demás y los pone en su sitio, la Clara que te mira de hito en hito y llora, la Clara que por la tarde, después de la escuela, salía de su casa en la calle Ciento seis y bajaba a la carrera por la escalinata cercana al monumento a Franz Sigel para reunirse con sus amigos y tirarse por la pendiente en trineo o ir al parque Straus, donde, sentados en un banco, ponían verdes a sus padres. La Clara que lloró en silencio al recibir la noticia de la muerte de sus padres, pero que después se cambió de ropa y fue a una fiesta. La Clara que, a pesar de los años, no había olvidado la sensación reconfortante de aquellas horas en que sus padres tomaban el té con amigos junto a los ventanales con vistas al Hudson y ella entraba a hurtadillas con un libro, segura y a salvo en aquella ciudad medieval junto al Rin que sus padres y abuelos habían recreado a este lado del Atlántico. ¿Había una tabla periódica para ella mientras flotaba arriba y abajo, de una casilla a otra, sus folias y solemnes zarabandas envueltas en un solo paquete y prensadas como uno de esos bocadillos a la plancha que vendían en la esquina de su calle? ¿O era como yo..., pero mucho mejor que yo?

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

—No lo sé. ¿Qué quieres hacer?

—Creo que deberíamos ir a tomar una copa.

En nuestras prisas por salir del cine antes de que algo nos hiciera cambiar de opinión, Clara apenas tuvo tiempo de echarse la bufanda sobre la cabeza y anudársela.

—¿Qué ha sido de tus complicadísimos nudos? —pregunté.

Déjate de complicadísimos nudos, replicó mientras se colgaba de mi brazo

y se acurrucaba contra mi costado, antes incluso de que le hubiera rodeado los hombros con el brazo.

—Cojamos un taxi —sugerí—. ¿Al sitio de siempre?

—Por supuesto.

Al ver que no venía ningún taxi en dirección al norte, cruzamos la calle para coger uno que fuera hacia el centro. Era exactamente la misma esquina donde la había visto dos noches antes. El semáforo estaba en rojo, por lo que tuvimos que esperar, y en la isleta situada en el centro de Broadway Clara se puso a cantar castañeteando los dientes por el frío.

—Phildonka, Phildonka, tu faro distante / trae esperanza al valiente y promesa de guerra.

—¿Quién? —inquirí.

—Byron.

No logró soltar la palabra hasta que divisó a un taxista tocado con un turbante del tamaño de una calabaza, así que, en lugar de exclamar «¡Taxi!», gritó «¡Daxi, daxi, senioradaxi!». El taxista barbudo pasó a toda velocidad junto a nosotros con un pasajero en el asiento trasero que llevaba un turbante casi idéntico al suyo. Al verlo nos reímos con tantas ganas en la noche helada que me sorprendí pensando: Todo esto es absurdo, pero este absurdo es lo más cerca que he estado nunca de la felicidad o de otra persona. Y sin detenerme a pensarlo me volví hacia ella y la besé en los labios.

Clara retrocedió de inmediato. Ni una mano al quemarse con una llama se habría apartado con tanta celeridad. Pronunció la palabra «no» casi antes de que mis labios rozaran los suyos, como si esperara algo parecido y ya tuviera preparada una respuesta. Me recordó a una persona con el dedo colocado sobre la válvula del aerosol de pimienta que guarda en el bolsillo, resuelta a utilizarlo primero y preguntar después, para luego darse cuenta de que el

hombre que se ha acercado a ella en plena noche no era más que un turista perdido que solo pretendía preguntarle cómo llegar a cierto sitio.

Por primera vez en mi vida me sentí como si hubiera intentado agredir a una mujer o como si me juzgaran por haberlo intentado. No me habría asombrado más si hubiera acompañado su gesto de un bofetón.

No solo era la primera vez que una mujer ofrecía resistencia cuando trataba de besarla, sino también la primera vez que mi beso llegaba con tanta espontaneidad, de forma tan involuntaria y poco ensayada, que su brusco rechazo se me antojó una afrenta contra cada momento que habíamos compartido en los últimos cuatro días, contra la franqueza, contra la amistad, contra nuestra humanidad, contra todo lo que yo era, contra el yo que de buen grado le mostraba. ¿Tan inesperado era mi beso para provocar en ella una reacción así de violenta? ¿Tan ofensivo? ¿Podía mi beso..., o yo mismo, ser tan repulsivo?

No sabía cómo se estaba tomando Clara aquel episodio y quise cerciorarme de que no lo estropearía todo, de modo que me disculpé.

—Espero no haberte ofendido.

—No hace falta que te disculpes. Debería haberlo visto venir. Es culpa mía.

Al parecer yo era menos culpable de lo que temía. Sin embargo la inocencia me resultaba aún más mortificante. Había confundido nuestra euforia con algo que no era.

—Clara, de verdad espero que no te hayas ofendido.

—Te repito que no estoy ofendida. Te has comportado como un crío de catorce años; no hace falta que encima te disculpes como si lo fueras.

Se acabó. Yo me había disculpado de corazón, y ella contraatacaba con un ensañamiento innecesario.

—Te buscaré un taxi —anuncié— y luego me iré a casa.

A Clara le sorprendió más aquella reacción que el beso.

—No te vayas así.

—No tenías por qué humillarme.

—No tenías por qué besarme.

—Ya.

—No te vayas a casa, por favor. —Me miró a los ojos—. Hace un frío que pela. Vamos a tomar una copa. No quiero que te vayas así.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque lo estábamos pasando muy bien. Porque si piensas que es maravilloso que coincidiéramos en la fiesta de Hans, ¿no crees que yo también lo pienso? ¿No crees que si tú nunca has querido que nadie te conociera como te conozco yo es porque quizá a mí me ocurre lo mismo contigo?

—Entonces, ¿por qué no dejas que te bese?

—No tengo por qué explicártelo. No quiero ni intentarlo. Tengo frío. Cojamos un taxi.

—¿Por qué no me dices que no quieres que te bese en lugar de apartarme como si pretendiera violarte o tuviera la peste?

—Me has asustado, ¿vale? No lo entenderías. ¿Podemos dejar de hablar de esto ahora?

—Nunca hablamos de nada.

—Eso no es cierto.

Esperó a que dijera algo, pero yo no sabía qué pensar, salvo que quería irme a casa.

—Este es mi infierno. Este es mi infierno —repitió una y otra vez—, y tú no haces más que empeorar las cosas.

—¿Tu infierno? ¿Y el mío qué?

Sacudí la cabeza por ella, por mí.

—En fin, hace demasiado frío. Y los dos necesitamos una copa.

No lo entendí, pero Clara se colgó de nuevo de mi brazo, volvió a acurrucarse contra mi costado y me rodeó la cintura como si no hubiera pasado nada.

—Ahí viene un taxi.

Lo paramos y subimos al vehículo, que derrapó sobre la nieve al realizar un giro de ciento ochenta grados para poner rumbo al norte.

—Qué frío, qué tiempo tan horrible —masculló Clara a través del vidrio divisorio.

El taxista, que estaba escuchando jazz en la radio, apagó el cigarrillo con toda tranquilidad.

—Diempo amerricano —comentó.

—No me diga —repuso Clara como si de verdad le interesara la opinión del taxista acerca del clima americano—. ¿Lo has oído? —preguntó, volviéndose hacia mí—. Diempo amerricano.

Cuando nos apeamos en la Ciento cinco, estábamos muertos de risa.

Entramos corriendo en el bar, nos dirigimos a nuestro rincón habitual, el banco que Clara denominaba «nuestra banqueteta», y yo pedí dos whiskys y patatas fritas mientras ella iba al baño.

Regresó al cabo de unos minutos.

—No te creerás lo que alguien ha dejado ahí dentro —dijo antes de lanzar una carcajada—. Es demasiado asqueroso, como si el Tercer Mundo entero hubiera venido a jñar a este baño.

¿Quería que fuéramos a otro sitio?

No, había ido al lavabo de hombres.

¿Había algún hombre en el lavabo de hombres?

—Sí —respondió—. Ese tío.

Señaló a un joven desgarrado de la barra que a buen seguro necesitaba una

copa para recuperarse del susto.

—No me mires así —le reprendió Clara—. No has visto nada, y si hubieras visto algo deberías considerarte afortunado.

Salud, dijimos cuando nos trajeron las bebidas, una vez, y otra, y muchas, muchas más.

Me la quedé mirando y no pude evitar preguntarle:

—¿Nos estamos riendo sin más o somos felices de verdad?

—¿Por casualidad has visto una película de Rohmer esta noche? Dame undola, señó. Y baila conmigo.

Como de costumbre, salimos del bar pasadas las dos de la madrugada. El trayecto de vuelta a casa nunca era lo bastante largo, y el frío no ayudaba. Lo que no resultaba desagradable era ver cómo los dos, pese al frío, intentábamos no apretar el paso. Habíamos bebido más de lo habitual, y yo le rodeaba los hombros con el brazo.

El problema residía en cómo despedirnos. Ni hablar de besarnos. Por otro lado, no besarnos resultaría artificial. Así pues, un beso de amigos.

—Sé que esto resulta incómodo —dijo Clara—, pero creo que será mejor que no nos despidamos.

En la misma onda, como siempre.

Así que no debíamos besarnos ni despedirnos. Era una idea, pensé, casi admirando su habilidad para eludir otro momento incómodo ante su puerta. Ni una palabra sobre mi conato de beso, ni una palabra acerca de la canción, del tango que habíamos bailado cuatro veces esa noche. ¿Por qué no me sorprendía?

—Puede que tengas razón —concedí.

Y tal vez así fuera. Con las manos hundidas en los bolsillos, Clara corrió

junto a Boris, y yo, tras esperar unos segundos para verla entrar, giré sobre mis talones y me encaminé hacia Broadway.

«Ha estado bien», había dicho ella, a todas luces consciente de que empleaba una fórmula habitual entre las parejas que se despedían tras una cita en las películas de Hollywood, pero sin atisbo de ironía.

Una vez en el parque, me dije que tal vez había llegado el momento de dejar de ver a Clara, que aquello ya había durado bastante y debía acabar. Demasiado caos, demasiadas dudas, demasiadas pullas y dardos, todo ello bañado en un caldo cáustico capaz de arrancarte las capas exteriores del cuerpo y dejarte más desnudo que un molusco. Corta, me dije. Corta por lo sano. Probablemente le duela, pero se recuperará más deprisa que tú. Al cabo de unas horas olvidará recordar, y luego olvidará que ha olvidado. En cuanto a mí, tardaría un tiempo. Quizá había llegado el momento de reconsiderar mi propia costumbre de estar en plan caracol.

Por primera vez en varias semanas me entraron unas ganas tremendas de comprar un paquete de cigarrillos. ¿Los llamaría agentes secretos? Sí, por qué no, al menos durante un tiempo. Sin embargo, mi nombre nunca volvería a ser Oskár.

Como siempre, el parque por la noche resultaba tan acogedor como una iglesia en un día de lluvia en que tienes diez minutos de más durante la hora de la comida y, puesto que no perteneces a esa confesión ni tienes ritual alguno que celebrar en ella, te limitas a entrar sin pedir nada, sin esperar nada, sin dar nada; tan solo buscas un banco vacío, donde te sientas a pensar, te sientas a pensar y esperas ser capaz de entonar alguna clase de himno silencioso.

Ese mismo día, poco antes de la una, había pasado por el parque y me había dicho que por la noche, después de acompañarla a casa, me detendría allí. Si la noche terminaba mejor de lo esperado, enviaría al parque un

pensamiento de buenas noches. El parque lo comprendería. Al igual que Tilden lo comprendía. Al igual que mi padre comprendió que no me despidiera de él la noche anterior cuando regresara a toda prisa a la ciudad. Pero la noche no había terminado bien. Y ahí estaba yo, igual de lejos de Clara que la primera noche. Dos pisos arriba y tres abajo. Dando palos de ciego, siempre dando palos de ciego. Cómo detestaba aquella sensación. Permanecí sentado unos instantes a pesar del frío, sabiendo que pronto tendría que marcharme, intentando evocar el esplendor de la fiesta, el lustre y la magia de aquella primera noche.

Me levanté y contemplé la ciudad a las tres de la madrugada, la ciudad que quizá amara más a las tres que a ninguna otra hora. Nueva York no lo sabía, ¿verdad? Y tampoco podía ayudarme; se limitaba a observarme y seguir con lo suyo, levantando de vez en cuando la mirada, de la misma manera que las cebras siguen pastando mientras observan a los depredadores que merodean en busca de alimento para sus crías. Vete a casa, Oskár.

Decidí tomar otra copa en nuestro bar. Esta vez me senté a la barra. Quizá lo único que quería era quedarme en su barrio. En el bar apenas había nadie ya, tan solo la camarera, dos hombres en la barra y una pareja sentada a una mesa. ¿Alguna vez podría volver aquí sin pensar en ella? ¿O volver sin odiar mi vida, sin odiarme a mí mismo?

Caí en la cuenta de que me había sentado justo en el lugar donde el joven desgarbado había estado tras compartir el lavabo con Clara sin saberlo. Me habría gustado verla meterse con él. Incluso a él le iban mejor las cosas que a mí. Me volví hacia la que había sido nuestra mesa. Ya habían apagado las velas en aquel rincón. El establecimiento me recordó un teatro vacío cuando te permiten volver a entrar para recoger el paraguas plegable que te has dejado bajo el asiento. Todos los actores, desde el rey Lear hasta lady Windermere, e incluso los empleados de la limpieza se han marchado a casa;

hasta los trabajadores mal pagados están ya en el metro rumbo a sus humildes moradas en el extrarradio, contando los minutos que faltan para sentarse a la mesa y dar cuenta de la cena que sus buenas esposas han mantenido caliente para ellos.

Había vestigios de nuestra presencia por todas partes. Allí era donde Clara y yo habíamos hablado de las películas de Rohmer y pedido más copas de las que ninguno de los dos tenía por costumbre tomar, su cabeza apoyada en mi hombro, mi brazo a veces alrededor de sus hombros, sin que ninguno de los dos se atreviera a ir más lejos. El mero hecho de mirar el banco con el cojín que quizá aún conservaba la huella de nuestros cuerpos me hizo revivirlo todo.

Pedí una copa.

—Maldito invierno —masculló la camarera.

Al viejo desdentado que se sentaba en el otro extremo de la barra le gustó la frase.

—Maldito invierno —repitió—. ¡Y que lo digas!

De inmediato recordé el «diempo amerricano» y estuve a punto de atragantarme con la carcajada que pretendía abrirse paso por mi cuerpo. ¿Alguna vez me había reído tanto como con Clara? ¿Y qué era lo que tanto me gustaba de esa risa tontorrón, infantil? *Diempo amerricano*, había repetido Clara al taxista con cara de decir: ¡*Fíjate tú, diempo amerricano!* Cuántas ganas me habían entrado entonces de besarla.

Saqué un dólar y lo metí en la máquina de discos. Qué propio de mí volver al bar y poner de nuevo nuestra canción. Me quedé inmóvil, paralizado junto a la puerta, absorto en la canción, sin importarme lo que la gente que nos había visto bailar antes pudiera pensar de mí, allí solo, «en soledad» —*O sea, que ella no le ha dejado salirse con la suya, eso después de bailar y beber los dos como esponjas*—, ajeno a todo, porque nada me importaba ahora, salvo el

momento en que Clara me acarició el rostro con ternura dos noches antes, sí, ternura, tanta que solo de pensarlo me entraron ganas de llorar, pero no de autocompasión ni de autodesprecio ni de autonada, ni siquiera de amor. Aunque puede que fuera algo parecido al amor, porque dos seres, dos objetos, dos células, dos planetas no pueden acercarse tanto sin verse alterados por un obstáculo y una perturbación llamada amor. Puse la canción otra vez. Qué extraño que Clara no la hubiera mencionado siquiera durante el trayecto a casa. Tampoco había dicho nada acerca de mi beso ni, por supuesto, acerca del modo en que nos habíamos abrazado en el bar. Nada. Había quedado arrinconado, olvidado, silenciado, como si tan solo fueran tangentes y desvíos.

No habíamos avanzado un ápice desde la tarde en que, en la cocina de Clara, nos vimos envueltos en una nube de incomodidad. ¿Quién había puesto esa nube ahí, y por qué, pese a nuestra experiencia en cuestiones de intimidad, estábamos tan azorados y éramos tan incapaces de apartarla? *Creo que será mejor que no nos despedamos.* ¿A quién se le ocurriría soltar una frase tan artificiosa como esa? *Creo que será mejor que no nos despedamos.*

Sentado a la barra, empecé a tomarme el whisky y de repente se me encendió la bombilla.

¡Qué idiota era! Aesté un puntapié al taburete contiguo y acto seguido, para disimular, fingí haberle dado un golpe al cruzar las piernas. *Creo que será mejor que no nos despedamos* no significaba que no debíamos despedirnos con un beso, sino que no quería que nos despidiéramos todavía. ¿Por qué no había dicho «todavía»? ¿Tan difícil era decir «todavía»? ¿Por qué no lo había dicho a las claras? ¿O acaso lo había dicho a las claras y yo no lo había entendido porque era incapaz de creer que me estuviera ofreciendo lo que más deseaba y, por el mero hecho de desearlo, no merecía?

¿O quizá la había entendido perfectamente, pero fingía no entenderla para que así me lo dijera otra vez, quizá con más énfasis, algo que las Claras de este mundo no hacen?

De repente, más que ninguna otra cosa en el mundo, deseé llamarla, oír su voz soñolienta y ronca y decirle a esa voz soñolienta y ronca lo que tanto me habría costado decir a su argentina voz diurna, cosas que uno solo masculla medio dormido a alguien que también las escuchará medio dormido: Me da igual si te despierto. Quiero estar contigo ahora, en tu cama, bajo tu manta, en tu jersey, la vida es muy fría esta noche, dormiré en la habitación contigua si es necesario, pero no quiero estar sin ti, esta noche no.

¿Debía llamarla? ¿A las tres y pico de la madrugada?

Después del paseo habría resultado más fácil, pero ¿a las tres? A las tres solo se llama en caso de emergencia. ¿Y aquello no era una emergencia? Solo un borracho lo calificaría de emergencia. Bueno, pues estoy borracho, y esto es una emergencia de las grandes. ¡Toma ya! Llámala y dile que no puedes ni pensar en pasar esta noche sin ella. Eso sonaba a nota de suicidio o a petición de mano. ¿Acaso no eran la misma cosa?

Me moría de impaciencia por leer el mensaje de texto o el correo electrónico que a buen seguro estaba al caer. Sin duda sería escueto y cruel, con ese estilo típicamente desdeñoso y cortante de Clara. De todas formas, no me enviaría un correo enseguida aunque solo fuera porque eso era lo que había hecho la noche anterior. No, me haría esperar para que no pudiera pegar ojo y, cuando por fin consiguiera conciliar el sueño, me despertara para ver si me había escrito. Y entonces comprendí que si algo sabía de ella, o del destino, Clara no me enviaría ningún mensaje esa noche. Que el silencio hiciera su trabajo, que el silencio fuera el veneno, que el silencio fuera el mensaje.

Pero Clara me reservaba otro tormento, una tortura que me permitió

sospechar, sin saberlo a ciencia cierta, que todo aquello era fruto de mi imaginación y nada más, que aquellos acertijos retorcidos que me desconcertaban nada tenían que ver con ella y tan solo eran una muestra de mi tortuosa relación conmigo mismo, con ella, con la vida.

Pero no iba a caer en la trampa. No; no eran paranoias mías, me dije, es ella la que me está haciendo esto. Así que decidí apagar el teléfono... para darle una lección.

Luego, desterrando aquellos pensamientos de mi mente, urdí una hipótesis cuántica diabólica. Había dos opciones, pero no simultáneas. Si volvía a encender el teléfono, no encontraría ningún mensaje suyo o bien habría un mensaje suyo tan cruel que me dejaría pasmado y hecho polvo durante días. Pero si no lo encendía, no llegaría a leer el mensaje que empezaba así:

QUERIDO OSKÁR NO TE MOLESTES EN LLAMAR ESCRIBIR NI QUITARTE LOS ZAPATOS VEN AHORA MISMO NO ME IMPORTA QUÉ HORA SEA NO ME IMPORTA SI QUIERES O NO Y NO ME IMPORTA LO QUE HE DICHO HOY AYER O ANTEAYER SOLO TE QUIERO AQUÍ CONMIGO ESTA NOCHE Y TE PROMETO QUE NO ME DORMIRÉ HASTA QUE OIGA EL INTERFONO NO TE MOLESTES EN LLAMAR ESCRIBIR NI QUITARTE LOS ZAPATOS SOLO EL INTERFONO EL INTERFONO EL INTERFONO DE MI CASA.

Al igual que Orfeo, no pude resistir la tentación de encender el teléfono para ver si tenía algún mensaje. Pero, al igual que Orfeo, en cuanto lo miré, el mensaje que Clara podría haberme escrito desapareció.

Quinta noche

La pregunta con la que me desperté, que no lograba desterrar y que me llevé conmigo a la ducha, al restaurante griego y al largo trayecto de vuelta a casa sin alcanzar a responderla era: ¿no piensa llamarme en todo el día o solo finge que no va a llamarme?

Después de desayunar, a fin de renunciar a la esperanza (¿o tal vez para reprenderme por esperar?), decidí apagar de nuevo el teléfono y me encontré deambulando por Broadway como si me sobrara el tiempo y no tuviera nada que hacer durante toda la mañana. Pero mi razón para no querer llegar a casa pronto era demasiado evidente para obviarla: deseaba demostrar, a mí mismo, a ella, a los dioses, que no tenía prisa por saber si había escrito, llamado o pasado por mi casa, porque lo último que quería saber era que no había hecho el esfuerzo de llamarme o verme. Al final, lo que me llenó de vergüenza — porque era lo que más deseaba— fue la idea de oírla confesar que también ella estaba sufriendo el mismo tormento y tortura. Si hubiera venido en coche, se habría estrellado contra el silencio de mi interfono. Si hubiera llamado, le habría saltado el buzón de voz; si se hubiera tropezado conmigo y me hubiera preguntado dónde me había metido, yo me habría mostrado evasivo. Entonces comprendí que era precisamente eso lo que ella quería hacerme sentir... y ese pensamiento me tranquilizó. Clara deseaba que albergara todas esas dudas porque también ella las albergaba en ese preciso instante.

En mi mente, y quizá tan solo en la mía, todo se reducía a una única pregunta: ¿quién llamaría primero, quién era el artífice, y quién la víctima, del silencio? ¿Y era el suyo tan solo silencio o, como el mío, verborrea

disfrazada? ¿Dónde terminaba lo tácito y dónde empezaba el silencio? Sin lugar a dudas, una pregunta para nota.

No obstante, quedaba una última esperanza, aunque llegaría al final de lo que sin duda sería un día largo y tortuoso: la cita tácita a las siete y diez. Sin embargo, no decir nada acerca de las siete y diez o bien era una señal o no lo era, aunque la ausencia de señal era una señal en sí misma.

¿Cómo romper aquel silencio de los sistemas de comunicación?

Podía tomar el transbordador de Staten Island y, una vez en el muelle gélido ante la estatua de la Libertad, llamarla para decirle «Adivina dónde estoy» y enviarle una foto como prueba. Pero imaginé su reacción, seca e insensible: ¿Y? También podía ir al puente de Brooklyn, o sentarme en un banco de la catedral de Saint John, a apenas diez manzanas de su casa. ¿Y?

O, bien, como hice hacia las dos, enviarle una foto de la estatua de la Memoria del parque Straus. Aquí es donde puedes encontrarme. Esperaré un rato. Mucho rato. Pero tráete un punzón para el hielo.

Esperé su llamada, pero no llegó. Así pues, las cosas habían degenerado más de lo que me temía. Clara ya no me dirigía la palabra. Quizá había apagado el móvil. Pero eso también sería una señal, ¿no? Sobre todo si lo mantenía apagado por la misma razón, lo cual sería la señal más evidente del mundo.

Repasé toda una serie de posibilidades halagüeñas. La mejor era que Clara me enviara una foto del lugar en que se encontraba en ese momento. Sin texto. Tan solo su forma de explicar por qué no podía quedar conmigo. Por la razón que fuera la imaginé mandándome una foto del templo de Dendur. Bergdorf's. La carretera de Darien. Un retrete.

Luego empecé a desear que su respuesta llegara en forma de Leo Czernowicz tocando a Bach.

Después que me llamara y dijera: ¿Qué?

¿Cómo que qué?, preguntaría yo.

Me has llamado.

¿Tienes algún plan?

¿Por qué?

Si estás ocupada, te llamo en otro momento.

¿Qué querías?

Disculparme.

¿Por qué?

Sabes muy bien por qué.

Ya te disculpaste. ¿Qué más?

Nada más.

—No puedo creer que me hayas hecho salir de casa con este frío espantoso.

Clara sabía que me sorprendería. En cuanto la vi aparecer en el parque Straus, los dos nos echamos a reír como locos. En parte porque se estaba burlando del prolongado silencio de nuestros sistemas de comunicación, porque saltaba a la vista que nuestra lucha silenciosa no era más que un conflicto de voluntades, una guerra fría de pacotilla. Qué alivio reconocerlo con una carcajada... y seguir adelante.

—¿Estabas trabajando? —le pregunté con la esperanza de que contestara que no.

—Sí, pero no avanzaba, y con lo que me hiciste beber anoche, apenas podía concentrarme.

—¿Sigues enfadada?

—Depende de para qué. —Y a continuación preguntó—: ¿Has comido? — Quería dejar claro que estaba evitando un tema delicado, aunque yo no sabía a ciencia cierta cuál era. El modus operandi habitual.

—No.

—Yo tampoco.

—¿Quieres ir a algún restaurante étnico?

Sabía que en cuestión de minutos habría personas nuevas en nuestras vidas, nuevos nombres para las cosas, nuevas debilidades que descubrir en una galería de personajes forjados en la mente de una chica a la que no alcanzaba a comprender, salvo pensando que era mi vivo retrato, pero al revés, el reflejo de su propia réplica.

Caminamos por Broadway, examinando varios lugares como posibles restaurantes para entrar a comer, pero descartándolos todos por un motivo u otro. Lo cierto era que ninguno de los dos tenía hambre, y nos habríamos contentado con una cafetería acogedora. Echaba de menos el sextante, la enorme pipa de espuma de mar y el toro tambaleante. Como era habitual en aquella época del año, las calles estaban muy concurridas, rebosantes de turistas, clientes jóvenes de los numerosos hoteles de dos estrellas que habían aparecido por todo el barrio. Todos los establecimientos estaban llenos, y en el aire se respiraba algo que aligeraba nuestros pasos y nos levantaba el ánimo.

Clara dijo que quería comprar caramelos. ¿Las personas de su edad compraban caramelos?

—Me gustan los caramelos, ¿vale?

Más tarde decidimos tomar el autobús que atravesaba la ciudad para ir al East End. Pero ¿nos apetecía mezclarnos con más gente? ¿Qué tal el Guggenheim?, señalé. ¿De verdad queríamos ir al Guggenheim? Para ser sinceros, no. Podíamos *ir a Francia*, propuse. ¿A aquella hora de la tarde? No cuadraba.

—Por cierto, hablando del cine —dijo—. Sé que esto desbarata nuestros planes, pero creo que esta noche no podré ir.

¿Quería decir que desbarataba nuestros planes o me desbarataba a mí?

—Qué pena —repuse intentando mostrar la misma imperturbabilidad con que habría recibido un «no» de una persona a la que hubiera invitado a regañadientes—. No será divertido sin ti.

Qué frase más estúpida.

Me dolió. La cuestión era dónde. No me importaba ir solo; siempre me había gustado ir solo al cine. Lo que no me gustaba era renunciar a algo que, sin querer reconocerlo, ya daba por hecho. No me gustaba descubrir, como siempre había sabido que sucedería, que Clara tenía otra vida, que yo no desempeñaba ningún papel en esa vida y que el papel que desempeñaba en su fase de estar en plan caracol era tan insignificante que nadie, aparte de Max, Margo y las pocas personas que nos habían visto juntos en la fiesta, tenía la más remota idea de mi existencia. Quizá lo que no me gustaba era tener que volver a convertir mi vida en lo que había sido antes de Clara. Cuatro noches y estoy enganchado. ¿Es eso?

Entre nosotros se había hecho un silencio sepulcral.

Temía que aquello sucedería. Pero ¿tan pronto?

—No pasa nada, de verdad.

De nuevo silencio.

—Bueno, ¿no vas a preguntarme por qué no puedo ir? La mayoría de la gente, cuando no pregunta, es porque se muere de ganas de preguntar.

Yo no quería preguntar para no parecer demasiado curioso o malhumorado. Por otra parte, tampoco quería mostrarme indiferente. No sabía qué hacer. Quizá no deseaba saber qué hacía Clara cuando no estaba con ella. Solo me interesaba lo que hacíamos juntos... o eso quería creer. Lo que hiciera con otras personas no importaba, sobre todo si no impedía que pasáramos algunos ratos juntos. Tardé en darme cuenta de que me estaba comportando como un hombre celoso.

—¿De verdad no quieres saberlo?

—Da igual. Es evidente que te mueres de ganas de contármelo.

—*Otras personas* —dijo.

Su forma de ser vaga y excesivamente concreta a un tiempo.

Con todo, su respuesta me afectó sobremanera, como si me hubiera echado una palada de tierra a la cara. Las calles se tiñeron de gris, el cielo se tiñó de gris, las alegres multitudes que atestaban las tiendas alrededor de la parada de Broadway perdieron el color y se tiñeron de gris, la vida perdió el hoyuelo de su sonrisa y se tiñó de un gris hosco.

Una vez más resolví no volver a verla. Había llegado la hora de llevar a efecto mi decisión. Era el momento idóneo: el hombre ha doblado las rodillas, ha apuntado demasiado alto, pero ahora se larga. ¿Por qué molestarse en comer con ella dadas las circunstancias?

—¿En tu casa sirven té?

Me la quedé mirando con expresión atónita.

—Sí, todas las variedades Twinings del mundo. El problema es que la brigada de limpieza llega mañana, así que la casa está hecha un asco.

—¿Hay algún rincón limpio?

—Creo que sí.

—¿*Il y a* algo de comer?

—Jamón vetusto, queso con motas verdes y patatas con árboles en el cajón de abajo. Pero hay vino.

¿Cómo se las apañaba? De hielo implacable a puro fuego. De repente, nuestra vida se convirtió en una fiesta.

Nos detuvimos en Broadway y decidimos comprar provisiones. La tienda estaba abarrotada, pero no nos importó. Dos tipos de quesos, una barra de pan, no dos, un aguacate maduro, jamón curado y cocido. ¿Por qué un aguacate? Va bien con el jamón y la mostaza. ¿Tenía mostaza? Sí, pero de

vete a saber cuándo. Por Dios, ¿cuándo fue la última vez que estuviste en el jardín de rosas? Hace siglos, ya te lo dije. ¿Fruta? ¿De verano o de invierno? Da igual, todas son importadas de lugares donde la fruta madura a bordo de gigantescos contenedores oscuros apilados en baqueteados cargueros llamados *Prince Oscar*, que recorren el Atlántico para llevar frutos de todos los colores pero insípidos a personas dispuestas a sentarse alrededor de leños de Navidad y cantar villancicos mientras toman ponche de fruta.

—Vale, vale, ya lo he pillado —dijo.

¿Teníamos leche? Sí, respondí, y adoptando una expresión avergonzada añadí: pero bien podía haberse transformado en yogur. En el último momento recordamos lo más importante de todo: caviar y crema agria. Una vez más jugábamos a las casitas. ¿Qué tal algo de comida basura? Comida basura y caramelos, puntualizó ella.

Acabamos con dos grandes bolsas llenas de comida.

—De repente estoy hambrienta —comentó.

Yo estaba muerto de hambre.

—Antes de seguir adelante, ¿está limpia la cocina? —preguntó cuando entramos en mi edificio.

¿Me estaba preguntando si mis sábanas estaban limpias?

—La señora Venegas viene dos veces por semana, pero tiene prohibido tocar el contenido de la nevera y mi estudio.

Al salir del ascensor olvidé decirle que la puerta se cerraba muy, muy deprisa, y de repente vi a Clara salir disparada del camarín empujada por ella.

—Maldita puerta. Cómo se atreve, joder.

Siguió echando pestes de la puerta mientras recorríamos el pasillo en dirección a mi piso.

Le encantó mi alfombra y tuvo una idea.

—Haremos un picnic en la habitación de la esquina —propuso—. Yo me

ocupo de todo; tú encárgate del vino y la música.

Por un instante permanecemos uno junto al otro contemplando el parque por la ventana. Otro día encapotado, blanco y envuelto en un manto de felicidad.

Clara encontró un mantel en el armario de la ropa blanca.

—¿Qué es esto?

—De Roussillon. Lo compré para regalarlo, pero no llegó a su destinataria. Las cosas se torcieron, así que me lo quedé.

De camino a la cocina Clara vio una foto que me hice con mi padre cuando tenía cuatro años. Era de nuestro viaje a Berlín. Estamos en el Tiergarten él y yo. Al lado hay otra foto en blanco y negro de mi padre con su padre en el mismo sitio.

—El retorno del judío.

—La venganza del judío.

—Te pareces a él.

—Espero que no.

—¿No te llevabas bien con él?

—Lo adoraba, pero no creo que llegara a conocer la felicidad.

—Con lo que sucedió después de que se hiciera esta fotografía, cuesta imaginar la felicidad en ninguna parte.

—Me parece que tuvo su oportunidad.

—Te parece.

—Lo sé.

—¿Y?

—La dejó escapar.

—¿Qué quieres decir?

¿A qué venía ese interés repentino por mi padre?

—Que mi padre no creía merecerla. Que conoció el amor una sola vez, y

sin embargo no arriesgó lo suficiente para ir a por la persona que quizá no le habría pedido nada más que amor. Que esperó demasiado tiempo, sin saber que la vida estaba dispuesta a esperar a que salvara los obstáculos que había puesto en su camino.

—¿Cuándo murió?

—El año pasado.

Se acercó más a la fotografía.

—Yo nací el año en que se hizo esta foto —comentó.

—Lo sé.

Lo que no le dije y jamás me habría atrevido a insinuar era que yo me preguntaba si mi padre sabía, mientras un fotógrafo anónimo nos immortalizaba en aquella instantánea, que la persona a la que me habría gustado que conociera algún día se plantaría delante de aquella fotografía y preguntaría por él. ¿Sabía que la alfombra persa que habíamos comprado en una subasta un domingo de hacía cinco años impulsaría a Clara a preparar un picnic?

—¿Cómo es que sabes tanto de su vida privada?

—Porque apenas teníamos secretos. Porque mi padre era tan desdichado a veces que no podía permitirse el lujo de tener secretos. Porque repasaba todos y cada uno de los errores que había cometido en su vida para que yo no los cometiera llegado el momento.

—¿Y los has cometido?

—Esa es una pregunta para nota.

—¿Y ha llegado el momento?

—Otra pregunta para nota.

—¿Y?

—Y, puesto que hoy estamos en plan de abrir las puertas de par en par, digamos que estoy sopesando la cuestión en este mismo instante.

—Profundo. Muy, muy *très* profundo.

Clara cogió el mantel de Roussillon y lo echó sobre la alfombra con un movimiento resuelto que lo hizo ondear como una bandera en un día ventoso. Puse mi grabación favorita de las *Variaciones Goldberg*, descorché una botella de vino tinto y la observé mientras ella sacaba los platos de la cocina. Entonces se produjo un momento desconcertante. No había servilletas, ni de tela ni de papel. Buscamos por todas partes. A buen seguro la señora Venegas las utilizaba para sonarse. ¿Había algún rollo de papel de cocina?

—He buscado por todas partes —aseguró Clara—. *Es gibt kein* papel de cocina. —Había mirado en todos los armarios de la cocina—. Nada —añadió en español.

Solo había una solución, anuncié. Sin darme tiempo a terminar, Clara lanzó una carcajada histérica.

—¿Se te ocurre una idea mejor? —pregunté.

Negó con la cabeza, aún incapaz de contener la risa.

—Es tu casa, así que ve a buscarlo tú.

Encontré un rollo sin empezar y lo dejé a su lado.

—No puedo creer que me hagas comer con un rollo de papel higiénico en las narices. A tu salud, y feliz año nuevo.

Me incliné hacia ella y le di lo que se convirtió en un largo beso bajo la oreja.

—Una vez y otra, y muchas, muchas más.

Me encantaba que se hubiera quitado las botas, tenerla ahí sentada frente a mí, con un pie bronceado encima del otro, mirándome con aquella expresión a veces mohína. En un par de ocasiones me sorprendió mirándole el pie, y adiviné que le gustaba. Clara sabía lo que estaba pensando, y yo sabía que ella lo sabía, y me encantaba. Una semana antes, aquellos pies tocaban arena, y ahora tocaban mi alfombra. Ya no éramos solo amigos; a todas luces había

entre nosotros mucho más que una simple amistad entre un hombre y una mujer, pero yo no sabía qué era, adónde se dirigía ni si ya había alcanzado la cima y nunca seríamos más de lo que éramos en aquel instante. Por primera vez en varios días estaba dispuesto a reconocer que lo que existía entre nosotros no era una tierra de nadie gris y yerma, salpicada de cráteres y minas, sino algo distinto, aunque inexplorado, silencioso y tan amortiguado por la nieve como la mismísima Navidad, pletórico de la alegría esperanzada y doliente que no dura más que las treguas improvisadas cuando las armas callan el 25 de diciembre y los soldados enemigos salen de sus trincheras para encender un cigarrillo, pero luego olvidan encender otro.

En un momento dado le dije que le dejaría oír todos los Siloti que había comprado.

—¿Cuál es el mejor? —inquirió.

—El tuyo.

—A eso iba.

El picnic duró dos horas, sobre todo porque Clara encendió el televisor y, aunque no entraba en nuestros planes, vimos *El Padrino*, desde el asesinato de Sollozzo y del policía corrupto hasta casi el final, cuando Michael Corleone manda eliminar a todo el mundo y dice a su cuñado, a quien también está a punto de hacer asesinar: «Ah, esa pequeña farsa tuya con mi hermana... ¿Creías que podrías engañar a un Corleone?».

—¿Ah, creías que podrías engañar a un Corleone? —repitió Clara.

Más tarde escuchamos mis nuevas versiones de la zarabanda de Händel. Volvimos a hablar de Rohmer, pero sin mencionar las películas de esa noche. No quería saber adónde iría Clara después de nuestro picnic, tampoco quería preguntarlo, no quería pormenores. Saberlo quizá doliera más que ansiar saberlo.

—¿Qué es lo que dice? —pregunté.

—Ah, ¿creías que podrías engañar a un Corleone?

Me encantaba oírsele decir.

—Dilo otra vez.

—Ah, ¿creías que podrías engañar a un Corleone?

Al ir a servirme más vino Clara volcó sin querer su copa, que hasta entonces había descansado sin problemas sobre un voluminoso diccionario. Su escaso contenido formó un charquito rojo sobre la alfombra, que al poco desapareció entre los dibujos oscuros de la lana persa. Sus disculpas me recordaron a la Clara espontánea y efusiva que se volvió para besarme en el comedor de Max. Intenté tranquilizarla, le dije que no se preocupara, y corrí a la cocina en busca de un trapo.

—Dale golpecitos, no la frotes. Golpecitos —advirtió Clara.

Intenté seguir su consejo.

—No, estás frotando. Dale golpecitos.

—Pues hazlo tú.

—Deja —dijo, y tras imitar mis gestos lejos de la alfombra me enseñó cómo debía hacerse—. Y ahora necesito sal.

Le pasé el salero.

Se rió de mí. ¿Dónde guardaba la sal?

Le llevé un paquete gigantesco de sal kosher. Clara vertió una generosa cantidad sobre la mancha de vino.

—¿Por qué narices tienes un paquete de sal tan grande y en cambio nada de comida?

—Jardín de rosas vivía aquí y cocinaba mucho, lo cual también explica los enormes tarros de especias. Últimamente la comida también está en plan caracol.

—¿Qué hacía ella?

—Preparaba cenas fabulosas.

—No, quiero decir qué hizo para acabar expulsada del jardín de rosas.

—Me dijo que diera golpecitos en lugar de frotar.

—¿Y dónde está ahora?

Me encogí de hombros.

—Se fue.

Observé el montoncito de sal, que Clara aplanó con los dedos, de modo que quedaron cuatro surcos perfectos. Sabía que nunca tendría entrañas para limpiarla. La conservaría para siempre y advertiría a la señora Venegas de que ni se le ocurriera tocarla ni pasar la aspiradora. Y si al final pasaba la aspiradora, estaba seguro de que aún conservaría la mancha para recordar ese día, al igual que otros colocan placas en el lugar donde se estrelló un meteorito sin dejar más rastro que el cráter que ahora lleva su nombre. Clara era el meteorito, yo el cráter. El 28 de diciembre, Clara y yo hicimos un picnic en el suelo de mi casa, y he aquí la prueba. Sabía que, en cuanto ella se fuera, me quedaría mirando las crestas diminutas que habían dejado sus dedos y me diría: Clara ha estado aquí.

—Espero que no quede mancha.

—Espero... que sí —repuse.

—Printz —me regañó.

Ambos lo comprendíamos a la perfección.

—¿Platos? —preguntó de repente tras un breve silencio.

Llevamos los platos a la cocina, y Clara los dejó en el fregadero.

—Hemos olvidado el postre —señaló.

—No. He comprado galletas de chocolate.

—No las he visto.

—¡Sorpresa! Pero con una condición...

—¿Qué condición? —quiso saber con expresión preocupada, y supe que la

había puesto nerviosa.

—Con la condición de que vuelvas a decir: «Ah, ¿creías que podrías engañar a un Corleone?».

El corazón me latía a mil por hora.

—¡Se te ocurre cada cosa!

Abrió los tres paquetes de galletas y las dispuso por parejas. Si se las colocara entre los dedos de los pies, acercaría la boca y mordería cada una de ellas. ¿*Se me ocurre cada cosa*, decías?

—¿Aún te apetece una taza de té? —pregunté.

—Una rápida —contestó—. Tengo que irme enseguida.

No sé por qué, pero había esperado que olvidara su cita con *otras personas*. Qué idiota. Y qué insensible por su parte recordarla. Una parte de mí llegó al extremo de creer que le gustaba romper nuestras pequeñas costumbres, que le gustaba descolocarme, que le gustaba verme esperar que hubiera olvidado la cita para luego devolverme de un manotazo a la realidad y recordarme que no la había olvidado.

Con todo, también sabía que atribuirle semejantes motivaciones equivalía a atribuir intenciones a una tormenta o a buscar algún significado en la muerte súbita de un amigo con el que hubiera jugado un partido de tenis dos horas antes.

Hervimos agua en el microondas... Dos minutos. Sumergimos bolsitas de Earl Grey en el agua hirviendo... Un minuto. En cuestión de siete minutos nos habíamos acabado el té. Té de mal sexo. De muy, muy mal sexo, repitió, nada lidio.

Clara se levantó y se acercó a una ventana para contemplar el fin de otro gélido día de invierno blanco y gris. No dijo nada acerca de Rohmer. Yo tampoco.

Dejé entornada la puerta de mi piso y la acompañé hasta el final del

pasillo, donde esperamos la llegada del ascensor en un silencio incómodo. Nunca hacíamos planes al despedirnos, y ese día no fue una excepción, si bien en esta ocasión el hecho de no hablar del día siguiente enrareció el aire entre nosotros y confirió un matiz poco natural, casi hostil, a nuestro silencio. Cuando llegó al ascensor, nos dimos un besito apresurado y brusco.

—Pronto —dije.

—Pronto —me imitó.

En cuanto la puerta empezó a cerrarse entre nosotros, supe que era la última vez que la veía.

—Maldita puerta —la oí mascullar cuando esta se cerró de golpe tras ella.

Había olvidado de nuevo recordarle lo de la puerta. La oí reír hasta que llegó a la planta baja.

De nuevo en casa, me encontré en la misma situación que por la mañana, cuando no sabía si ese día hablaría con Clara, y mucho menos si continuaría aquella amistad híbrida. La primera hora de la tarde, que recordaba haber establecido como el momento en que por fin claudicaría y realizaría la temida llamada telefónica, había pasado, y sin embargo, tras haber compartido unas horas con ella, no me sentía mejor que por la mañana, cuando mi decisión brillaba como un faro, el mejor bocado que dejamos para el final, porque después ya no nos queda nada.

Miré por la ventana. Lúgubre, lúgubre, lúgubre.

La hora del té, pensé. Pero acababa de tomarlo con ella. Sentí que el aire se espesaba a mi alrededor como ocurre en la imagen que todo el mundo tiene de Londres a esa hora sin nombre previa al crepúsculo, que podía durar desde quince minutos hasta un día entero. Había llegado el momento de salir. Pero no sabía adónde ir. Debería llamar a algún amigo. La mitad de ellos estaban fuera de la ciudad. Y los demás tal vez no estuvieran disponibles. Siempre me

quedaban Rachel y su hermana, pero lo primero que harían sería meterse conmigo por mi falta de valor, de arrestos y, sobre todo, de honestidad. Además, no quería volver a verlas sin llevar conmigo a Clara.

Decidí ir al gimnasio, llevarme un libro, correr en la cinta, quizá nadar unos cuantos largos, y a las siete y diez estar donde había planeado, si bien ahora me parecía una especie de último recurso a falta de algo mejor que hacer. Quizá cenara al salir del cine, irónicamente en el Thai Soup, mira por dónde. A veces no es malo estar solo.

La tarde pasó más deprisa de lo que esperaba. Lo que me sorprendió fue la sensación de que las cosas no habían ido tan mal como temía. Era posible sobrevivir a una experiencia como esa. Lo único que debía hacer era superar el ansia y la tristeza por haberme acercado tanto para luego perderla. Sobreviviría.

Al llegar al cine advertí que la cola era más corta de lo habitual. Aquellas no eran las mejores películas de Rohmer y la escasez de público lo confirmaba. Después de sacar la entrada decidí ir a buscar un café grande y, sin molestarme en preguntarme por qué, también compré una chocolatina. Acto seguido compré un paquete de cigarrillos de la marca que fumaba Clara. Quería creer que el tiempo se había detenido la noche anterior en el cine y, al igual que un entrenador, pulsaba adrede el botón del cronómetro para señalar el fin de la carrera, para señalar los momentos más destacados de la semana, del año.

Phildonka Senioralásiento estaba allí, tan fornido como la noche anterior, con el mismo corte de pelo, el mismo ceño fruncido, la misma camisa. Pero sin ella no era gracioso, tan solo chulo y macarra. Cogió mi entrada, me lanzó una mirada que decía: *Te ha dejado plantado, ¿eh?*, y tomó la entrada que le tendía el siguiente.

Encontré una butaca con tres asientos vacíos a cada lado y me senté. El café en el cine era un invento de Clara. Yo siempre tomaba algo frío, nunca café, ni desde luego alcohol. Me pregunté cuál de sus numerosos ex novios le habría enseñado a llevar botellines de licor al cine. ¿Cuántas veces habría recuperado conmigo hábitos adquiridos con amores anteriores?

En la oscuridad, antes de que empezara la película, recordé de repente el momento en que había dejado el abrigo en la butaca contigua la primera noche con Clara, cuando ella salió para llamar por teléfono e intenté imaginar que había ido solo al cine a fin de disfrutar más del despertar a su presencia cuando volviera.

Cuando aparecieron los títulos de crédito, intenté pensar en otra persona con la que hubiera visto la película años atrás. No estaba mal... No era genial, pero tampoco estaba mal. La primera secuencia era tal como la recordaba, y me alegró observar que, pese a que la recordaba con todo detalle, la película seguía pareciéndome muy fresca, y me habría transportado a donde deseaba de no ser porque en la sala había más ruido del habitual: un rezagado incapaz de decidir dónde sentarse, una pareja cuchicheando sobre la posibilidad de cambiar de asientos, el haz de la linterna de Phildonka sobre mi cabeza, el chirrido de la puerta y, tras ella, el golpeteo repetido de una máquina expendedora de refrescos que parecía atascada. Un murmullo de voces. Alguien que intentaba de nuevo hacer funcionar la máquina, clanc, clanc, clanc y otra vez clanc, y al poco el estrépito de varias latas de refresco al estrellarse contra la bandeja de salida.

—Premio —exclamó un espectador.

Todo el mundo se echó a reír. Esa frase debería haberla pronunciado Clara, me dije. Poco después la puerta se abrió una vez más y entró otra pareja con la cabeza gacha, en la típica actitud considerada y discreta del Upper West Side. La luz del vestíbulo invadió la sala por un instante, pero se desvaneció

al cerrarse la puerta. A otro intruso le estaba costando encontrar asiento; eso también me distrajo. Y entonces oí la tos. No era una tos nerviosa, sino una tos intencionada, de persona que pretende hacer notar su presencia en una habitación. De nuevo la maldita tos interrumpió tanto los títulos de crédito como la voz en off que los siguió. Tos, tos. Me convencí de que eran imaginaciones mías..., pero de repente la tos susurró: «¡Printz Oskár!». No podían ser imaginaciones mías, pero qué no daría... Al cabo de unos segundos, esta vez sin la tos, pero también en un susurro, casi una pregunta que significara *¿Estás ahí? ¿Me oyes?*: «¡Printz Oskár!». El público entero se volvió hacia la puerta. Era increíble, pero ¿quién sino ella diría algo así en un cine con la película ya empezada? Levanté el brazo con la esperanza de que lo viera. Lo vio y avanzó de inmediato hacia mí.

—Lo siento, lo siento mucho, mucho, mucho, de verdad —musitó burlona a los que se levantaron para permitirle alcanzar mi asiento—. El puñetero Phildonka no quería dejarme pasar.

Y de repente estalló en carcajadas incontrolables, lo que provocó la irritación de todos los demás espectadores, y yo la abracé sin querer soltarla, le besé la cabeza y la apreté contra mi pecho mientras ella se desanudaba la bufanda sin decir nada.

—¿Me dejas ver la película?

Mis labios debían de haberle recorrido el cuello entero.

—¿Tienes idea de lo feliz que soy?

Se quitó el abrigo, molestó a más gente, se sentó y sacó las gafas.

—Sí.

Sabía que tendría que soltarla. No quería soltarla. Me gustaba estar así. Sabía que, una vez que la soltara, resultaría imposible volver a tocarla, así que dejé la mano en su hombro, como sin pensar, sabedor de que Clara

detectaría la falsa despreocupación del gesto y con toda probabilidad se burlaría de ella. *O sea que esto te resulta incómodo.*

Al ver mi vaso de café lo cogió para beber un poco. ¿Por qué no le había puesto azúcar? Porque nunca me pongo azúcar. No puedo creer que no me hayas traído un café. Así que esta es tu venganza, no traerle un café a esta pobre chica. ¿Tienes algo de comer?

Le alargué la chocolatina.

—Algo es algo.

Se le escapó una risita ahogada.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada.

El hombre sentado detrás de nosotros nos pidió que bajáramos la voz.

Clara se volvió hacia él y amenazó con lavarle el pelo con café si no bajaba los pies del asiento contiguo.

Hasta que apareció en el cine, más o menos me había resignado a pasar la velada solo. Incluso era capaz de mirar al frente sin que me aterrara en exceso la desoladora perspectiva que me esperaba al salir a la calle desierta. No era tan terrible, me había repetido una y otra vez, al igual que no era tan terrible que Clara hubiera hallado un modo cortante más de recordarme que tenía una vida al margen de la mía, otros amigos, *otras personas*; no era terrible que un día que había empezado mal acabara igual de mal; no era terrible estar completamente solo y ver las horas alargarse hasta mañana, y luego otro mañana, y muchos mañanas que avanzarían uno tras otro como bloques de hielo en el parsimonioso Hudson hasta dejar atrás tierra firme y dirigirse por el Atlántico hacia el Ártico. No era terrible que todo el mundo estuviera equivocado, porque mi vida, como este día, como todo, puede parecer inconexa y caótica, pero a la vez resultar tolerable.

Había decidido que al salir del cine pondría rumbo al norte, tal vez incluso pasaría por delante de su casa, sobre todo ahora que sabía a qué lado daban sus ventanas. Pondría rumbo al norte para reproducir la escena vivida allí. ¿O todo eso no era más que un pretexto para acechar su edificio, su calle, su mundo? ¿De verdad era yo la clase de persona que acecha edificios, ventanas, personas? ¿Seguirla, espiarla, verla? Ajá, eso es. O mejor aún, tropezarme con ella. ¡Qué casualidad encontrarme contigo a estas horas de la noche!

¿O me dirigiría hacia la calle Ciento seis tan solo para entretenerme y tener algo que hacer por la noche, al igual que comprar regalos de Navidad tres días después de Navidad me permitía tener algo que hacer una vez acabadas las actividades con que llenar las horas?

Sentado junto a ella en nuestra banqueta de siempre, comprendí que lo único que había hecho desde que Clara me dijo que no iría al cine conmigo había sido intentar poner cara de póquer ante ella, ante mí mismo, ante todo. Intentar no disfrutar demasiado del rato sobre mi alfombra para no tener después la sensación de que había sido lo mejor del año, enfriar el momento, enfriar la amistad, y vivir con cada una de mis esperanzas diminutas, minúsculas, como caviar siempre frío.

Cuando salimos del cine, no comentamos adónde nos dirigiríamos, sino que empezamos a caminar en la misma dirección de siempre y, por si quedaba algún vestigio de duda, cruzamos a la otra acera de Broadway para poner de manifiesto que no pensábamos en ningún otro lugar. Me moría de impaciencia por llegar y reanudar el ritual, ocupar la banqueta y pedir lo de siempre. Quizá también ella estaba ansiosa por retomar las cosas donde las habíamos dejado, aunque resultaba imposible dilucidar sus pensamientos. No obstante, en cuanto cruzamos Broadway, se colgó de mi brazo y afirmó que estaba impaciente por tomarse el whisky de malta de siempre.

—Te estás convirtiendo en una alcohólica por mi culpa.

—Entre otras cosas —aseguró ella.

Creí que se refería a su creciente amor por Eric Rohmer y no me atreví a pedirle explicaciones.

En cuanto nos sentamos en nuestro rincón habitual y llamamos a la camarera, que de inmediato supuso que queríamos «lo de siempre», la bola de nieve empezó a rodar. Al principio pensé que Clara había bebido antes de ir al cine. Pero de eso hacía casi cuatro horas, tiempo más que suficiente para recobrar la sobriedad. Como tenía por costumbre, pidió patatas fritas, que le gustaban con mucha sal y un montón de ketchup. Yo habría pedido una ensalada, pero al final decidí pedir también un plato de patatas fritas. A mí me gustaban con mayonesa. Una vez resuelto el tema de la comida, Clara alargó la mano.

—Dame —ordenó.

Le di un dólar.

—Más.

Se acercó a la gramola y al poco oímos los compases de Chopin con que empezaba nuestro tango.

Me había prometido a mí mismo no preguntarle qué había hecho, dónde había estado y con quién, pero mi silencio casi pareció enojarla, y en cuanto dejamos de bailar espetó:

—Bueno, ¿no piensas preguntarme qué ha pasado?

—Esta vez no me atrevo a preguntar.

—¿Porque eres demasiado educado, porque no te importa, porque no quieres saberlo... o por algún otro motivo?

—Por algún otro motivo —repuse.

Clara estaba más animada que de costumbre, y me temí lo peor. Iba a decirme algo que yo no quería saber. Con mucho gusto le habría impedido decirlo. Intuía que sería algo así como: «Hemos decidido volver a intentarlo»,

«Vamos a tener un hijo». O bien —y esa era una posibilidad que no quería ni contemplar, aunque atisbar sus señales antes de que ella sacara el tema tal vez mitigara el dolor— me recordaría que yo estaba haciendo exactamente lo que me había advertido de que no hiciera, Printz. Conociendo a Clara, conseguiría sorprenderme. «Creo que será mejor no estar tanto juntos.» No diría «vernos», lo cual podía dar a entender más de lo que quería revelar, sino «estar juntos», a fin de ser lo bastante imprecisa y no conferir ningún sentido más profundo a la belleza improvisada y caprichosa de nuestros cinco días juntos. Ya preveía el temblor azorado de su sonrisa cuando dejara que una mirada seria y anhelante precediera a las seis palabras que a buen seguro pronunciaría al tiempo que calibraba el efecto que surtían en mí: «No te habrá sentado mal, ¿verdad?». Claro que me ha sentado mal. Claro que sí, joder. Pero me conocía: no diría nada.

Llegaron las bebidas. Brindamos con cuidado, porque si nos descontábamos tendríamos que brindar otras nueve veces. Mascullamos las palabras rusas al unísono.

—Bueno, ¿quieres saberlo o no?

Le dije que sí casi sin energía, no solo para sofocar mi curiosidad, sino sobre todo para sofocar su vigoroso tono de voz.

—He estado con Inky.

—O sea, que volvéis a estar juntos.

Se me quedó mirando asombrada.

¿*Cómo lo has adivinado?*, parecía preguntar. Porque estaba clarísimo desde el principio, respondería yo.

—Le había prometido que cenaría con él. Habíamos quedado para tomar algo antes; por eso tuve que irme tan temprano de tu casa. Pero todo se fue al garete. Sabía que nos pelearíamos. Así que me largué.

—¿Así, sin más?

—Así, sin más.

—¿Querías irte?

Clara me miró sin rebozo alguno.

—No te voy a mentir. Buscaba una excusa, y él me la ha dado en un abrir y cerrar de ojos. Sabía que te encontraría en el cine.

No alcancé a entender el significado de sus palabras.

—O sea, que todo ha terminado entre vosotros.

—Del todo.

Estuve a punto de preguntarle si lamentaba que las cosas hubieran ido así, pero Clara parecía tan contenta que carecía de sentido.

—Te toca —anunció, apoyándose contra mí.

Sabía a qué se refería, pero fingí no entenderla.

—¿Me toca qué?

—¿Qué has hecho tú?

—He ido al gimnasio, he nadado, he ido al cine... Ya está.

Clara quería algo de mí, y yo no se lo daba. Empezó a hacer lo mismo que la primera noche, enrollar la servilleta alrededor de la base de la copa de vino. Era su forma de ordenar sus pensamientos antes de hablar; yo sabía muy bien qué pretendía. *Debería haber otras personas en tu vida, no solo yo. No quiero engañarte. Además, sigo en plan caracol.* Desconocía el orden exacto, pero aquellos serían los titulares de su discursito, porque de mi larga experiencia con mi padre intuí que se avecinaba un discursito.

Cuando la camarera pasó cerca de nuestra mesa, Clara pidió otra ronda. Qué rapidez, pensé.

—O sea que tendré que decirlo yo, ¿no? —dijo.

Lo único que pude hacer fue mirarla de hito en hito hasta que bajó la vista.

¿Era eso lo que había dicho a Inky? *Entonces, ¿quieres que lo diga yo?* ¿Dos veces en un día? Detestaba las conversaciones que amenazaban con

ponerme al descubierto, aun cuando no supiera a ciencia cierta qué pondrían al descubierto, aun cuando supiera que ponerse al descubierto, como concepto abstracto, era mucho mejor que encerrarse. ¿Qué ocultaba que ella no supiera ya?

—Iba a decírtelo en un correo electrónico hace dos días.

¿Por qué se mostraba tan cautelosa?

—¿Y por qué no me lo enviaste?

—Porque te conozco. Lo habrías interpretado así, luego asá, le habrías dado una vuelta de ciento ochenta grados, luego de trescientos sesenta, luego de quinientos cuarenta, y pese a todo no llegarías a ninguna conclusión. Dime que me equivoco.

—No te equivocas.

—¿Lo ves? Te conozco.

Iba a acusarme de desoír sus advertencias, de pretender de su amistad cosas que ella nunca me había prometido y que, por supuesto, no podía darme. Ya lo había dicho, no hacía falta que lo repitiera, se cernía sobre cada minuto que pasábamos juntos. Y ahora saldría a la luz. Conocía el discursito de «no es por ti, sino por mí». Yo mismo lo había pronunciado muchas veces.

—El otro día me preguntaste si el año que viene quizá iríamos a la fiesta de Hans como completos desconocidos. Me he topado con personas con las que ya no me hablo; no es tan grave. Ni siquiera me importa tener que odiarlas si es lo que hace falta para desembarazarse del lastre indeseado. Sé lo de prisa que cambio. Pero si nos convertimos en completos desconocidos y aprendo a odiarte y te veo darme la espalda en cuanto entre en una habitación, quiero que sepas que una parte de mí nunca olvidará esta semana.

—¿Por qué?

—Por la misma razón que no la olvidarás tú.

—Esto empieza a sonar a despedida.

—Digamos entonces que quizá este sea nuestro infierno. Cuanto más nos acercamos, más nos alejamos. Hay una roca entre nosotros. A mí me infunde respeto. O digamos que no tengo valor para luchar contra ella, al menos en estos momentos. Y, francamente, creo que tú tampoco.

—No digas eso.

—¿Por qué no? Es la verdad.

—Fuiste tú quien puso la roca entre nosotros hace cuatro noches, no yo.

—Puede, pero no sabía que se convertiría en una roca tan útil para ti también.

¿Era cierto? ¿Había visto Clara algo que yo intentaba evitar? ¿De verdad me resultaba útil la roca interpuesta entre nosotros? ¿Acaso mi costumbre de postergar, dudar y buscarle tres pies al gato era una forma de mantener la distancia acercándome? ¿Qué dudas, qué temores ocultaba?

—Mira —empecé, removiéndome en el asiento.

Quizá intentaba cambiar el rumbo de nuestra conversación o bien quería que ambos pensáramos que por fin estaba a punto de decir algo importante que frenara el declive de nuestra relación. Tal vez pretendía descolocarla poniéndome serio y solemne; había llegado el momento de llamar a las cosas por su nombre. De hecho, no tenía ni idea de lo que iba a decir.

—La otra noche te entendí perfectamente y desde entonces no me he apartado del camino. Ni siquiera he sacado el tema. Ya te lo dije: somos como dos bloques de hielo atrapados bajo un puente. Tú estás en plan caracol, y yo demasiado paralizado para correr riesgos. De todos modos, deja que te diga que esto es distinto de todo cuanto he vivido. Me comprendes mejor que yo mismo, y parte de la felicidad de estar juntos reside en descubrir que tú y yo somos la misma persona en dos cuerpos, como gemelos.

La frase era peor que *A veces canto en la ducha*. ¿La misma persona en

dos cuerpos? Por favor....

—No somos gemelos —señaló Clara, a quien no se le escapaba nada—. Sé que te gusta pensarlo, pero no es verdad. Somos muy parecidos, pero también muy diferentes. Uno de nosotros siempre acabará queriendo más...

—Y ese soy yo, ¿no?

—También yo, si te molestaras en intentar entenderlo.

—Claro que lo intento. ¿Qué creías?

—Entonces deberías haberlo visto venir, Printz.

Clara me hizo pedir otro plato de patatas fritas.

—¿Vas a comerte otro plato sola?

—Pide tarta de nueces y nos partimos las dos cosas. Con nata montada.

El gesto despreocupado con que se apartó el cabello de la cara indicaba que pretendía poner toda la carne en el asador esta noche.

Sin duda la camarera se escandalizó al oír que queríamos nata de bote. Algo me decía que Clara la había pedido precisamente para escandalizar.

De pronto hizo algo que nunca había hecho: me cogió la mano y se la apoyó contra la mejilla.

—Mucho mejor —declaró como si hablara sola o con un amigo con el que quisiera hacer las paces.

Mantuve la mano en su mejilla y a continuación le acaricié el cuello, justo debajo de la oreja, el punto que le había cubierto de besos febriles al verla llegar al cine unas horas antes, un gesto que, en el entusiasmo del momento, sin duda la había pillado desprevenida. Tampoco ahora pareció molestarla. Incliné el rostro sobre mi mano, como un gatito al que has acariciado distraído, pero que ahora quiere más.

—Tengo que decirte una cosa.

Me la quedé mirando sin decir nada, acariciándole el rostro ahora que sabía que podía. Y de repente, sin pensarlo, dejé que mi dedo le rozara los labios, y

de sus labios pasé a los dientes. Me encantaban sus dientes y, aunque sabía que había ido demasiado lejos, más allá del gesto inocuo de «mano sobre mejilla» que me había pedido, dejé de ser el dueño de aquella mano; ella era su dueña, porque primero me besó el dedo, luego lo atrapó con suavidad entre los dientes y lo tocó con la punta de la lengua. Me encantaba su frente y también se la acaricié, y la piel de sus párpados, me encantaba igualmente, todo, todo, y aquella sonrisa que hacía fluctuar el silencio y me provocaba un vuelco en el corazón cada vez que desaparecía de su rostro. ¿Qué estábamos haciendo?

—Quiero que hablemos —comenzó—, porque quiero que sepas una cosa.

Ignoraba qué se proponía, pero sabía que, cuando parecía regalar algo con una mitad de su ser, con la otra se disponía a arrebatármelo todo.

—Agente secreto —dijo.

—Espera.

Me llevé la mano al bolsillo del abrigo y saqué un paquete cerrado de cigarrillos de la marca que ella fumaba.

—¡Estás de broma! —exclamó. Dio unos golpecitos en la cajetilla antes de abrirla—. No te preguntaré qué hacía esto en tu bolsillo.

—No hace falta, porque ya lo sabes.

Siempre he envidiado a las personas que ponen las cartas sobre la mesa aun sin tener una buena mano, personas dispuestas a llamar por su nombre a una situación oportunamente ambigua aunque solo sea para aclarar las cosas. Clara tenía razón: no confiaba en ella, me daba miedo que me tendiera una trampa. De un momento a otro me diría lo que más temía oír. *¿Sabes lo que quiero decir?* Creo que sí. *¿Qué?* Y yo caería en la trampa más vieja del mundo. Mortificado por su mirada franca y por aquella insinuación de reprimenda inminente, me sentí tentado de tomarle la delantera, aunque solo fuera para decirlo yo y no oírse lo decir a ella. Que debíamos echar el freno,

quizá salir con otras personas, no confundir aquello con algo que no era, no es por ti, es por mí... Llevaba días esperando ese discurso. Y entonces, para zanzar el asunto, dije por fin:

—Sé que tienes una vida al margen de Rohmer y de mí.

Pretendía demostrar que no albergaba celos ni me hacía ilusiones, pero también quería que interpretara que lo mismo podía decirse acerca de ciertos aspectos de mi vida de los que ella sabía muy, muy poco.

—¿Puedo serte sincera? —De modo que no me permitiría amortiguar lo que se proponía decir—. Ayer por la tarde, cuando pasaste a buscarme, podría habértelo preguntado y sé que habrías dicho que sí..., pero habría sido una especie de consentimiento, de la misma manera que, si hubieras insistido después de intentar besarme anoche, yo habría accedido, pero habría sido un sí tibio. Anoche, cuando nos despedimos, tú sabías que yo estaba indecisa. No lo niegues.

Estuve a punto de fingir sorpresa, pero me atajó.

—No te molestes; lo sabías.

El discurso era mucho más franco de lo que esperaba. Clara mostraba una puntería asombrosa, y de repente me sentí embargado por la ansiedad, porque aún no sabía si ella estaba a punto de poner sobre la mesa todo lo que hasta entonces habíamos callado con sumo tacto durante nuestras noches juntos, o si sencillamente se disponía a desentrañarme y dejar al descubierto al hombre inseguro y ansioso que siempre había sabido que era.

—¿Por qué llamarlo consentimiento si los dos queremos? —pregunté.

—Porque ambos somos conscientes de que hay algo que nos frena, y ni tú ni yo sabemos qué es. Si todo esto me importara menos, te diría que no quiero que me hagan daño, pero me da lo mismo que me hagan daño, al igual que me da lo mismo que te hagan daño a ti. Si todo esto me importara menos,

también diría que esto destruiría nuestra amistad. Pero la amistad me trae sin cuidado.

—Creía que entre nosotros había una amistad, al menos en ciernes.

—La amistad es para otras personas, y ninguno de los dos quiere amistad. Hemos intimado demasiado para ser amigos.

Entonces, ¿no quedaba esperanza alguna?

Aquello era tan triste que, por primera vez en mi vida, me sentí al borde del llanto porque una mujer me había rechazado aun antes de darme la oportunidad de pedirle nada. ¿O quizá ya se lo había pedido? ¿Acaso no llevaba días pidiéndoselo? ¿De verdad los hombres lloraban así? Y si lloraban así, ¿dónde había estado yo durante toda mi vida? Siempre te odiaré por esto, por empujarme hasta el abismo y obligarme a mirar abajo, tal como obligan a un preso a presenciar la brutal ejecución de su compañero de celda para luego decirle, pero no antes de que haya sido testigo de la atrocidad, que a él no tienen intención de ejecutarlo, que en realidad queda en libertad.

Sin duda Clara lo notó. Quizá ya lo había visto esa misma tarde con Inky.

—No lo hagas —me suplicó como la última vez—, porque si lo haces, yo también empezaré, y entonces todas las señales se cruzarán, los sistemas se desmoronarán y volveremos a estar donde estábamos antes de iniciar esta conversación.

—Quizá prefiera volver a donde estábamos. Esta conversación conduce a lugares que no me van a gustar.

—¿Por qué? No estás sorprendido. Yo no estoy sorprendida.

El pensamiento me inundó sin que apenas me diera cuenta. Aquello sería un desastre y podía reducir todo lo que habíamos dicho a algo estúpido y trillado, pero no tenía nada que perder, ni dignidad, ni munición, ni agua en la cantimplora, e intuí que merecía la pena arrojar ese último vestigio de orgullo al fuego, como en días muy fríos un poeta bohemio aterido arrojaría su

manuscrito a la lumbre para entrar en calor, encontrar amor, a la mierda el arte, y enseñar al destino una buena lección.

—Reconócelo —dije—, no te sientes atraída por mí. Digamos que la parte física no está. No te pongo. Dilo. No me moriré. Pero aclararé la situación.

—Siempre juegas, aun cuando te pones serio. No tiene nada que ver con la atracción física. En todo caso, es la atracción que siento por ti la que nos ha hecho llegar a este punto.

¡Vaya! ¿Tan equivocado estaba respecto a ella que solo un golpe así podía hacerme entender? ¿O era Clara quien jugaba conmigo ahora, cualquier carta, siempre y cuando le permitiera evitar el silencio que con toda probabilidad aborrecía tanto como yo?

—O sea que, según tú, debería sentirme halagado —espeté con ironía, o quizá con la intención de obligarla a decirlo otra vez.

—Los halagos son irrelevantes. Me importan un comino, y a ti también. No es lo que queremos ninguno de los dos.

—¿Cómo? ¿Entonces sabes lo que quieres?

—¿Y tú?

—Creo que sí. Lo he querido desde el principio, y lo sabes.

—No es verdad. Llamas a una puerta, pero ni siquiera sabes si deseas que te abran.

—¿Y tú?

—Yo no llamo. Ya la he abierto. Pero tampoco puede decirse que haya entrado.

—Quizá sea porque no confías en mí.

—Es posible.

Y entonces lo comprendí.

—No tienes miedo al rechazo ni a que te hagan daño, ¿verdad? —señalé—. Te aterra lo que quizá no llegues a encontrar. Te aterra la decepción.

—¿Y a ti no? —replicó de inmediato, como si lo supiera desde el principio.

—Me da pavor —reconocí, exagerando.

—Te da pavor —repitió ella—. Esto no es muy halagüeño para ninguno de los dos. Quizá no seamos más que dos adultos acojonados. Tan solo dos adultos acojonados.

No me gustaba el giro que estaba tomando la conversación.

—Con pavor o sin él, te diré una cosa —proseguí—. Pienso en ti constantemente. Eso es lo que hay. Me alegro de que esta sea una semana de vacaciones mágica en nuestra esfera de nieve, pero he pasado contigo cada minuto de ella. Como contigo, me ducho contigo, duermo contigo. Mi almohada está harta de oír tu nombre.

Mis palabras no parecieron sorprenderla.

—¿La llamas Clara?

—La llamo Clara, le cuento cosas que no he contado a nadie en toda mi vida, y si esta noche bebo más, lo que quiero decirte hará que me resulte muy difícil mirarte a la cara mañana.

El pesado silencio que se hizo entre nosotros me dio a entender que había ido demasiado lejos y cometido un error imperdonable. ¿Cómo retractarme?

—Por si te interesa saberlo, a mí me pasa lo mismo —afirmó Clara casi a regañadientes, con cierto pesar vacilante en la voz, el equivalente a un encogimiento de hombros cuando no logramos encontrar las palabras.

¿Se estaba marcando un farol? ¿O subiendo la apuesta?

—Digo tu nombre cuando estoy sola.

¿Era esta la misma chica que no cantaba en la ducha?

—¿Por qué no me lo habías dicho? —pregunté.

—Tú tampoco has dicho nada, señor.

—Jugaba según tus reglas.

—¿Qué reglas?

Me la quedé mirando más atónito que nunca. Las advertencias, las barricadas, los avisos sutiles... ¿Acaso no significaban nada?

Llegaron las patatas fritas. Clara les puso un poco de ketchup y luego un poco más. Estaba a punto de decir algo, pero antes de hablar cogió una patata con el pulgar y el índice y, mientras esta aguardaba el bautismo de ketchup, se la quedó mirando, absorta en lo que parecían divagaciones y recelos, como si la patata se hubiera convertido en un amuleto, una reliquia sagrada o un fragmento de hueso de un santo patrón al que suplicaba la guiara en aquel desfiladero peligroso.

—Te diré una cosa, y puedes creerme o no, reírte de mí o no, pero contigo estoy dispuesta a ir a por todas —admitió—. Esta tarde me marché de tu casa convencida de que cometía el peor error de mi vida, porque creía que nunca podría repararlo. En cuanto vi a Inky salí corriendo, sin saber si te encontraría, sin saber si estarías solo, sin saber si te alegrarías de verme, pero corrí el riesgo. Te he llamado un millón de veces, por si quieres comprobarlo.

No había mirado las llamadas recibidas precisamente porque no quería descubrir que no había ninguna.

—Esperaba que me telefonaras, así que al final decidí ir al gimnasio.

—Ah, muy lógico. Y supongo que apagaste el móvil por la misma razón. No tenía sentido negarlo.

—Como te he dicho, Printz, estoy dispuesta.

No sabía muy bien a qué se refería, pero me daba miedo preguntárselo. Lo que sí sabía era que su frase encerraba un desafiante *Te toca mover ficha*.

—¿Podrías besarme de una vez y dejar de discutir?

Se inclinó hacia mí, alargó la mano para bajarme el cuello de cisne del jersey y me besó allí con una sensualidad prolongada impropia de un primer beso.

—Llevo una hora mirándote la piel. Necesitaba probarla —declaró mientras me acariciaba alrededor de los ojos.

—Y yo llevo días mirándote los dientes.

Aquel fue el primero de muchos besos. Clara sabía a pan y a galletas vienesas.

La casa invitaba a la última ronda, cortesía de la camarera, que llevaba toda la semana haciendo el turno de noche. Seguíamos sentados en la banqueta, incapaces de movernos, temerosos de que cualquier movimiento rompiera el hechizo y nos devolviera a las dudas y el dolor que acechaban a la vuelta de la esquina. Al regresar del lavabo Clara me echó los brazos al cuello de inmediato y siguió besándome en la boca. Yo no daba crédito a la rapidez con que se desarrollaban los acontecimientos.

—Sabes de maravilla —le dije.

—No me hagas creer que todo esto son imaginaciones mías —me pidió al cabo de un instante—. Porque te conozco y me conozco a mí misma. Quiero esto, pero también sé qué me empujarás a hacer, y rezo, rezo para que no lo hagas.

Ignoraba a qué se refería.

—¿No tienes ni una pizca de confianza, de fe? —le pregunté.

—No.

En momentos de ternura extrema, recurría a su lengua afilada.

Se me ocurrió que lo mismo debía de pensar ella de mí. Si me hubiera hecho la misma pregunta, yo le habría dado la misma respuesta.

En un momento dado le dije que tenía que ir al baño.

—Si tardas más de un minuto, creeré que te has escabullido por algún callejón infestado de ratas y me iré, porque sé que no podré soportarlo.

—Solo voy a hacer pis, ¿vale?

De camino al lavabo pensé: Esta noche me acostaré con ella y mañana ya veremos. Me pregunté si Clara sería aún más apasionada en la cama de lo que ya había demostrado en la banqueta, o si de repente se transformaría en la clase de mujer que necesitaba que le hicieran esto y aquello, y más de esto y menos de aquello, y nada de mordiscos, por favor, o si sería la clase de sexo animal en el que nos arrancaríamos la ropa en cuanto entráramos en el ascensor y el portero no pudiera vernos. ¿O habría velas, el parque Straus a nuestra espalda y el *Prince Oscar* observándonos al otro lado de la ventana mientras nosotros permanecíamos desnudos ante ella contemplando la noche como dos estorninos insomnes, escuchando una y otra vez, y muchas, muchas más, el «Himno de acción de gracias» de Beethoven? ¿O sería como siempre eran las cosas con ella, gélidas ráfagas invernales en un campo de minas de géiseres abrasadores? En el baño me miré al espejo y sonreí. Había bebido tres, no, cuatro whiskys.

—Hola —exclamé.

—Hola —me respondió el rostro del espejo.

Y entonces bajé la mirada hacia mi paciente hijo adoptivo del silencio.

—¿Quién es el mejor? —pregunté.

—Tú eres el mejor —me respondí mientras lo observaba desempeñar su función accesorio—. ¿Quién te quiere?

—Tú —contestó con una lágrima en el rostro imberbe.

—Este es tu momento, y esta noche es tu noche, explorador intrépido.

Todavía delante del urinario, apoyé la frente contra la tubería de acero reluciente y fría que conectaba con la cisterna, la noté húmeda de condensación y permanecí inmóvil unos instantes, disfrutando de la sensación fresca mientras presionaba la frente contra la gran tuerca hexagonal, sonriéndome cada vez que las palabras se repetían en mi mente: ¿Quién es el mejor? Tú eres el mejor. A punto estuve de echarme a reír a

carcajada limpia. El momento más hermoso de mi vida tuvo lugar delante de un urinario. Por favor, por favor, no hagas que deje de quererla, no me hagas mitigar esta ansia y despertar saciado e indiferente. No.

Cuando volví junto a Clara, me miró sobresaltada.

—¿Qué te has hecho en la frente? ¿Te has caído?

No sabía a qué se refería. Estaba demasiado ocupado intentando no tambalearme mientras me sentaba.

—Tienes algo que parece un corte..., no, un morado en la frente.

Me la tocó con infinita ternura. ¿Cómo podía la mujer capaz de destrozarme con dos sílabas prodigar semejante ternura a mi frente? Me la toqué. No cabía duda, tenía una hendidura. ¿Sangraba mucho? ¿Cómo me lo había hecho? De repente lo recordé. La tuerca de acero; debía de haberme apoyado mucho rato contra la tuerca de acero del lavabo.

—Solo verlo hace que me entren ganas de tocarte. ¿Por qué has tardado tanto? ¿Qué hacías ahí dentro, Printz?

—Clara Brunschvicg, me escandalizas.

Y volvimos a besarnos. Entre la bruma de nuestras caricias y muestras de amor comprendí por qué las personas unen sus bocas. Por esto se besa la gente, pensé una y otra vez, como pensaría un alienígena de una constelación remota tras probar un cuerpo humano. *Por eso lo hacen.* ¿Qué había hecho yo hasta entonces?, quise preguntar. ¿Con quién había llenado mis días? ¿Y qué habían hecho en ellos todas aquellas mujeres? ¿Por qué, por qué razón, por qué placer, con qué objetivo, cuando de pronto resultaba tan evidente que había recibido poco amor y devuelto aún menos? ¿Todas ellas habían sido simple relleno? ¿En qué jardín de rosas había dormitado y qué podíamos haber intercambiado en los estruendosos Intercambios de Amor? O quizá no importara siempre y cuando consiguiéramos que los buques llegaran, el comercio continuara, los muelles bulleran de actividad: gente, acción,

lugares, carga, compra, vende, toma prestado... Aunque todos, al final, siempre, siempre solos cuando la noche cae sobre el valle.

¿Por qué molestarme siquiera en preguntar por qué esto era diferente?

En el lavabo había mirado el móvil. Clara había llamado ocho veces sin dejar ningún mensaje. ¿Por qué supuse que me mentía al decir que me había llamado un millón de veces? Porque no confías en mí, porque me tienes miedo. Pero ¿miedo de qué? Miedo. Miedo de que yo sea mejor que tú. Miedo porque, a diferencia de otros amores, no sabes adónde irá a parar esto. Miedo de que, en contra de lo que te empeñas en creer, nunca quieras que esto termine. Miedo —y de momento tan solo comienzas a barruntarlo— de que yo sea la definitiva, Printz, y de que este obstáculo molesto que creíamos que era una roca entre nosotros sea lo que nos haya unido desde el principio. Hoy te pareces más a mí de lo que crees. Pero lo que te asusta de verdad es desearme aún más mañana.

Has aparecido como una maldición en mi tierra, Clara, y mi sangre tardará generaciones en borrarte. Te he mentado, Clara, no me da miedo la decepción, sino lo que tendré y no merezco y no sabré manejar, por no hablar de luchar por ello cada día. Y sí, me da miedo que seas mejor que yo. Me da miedo quererte más mañana que esta noche, porque entonces, ¿qué será de mí?

—Mañana pasan *Las noches de la luna llena* —comentó.

No respondí. Clara interrumpió mi silencio.

—¿Estás pensando lo que creo que estás pensando?

Lo sabía, lo sabía.

—¿No sabes si habrá un mañana?

—¿Lo sabes tú?

—No hago promesas.

—Yo tampoco —fanfarroneé.

—Printz, a veces no sabes lo que dices.

De nuevo con las espadas en alto.

—Para que conste en acta...

—Sí...

Ahí estaba, como siempre, la pequeña amenaza que te acelera el pulso y te sumerge en el pánico.

—Para que conste en acta y luego no me acuses de no decirlo ahora: estoy más enamorada de ti de lo que crees. Más enamorada de ti que tú de mí.

Volvimos a besarnos. Nos daba igual quién pudiera vernos. Nadie se molestaba en espiar a las parejas en aquel bar. Esa era la mujer que me haría el amor aquella noche. Y me haría el amor, no así, sino más. Lo único que se interponía entre nosotros eran los jerséis. Más tarde estaríamos desnudos, sus muslos contra los míos, cara a cara, muy cara a cara, y retomaríamos las cosas donde las habíamos dejado en el bar, y seguiríamos hablando y riendo y hablando mientras hacíamos el amor, y así hasta la mañana y la extenuación. Aquella era —y la idea me llegó desde tan lejos que no me costó aparcarla de momento— la primera y única mujer con la que había querido hacer el amor en toda mi vida.

Había nevado. La nieve acumulada a la entrada del bar me recordó nuestra primera noche juntos, cuando nos marchamos de la fiesta y Clara se puso mi abrigo y me lo devolvió al cabo de unos minutos, tras lo cual bajó dando tumbos por la escalinata junto al monumento hacia Riverside Drive, pensando que tal vez me había ido de la fiesta demasiado pronto, que debería haberme quedado un rato más, porque qué más daba si creían que lo estaba pasando bien y tenía ganas de quedarme a desayunar. Más tarde había cambiado de opinión y entrado en el parque Straus, donde me limité a permanecer sentado, reflexionando y recordando los minutos después de que

saliéramos de la misa del gallo, cuando Clara me señaló su banco. Tantos años en este planeta y nunca había sentido nada parecido.

—Espera —dijo antes de salir del bar—. Tengo que ponerme la bufanda.

Su rostro desapareció casi por completo entre la lana, dejando al descubierto tan solo la parte superior de los ojos y la frente.

En la esquina la rodeé con el brazo para que se acurrucara contra mí, como siempre hacía cuando caminábamos juntos. De pronto, sin importarme cuánto le había costado ponerse la bufanda, deslicé la mano entre sus pliegues y se la aparté hasta descubrir toda su cabeza para besarla. Clara se apoyó contra el escaparate de la panadería y me permitió besarla, y lo único que yo percibía era mi entrepierna contra la suya, un empujón casi imperceptible, luego otro cuando ella se acercó y a continuación se apartó, porque eso era lo que habíamos ensayado desde el primer momento, y eso también era un ensayo. Por eso se había inventado el sexo, por eso las personas hacían el amor y se penetraban y dormían juntas, por eso y no por ninguna de las numerosas razones que había imaginado o me habían guiado a lo largo de mi vida. ¿Cuántas otras cosas de las que no tenía ni la más remota idea descubriría aquella noche? Las personas hacían el amor no porque quisieran, sino porque algo mucho más antiguo que el tiempo y, sin embargo, menor que un grano de arena se lo ordenaba, motivo por el cual nada en el mundo se nos antojaba más natural y menos incómodo entre nosotros que el hecho de que ella percibiera la dureza de mi miembro, de que nuestras caderas se movieran a un ritmo propio. Por primera vez en mi vida no pretendía seducir a nadie ni aparentar que no lo hacía; había llegado hasta allí hacía tiempo.

Pero quizá había llegado demasiado pronto y mi mente andaba a la zaga, como un niño cojo que ralentizara el avance de quienes lo preceden.

—Esta es mi panadería. Aquí vengo a comprar café —explicó.

¿Por qué era importante eso?, me dije.

—¿Y las magdalenas?

—A veces también compro magdalenas.

Nos besamos de nuevo.

Una vez en el parque se detuvo junto a la estatua.

—¿No te parece la estatua más hermosa del mundo?

—Sin ti no significa nada —aseguré.

—Es mi infancia, mis años escolares, todo. Aquí nos hemos encontrado esta mañana y aquí estamos otra vez. Tiene mucho de ti.

El mundo de Clara.

En la noche gélida empecé a temer nuestra llegada a casa y quise demorarla, no, como en las noches anteriores, porque llegar a su casa significara despedirnos después de un beso y un abrazo formales, sino porque esta noche tendría que decirle lo que no me atrevía a decir, lo que no sabía si quería decir. «Me muero de ganas de subir contigo, Clara, pero necesito tiempo.»

Me miró justo antes de llegar a su portal. Percibía algo.

—¿He hecho algo malo?

—Nada en absoluto.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Qué ha pasado?

Yo era la chica, ella el hombre.

Me detuve en la acera sin soltarla. No lograba encontrar las palabras adecuadas, de modo que farfullé lo primero que se me ocurrió.

—Es demasiado pronto, demasiado repentino, demasiado rápido.

—¿A qué te refieres?

—No quiero precipitarme. No quiero estropear esto.

Tal vez no quería que Clara pensara que era como los demás y estuviera resuelto a demostrárselo.

¿O acaso deseaba evitar al grosero Boris y su sonrisita de «así que por fin

vas a mojar»?

¿O tan solo quería alargar un poco más el romanticismo y dejar que madurara en la planta?

—¿O sea que vas a dejarme sola e irte a casa con este tiempo? Duerme en el sofá si quieres.

—Hemos visto demasiadas películas de Rohmer.

—Estás cometiendo un terrible error...

—Solo necesito un día.

—Necesita un día.

Clara se había zafado de mi brazo.

—¿Hay algo que deba saber?

Negué con la cabeza.

—¿Te...? —Advertí que buscaba las palabras apropiadas, pero sin éxito—.

¿Tienes... algún problema? ¿No soy lo que quieres?

—Para tu ninformación, no tengo ningún problema, y en cuanto a lo otro, no podrías estar más equivocada.

—De todas formas es un error.

Para entonces los dos estábamos helados, y fue una suerte que Boris entreabriera la puerta.

—Bésame otra vez.

Por alguna razón la presencia de Boris me incomodaba, pero a ella no. Aun así, la besé en la boca, y luego otra vez, y, como si recordara el gesto que nos había acercado más que ninguna otra cosa, me bajó el cuello del jersey y depositó en mi piel un beso.

—Me encanta tu olor.

—Y a mí me gusta todo, absolutamente todo de ti, así de sencillo.

Clara se me quedó mirando.

—*Idiot* —dijo imitando a Maud en la película.

—Lo sé.

—No lo olvides. Llámame mañana en cuanto te levantes —ordenó con un gesto que a menudo parodiaba, extendiendo el pulgar y el índice—. Si no, ya me conoces: sufriré un ataque de andémica extrema, y nunca se sabe lo que puede pasar. —Intenté seguirle la corriente—. Printz, no debería decirte esto porque no te lo mereces, pero eres lo mejor que me ha pasado este año.

Sexta noche

Aquella noche estuve a punto de encender un cigarrillo en el parque Straus. Hacía demasiado frío para estar sentado y además había empezado a nevar, de modo que solo me pude quedar un ratito. Algún día me hartaría de aquel lugar. Algún día pasaría por allí y olvidaría pararme.

La llamé en cuanto llegué a casa. No, no estaba durmiendo. También quería conservar la sensación. No, el mismo sitio, junto a la ventana, con un pijama de hombre. Parecía adormilada y exhausta, pero su tono era el mismo que cuando nos habíamos despedido. Aún percibo tu olor, afirmó, y será como dormir contigo. Noté que tenía sueño y no quise entretenerla.

—No, no cuelgues aún. Me alegro de que hayas llamado.

Quizá yo había hecho lo correcto, añadió.

—¿Al llamarte? —pregunté.

—Eso también.

Los silencios se alargaban. Le dije que nunca había sentido nada parecido por nadie.

—Yo sí —aseguró, y tras una breve pausa—: Por ti.

Imaginé la sonrisa que se dibujaba en sus facciones cansadas, los hoyuelos que se le formaban, la mano que se pasaba por la frente. Quiero estar desnudo contigo. Pues mira que te lo he pedido.

Nos dijimos buenas noches, pero ninguno de los dos colgó, de modo que nos dedicamos a instar al otro a que colgara, y cada vez que nos dábamos las buenas noches seguía un largo silencio. ¿Clara? Sí. No has colgado. Ahora cuelgo. Otro largo silencio. Pero no colgaba. ¿Has tardado una hora en llegar a casa? Casi. Qué locuras se te ocurren, Printz, irte a casa así, podrías

haberme hecho feliz, y yo podría haberte hecho feliz a ti. Buenas noches, dije. Buenas noches, repuso. No oí el chasquido del teléfono, y cuando le pregunté si seguía allí, oí una risita ahogada.

—Clara B., estás loca.

—¿Que yo estoy loca? Tú sí que estás loco.

—Estoy loco por ti.

—Pero está claro que no lo suficiente.

A la mañana siguiente, no quería esperar demasiado para llamarla por si salía. Pero tampoco quería llamar demasiado temprano. Esperé un rato antes de ducharme, y luego me llevé los dos teléfonos al baño por si me llamaba a alguno de ellos. En cuanto al desayuno, ni hablar de salir de casa antes de hablar con ella. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea de comprar un surtido de magdalenas y bollos diestramente apilados en una bolsa de papel blanco doblada en la parte superior. Eso. Dos cafés y un surtido de magdalenas, bollos, dulces, diestramente apilados...

De camino al baño reparé en el montículo de sal sobre la alfombra con la marca de sus dedos. Dios mío, Clara había estado ahí menos de veinticuatro horas antes, en este piso, sentada en esta alfombra, descalza, con galletas de chocolate entre los dedos de los pies. La idea se me antojó irreal, inconcebible, como si un orden superior hubiera descendido de repente para visitarme en mi vertedero árido, anodino y sublunar. Ayer estuvimos juntos, me repetí una y otra vez.

Me quedé mirando la mancha y temí que perdiera su lustre y sentido, que en consecuencia también ella empezara a alejarse, como un pueblo costero que poco antes estuviera a un tiro de piedra.

Cuando compré la alfombra, la idea de una Clara ni siquiera podía anidar en mi mente, y sin embargo ese domingo de finales de mayo en que pujé con mi padre por ella en una subasta antes de mudarme a esta casa está ahora

indisolublemente vinculado a esta mancha, como si Clara, la alfombra y mi padre, que quería que yo aprendiera a comprar en una subasta porque había que aprender esa clase de cosas, hubieran recorrido tres caminos sin relación aparente, pero destinados a confluir en la mancha, al igual que las fotos de las jaulas del Tiergarten perderían ahora todo su sentido de no estar unidas a la imagen de una niña nacida el mismo verano a miles de kilómetros de distancia.

Me encantaba interpretar la vida de esa manera —en clave de Clara—, como si algo lo hubiera orquestado todo de acuerdo con principios más luminosos y radiantes que la vida misma, acontecimientos cuyo sentido se hacía evidente en retrospectiva, siempre en retrospectiva. La suerte y la arbitrariedad adquirirían un propósito de repente. El azar y la coincidencia no eran en realidad conceptos caóticos, sino los resortes de una inteligencia que más me valía no perturbar ni alterar con demasiadas preguntas. Tal vez incluso el amor no fuera más que nuestra forma de juntar unidades aleatorias de la vida para crear algo parecido a un plan significativo.

Qué hábil, qué natural, qué lógica su propuesta de comer en mi casa. A mí nunca se me habría ocurrido. Qué sencilla su forma de abordarme en la fiesta. De haber sido por mí, habría pasado la velada entera intentando entablar conversación con ella y por fin desistido al oírla hacer a alguien un comentario desenfadado, cáustico y cruel.

Mientras contemplaba la sal sobre la alfombra renové mi promesa de no tocarla jamás. Era la prueba de que habíamos sido felices juntos, de que podíamos pasar juntos días enteros sin cansarnos el uno del otro ni un solo instante.

Por supuesto, temía que, como ciertos árboles, la felicidad que experimentaba hubiera echado raíces en un acantilado escarpado. Pueden estirar el cuello y girar las hojas hacia el sol cuanto quieran, pero la gravedad

tiene la última palabra. Por favor, no dejes que sea yo quien arranque este árbol. Hay en mí tanto sarcasmo y tanta aridez, por no hablar de miedo, orgullo, incredulidad y una inclinación perversa dispuesta a amargarme aunque solo sea para demostrar que puedo pasar sin tantas de las cosas que ofrece la vida, que bien podría ser yo el primero en empujar al pobre arbolito al agua. No lo hagas. En todo caso, que lo haga ella.

De nuevo pensé en la noche anterior, en el modo en que se habían tocado nuestras caderas. *Demasiado pronto, demasiado repentino, demasiado rápido.* ¡Seré imbécil!

Comparado con: *Eres lo mejor que me ha pasado este año.* Se podía llevar esas palabras a un corredor de Bolsa y comprar opciones de venta en un mercado al alza y aun así ganar una fortuna. Palabras cuyo lustre oculto recuperé y soltaría a fin de volver a capturarlas una y otra vez, del mismo modo que los dedos de una persona regresan una y otra vez a un agradable objeto redondo en una hilera de monótonas cuentas hexagonales. Aun cuando olvidara aquellas palabras, sabía que andarían cerca, como un gato restregando el lomo contra tu puerta cerrada. Incluso demoraría el momento de dejarlo entrar, sabiendo que, en cuanto cambiara de idea, el gato entraría a la carrera y saltaría de inmediato a mi regazo. *Eres lo mejor que me ha pasado este año.*

Imaginé a Clara todavía con las gafas puestas, enfundada en su pijama de hombre y con calcetines blancos, pero nada más. «O sea que ya no es demasiado pronto, demasiado repentino ni demasiado rápido», comentaría ella. «A tomar por el culo lo de demasiado pronto y demasiado repentino», replicaría yo resistiendo el impulso de desanudarle el cordón del pijama; quítate el pijama, déjate los calcetines, fuera las gafas, déjame verte desnuda a la luz de la mañana, mi norte, mi sur, mi *strudel gâteau*. Oskár y Brunschvicg listos para retozar, enroscados como reptiles ondulantes y ágiles.

Me pregunté si el café se enfriaría. Partamos las magdalenas y bendigamos las migas, los bollos pegajosos, la cobertura del pastel, nos quedaremos en la cama y tomaremos café hasta que la excitación vuelva a apoderarse de nosotros, y lo llamaremos hacer el *strudel gâteau*.

A las nueve, cuando salía por la puerta, sonó el teléfono. Esperaba contestar con el mismo tono desenfadado, cansado e íntimo de la noche anterior, e incluso me esforzaría por adoptarlo si no me salía de forma natural. Pero solo era un repartidor. La emoción con que corrí a descolgar me reveló las ganas que tenía de ver a Clara, hoy como ayer, como anteayer, como todos los días de la semana. Me pregunté si su voz sería tan lánguida y ronca como la noche anterior, si se mostraría igual de ajena a cuanto no nos concerniera, o si habría recuperado su actitud despreocupada y briosa, ligera y voluble, vigilante y cáustica, aquel rechazo indómito siempre a punto de atacar.

El repartidor tardaba más de lo necesario.

—Está de camino —aseguró el portero cuando lo llamé.

Esperé. Eran más de las nueve. Esperé un poco más. Llamé al portero y le pedí que averiguara por qué tardaba tanto el repartidor. Colgué. De inmediato sonó el teléfono.

—¡Sí! —espeté.

—¿No sabías que iba a llamar?

Sin duda mi voz delataba irritación y transmitía las señales equivocadas. Tal como había vaticinado, Clara parecía del todo despejada.

—Qué casualidad, estaba a punto de ir a tu casa con café y magdalenas.

No obstante, había percibido algo en su voz. Ignoraba qué era lo que me había puesto sobre aviso, pero sabía que algo no andaba bien.

—Qué amable, pero tengo que ir al centro. Estaba a punto de salir.

Lo que me enfureció fue mi costumbre de permitir que los acontecimientos

y los demás dictaran siempre el curso de mis días. ¿Pasividad? ¿Timidez? ¿O se trataba de la inseguridad de todos los hombres, que inventan obstáculos honorables para no preguntar por miedo al rechazo? Podría haberme ofrecido a acompañarla, pero no lo hice. Podría haberle dicho que nos veríamos en cuanto acabara, pero tampoco lo hice. Tal vez Clara, al intuir que no lo haría, deduciría que no estaba tan ansioso por verla. Pero eso carecía de sentido: ¿por qué me habría ofrecido a llevarle el desayuno si no tenía ganas de verla? Por otro lado, ¿por qué le ponía tan fácil la tarea de no renunciar a sus planes «en el centro»? ¿Para disimular mi decepción?

Sabía que estaba dejando que el día entero, y Clara con él, se me escurriera como arena entre los dedos. Su tono inflexible había sofocado mi deseo de oponer resistencia, de intentarlo siquiera.

—¿Dónde estarás hacia la hora de la comida? —pregunté.

Esperaba una respuesta como *En un sitio donde se come*.

—He quedado con alguien para comer.

Eso no me gustaba ni pizca. Había empleado la palabra «alguien» para no mencionar un nombre. Sabía que ella sabía que yo sacaría de eso ciertas conclusiones. ¿Era otro ejemplo de revancha? Lo peor, y lo que me atraía como a una polilla la luz, era que, al evitar mostrarse más concreta acerca de ese «alguien», Clara sabría que yo pensaba que lo hacía adrede.

—¿Qué tal si te llamo después de comer? ¿Qué te parece?

Aquel «¿Qué te parece?» tampoco era tan neutro. Podía significar: «¿Satisfecho?», o bien: «¿Ves cómo también puedo ser amable cuando quiero? Y ahora sé buen chico y acepta la propuesta antes de que la retire». Tuve la impresión de que estaba dispuesta a buscar un término medio, pero no más, aunque ambos sabíamos que aquello no era en absoluto un término medio. Parecía más bien una última concesión hecha a un niño caprichoso

antes de perder la paciencia y recurrir de nuevo a las advertencias. «¿Qué te parece?» bien podía significar «¡Toma ya!».

Quería verla ahora mismo, antes de las diez de la mañana, pero ella me decía que me llamaría sobre las tres.

Ya intuía que, como muy pronto, nos veríamos en el cine..., si es que llegábamos a vernos.

¿Qué haría yo hasta entonces? ¿Alimentar la esperanza? ¿Preocuparme? ¿Quedarme sentado con la mirada fija en mis cuatro paredes, en mi alfombra, en mis ventanas? ¿Deambular por Broadway? ¿Ponerme a llamar a los amigos a los que tan alegremente había descuidado? ¿Nadar en mi bañera? ¿Sobrevivir?

—¡Qué lástima!

Clara lo captó: no solo el temblor de mi voz, sino también el alcance de mi consternación y el desafortunado intento de ocultarla.

—¡Qué lástimaaaa! —repitió, mofándose de la palabra, su forma habitual de disipar la tensión.

Entretanto habían llegado las dos cajas de vino. Firmé el albarán e intenté adoptar un tono más firme. Sin embargo, no había modo de impedir que mi voz sonara quejumbrosa, ni siquiera en presencia del repartidor.

—Estaba a punto de ir a tu casa...

Dejé la frase sin terminar. No tenía sentido continuar. Ella ya había condescendido con la promesa de llamarme. No había necesidad de insistir.

—¿Dónde estarás? —me preguntó.

—Sentado a oscuras junto al *télyfön*.

Nos echamos a reír. Pero yo ya sabía que ese día no entraría en ningún edificio donde peligrara la cobertura del móvil.

Eran las nueve y media. A las nueve y media de nuestro tercer día juntos ya

habíamos dejado atrás Hastings. Ahora aquello se me antojaba muy distante. Incluso los bollos, el café, el gesto obsceno que me había desarmado por completo parecían muy lejanos. Quería a Clara hoy. Clara para no estar sin Clara. Clara para protegerme de las cosas que quizá nada tenían que ver con Clara pero que en ella encontraban un sustituto de las inflexiones de la vida. Su imagen permanecería el día entero ante mis ojos. Pasear por la ciudad y proyectar su imagen en cada tienda, en cada edificio, en todo. Toparme con gente y desear estar con ella. Quedar con un amigo y no querer hablar de otra cosa. Compartir el ascensor con vecinos y anhelar desahogarme en cuanto me preguntaran: ¿Cómo estás?

Habíamos convenido en que nos llamaríamos a media tarde. No pude evitar decirlo: No me hagas esperar demasiado.

No lo haré.

Con firmeza, en tono expeditivo, como diciendo *Dejémoslo correr*. Del tono de su promesa no solo deduje que lo más probable era que no me llamara, sino que había decidido no llamarme precisamente por mi modo de pedirselo. Abatido y quejumbroso. Era como si le hubiera dicho: Si no me llamas, me suicidaré.

—Genial —dije tratando de adoptar un aire resuelto y alegre.

—Sí, genial —repitió, perforando al instante mi pretendida firmeza.

Colgamos.

Me entraron ganas de marcar su número de inmediato. ¿Tan terrible era llamar a alguien nada más haber colgado y hablar con franqueza de lo que te corroe, las esperanzas frustradas, las preocupaciones acumuladas, los deseos aplazados y desbaratados aun antes de haber tenido ocasión de atesorarlos, mimarlos y llegar a conocerlos mejor? Aplastar y desgarrar, qué fácil le resultaba. Perforar y desgarrar. Así habría sido mi mañana con ella, nuestra mañana. Si hubiéramos pasado la noche juntos, no habría recurrido a eso de

«ir al centro». Si hubiera pasado la noche en su casa, tal vez aún estaríamos durmiendo, durmiendo después de haber hecho el *strudel gâteau*, durmiendo antes de volver a hacer el *strudel gâteau*. En algún momento yo saldría sigiloso a comprar magdalenas y bollos, y luego haríamos otra vez el amor sobre la cama cubierta de migas, nuestra cama cubierta de semen, mi aliento a pan en su boca, su voz lánguida, tierna y ronca, como la noche anterior después de tantos cigarrillos, la Clara que afirmaría que yo era lo mejor que le había pasado en todo el año, la Clara que parecía a punto de desvelarme una noticia terrible pero acababa confesándome que pronunciaba mi nombre en la oscuridad —y yo la había creído, aún la creía—, la Clara que me llamaba *idiot* en francés y lo decía en serio, en alemán, en ruso, en inglés.

Sin lugar a dudas aquel sería el peor día del año. Había detestado aquel año, y ahora tenía los mejores motivos para querer dejarlo atrás, dejarla atrás a ella, olvidarla, olvidar la fiesta, el parque Straus, a Leo y el *strudel* y los bloques de hielo crujiendo Hudson abajo al ritmo del preludio de Bach-Siloti. Olvidar. Y si no conseguía olvidar, entonces aprender a odiar. De repente quería hallar el modo no solo de odiarla, sino también de hacerle daño. O mejor aún: no tanto hacerle daño como verla sufrir. ¿Quiere jugar duro? Ya le enseñaré yo lo que es jugar duro. No contestaré al teléfono. Iré al cine con otra persona. Y al salir iré al mismo bar. Eso es lo que haré. *Creía que habíamos quedado.* ¡Y una mierda! Te dedicas a presentarte ante la gente cuando te apetece, a verter tu veneno en sus vidas, destrozando y barriendo todo cuanto más aprecian, y a tu paso, una vez que has acabado con ellos, no quedan nada más que manchas y sal sobre una alfombra, una baratija de vidrio de un bareto de currantes llamado Edy's y el sabor de tu boca en su aliento, el sabor de tu boca en mi boca, el pan de tu boca, la comida de tu boca, las migas de tu boca que recogería una a una, déjalas delante de mi puerta, manchadas de sangre y vino y cubiertas de sal y gotas de bilis, y yo

las custodiaré y enterraré en ellas mi semilla. Quería que me llamaras, que me quisieras, que fueras paciente y amable conmigo. No quería esa chorrada de «ir al centro».

Pero ¿qué me pasaba? ¿Y si le hubiera propuesto lo que ella me había propuesto la noche anterior y esta mañana hubiera esperado una llamada que nunca llegaría? ¿Y si está haciendo lo que yo mismo he hecho desde el principio? ¿Qué podría haberla inducido a suplicarme que no la hiciera esperar anoche en el bar cuando fui al lavabo, si yo no le hubiera dado ya a entender que las dudas eran mi pan de cada día?

Sabía que no sería un buen día. Tendría que ponerme en espera, encontrar algún rincón tranquilo y, como un animal a punto de hibernar, dejar de respirar, permanecer inmóvil, no hacer planes y aguardar su llamada.

A las once ya no aguantaba más. Puse un poco de orden en casa, aunque solo fuera para mantenerme ocupado. Pero hacer las tareas domésticas no me apetecía en absoluto, de modo que lo dejé, decidí pagar algunas facturas e intenté responder algunos correos. La verdad es que no lograba concentrarme en nada. Al final cogí la cartera y las llaves, me puse el abrigo y salí.

La vida sin Clara había empezado oficialmente. Mientras bajaba en el ascensor donde la había oído reír con tanto entusiasmo, me repetí: La vida sin Clara ha empezado oficialmente.

Sabía que no había razón alguna para desesperar, que tal vez volviéramos a ir al cine juntos esa misma noche, pero también sospechaba que algo se había roto y que más me valía comenzar a ensayar la pérdida sin dilación.

Me asaltó la idea de que ensayar la pérdida para mitigar la pérdida tal vez provocara la misma pérdida que intentaba evitar.

Se te ocurre cada cosa, Printz.

Aquel pensamiento me hizo gracia. Imaginar la peor opción posible a buen

seguro haría que se materializara. El enfado que sentía cada vez que pensaba en perder a Clara la volvería contra mí si llegaba a sospecharlo por mi voz o mi rostro.

Caminé por Central Park West y al poco decidí poner rumbo al East Side para dirigirme al Met. Me gustaba pasear por el sendero del parque, me gustaba la ciudad blanca como la tiza en las mañanas de invierno, que podía aceptar un día lúgubre y borrar el sol mucho antes del crepúsculo. Incluso me gustaba el suelo helado y lechoso que me obligaba a mirar donde pisaba mientras atravesaba el parque, paso a paso, como un inválido que aprende de nuevo a andar, la imagen de Clara ante mí en todo momento, y el crujido de mis pisadas, cric, crac, cric, crac, crac, cómo me había gustado aquel día. Ahora también disfrutaríamos si estuviéramos juntos, ella decapitando cada momento de entusiasmo al aportar una forma de entusiasmo más vivaz. Ella y yo caminando juntos, paso a paso, cada uno intentando ser el primero en romper los témpanos.

Nunca me perdonarás lo de anoche, ¿verdad?

No te he echado en cara lo de anoche. Pero puede que tengas razón.

Deja de decir eso.

Lo veía venir, el paisaje blanco rodeándome para luego extenderse como niebla de película, envolviendo la ciudad entera en el color opresivo de la cáscara de huevo, el blanco casi grisáceo de las cataratas industriales que rugían a lo lejos. La blancura opresiva del día ondulando ante mis ojos.

Pasaría el día entero solo. Quién sabe, tal vez también el siguiente. Y lo peor era que no había nadie con quien me apeteciera estar para ahuyentar la soledad. Podría haber llamado a algunas personas, pero no quería verlas. Podía ir al cine más temprano, pero el cine, sobre todo después de las cuatro últimas noches, había pasado de ser mi fiel aliado a ponerse de su parte. ¿Por qué la gente se ponía a su disposición con tanta facilidad? ¿Por qué alguien

forjado en la misma herrería que yo necesita arremolinar a tanta gente a su alrededor? La respuesta me asustaba: porque ella no es tú, no es tu gemela. Así de sencillo. ¿O es que puede ser tu gemela y la de todo el mundo a la vez? La mujer que ellos ven es una completa desconocida para ti, y lo que comparte con ellos o quiere de ellos tiene nombres que nunca te ha revelado.

No cabe la menor duda. Pasaré el día entero solo y aprenderé a aceptar las cosas tal y como son. Tal vez no tenga mucho que ver con ella.

Tenía que conformarme con anhelar, aguardar, alimentar la esperanza sin saber nunca por qué ni qué quería. Y esta criatura hecha de carne y hueso, con una voluntad poderosa capaz de doblar una barra de hierro con solo mirarla, quizá fuera otra metáfora, una coartada, una sustituta de lo que nunca salía bien, de lo que se acerca pero nunca se entrega. Me estaba ahogando, no nadando hacia Bellagio, estaba al margen de las cosas y vivía al margen de las cosas, mientras que ella... Bueno, ella sencillamente me había dado la espalda. De un extremo a otro. Ojo por ojo.

Y lo peor de todo era que no había explicaciones.

Al llegar al East Side vi los semáforos ponerse en rojo, uno tras otro, pip, pip, pip, sus sucios halos rojos hasta el sector de las Sesenta, proyectando una atmósfera prematuramente crepuscular que parecía barrer el día erróneo para restablecer cierta apariencia de paz al anochecer.

Sin embargo, cuando vi que los semáforos se ponían de nuevo en verde y el día era mucho más joven de lo que habría deseado, recordé que quedaban varias horas hasta la llamada prometida, cinco largas y espantosas horas, con el peso de cinco largas tardes de invierno, antes de que saliera del Met, donde observaría a los turistas caminar por pasillos que conducían a una pregunta abrumadora: ¿te estás volviendo loco, Printz?

Me quedé mirando los semáforos verdes que salpicaban la Quinta Avenida. Parecían alegres, como recepcionistas agitando las pestañas postizas ante sus

clientes. Si no traías tu propia calidez, aquellas luces no te darían ninguna. Tan solo refulgían como bengalas por toda la ciudad, sin aportar alegría, ni amor, ni luz, ni certeza, ni paz ni remedio alguno contra el dolor. Todas estas palabras, palabras, palabras que me atormentan, no me rescatan, solo me rozan.

Sabía muy bien lo que estaba haciendo. Pergeñaba fragmentos del mismo modo que mi padre, al empezar a perder la memoria por culpa de la morfina, citaba largos pasajes de Goethe y Racine para demostrar que los recordaba en la lengua original. Recurría a los poetas como los lisiados se abalanzan sobre un bastón.

El Met estaba abarrotado de turistas. Se arremolinaban a mi alrededor como figuras bidimensionales de cartón capaces de producir sonidos retumbantes mientras hablaban en francés, alemán, holandés, japonés e italiano, sobre todo los niños. Vagaban por el gran vestíbulo como almas a la espera de la transmigración en aquella inmensa estación central del reino de Dios. Todos ansiosos por ser neoyorquinos en este momento, pensé, asaltado de repente por la idea de que habría dado cualquier cosa por ser oriundo de cualquiera de sus ciudades pálidas y sin sol, Montevideo, San Petersburgo, Bellagio, qué lejanas se me antojaban aquella mañana. Haz borrón y cuenta nueva, con menos naufragios, menos anhelos, menos dolor.

Nunca me había odiado tanto a mí mismo como en ese momento. Me lo había buscado yo solito, ¿verdad? Yo con mi mierda quijotesca de «demasiado pronto, demasiado repentino, demasiado rápido», y ella con sus triquiñuelas baratas, mezquinas, sórdidas. Mi mierda y sus triquiñuelas. Ojo por ojo. Mi hierba y sus pañuelos. Pañuelos que se llevaba el viento. Una vida entera resumida en el susurro del viento y el crujido del hielo.

Me estaba volviendo loco y, cuanto más consciente era de ello, peor me ponía. Intenté dejar que mis pensamientos se desviarán hacia otros temas,

cualquier cosa que aportara una nota alegre —un pensamiento positivo, mi reino por un pensamiento positivo—, pero las únicas ideas que acudían a mi mente empezaban tranquilas para luego suscitar imágenes satánicas, pensamientos positivos transformados en ratones ciegos.

Cómo la echaba de menos, cómo la amaba, cómo añoraba reír con ella, lo único que quiero es reír contigo, Clara, abrazarte, hacerte el amor, reír contigo, y si no hacemos nada más en la vida que pasar cada día *sans* amigos, *sans* hijos, *sans* trabajo, hablando de Vaughan y Händel y *strudel gâteau* y una vida entera de palabras sin sentido que tachonarán nuestro amor como medallas en los uniformes raídos de los generales rusos blancos convertidos en pordioseros después de que la revolución se lo arrebatara todo, será la vida perfecta para mí. Me pregunto qué respondería si se lo dijera. Tendría que hacerlo.

De repente me acometió la necesidad de parar, de aferrarme a algo para asegurarme de que el mundo no daba vueltas a mi alrededor. Tenía que salir del museo. Salí corriendo al frío y vi la escalinata del Met extenderse ante mí hasta la Quinta Avenida como la de la plaza de España de Roma, adquirir un blanco grisáceo como las frías aguas de Venecia engullendo los muros de contención, y a los vendedores de pretzels, cuyas camionetas minúsculas parecían clavadas en una acera cada vez más pequeña. Dirigí mis pasos hacia uno de los puestos. Encaminarme hacia allí me proporcionó un rumbo. Cuando por fin llegué al puesto, vi al vendedor untar de mostaza uno de aquellos enormes pretzels salados. Se me revolvió el estómago y sentí que algo se removía en mi interior, algo parecido a las náuseas, pero que no eran náuseas, sino más bien algo semejante al mareo tras una pesadilla olvidada. Sentía el rostro bañado en sudor a pesar del frío. Me aferré a un poste al que un ciclista había encadenado su bicicleta. Oía los latidos desbocados de mi corazón. Y no me ayudó el gemido de un autobús que se debatía con su

propia incapacidad para arrodillarse a fin de permitir que subiera una anciana con bastón, como si el corazón y el autobús discutieran al modo del piano y el violín en la Sonata a Kreutzer, se replicaran, ojo por ojo, pip por pip, mierda por triquiñuela, todos los cabos sueltos atados juntos a un pretzel caliente y crujiente con mostaza extendida como bilis sobre él, el pretzel entero calzado en mi nariz como unos prismáticos, mis ojos son tus ojos a mis ojos, tu lengua y mi lengua son una sola lengua, y tus dientes sobre mis labios, tus dientes, tus dientes, esos hermosos y benditos dientes que tienes, que tienes, que tienes.

Sin lugar a dudas estaba perdiendo el juicio, pero por lo visto se me daba bien aparentar compostura. Nadie me miraba, nadie reparaba siquiera en mí, así que no estaba a punto de hacer el más espantoso de los ridículos. Por fin entendí por qué las personas que tienen un infarto en público sufren en tantos frentes. Sufren por el dolor, por el bochorno, por el puro terror a desmoronarse delante de todos los turistas, mensajeros y vendedores ambulantes. Por favor, que no me cague encima; si tengo que morir de pena, con el corazón roto, dejad que sea discretamente y desaparezca al anochecer en algún callejón y ponga fin a esta vida fallida que empezó con mal pie. ¿Me estaba muriendo?

En cuanto me asaltó la idea decidí ir al hospital Mount Sinai. Subí a un taxi y pedí al taxista que me llevara a urgencias. Sabía cómo debía proceder porque había llevado a mi padre en varias ocasiones. Tan solo hay que decir al celador que te duele el pecho para que desenrollen la alfombra roja y te permitan saltarte todos los filtros. En efecto, me tumbaron en una camilla de inmediato. A mi lado, en compañía de su madre, había un niño de diez años al que le sangraba la pierna; una enfermera le extraía con infinita paciencia fragmentos de vidrio con unas pinzas quirúrgicas, hablándole en voz baja, diciéndole que ya quedaba poco, solo un poquito más, pero que era un niño

muy valiente, ni una sola lágrima, ni una, le repetía una y otra vez con un tranquilizador acento jamaicano al tiempo que limpiaba la herida delicadamente con una gasa que sujetaba entre el pulgar y el índice.

El residente llevaba Crocs.

Le expliqué que el corazón me iba a mil.

También tenía náuseas.

Veía borroso, como si me envolviera la niebla. Envolviera, envolviese, no sabía por cuál decidirme.

—¿Está desorientado? —me preguntó.

Ya lo creo, contesté mientras recordaba la escalera que se derramaba desde el Met hasta la laguna que conducía al Lido. ¿Ha estado alguna vez en el Lido, doctor?

El médico pidió un electrocardiograma normal.

Yo había esperado que me hicieran una ecocardiografía, tal vez una angiografía. A fin de cuentas, me estaba muriendo.

Al cabo de diez minutos:

—Todo ha salido bien. Tiene usted una salud de hierro.

—Creía que era un infarto.

—Era un ataque de ansiedad.

Me lo quedé mirando.

—¿Tiene muchos quebraderos de cabeza?

—Nada del otro mundo.

—¿Problemas familiares?

Era soltero.

¿Problemas sentimentales..., mal de amores?

Supongo.

—¿Me lo dice o me lo cuenta?

Estuve a punto de contárselo, pero de pronto comprendí que «Me lo dice o

me lo cuenta» era tan solo un modo decir que todo el mundo pasaba por lo mismo.

Si era un mal tan común, ¿por qué no lo había experimentado hasta entonces?

Porque nunca has querido a nadie, Printz.

Entonces, ¿qué había hecho durante los últimos veintiocho años?

Estar a duras penas vivo, Printz. Pisar apenas el jardín de rosas. Esperarme, eso es. Cobraste vida cuando salimos a la terraza la primera noche y contemplamos juntos el haz de luz, tú y yo, Printz, y viste mi zapato de ante empujar la colilla al abismo inconmensurable, tú y yo inclinados juntos sobre la balaustrada como dos notas en el mismo pentagrama, una sola mente, mientras tú me mirabas los pechos bajo la blusa púrpura.

¿Dónde había estado todo ese tiempo?

¿Dónde estabas? Esperando. Pero llegaste a preferir la espera al amor que esperabas.

Mire, doctor, yo fingía ser como los demás, que encuentran amor si lo buscan con suficiente ahínco, pero no era como ellos. Solo fingía. Soy como ella. Quiero el amor, no a quien lo encarna.

—Tómese esto —me indicó.

Hizo aparecer en su palma un ansiolítico como un mago que hubiera llevado la mano a mi oreja para sacar de ella una moneda. Cuando lo hube tragado con ayuda de un vasito de agua, me dio varias palmadas en el hombro, donde dejó la mano un instante en señal de comprensión y solidaridad masculina. *Todos estamos en el mismo barco, hermano*. Era la primera vez en doce horas que alguien me tocaba el hombro.

—Todo irá bien. Descanse un rato.

Cogió un taburete y se sentó junto a mí para tomarme otra vez el pulso. El mero hecho de tener a alguien a mi lado resultaba tranquilizador.

El médico me recordaba al agente Ragoon. El agente Ragoon, al que había olvidado por completo, pero que ahora estaba de pie ante mí como hacen los policías cuando se reúnen alrededor de tu camilla en urgencias, relleno formularios y papeles, los walkietalkies chasqueando estridentes mientras ellos intentan consolarte y al mismo tiempo charlan sobre este o aquel jugador de hockey con la enfermera jefe filipina. Su aparición me hizo pensar en un yo que había dejado de ser yo. Ragoon era la última persona que me había visto antes de que me metamorfoseara en el yo que había sido la noche del día siguiente a la fiesta. Quizá aquella noche había vuelto al parque Straus para sentarme en el banco como las serpientes buscan una roca escondida contra la que restregarse para mudar la piel. Quizá esa era la razón por la que me gustaba regresar todas las noches y por la que también había querido volver la noche anterior, porque una parte de mí no deseaba renunciar a la piel vieja, o bien todavía no la había mudado del todo, y volver al parque parecía más seguro que seguir adelante. Dos pasos adelante, tres atrás. También es la historia de mi vida, Clara. Era allí donde sanaría, no en el hospital. De repente ardía en deseos de volver a sentarme en el banco. Sentarme y encontrarme a mí mismo, sentarme y descubrir por qué retornaba una y otra vez al mundo de Clara.

Quizá había hecho bien no acostándome con ella la noche anterior. Si se hubiera comportado así después de hacer el amor conmigo, yo me habría cortado el cuello con uno de los cuchillos de su padre, me habría suicidado antes de matarla a ella.

O tal vez yo no era distinto de Clara. Solo que ella se me había adelantado. Recordé que la noche anterior, en el lavabo del bar, había pensado en escabullirme después de hacer el amor con ella. Esto se refiere a esta noche, me había dicho una y otra vez, pero no hagas promesas sobre mañana. Cada

uno de los dos éramos la imagen especular del otro. ¿Por eso la deseaba tanto?

—Puede que hablar con alguien le ayude —aventuró el médico.

Nunca había «hablado» con nadie, repuse.

—Me sorprende —afirmó.

¿Por qué le sorprendía? ¿Porque a todas luces yo era un hombre atormentado, inseguro, depresivo y proclive a odiarse a sí mismo, al que a nadie se le ocurriría dejar solo delante de una ventana abierta en la planta once?

—Todo el mundo tiene un revés en algún momento.

Y mi momento era este, ¿no? Un revés. ¿Era el modo educado de describir lo que me había pasado? Un revés. Un día veo la eternidad y al siguiente hablamos de reveses.

Lo único que se me ocurrió preguntar fue cuánto tiempo pensaban tenerme ingresado.

Hasta que mi frecuencia cardíaca se estabilizara.

Me recetó más ansiolíticos. Y: nada de cafeína. Ni alcohol. Ni tabaco.

Seis días con la mujer más hermosa del mundo y me convertía en un chiflado camino del manicomio.

De repente me sonó el móvil.

—Es el *télyfön* —dije.

—Tengo que pedirle que no utilice el móvil aquí.

—Tengo que contestar —aseguré—. Es... «mal de amores» —añadí en un susurro.

—De acuerdo, pero sea breve y no se altere.

—Ya estoy alterado —le recordé señalando los cables del electrocardiógrafo aún conectados a mi cuerpo.

—Soy libre —empezó Clara.

Como de costumbre, iba al grano antes de saludar.

Miré a mi alrededor y no pude evitar hacer una mueca. Pues yo no.

Oh...

De hecho, estoy atado. Al comprender que la broma había ido demasiado lejos, añadí:

—Tengo cables conectados a todo el cuerpo.

—¿Qué dices?

Clara estaba gritando, y confié en que el joven residente se hiciera idea de la clase de loca con que me las había tenido que ver en los últimos días.

—Estoy en el hospital.

Una andanada de preguntas. Voy para allá.

No hace falta, puedo apañármelas solo. Ya me dan el alta.

¿Dónde estaba ella?

En Printz Street, contestó con especial énfasis, a punto de coger un taxi rumbo al norte. ¿El hecho de que empleara mi mote era una buena señal o tan solo una forma de ocultar que seguía en el centro?

Tapé el auricular del teléfono.

—¿Cuánto podré levantarme y caminar? —pregunté.

El joven residente hizo una mueca casi de decepción. Había llegado el momento de retirar los cables, ponerme la ropa y ocuparme del papeleo.

—¿Podríamos quedar en el vestíbulo de mi edificio?

—Podríamos.

Podríamos. ¿Qué demonios significaba «podríamos»? ¿Venía a verme porque tenía ganas, porque quería, o tan solo por una suerte de condescendencia tibia rayana en la indiferencia?

Y por fin llegó: *No me hagas esperar mucho.*

—¿Qué hacías en el hospital? —inquirió.

Estaba sentada en un sofá del vestíbulo de mi edificio. Se había quitado la bufanda y el abrigo, de lo que deduje que llevaba un rato esperando. Cuando se levantó advertí que estaba preciosa. Esbelta, colores oscuros por todas partes, su belleza de ojos color avellana imponente. El diamante sobre el esternón. Hacía mucho que no lo veía. Todo eso me recordó que los puentes que habíamos cruzado la noche anterior eran ahora pasto de las llamas.

—Solo me quedaré un momento. Quería asegurarme de que estabas bien.

¿Le apetecía subir?

—Sí, pero solo un momento.

Me sentía débil, exhausto. No tenía fuerzas para enzarzarme en una batalla emocional. Era un alivio verla en el lugar donde habíamos disfrutado de nuestro picnic. Sin embargo, se mostraba fría, no quería sentarse. A todas luces el taxímetro corría.

—¿Vas a contarme qué ha pasado? —me preguntó cuando entramos en el ascensor.

Por su modo de formular la pregunta supe que ya intuía la respuesta. Carecía de sentido ocultar la verdad.

—Podríamos llamarlo neurosis de guerra recurrente a consecuencia de los muchos años pasados en las trincheras.

—¿En las qué?

—En el fango, en la ciénaga, en las trincheras.

Asintió, pero parecía haberlo olvidado. O tal vez no.

—Ha sido un ataque de *panicó* —añadí con la esperanza de que captara la rima con *ajó*.

Meneó la cabeza.

Se tomó su tiempo para salir del ascensor y de nuevo la puerta la sacó de un empujón.

—¡Ahora no!

Se volvió hacia el ascensor y le propinó un puntapié en lo que sería el equivalente de la espinilla.

—Monstruo asqueroso. Monstruo asqueroso, asqueroso, asqueroso.

Nos echamos a reír.

Abrí la puerta de mi casa. Menos mal que había puesto un poco de orden por la mañana. En el piso contiguo alguien preparaba lo que parecía ser una sopa de media tarde. Cómo me hubiera gustado desayunar con Clara aquella mañana.

Encendí la luz. El día había envejecido muy deprisa.

Dejó caer el abrigo sobre una silla, otro indicio de que no pensaba quedarse mucho rato.

—Prepararé un poco de té.

¿Me habían recetado algo?

Sí, me habían recetado algo.

—Desaparezco un par de horas y acabas en urgencias. Muy bonito.

Me la quedé mirando. No había necesidad de decir nada.

—Me echas la culpa, ¿verdad?

—No, no te echo la culpa. De todos modos tu tono de voz esta mañana era tan diferente del de anoche que se me fue la pinza.

—O sea que me echas la culpa.

—No es cuestión de culpas. Es más bien que no me reconozco, y tampoco te reconozco a ti.

—Exacto.

—¿Exacto qué?

—Que cambiamos. Cambiamos de opinión.

—¿Tan deprisa?

—Es posible.

—¿Y qué ha pasado con lo de ayer?

—¿Y tú me lo preguntas? —Calló un instante—. Además, no quiero quedarme atada a ayer.

Se dirigió hacia donde debía de haber guardado las galletas de chocolate el día anterior, encontró la caja justo donde la había dejado y sacó dos. Me emocionó que se comportara como si estuviese en su casa. En otra época la había visto sacar un plato y apilar en él esas galletas en grupos de cuatro, disponerlas, como caí en la cuenta de repente al recordar nuestra primera noche, en formación para entrar en el arca de Noé.

Ninguno de los dos propuso hervir agua. Por lo visto Clara no quería perder el tiempo tomando el té y había pasado directamente a las galletas. *Té de mal sexo. Té de muy, muy, mal sexo*, recordé.

—Mira, no quiero que nos peleemos.

A todas luces yo había levantado la voz al hablar de «lo de ayer».

—¿Y qué te hace pensar que yo sí quiero?

—Es evidente que estás enfadado.

—¿Tienes idea de por qué?

—¿Por qué no me lo dices? Lo harás de todas formas...

A juzgar por su tono de voz, Clara había sostenido aquella misma conversación infinidad de veces. Temía que surgiera y con toda probabilidad detectaría todas sus señales, sus atajos, sus cruces, sus tangentes y sus vías de escape mucho antes que yo.

—Estoy seguro de que ya sabes lo que voy a decir.

—Creo que sí, pero dilo de todas maneras —repuso como si quisiera añadir «Si eso te hace sentir mejor».

—Puede que no tenga sentido.

—Puede.

Es decir, «como quieras».

—Digamos que siento que hayas cambiado tan deprisa.

Clara clavó la mirada en la galleta como una niña que recibe una regañina o una persona que intenta ganar tiempo, reflexionar en busca de la réplica adecuada. O que sencillamente espera a que pase la tormenta. Cómo deseaba que me dijera que me equivocaba de medio a medio, que no había cambiado un ápice desde la noche anterior, que debía dejar de poner palabras en su boca y de hacerle decir cosas que no quería decir en absoluto.

—Puede que ese sea mi infierno.

—¿Cuál es tu infierno?

—Defraudar siempre a los demás.

—¿Culpas a los demás?

—No. Les preparo para la decepción y luego los defraudo.

Lo decía como si preparar a una persona para la decepción fuera mucho peor que la decepción que la enviaba derecha al hospital.

La miré de hito en hito.

—Dime una cosa.

—¿Qué?

Su «qué» brotó demasiado deprisa, como si ocultara un temeroso «y ahora qué» tras un aparentemente franco y seguro «pregúntame lo que quieres, no tengo miedo, claro que te contestaré».

—¿Es porque anoche no hicimos el amor?

—Eso me convertiría en una persona cruel y rencorosa. No tiene nada que ver con lo de anoche.

—Entonces es peor de lo que imaginaba.

—Puede que se nos fuera un poco la pinza. O quizá acabamos queriendo lo mismo..., pero por razones distintas.

—¿Tus razones no eran mis razones?

—Creo que no. —Acto seguido, para suavizar sus palabras y al mismo

tiempo demostrar que suavizarlas no la haría cambiar de opinión, añadió—: Puede que no.

—Tú ya me habías prevenido.

—Sí.

—Y yo te hice caso.

—Sí.

—Hasta que me dijiste que no debería hacerte caso.

—Hasta que te dije que no deberías hacerme caso.

—Somos los dos un desastre, ¿no?

—Sí.

Estaba de pie ante ella. De repente le tomé el rostro entre las manos y se lo acaricié, aquel rostro con esos labios y esos ojos de color avellana que significaban para mí más que la luz del sol, que las palabras, que cualquier cosa dentro y fuera de aquella habitación. La besé sabiendo con una certeza que jamás había experimentado, que ella me besaría con la misma pasión y desesperación con que yo anhelaba besarla, y que lo haría porque las escotillas de salvamento entre nosotros estaban abiertas de par en par, porque «mañana» ya no formaba parte de nuestro vocabulario. Sería un acto de amor sin objeto, desgano, inocuo y perezoso, con, una vez más, mi combinación habitual de buena voluntad y tacto, no la locura de la noche anterior.

Me besó en el cuello como había hecho la noche anterior. Me encantaba el modo en que sus caderas se movían con las mías, la forma en que nos abrazábamos estrechamente, sin dejar que ni una pizca de aire se colara entre nosotros. Tardé un instante en comprender que estábamos bailando. ¿O estábamos haciendo el amor sin que yo lo supiera?

Le desabroché la blusa y deslicé la mano bajo la tela. Por primera vez toqué el pecho con el que llevaba días soñando. Clara no ofreció resistencia,

pero tampoco participó. Dejé de acariciarla. Al cabo de unos segundos, tan solo unos segundos, volvió a abotonarse la blusa.

—No lo hagas, por favor —le pedí.

Quiero verte desnuda, quiero recordarte cuando te hayas ido, no quiero olvidar nunca, jamás, que estuviste desnuda en esta habitación a la luz agonizante del día, restregándote contra mí, con tu aliento que huele a pan y a la antigua Viena y a la panadería de la esquina, donde anoche tú y yo, solos tú y yo...

—Tengo que irme.

Yo lo sabía desde el principio. Clara había aparecido en mi casa muy bien vestida. No solo vestida para la larga comida que no le habría importado interrumpir para ir al hospital, sino vestida para algo que aún no había ocurrido y sobre lo que no había soltado prenda.

Entonces lo entendí. Me había besado con la misma pasión con que había besado a Inky y a Beryl en la fiesta. Probablemente no sabía besar de otra manera, razón por la cual tantos se quedaban enganchados a ella, enredados en ella. Tomaban por billetes grandes lo que para ella era calderilla. A buen seguro también hacía el amor así. Lo que era un simple gesto — consentimiento, como ella decía—, para otros era el súmmum, el acontecimiento único que cuentas a tus nietos cuando son lo bastante mayores para preguntar sobre la mujer que te llamaba por el nombre de un barco.

Me pregunté si había o quizá pronto habría un tercero que recibiría informes detallados acerca de aquel tipo llamado Printz, que apareció después de que otro llamado Inky fuera rechazado, besado y expulsado. Muy pronto sería yo quien dejara mensajes en su contestador, quien la llamara al cine, y ella pediría a su acompañante que mirara quién era y mascullaría un taco al oír mi nombre. *Es Printz*, diría Clara.

Quise ser cruel con ella. Decir algo que le dejara secuelas durante años, o cuando menos se le quedara como una mancha o un morado que sin duda le estropearía la velada.

Clara, intuyo que esta es la última vez que te veo.

Clara, en cuanto salgas por esa puerta, será como si nunca te hubiera conocido.

Clara, no quiero que esto se vaya al garete, quiero salvarlo, ayúdame a salvarlo antes de que mi ego o el tuyo se salgan con la suya.

Clara, ¿me recibes?

—No te vayas —le pedí.

—¿No quieres que me vaya?

—No quiero que te vayas.

—No lo pillas, ¿verdad? —¿Estaba a punto de decírmelo?—. Mira, anoche fue anoche. Como bien dijiste: demasiado pronto, demasiado repentino, demasiado rápido. Fin de la historia.

—No quiero que sea el fin de la historia. No se trata solo de anoche. Es algo que los dos sabemos que es más importante que nosotros; es nuestra vida, no sé de qué otra forma expresarlo. Tú eres mi vida.

—*Tú eres mi vida* —repitió.

A todas luces eso era algo que no se decía en el mundo de Clara. Era como no cantar en la ducha, no ponerse romántico contemplando una puesta de sol, ¿qué más?

La odiaba.

—¿Te gusta hacerme quedar como un idiota? Puede que sea idiota.

—*Puede que sea idiota* —me imitó—. Dos carreras completas seguidas, Printz. Ahora me toca a mí, y no sé si te va a gustar.

—Con o sin té —la interrumpí tratando de recurrir al humor.

—La hora del té ya ha pasado. Te voy a decir una cosa, y tómatela como

quieras.

—Dispara —repuse con cierta ironía, aunque ya estaba preparándome para lo peor.

—La verdad es esta, y no soy la única que lo dice; la vidente también lo dice. Me importas. Llámalo como quieras..., amor, si te parece. Sin embargo, solo quieres alejarme de ti, y si confundir esto con el amor te ayuda, lo llamarás amor. Yo, en cambio, te quiero dentro de mí, no alejado de mí. Tú no tienes ni la más remota idea de lo que quieres, y menos aún de lo que estás dispuesto a ofrecer. No te lo has planteado porque a tu mente no le interesa lo más mínimo. A tu ego sí, y puede que a tu cuerpo también, pero el resto de tu persona no tiene ni idea. Hasta ahora lo único que me has dado es esa cara de cordero degollado y la misma pregunta sin formular en tu mirada cada vez que se hace el silencio entre nosotros. Crees que es amor. No lo es. Lo que yo tengo es real y no desaparecerá. Esto es lo que quería decirte. ¿Y ahora puedo irme?

Había estado tan convincente que empecé a creerla. Ella me amaba, yo no la amaba a ella. Ella sabía lo que quería. Yo no tenía ni idea. Parecía lógico.

—Quédate, por favor. No te vayas todavía.

—Debo irme. He quedado con alguien.

—¿Con alguien? ¿Un amigo del amigo que vive «en el centro»? —dije con la intención de burlarme de ella.

—No, otro amigo.

—¿Que también te importa?

Clara me fulminó con la mirada.

—Quieres guerra, ¿verdad?

—No, en absoluto.

—Entonces, ¿qué quieres?

Clara estaba en lo cierto; yo no tenía ni idea.

—Quiero que me des otra oportunidad.

—Las personas no cambian, y tú desde luego no cambiarás. Además, ¿qué significa «otra oportunidad»? ¿Lo has aprendido en las películas?

—Siempre me machacas y me pones en ridículo.

—Porque no dejas de decir chorradas. Cuando estés preparado, quiero esto —añadió llevando la mano derecha a mi entrepierna, donde ejerció cierta presión—. Te quiero a ti, no la carita de cordero degollado ni tu sarcasmo ni tus evasivas. Te quiero en el momento, en el aquí y ahora. Ya te he dicho que estoy dispuesta a ir a por todas, a hacer lo que quieras, cualquier cosa. Cuando estés preparado. —Dejó de apretar, pero no me soltó—. No lo estropees. Si lo estropeas con tus juegos estúpidos, tu cobardía y tus tonterías, nunca lo olvidarás, te lo aseguro. —Dicho esto, metió la mano dentro de mis pantalones en busca de mi polla—. Tú quieres mis pechos. Yo quiero esto... ¿Y ahora puedo irme? —preguntó de nuevo como si la retuviera con la polla.

Asentí con un gesto.

—¿Iremos al cine esta noche?

Odié mi forma de preguntárselo.

—Sí.

¿Por qué?, pregunté sin saber por qué le preguntaba por qué.

—Creo que te lo acabo de decir.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —inquirí sin poder contenerme.

—Ir a ver a un amigo que se ha portado conmigo mejor de lo que merezco.

Ya había comprado las entradas y la esperaba delante del cine, tomándome un café para entrar en calor. Estaba haciendo penitencia, y ella se retrasaba. Algo ya me había advertido de que llegaría tarde. No quise que eso me enojara. Sabía que otros cinco minutos de espera me pondrían más nervioso, que el nerviosismo podría alterarme, que intentaría disimular que estaba

alterado, pero que todo saldría a la luz de muchas formas indirectas y traicioneras que sin duda prenderían la llama y desencadenarían una guerra abierta. Traté de dominar el nerviosismo. No me dejes plantado, por favor, no me dejes plantado. No obstante, sabía que no era el temor a que me diera plantón lo que provocaba aquel brote de ansiedad. Era la imagen de Clara haciendo a ese otro amigo lo que me había hecho a mí, su mano apretando y acariciando su polla mientras le largaba el mismo discurso. No, el mismo discurso no. Con él haría el amor, de forma total y absoluta, tras lo cual subiría a un taxi y aparecería en el cine enérgica y briosa, *no quería perderme los créditos iniciales, he pensado en ti toda la tarde, no estarás enfadado, ¿verdad?* ¿Quién sabía lo que había estado haciendo el día que vimos nuestra primera película?

Por otra parte, si estaba sinceramente preocupado por ese alguien, también era para evitar pensar en cómo me había tocado Clara, o al menos para no desgastar la emoción de aquel momento pensando demasiado en ello. Quería tantearlo, darle algún que otro mordisco furtivo y luego ponerme a cubierto, como un pájaro que picoteara miguitas de pan. Yo era de las personas que guardaban un poco para más tarde; ella de las que lo querían todo aquí y ahora, engulle cuanto puedas de inmediato. Ninguna mujer me había tocado así sin antes saber que podía hacerlo. Incluso mis caricias de la noche anterior, a pesar de su osadía mientras estábamos apoyados contra el escaparate de la panadería a las tres de la madrugada, carecían de su audacia. Me pregunté si no sería más que una forma de tentar los testículos de un hombre, lo cual explicaría por qué me había frotado la entrepierna antes de soltarla, como si quitara importancia al paquete; ¿o acaso me había apretado con la mano para tomarme el pelo, para tantearme, para excitarme, para demostrarme de lo que era capaz?

Entre los momentos de preocupación y aquellos en los que recordaba

vagamente su mano en mi entrepierna aparecían retazos brumosos de lo que había sucedido delante del Met, cosas en las que no quería pensar y que podía desterrar, pero que seguían allí, como un enemigo a la espera de que se abran las puertas, pero igualmente capaz de derribarlas o de colarse por debajo si quiere. Aquella mañana había estado a punto de desplomarme; turistas, tenderetes, niños, gente por todas partes, los hombres anuncio vestidos de reyes y reinas de baraja, todos inhalando el aire hasta que tuve la sensación de flotar en helio. Nunca olvidaría ese día. Había empezado pletórico de deseo, y ahí estaba ahora, tomando café, aunque me lo habían prohibido, humillado, aplastado, vulnerable, proclive a sufrir nuevos reveses en cuanto remitiera el efecto del ansiolítico. Le eché la culpa a ella.

¿Por qué había permitido que ocurriera todo aquello? ¿Porque había esperado, confiado? ¿Porque no había logrado hallar en ella nada que odiar? ¿Porque todo, absolutamente todo, era hermoso y prometía llevarme al lugar al que creía pertenecer, pero en el que nunca había estado, y sabía que mi vida no sería nada sin él?

—Creías que no vendría —dijo Clara al apearse de un taxi delante del teatro.

—Tal vez. ¿Querías que me preocupara?

—Déjalo.

Cogió el segundo café, convencida de que era suyo.

Saqué un paquete de caramelos y eso la entusiasmó. O quizá era su modo de compensarme por no haberme dado las gracias por el café.

—¿Quieres uno? —preguntó tras abrir el paquete.

El primero era rojo. Le encantaban los rojos y odiaba los amarillos.

—Quiero el rojo —dije.

Pero ella ya se lo había metido en la boca y me miró como si me dijera que no lo conseguiría a menos que fuera a por él. La habría besado en la boca,

habría encontrado el caramelo y se lo habría arrebatado con la lengua, y después de jugar con él un rato se lo habría devuelto. De pronto, mientras imaginaba el beso y sus dedos mesándome apasionadamente el pelo, me asaltó otro pensamiento: quizá no habían hecho el amor aquella tarde, pero se habían acercado mucho, casi demasiado.

Entretanto, ni una palabra acerca de dónde había estado o qué había hecho. Su silencio confirmaba mis peores sospechas. Rumié sobre ellas durante las dos películas de Rohmer que acabó envenenando.

Cuando salimos del cine a medianoche, me resultó imposible ocultar mi mal humor.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Clara.

Mi «Nada» no pretendía resultar dramático ni especialmente críptico. Era un «Nada» sombrío y no me esforcé en disimularlo.

—¿No te han gustado las películas?

—Sí me han gustado.

—¿No te encuentras bien?

—Me encuentro bien.

—Es por mí.

Lo que se extendía ante mí era un campo de ortigas que no me apetecía cruzar descalzo.

—¿He dicho algo malo? —inquirió—. Suéltalo. Pon las cartas sobre la mesa.

Tardé unos segundos en reunir el valor necesario.

—Ojalá no te hubieras marchado esta tarde. Me sentía fatal.

—Había quedado con alguien.

Intenté adoptar una expresión serena e indiferente, pero no pude contenerme.

—¿Puedo preguntar con quién?

—¿Con quién? Claro, pregúntame con quién.

—¿Pues con quién?

—No le conoces. Es un amigo muy querido. Hemos hablado de ti. De nosotros.

Intenté orientarme, pero no sabía cómo.

—Todo me desconcierta. Nunca me he sentido tan confuso. Ni le había dicho a nadie que me sentía confuso. Jamás.

Era la declaración más sincera sobre mí mismo que había conseguido decirle. Aquella forma de hablar era nueva para mí, y no estaba seguro de que me gustara.

¿Cómo iba a bajar la guardia con ella esta noche y tratar de recuperar los besos de la víspera con esa sensación desagradable interpuesta entre nosotros?

Cuando llegamos al bar, la cosa no podría haber ido peor. Un hombre con un traje azul marino y camisa blanca sin corbata estaba sentado a la mesa contigua a la que ya era nuestra, y en cuanto vio a Clara se levantó y la abrazó. Nada de presentaciones, por supuesto, hasta que él mismo se volvió hacia mí y se presentó. Sobre su mesa vi lo que parecían galeradas de un libro de fotografías en blanco y negro.

Estaba tomando un generoso martini con varias olivas ensartadas en un palillo largo que no había tocado. Se produjo un momento incómodo mientras Clara y yo decidíamos cómo nos sentábamos. Lo más lógico era que ella tomara asiento junto a su amigo en la banqueta, que se extendía desde su mesa hasta la nuestra, pero eso impediría que yo me sentara a su lado, como era nuestra costumbre: Clara estaría entre nosotros, pero eso no cuadraba. Así que hice lo más natural, que era sentarme frente a ella, frente a los dos. Clara vaciló un instante, lo que consideré una señal positiva, y a continuación optó

por sentarse tan cerca de su amigo que acabamos ocupando la mesa de este. Me irritó que no insistiera en que me sentara a su lado. Sin embargo, su titubeo me había gustado, al igual que el entusiasmo histriónico de la camarera: ¡*Ya están aquí!* El hombre, que se llamaba Victor, no pareció captar la vacilación de Clara ni sorprenderse por el saludo vociferante de la camarera.

Me pregunté qué sabría acerca de Clara y de mí. ¿Éramos solo amigos? ¿Más que amigos? ¿Qué éramos? ¿Y qué eran ellos? Victor explicó que había decidido ir a tomar una copa después de pasar la velada con su ayudante. Quería repasar las fotos por última vez antes de entregarlas a la mañana siguiente. Por alguna razón no estaba del todo satisfecho. Acababa de volver a Nueva York tras realizar dos exposiciones, una en Berlín, ¡magnífica, absolutamente magnífica!, y la otra en París, *sensationnel!*; Londres y Tokio al cabo de tres semanas, ¿qué más podía pedir? ¿Cuál era el tema?, pregunté para entablar conversación. *Manhattan Noir*, que, debido a su acento francés, se convirtió en *Manattán Noir*. Clara me guiñó el ojo con aire risueño y cómplice. Sabíamos que guardaríamos aquello para parodiarlo y criticarlo más tarde.

Victor, atildado traje azul y camisa blanca almidonada, puños franceses, no podía estar más satisfecho con el proyecto. La Navidad siguiente todo el mundo hablaría de su libro, explicó al tiempo que trataba de restar importancia al proyecto. No obstante, saltaba a la vista que estaba encantado consigo mismo. Incluso la reluciente camisa blanca, desabrochada y *sans cravate louque*, sería objeto de mofa en cuanto Clara y yo nos quedáramos a solas, por no hablar de su nombre impreso en negrita en la cubierta: Victor François Chiller. Las iniciales me daban risa.

La conversación acerca de *Manhattan Noir* nos mantuvo animados y nos hizo reír hasta bien pasada la medianoche. Cada uno tenía su propia teoría

acerca de *Manhattan Noir*. La expusimos por turnos. La ciudad *noir* que todos llevamos dentro, aun cuando nunca hayamos visto una película *noir*. La ciudad *noir* que nos encanta vislumbrar porque nos transporta a otro Manhattan que quizá nunca ha existido, pero que existe gracias a las películas y la imagen que estas dejan. La ciudad *noir* en la que a veces anhelamos vivir, pero desaparece en el momento que salimos a buscarla. La ciudad *noir* que está más en nosotros que en la ciudad real, señalé.

—Bueno, tampoco hay que pasarse —dijo Victor.

Clara le corrigió la pronunciación. No es *Manattán*, sino *Manhattan*. No *horá tenebrosá de la noche*, sino *hora tenebrosa de la noche*. A Victor le hicieron gracia la broma y su propia pronunciación, y con aire seguro de sí mismo rodeó los hombros de Clara, atrayéndola hacia sí cada vez que lanzaba una carcajada, lo cual la obligaba a apoyar la cabeza en su hombro. Tal vez al sentir el brazo de Victor sobre los hombros Clara se inclinó de forma automática hacia él para que la perdonara por bromear a su costa. ¿O era cuestión de tocar el botón de encendido para que Clara fuera tuya al instante?

Victor mantuvo el brazo allí un rato. Me sorprendió con la mirada clavada en él. Volví la vista hacia Clara y advertí que también ella me había sorprendido mirando y que, al igual que él, había desviado instintivamente la mirada. Ninguno de los dos se movió. Ella no apartó la cabeza de su hombro, y él no apartó el brazo. Era como si los dos estuvieran paralizados en aquella postura, cada uno por su lado, bien porque era demasiado tarde para dar marcha atrás, bien porque pretendían demostrar que no había nada embarazoso ni inapropiado en aquel gesto y que, bien pensado, podían hacer lo que les viniera en gana, puesto que no tenían nada que ocultar ni de lo que avergonzarse, y que se separarían cuando quisieran.

¿Lo hacían..., lo hacía para fastidiarme? ¿Estaba Clara incitando a Victor? ¿O era demasiado débil para detenerlo? ¿O me estaba enviando un mensaje a

mí? No tienes ningún derecho, ningún privilegio, y si quiero apoyar la cabeza en su hombro o tocarle la mano o acariciarle los huevos, lo haré delante de tus narices, así que te aguantas.

¿Era la suya esa familiaridad que queda entre quienes han sido amantes?

¿O era una amistad turbia entre un hombre y una mujer, al igual que la nuestra no era más que una amistad turbia entre un hombre y una mujer?

¿Lo estaba malinterpretando todo? ¿O por el contrario no había empezado ni a rascar la superficie? De pronto mis dudas, como las demostraciones del teorema de Pitágoras, eran más numerosas que las estrellas.

¿O acaso ahora que empezaba a remitir el efecto del ansiolítico resurgía la ansiedad de aquella mañana para hacerme albergar tales pensamientos, al tiempo que me instaba a permanecer impasible ante ellos..., por si acaso todo eran imaginaciones mías?

¿Qué era peor: que todo fueran imaginaciones mías y no poder disfrutar de nada, o verlos juntos sin saber nada?

Dando vueltas y más vueltas. Vueltas en una sola dirección...

Dije que tenía que ir al baño. Me eché agua en la cara. Me gustaba el agua fría en el lavabo maloliente. Volví a mojarme la cara. A continuación la nuca, las muñecas, la zona detrás de las orejas. Recordaba la presión de la tuerca de acero contra la frente, la hendidura que me había dejado en la piel. Pobre, pobre granuja. Y mi intento de que se me pasara un poco la calentura, excitado hasta la médula empalmada, pensando en cómo podía escabullirme con elegancia después de montármelo con ella. La noche anterior, Clara me había bajado el cuello del jersey y me había besado allí. Manos por todas partes mientras yo mantenía a raya a sir Lochinvar, lanza y ariete, hasta que nos besamos junto a la panadería de dichoso recuerdo. Momento feliz, feliz, feliz. Esta noche su corazón pertenece a otro hombre. Chaquetera. Buen truco ese de vacilar un momento antes de sentarse junto a él. Ah, ¿creías que

podías engañar a Printz Oskár? ¿Por qué no era otra vez la noche anterior, por qué no podía ser la noche anterior? Atrasar el reloj, borrar la pesadilla, enmendar cada error, poner el tiempo en cabestrillo, devolver las cosas al momento en que yo había tomado la curva incorrecta y me había hallado en el parque Straus nevado después de besarnos y de oírla decir: «Aquí nos hemos encontrado esta mañana y aquí estamos otra vez». *Ach*, sir Tristán, patético y quejumbroso canalla calvo, creí que eras el caballero de la brillante armadura, pero no eres más que una pobre polla. Te creía el más grande, pero eres un enclenque. Póstrate, viejo lastimoso, y húndete.

Cuando salí, Clara no me vio acercarme. Estaban hablando.

Aquello era una fiesta a la que yo no estaba invitado.

Se disponían a pedir otra ronda. Decidí pasar. Clara se sorprendió. ¿No quería patatas fritas con ketchup?

¿Era su forma de pedirme que no me fuera todavía?

Ha sido un día bastante largo, repuse. Y me parece que estoy incubando algo. Un día pésimo.

Victor no me preguntó por qué, lo cual, junto a la premura con que quiso reanudar la conversación con Clara, me dio a entender que ella quizá le hubiera hablado de mi visita al hospital y él no quisiera fingir que no estaba al corriente.

Bien hecho, Clara.

—Además, no debería beber —añadí al recordar la recomendación del joven médico.

—Quédate un poco más. No hace falta que bebas.

Sus palabras sonaron espontáneas, casi como si las hubiera pronunciado sin pensar, pero yo sabía que, en el caso de Clara, espontáneo nunca equivalía a hecho a la ligera. Hablaba en clave. La informalidad iba dirigida a él, no a mí. Quizá me estuviera suplicando que me quedara. En todo caso, decidí

tomarme al pie de la letra su tono despreocupado. Me estaba dejando llevar por la mala fe, pero de pronto comprendí que tal vez aquel tono despreocupado también fuera dirigido a mí: quería que me quedara porque quedaría bien que me quedara. Daba lo mismo.

En cuanto me puse en pie supe con claridad meridiana lo que quería desde el principio. Había esperado que Clara cambiara de idea y no pidiera una segunda ronda al verme levantarme y ponerme el abrigo. Vendría conmigo y yo la acompañaría a casa, como de costumbre. La panadería. El parque Straus. Esta vez le pediría que me dejara subir a su casa si ella no me lo pedía.

—Que te mejores —dijo.

Clara hacía ver que me iba porque me encontraba mal y necesitaba recuperar horas de sueño. Le lancé una pregunta silenciosa: ¿o sea que no vienes?

—Creo que me quedaré un rato y tomaré otra copa —anunció.

Estreché la mano de Victor y besé a Clara en ambas mejillas.

No quiero volver a saber nada de ella. No pienso verla nunca más. Jamás, jamás, jamás.

Había sido uno de los peores días de mi vida. El peor, de hecho. Tardaría unos días, quizá una semana, en olvidar todo aquello. ¿O estaba subestimando los daños? Digamos un año, hasta la Nochebuena siguiente; el alma tiene sus propios aniversarios...

En lugar de encaminarme hacia el centro, me dirigí al parque Straus. Basta, basta, basta, pensé. Es la última vez que vengo. Recordaba la estatua de las velas votivas, las ramas cristalizadas, y la sangre vestida por amor, y el paseo hasta la catedral y luego de vuelta, cuando Clara se apartó de sus amigos y me llevó a aquel rincón tranquilo y, cuando estábamos muy, muy cerca, anunció que le apetecía un chupito de vodka helado. Pasará por aquí y cada

vez pensará en mí, y estará conmigo, y un día, mientras desde la ventana contempla con su marido la nieve caer sobre el Hudson, se desmoronará y dirá: Triste es su voz que me llama, y envejecerá y se marchitará y avanzará hacia el fin de la vida llena de amargura y nostalgia, y dirá al primer mendigo que vea en el parque Straus: En tiempos me amó, cuando yo era hermosa.

Aquella ciudad cruel y espectral. *Manhattan Noir*. Toda ella era *noir*. La nieve no era más que una pantalla, una mentira, pues también ella era *noir*. La nieve hiere porque te engaña. Con el asfalto reluciente sabes que te las ves con una materia oscura e implacable, y que debajo solo hay pizarra desmenuzada y mezclada con brillantes fragmentos de vidrio. La nieve es como alquitrán fundido, pero suave en la superficie, como terciopelo y pan, como las cosas buenas que ceden en cuanto las tocas. Pero bajo la superficie es negra, contundente y bituminosa, y así se me antojaba todo aquella noche: negro, contundente y bituminoso.

Me quedé un momento en el parque, con la esperanza de que Clara cambiara de opinión y me siguiera. Pero no se acercaba nadie. Las inmediaciones del parque Straus aparecían desiertas. Todo el mundo se había ido. Con toda probabilidad, Ragoon y la mendiga también se habrían ido ya. Tan solo quedaban nuestras sombras; mejor dicho, la mía.

Séptima noche

Esperaba que algún día, cuando todo aquello careciera de importancia, Clara me preguntara: *¿Por qué te fuiste aquella noche?* Porque estaba enfadado. Porque llegué a odiarme a mí mismo. Porque no sabía qué hacer. No quería quedarme sentado como un pasmarote y seguir luchando contra él, contra ti. Te estaba perdiendo, y estar sentado en un bar mientras la pérdida se desplegaba ante mis ojos desencadenó aún más amargura, porque tú parecías resuelta a acelerar el proceso. Me sentía ridículo, débil, inútil. Te odiaba, y te odiaba por hacer que me odiara a mí mismo. Estaba cabreado. Cabreado porque ni una sola vez me dejaste recobrar el aliento durante aquellas noches, cuando lo único que hacía yo, al parecer, era ver pasar el torrente de oportunidades desperdiciadas. Te culpaba por inhibir impulsos naturales y luego reprocharme esas inhibiciones. Me hiciste hallar consuelo en la autocompasión. Era algo que nunca podría perdonar.

Pensé en esperarte en el parque. Incluso me sentí tentado de enviarte un mensaje con un texto divertido u obsceno acerca de monsieur V. F. C., o tan cruel que quemaría todos las naves entre nosotros, si es que yo no las había quemado ya. Pero cogerías el teléfono y, con la excusa de no llevar las gafas, se lo pasarías a V. F. C., le preguntarías quién era y luego se lo arrebatarías para volver a guardártelo en el bolsillo del abrigo: ¡*Printz!*

Me detuve en un charco de luz blanca con la intención de sentirme hechizado y purificado como la primera noche, pero no funcionó. Recité para mis adentros más versos de Leopardi en un intento de hallar solaz en ellos, sabiendo que si el consuelo no llegaba tal vez sí llegara la belleza, y que la belleza en aquella noche *noir* tan huraña también me serviría. Pero nada.

Entonces vi un taxi, lo paré y me refugié en la calidez reconfortante de la vieja tapicería y el tenue olor acre a curry y comino. Me hallaba en un mundo *noir* en blanco y negro y no me dejaban salir.

En cuanto el vehículo se puso en marcha pedí al taxista que me llevara a Riverside con la calle Ciento doce. Tendría que bajar hasta la Ciento cuatro para dar la vuelta, me explicó. ¿Me importaba? No, no me importaba. Lo único que quería era volver al lugar donde me había apeado del autobús, donde me había perdido la noche de la tormenta de nieve. La tormenta había durado toda la fiesta y de hecho no había terminado del todo cuando Clara me acompañó afuera horas más tarde. Y ahora regresaba al lugar en que las cosas se me antojaban seguras, por mucho que aquella otra noche me hubiera perdido. Solo yo y con dos botellas absurdas subiendo por la escalinata de la estatua de Samuel J. Tilden.

Cuando pasamos ante el edificio de Clara, alcé la mirada hacia su ventana para comprobar si ya había llegado, pero el taxi se acercó demasiado a la fachada y me resultó imposible ver nada.

Tras apearme eché a andar hacia el este por la Ciento doce, en dirección a Broadway, pero disfrutando del suspense, porque sabía adónde me dirigía aunque todavía no quería reconocerlo. Era, por cierto, el mismo trayecto que realizaría al cabo de dos días si decidía ir a la fiesta de Nochevieja de Hans: caminaría hacia la catedral, giraría a la derecha por Broadway, recorrería seis manzanas y por fin doblaría a la derecha en la Ciento seis. ¿Era eso lo que pretendía hacer esta noche? ¿O no era más que un rodeo para pasar ante su edificio o, mejor aún, toparme con ella cuando volviera a casa del bar?

¿Qué haces?

Dar un paseo por la nieve. O desahogarme.

¿Desahogarte?

Sí, aprender a soportar mi vida ahora que ya no estás en ella.

¿Que ya no estoy en tu vida?

Que yo sepa...

Que yo sepa, eres tú el que se ha largado, no yo.

Sí, pero que yo sepa...

Que yo sepa deberías irte a tomar viento. Si me topara con ella de camino a su casa, con toda probabilidad me toparía con los dos. Aun cuando él no subiera a su casa, la acompañaría hasta la puerta. ¿Se colgaría Clara de su brazo mientras caminaban? ¿Se acurrucaría contra su costado?

Como sabía que sucedería, al acercarme a la Ciento seis aflojé el paso. No quería que me vieran. Pero tampoco quería verlos. ¿Les habría dado tiempo de pedir otra ronda antes de irse del bar? De repente comprendí por qué me escondía (porque me estaba escondiendo, ¿verdad?): me daba vergüenza merodear por el barrio, acechar su edificio, espiarlos, espiarla. Acosador. A-co-sa-dor.

Si tenía que tropezarme con ella a esas horas, lo único que quería era que estuviera sola.

¿Qué te pasa?

No podía dormir. No quería estar solo. Eso es lo que pasa.

¿Qué quieres de mí? Palabras pronunciadas con impaciencia, compasión y fatiga.

No sé lo que quiero. Te quiero a ti. Quiero que me quieras con la misma desesperación que yo a ti.

¿Por qué la había dejado marchar por la tarde? ¿En qué estaría pensando? Una mujer entra en tu casa, te dice a la cara que le importas, te agarra por ahí y tú te quedas como un pasmarote.

Si daba la casualidad de que no estaba sola y tenía que toparme con ambos, proferiría un alegre «No podía dormir», me encogería de hombros y añadiría: «Iba al bar para ver si todavía os pillaba». Los imaginé muy juntos en la

acera frente a mí, cambiando miradas de incredulidad, los tres incómodos. Buenas noches, Clara. Buenas noches, *Manattán*. Y correría a casa, sabiendo que lo primero que querría hacer sería llamarla y decir: *Manattán noir, c'est moi*.

En la esquina de la Ciento seis con Broadway decidí caminar una manzana hacia el sur, girar por la Ciento cinco y volver a la Ciento seis por Riverside. Quería —o eso me dije— echar un último vistazo de despedida a su edificio, sobre todo por si no iba a la fiesta de Nochevieja. Podían pasar años antes de que volviera a pasar por allí, años y años.

Con todo, sabía que no era más que un pretexto para espiar.

En la calle Ciento cinco reinaba un silencio absoluto, las hileras de casas adosadas blancas parecían dormitar en otra época, en un mundo nevado en que había chimeneas, espitas de gas y establos ocultos. No habían retirado la nieve, que ofrecía un aspecto tan prístino y saludable como los pueblos de Rockwell en las noches nevadas.

En contraste, el gran edificio de Clara, cuando apareció en la esquina de la Ciento seis, mostraba el ceño fruncido, como si sus ventanas y frisos góticos conocieran mi paradero en la nieve y, como dos dobermans recelosos, yacieran en silencio, casi fingiendo dormir, vigilantes y dispuestos a abalanzarse sobre mí si daba un solo paso más. Entonces vi la luz de Boris y la puerta de servicio. Ignoraba dónde pasaba el rato el portero, pero, en cuanto nos acercábamos al portal por la noche, ahí estaba él para abrirle la puerta a Clara. Si no me andaba con cuidado, me vería. Alcé la vista y para mi sorpresa observé que todas las luces del salón de Clara estaban encendidas. Qué vergüenza espiarla de ese modo, me dije.

Así pues, debía de haber llegado a casa mientras yo caminaba muy despacio por Broadway. Eso significaba que habían tomado una copa rápida o que al final habían cambiado de opinión y se habían marchado del bar poco

después que yo. O quizá no había apagado las luces al salir por la mañana. ¿Era la clase de persona que dejaba las luces encendidas todo el día? No lo creía. Con toda probabilidad acababa de llegar y de encender las luces del salón. Tal vez estaba viendo la tele. A menos, por supuesto, que no estuviera sola.

Crucé la calle en la esquina de la Ciento seis con Riverside y me dirigí hacia el norte con la intención de atisbar las habitaciones situadas justo encima del salón. Las ventanas también estaban iluminadas, pero ignoraba si la luz se proyectaba desde el salón. Ni siquiera sabía si aquella hilera de ventanas pertenecía a su piso. Clara había olvidado enseñarme la casa después de ofrecerse a hacerlo. Probablemente yo había intentado no manifestar demasiada curiosidad ni demasiado interés, y mi tono indiferente a buen seguro la había disuadido. Recordé que incluso había deseado ver su cama, pero me había negado a demostrar que quería verla. ¿Hacía la cama todos los días o la dejaba sin hacer?

En la esquina de la Ciento siete tuve que tomar una decisión: o regresaba por Riverside o iba hacia Broadway para luego dar otra vez la vuelta en la Ciento cinco. El trayecto podía llevarme unos diez minutos a causa de la nieve.

Había algo relajante en el hecho de caminar. Me permitiría reflexionar, hablar mentalmente con ella, encontrar razones para ver cómo podía resolverse la situación algún día, aunque supiera que aquellos paseos rara vez aportaban respuestas, que nadie soluciona nada ni mucho menos ve nada a través de la niebla en que nos envolvemos, que lo único que consiguen los paseos es mantener ocupados nuestros ojos y nuestras piernas para así impedir a nuestra mente pensar. En ese momento, lo máximo de que me veía capaz era de pensar en pensar, lo cual significaba hundirme aún más en mí mismo, atenuar todo lo demás, incluidos mis pensamientos, lo que significaba

entregarme a lo que los demás llamarían ensoñaciones. Quizá todo aquello no se estaba yendo necesariamente al garete... Incluso pensar de aquella manera silenciosa y sin objeto era, como la amnesia y la afasia, una forma de sanar, en la que el cuerpo acude en auxilio de la mente y la entumece con toda delicadeza a fin de borrar uno a uno los malos pensamientos, como había visto hacer a la enfermera con el niño de la pierna ensangrentada, limpiando sus cortes con golpecitos delicados de la gasa doblada, mientras con las pinzas extraía fragmento tras fragmento de vidrio y los dejaba caer en una bandeja de plástico sin hacer el menor ruido para no asustar al niño. Lo único que quería mi mente era fantasear, porque las imágenes eran como plumas sobre un morado, mientras que los pensamientos fluían como yodo sobre una herida abierta. Ella y yo cuando hiciéramos las paces. Ella y yo juntos el día de Año Nuevo con aquellos amigos a los que quería presentarme. La última noche del ciclo de Rohmer, ella y yo juntos.

Ahora estaba caminando. Caminando para despedirme. Caminando para espiarla. Caminando para acercarme a las piedras que la habían visto crecer y lo sabían todo acerca de sus idas y venidas cuando era niña, cuando era una estudiante, cuando era Clara. Caminando para prolongar mi presencia en el mundo de Clara y no volver a casa y estar solo con mis pensamientos que ya ni siquiera eran pensamientos, sino gárgolas surgidas de un infierno monstruoso cuya existencia en mi interior desconocía hasta que las vi merodear a mi alrededor vestidas de hombres anuncio. Caminando, admitámoslo, con la esperanza de encontrar una puerta por la que entrar de nuevo en su vida. Caminando a modo de plegaria, de súplica y de penitencia. Caminando para rechazar el fin del amor, para negar lo evidente, destrozarlo paso a paso, fragmento a fragmento, asimilando su verdad en pequeñas dosis, como uno toma veneno para no morir.

Alcé la mirada y supe que estaba todo allí: miedo, anhelo, pena, vergüenza,

amargura, dolor y extenuación.

Mientras espiaba la esquina de su edificio desde Broadway, con una sola ventana iluminada, que sin duda era la habitación de la criada con vistas al parque Straus, se me ocurrió que, si bien nunca habría nada entre nosotros allí, quizá lo habíamos perdido todo allí, como si algo deseado vanamente hubiera conseguido convertirse en el recuerdo de algo perdido sin haber llegado a existir, un deseo con un pasado que nunca tuvo presente. Allí habíamos sido amantes. Una vez. ¿Cuándo? No lo sabía. Quizá siempre y nunca.

Enfilé la calle Ciento cinco una vez más, una calle plácida, serena, flanqueada de columnas blancas. Las casas adosadas me observaron con el ceño fruncido, recelosas.

¿Qué haces otra vez aquí?

Las luces de Clara seguían encendidas. ¿Qué demonios podía estar haciendo? ¿Debía buscar una sombra humana, dos sombras moviéndose tras las cortinas? ¿Se acercaría a la ventana cuando le sonara el móvil? Dime que no estoy espiando una ventana que no es.

¿Es de esas personas que duermen con las luces encendidas? ¿Y si deja las luces encendidas porque le gusta volver a casa y encontrarla iluminada, como hago yo a veces para olvidar que vivo solo? ¿O estaba yendo de una habitación a otra y esa era la razón de que tuviera todas las luces encendidas? ¿O tenía todas las luces encendidas porque detestaba la oscuridad cuando estaba sola y aquella era su forma de mostrar que estaba sola y lo detestaba?

De repente alguien apagó las luces. Se ha acostado. Una idea aterradora me surcó la mente. Se han acostado.

Pero en la calle Ciento seis advertí que la luz de la cocina seguía

encendida. ¿Quién se acuesta con un amante dejando encendida la luz de la cocina?

Nadie.

A menos que olviden apagarla en el calor de la pasión.

¿Qué hacía Clara?

¿Tomar un coñac? ¿Un ponche caliente? ¿Un tentempié? ¿Cuán fácil puede ser el contacto humano, cuán fácil ha sido siempre? ¿Por qué resultaba tan difícil con Clara?

La luz de la cocina aún me intrigaba.

¿Qué puede significar la luz en una cocina? ¿Cuántas veces enciendo y apago la de la mía antes de acostarme?

Y de repente se me ocurrió: Nunca sabré por qué estaba encendida la luz de la cocina a aquellas horas, y nunca volveré a ver esa cocina por dentro. De pronto la luz de la cocina se me antojaba un faro lejano, más cruel que la propia tormenta.

¡Boris!

Salió a la noche helada para acabarse el cigarrillo, permaneció unos instantes en la acera con la mirada perdida y arrojó la colilla lejos de sí. Me aseguré de que no me viera.

En cuanto volvió a entrar en el vestíbulo, crucé la calle y me hallé caminando hacia la Ciento siete.

No podía quedarme demasiado rato en la acera. Clara podía mirar por la ventana y pillarme con la mirada clavada en sus ventanas. A decir verdad, tal vez estuviera mirándome en aquel preciso instante. O quizá ambos. Así que apreté el paso. Sin embargo, al llegar a la esquina comprendí que no tenía adónde ir y, en lugar de recorrer el largo trayecto hasta Broadway y de vuelta, tomé Riverside muy despacio y una vez en la Ciento cinco me dirigí de nuevo hacia la Ciento siete, y así una y otra vez, adelante y atrás, fingiendo

que tenía mucho que hacer, sin darme cuenta de que no había un solo motivo en el mundo para que alguien recorriera Riverside Drive ocho veces con aire de tener mucho que hacer a esas horas intempestivas.

Mi *passacaglia*, le diría algún día, no el prelude de Leo ni tu zarabanda ni tus folías ni el adagio de Beethoven. Tan solo mi *passacaglia*, mi paso por aquí mientras perdía el juicio.

Debería llamarla, pensé. No para hablar, sino para recordarle que todavía no había salido de su vida. Dejaría sonar el teléfono una vez y colgaría. Pero me conocía: si la llamaba y descubría que no era tan difícil, me sentiría tentado de repetir la llamada. Era la clase de cosa que haría Inky. Tardar una eternidad en llamar la primera vez, llamar de nuevo al cabo de veinte minutos, luego cada cinco y por último sin parar. Si Clara quería hablar conmigo, si estaba sola, me devolvería la llamada. Y si no lo hacía era porque había apagado el teléfono o porque no estaba dispuesta a jugar a ese juego. Al final le pediría a él que cogiera el teléfono y dijera a quien estuviera al otro lado que se había ido a Chicago. *Dile que estoy en Chicago.*

¿Los habría alentado yo a acostarse juntos?

De pronto vuelven a encenderse las luces de su salón.

No puede dormir. Está furiosa. Está trastornada.

Debería llamarla, ¿no?

¿Y si sabe que estoy aquí abajo? Es de esas personas capaces de intuir algo así. Sabe que estoy aquí abajo ahora mismo.

Peor aún, ¿y si solo quiere que me obsesione con estos pensamientos, incluido el peor de todos, es decir, que no está pensando en mí?

Las luces se apagan.

Tan solo quedaba una tenue luz azulada junto a su ventana. ¿Una lámpara de noche? ¿Era Clara de las que usaban lámparas de noche? ¿O era una bombilla mortecina procedente de otra habitación? ¿La luz reflejada de algún

rótulo cercano quizá? ¿Una vela? Dios no lo quiera, una vela no, una lámpara de lava tampoco. ¡Clara Brunschvicg nunca tendría una lámpara de lava!

Ah, hacer el amor con Clara Brunschvicg a la luz de una lámpara de lava.
Pensamientos *noir, noir*.

Aquella noche no la llamé. A la mañana siguiente me despertó un suave repiqueteo contra la ventana, el sonido de la lluvia, tímido y vacilante, sin la histeria ni la convicción de un auténtico chaparrón, como lluvia en una tarde de agosto que puede parar en cualquier momento y devolver el mundo al estado de unos minutos antes. Tenía la sensación de que era por la tarde. No me habría importado despertar al cabo de seis meses. Que el tiempo se encargara de esto, no yo.

Había pasado una noche inquieta, tal vez con sueños extraños llameando en un erial llamado sueño, aunque no recordaba ninguno de ellos, solo su sabor colectivo, que persistía como columnas de humo en un paisaje arrasado tras un incendio. En un momento dado, hacia el amanecer, sentí en el pecho el mismo palpitar acelerado que me había hecho correr al hospital el día anterior. Pero debía de haberme dormido de nuevo. Si tengo que morir, que sea mientras duermo.

Por la mañana supe a ciencia cierta qué era. No me sorprendió; lo que me sorprendió fue su ferocidad, su persistencia obstinada en cada rincón de mi cuerpo. Imposible invocar ambigüedad, duda o nebulosa para darle un nombre más amable. Aquello no era un capricho, sino un mandamiento que debía de haber empezado en sueños y se había abierto camino de una pesadilla a otra para al final colarse en la luz matutina. La quería y no quería nada más en el mundo. La quería desnuda, con los muslos alrededor de mi cuerpo, su mirada en la mía, su sonrisa, hasta el último centímetro de mí hundido en ella. «Fóllame, fóllame, Printz, fóllame otra vez, y otra, y otra»,

había soñado que me pedía en una lengua que parecía inglés pero que bien podría haber sido farsi, francés o ruso. Era lo único que yo quería, y no tenerlo era como ver la vida escurrirse de mi cuerpo mientras en su lugar me inyectaban un suero falso en el cuello. Aquello no me mataría, yo no moriría, y todo seguiría como antes, y desde luego me sobrepondría, pero no tenerla era como beber y reír mientras veía cómo todas las personas con las que me había criado eran llevadas al cadalso y ahorcadas, y esperaba a que me llegara el turno sin dejar de reír.

Mi propio cuerpo aporreaba mi puerta, la abría con la truculencia obstinada de un delito a punto de cometerse, en el que yo era criminal y víctima, abre, abre, abre o echaré la puerta abajo, *Fóllame, fóllame, Printz, fóllame otra vez*, había dicho Clara, a lo que por fin contesté: Te follaré con todas mis fuerzas; solo tienes que empujarme, llevarme a hacer algo, hacer que te haga daño, como quiero que me hagas daño tú a mí, Clara, mucho daño, porque esta inmovilidad como de dos barcos amarrados a un muelle es como la espera de décadas y décadas en el corredor de la muerte. Haz que me entregue a ti como sé que debo y anhelo hacer desde que te besé y me rechazaste con un *No* que quiero oírte retirar con los mismos labios que besé aquella noche, retirar la maldición y escupirla de tu boca, y yo recogeré lo que escupas porque fue mío antes de ser tuyo.

Una parte de mí no deseaba reconocer nada de todo aquello ni ceder al impulso, porque ceder ahora equivaldría a permitir que el enemigo dictara las condiciones que lamentaría haber firmado aun antes de que la tinta se hubiera secado. Aquello no era como nuestra segunda noche, cuando cerrar los ojos e imaginar que Clara estaba en la cama conmigo había resultado tan fácil y natural que ni siquiera me molesté en ocultárselo al día siguiente. ¿Qué había sido de aquella franqueza? ¿Por qué ya no podía hablar con ella de ese modo? ¿Por qué, si teníamos tanto en común, mi cuerpo parecía tan paralizado,

aprisionado? Cuanto más la conocía, más reprimía mis impulsos; cuanto más reservado mi cuerpo, más confusas mis palabras. ¿Podía ser que, cuanto mayor me hacía, más inmaduro fuera? Ahora que sabía que apenas tenía nada que temer de los demás, me volvía tímido; la franqueza se tornaba más difícil cuanto más fluidas eran mis palabras. En la alquimia del deseo, cuanto más sabemos, menos tememos, pero cuanto menos tememos, menos osamos.

En la cama, con las palabras que ella había pronunciado en mis sueños resonando todavía en mis oídos, me sentía como si algo hubiera abierto las compuertas, hecho mofa de mis inhibiciones y anegado todos los sacos de arena que había intentado interponer entre nosotros. ¿Y qué si me rindo a ella? ¿Y qué si lo sabe? Lo primero que haré cuando me levante será decírselo.

Decidí llamarla. Mejor aún, le enviaría una foto de sir Lochinvar, gorra y pluma. Lo primero de la mañana, saludos cordiales, de proa a popa, de babor a estribor, todos a bordo, atención a nuestro *corvus*, les habla el capitán...

Llamarla y retomar las cosas donde las habíamos dejado dos noches antes.

Te anhelo.

¿Las personas aún se anhelan?

La verdad es que no.

Pues habla de otra forma.

Sé que querrás colgarme el teléfono, y tendrás razones de peso para hacerlo; sé que creerás que estoy borracho o que me he vuelto loco, pero háblame, no me cuelgues, dime que lo sabes, dime que lo sabes perfectamente, porque tú también estás pasando por esto, porque si lo sabes, entonces sé que cogerás esa risita áspera y borde que encierra tu alma y la desenredarás hasta que se suelte en hebras de pasión, plegaria y acción de gracias.

Me puse una almohada entre los muslos, pronuncié la palabra Clara, pensé

en sus piernas entrelazadas a mi espalda y enseguida supe, cuando ya no había vuelta atrás, que le estaba entregando mi vida, que le estaba regalando todas mis llaves a cambio de sus dientes, sus ojos, su hombro, sus dientes, sus ojos, su hombro, sus dientes, sus ojos, su hombro... En adelante no podría decir que no era nada ni que la mañana me había obligado a hacerlo.

Más tarde salí a la lluvia, compré tres periódicos, desayuné en mi concurrido restaurante griego y me dispuse a dar un paseo hasta Columbia, tal vez más lejos. Me gustan los días de lluvia, sobre todo los de lluvia menuda, un poco grises, pero en los que el cielo encapotado no crea una sensación de opresión sobre la ciudad. Me levantan el ánimo, tal vez porque son más oscuros que yo y por tanto me hacen parecer feliz en comparación. Era un buen día para dar un paseo. Sabía que carecía de sentido mirar el correo o esperar una llamada suya. No llamaría porque sabía que yo tampoco habría llamado, y yo no la llamé porque sabía que ella no lo haría. Pero sabía que ella había contemplado la posibilidad de llamarme porque yo también la había contemplado. Clara querría que yo tomara la iniciativa, aunque solo fuera para luego reprochármelo, razón por la cual no la llamaría y por la que ella tampoco me llamaría a mí. Eran aquellos pensamientos retorcidos y atormentados los que nos paralizaban y al mismo tiempo nos acercaban. *Pero qué listo, qué listísimos somos.*

Clara, eres el retrato de mi vida. Pensamos igual, reímos igual, somos iguales.

No, no nos parecemos en nada. Es el amor el que me hace decir esto.

Cuando llegué al parque Straus supe que no tenía el menor interés en continuar más allá, que aquella expedición a Columbia o más lejos de Columbia tan solo era un pretexto para entrar de nuevo en el mundo de Clara.

La nieve había empezado a derretirse en el parque Straus. Me detuve en el mismo lugar de la noche anterior; pero entonces sabía que era un ser

destrozado. Hoy no me sentía destrozado en absoluto. Por lo visto las cosas empezaban a mejorar, me dije, debía de estar curándome, superando lo peor. Qué voluble es el corazón humano. Estaba a punto de reprenderme por mi frivolidad cuando de repente vislumbré su ventana. Me embargó el pánico. Me dije que la herida que creía a punto de cicatrizar ni siquiera había sido infligida del todo y por eso no dolía demasiado. El cuchillo todavía no se había hundido hasta el mango, las cosas aún podían empeorar.

Atisbé la enorme planta que había visto en su salón unos días antes. En aquel momento apenas había reparado en ella. Recordé que Clara y yo habíamos estado hablando de Rohmer y Beethoven, ella sentada bajo las hojas de la planta, yo sin dejar de mirarla.

Decidí ir al centro. Cuando me disponía a cruzar la calle, un impulso repentino me hizo pasar por delante de la panadería y detenerme al ver que el escaparate estaba empañado. Me apetecía un cruasán, pensé. Había mucha cola, siempre había mucha cola a media mañana, sobre todo los días festivos.

Ese era el lugar de hacía dos noches. A fin de espolear el recuerdo de nuestro beso, me acerqué aún más al escaparate y, para no levantar sospechas entre los clientes, hice como si mirara para ver si había mucha cola, casi aplastando la nariz contra el vidrio. Clara estaba de nuevo conmigo. El misterioso balanceo de nuestras caderas era tan real para mí como entonces. Nada había cambiado. Me admiraba pensar que la panadería no solo recordaba la noche mejor que yo, sino que además, siguiendo la tradición de las grandes panaderías en días de fiesta, la recordaba para mí y me ofrecía el pedazo más tentador, el que escondía el talismán del rey. Uno podía conservar ese talismán durante toda la vida. Clara sería como una de esas enfermedades que sin duda pueden superarse, pero que dejan su marca en la piel y a veces te desfiguran por completo, a pesar de lo cual las consideras una bendición porque te han abierto el camino hacia Dios.

Si quería verla las semanas siguientes, lo más fácil sería venir aquí en lugar de merodear cerca de su edificio. O podía hacer ambas cosas, del mismo modo que la gente va al cementerio para visitar una tumba y, ya puestos, dejan también flores en la de otro difunto.

Abrí la puerta, entré en la panadería y cuando me llegó el turno decidí comprar una gran tarta de frutas. Acto seguido pedí además cuatro pastas.

—Ya me parecía que eras tú —exclamó una voz masculina.

Me volví; era un amigo al que hacía meses que no veía. Estaba desayunando con su novia en una mesita redonda.

—Te he visto mirar desde fuera y por un momento he creído que ibas a aplastar toda la cara contra el cristal.

Me presentó a Lauren. Nos estrechamos la mano. ¿Qué era de mi vida? Poca cosa. Había quedado para comer con unos amigos que vivían en la Noventa y cinco; de ahí los pasteles.

La idea de visitar a mis amigos se me había ocurrido después de comprarlos.

Había pasado casi una semana desde el día de Navidad y todavía no había comprado juguetes para sus hijos, añadí. ¿Cuántos años tenían los hijos de mis amigos?, me preguntó la novia, a quien a todas luces gustaban los niños. Dos y cuatro, contesté.

—Hay varias jugueterías a pocas manzanas de aquí.

¿Era maestra?

Negó con la cabeza.

Me la quedé mirando. Qué persona tan encantadora. *Hay varias jugueterías a pocas manzanas de aquí.* Una vida entera de amabilidad, dulzura y buena voluntad condensada en aquellas ocho palabras. Bromeamos acerca de comprar regalos para niños a los que apenas conocíamos. Lauren no llevaba bolso; tenía las manos hundidas en los bolsillos del abrigo,

abotonado de arriba abajo, y parecía tensa e incómoda. Por lo visto se había acabado el café hacía rato, y daba la impresión de que ambos se habían peleado.

—Nosotros vamos en esa dirección —aseguró ella—. Te acompañaremos. Me ayudarían a elegir los juguetes. ¿Me importaba? En absoluto.

Qué amable al ofrecerse a ayudar a un completo desconocido. Y entonces comprendí por qué no quería que me acompañaran y por qué se me había ocurrido el plan de visitar a unos amigos que vivían en la Noventa y cinco. Había comprado los pasteles con la esperanza de reunir el valor necesario para llamar a Clara y anunciarle que subía a su casa con una tarta y cuatro pastas.

Si no dejaba plantados a esos dos ahora mismo o les decía que había cambiado de idea, tal vez no fuera a ver a Clara en toda la mañana, tal vez no volviera a verla nunca y, quién sabe, quizá la vida tomara un rumbo completamente distinto por culpa de un par de juguetes y una mentirijilla inventada con una tarta de frutas en la mano. Como esos incidentes arbitrarios e insignificantes que determinan el nacimiento de una obra musical extraordinaria o el destino de un personaje en una película; una nimiedad, una mentirijilla sin importancia hace que la vida se salga de su órbita y dé un giro inesperado.

Ahí estaba yo, con una tarta y cuatro pastas, dirigiéndome a un lugar que no tenía intención alguna de visitar, a punto de comprar unos regalos que me traían sin cuidado.

Una vez en la juguetería nos dispersamos. A mi amigo le interesaban las bicicletas, mientras que ella se limitó a deambular por la tienda examinando cunas y mobiliario de bebé, las manos todavía hundidas en los bolsillos del abrigo. Me encontré junto a ella.

—Creo que deberías comprar un camión de bomberos —me aconsejó,

señalando uno expuesto en una vitrina.

¿Cómo es que no lo había visto? Lo tenía delante de las narices.

—¿Porque no ves bien, quizá?

—*Porque no veo bien, quizá.* La historia de mi vida, ¿no?

—¿Qué sabré yo? —contestó ella.

El enorme camión de bomberos era de plástico, con cantos redondeados y sin puntas, lo cual le confería un aspecto inofensivo pero involuntariamente cómico que con toda probabilidad no gustaría a un niño de cuatro años.

—¿Se mueve la escalera? —le preguntó ella al encargado.

—Tiene función rotatoria. Mire, señora —contestó él con un fuerte acento indio al tiempo que le mostraba cómo giraba trescientos sesenta grados—. Tenemos el mismo modelo sin la función rotatoria. Menos piezas, más resistente.

El hombre se alejó para atender a una mujer de cincuenta y tantos años y su hija embarazada. Llevaban pelucas idénticas. Querían comprar muebles, pero que no se los entregaran antes del nacimiento del bebé.

—Somos un poco supersticiosas —explicó la madre en nombre de la hija.

—Entiendo —aseguró él con la comprensión respetuosa de quien ha vivido siempre entre gente mucho más supersticiosa que ellas.

Volvió al cabo de unos instantes.

—Y bien, ¿lo quieren con función rotatoria o sin ella?

Para entonces, Clara ya se habría sentido tentada de imitar su acento indio, y juntos nos habríamos partido de risa y habríamos añadido algunas palabras a nuestra jerga clandestina. ¿Quieres ver una función rotatoria? Te enseñaré una función rotatoria aunque sea lo último que haga.

Con Lauren no estaba seguro de que fuera buena idea. Jugueteeé con la escalera rotatoria.

—¿Qué función crees que les gustará más? —le pregunté intentando con

toda la discreción posible arrancarle una carcajada.

Ella esbozó una sonrisa.

—Tú fuiste un niño de cuatro años, yo no.

—De hecho, creo que sigo siendo un niño de cuatro años.

—¿Qué sabré yo?

Por lo visto era su manera de reconocer otra tentativa apresurada de salvar la distancia entre nosotros, aunque no reaccionar del todo a ella. A continuación, probablemente al sospechar que tal vez se había mostrado impertinente sin pretenderlo, añadió:

—No eres el único. Casi ningún hombre pasa de los cuatro años.

Nos detuvimos delante del acuario. Advertí que Lauren observaba un pez muy plano con rayas de azules muy llamativos; parecía un lirio de pega a punto de florecer. Me pilló mirándola, apartó la vista y tamborileó sobre el vidrio con las uñas justo delante del pez. Este no se inmutó y siguió mirándola con fijeza. Lauren sonrió, lo miró con más intensidad y por fin se volvió hacia mí.

—No te quita los ojos de encima —comenté.

—Eso es una novedad —musitó casi distraída, con una sonrisa entre traviesa y melancólica que tal vez revelara más acerca del hombre con quien vivía que acerca de todos los peces del Pacífico.

Me la quedé mirando.

—¿Qué sabré yo? —pregunté sin poder contenerme.

Lauren se encogió de hombros y, aceptando mi pulla con ecuanimidad, siguió coqueteando con el pez, que de repente se puso nervioso.

—Oh, no, se ha ido —exclamó Lauren con fingida consternación.

Se volvió hacia mí como si buscara la confirmación de que en efecto acababa de suceder algo insólito y de que no habían sido imaginaciones

suyas. Sus dedos seguían sobre el acuario. Estaba absorta en sus pensamientos.

Si hubiera sido Clara, me habría embargado la pena y la habría besado, porque había algo increíblemente conmovedor en su tristeza.

—¿Puedo llamarte alguna vez? —pregunté.

—Por supuesto —respondió sin apartar la vista del acuario.

No estaba seguro de que me hubiera entendido.

—Quiero decir que si puedo llamarte.

—Por supuesto —repitió con el mismo aire distraído, como si dijera que ya me había oído, mientras buscaba peces más gordos.

Su número era muy fácil de recordar. El episodio no había durado más de diez segundos.

—¿Quieres mirar alguna otra cosa?

Negué con la cabeza y decidí comprar dos camiones con escalera rotatoria. El dueño de la tienda pidió a su hijo que envolviera las cajas para regalo.

—Envuélvelas por separado, Nikil, no juntas, juntas no, he dicho.

Yo estaba a punto de estallar en carcajadas e intentaba dominar el temblor de mis labios. Lauren debía de creer que sonreía de oreja a oreja por la alegría que los regalos proporcionarían a los dos niños.

—Imagina a esos niños cuando entres en su casa con dos paquetes enormes —exclamó.

Intenté recordar mi infancia. Un desconocido entra en el salón de la casa de mis padres con una caja envuelta para regalo unos días después de Navidad. No sé con certeza si la caja es para mí, de modo que contengo la emoción y corro a mi habitación. El desconocido confunde mi mutis con indiferencia o, peor aún, con arrogancia. Yo quiero que trate de sacarme de mi habitación, mientras que él quiere emoción y gratitud. Cuando ya no puedo aguantar más

y pregunto a alguien si la caja es para mí, me contestan que probablemente sí, pero que el invitado ya se ha marchado llevándose consigo el regalo.

—Puede que por eso nos guste tanto la Navidad. Saca al niño que llevamos dentro —comenté.

—¿Y eso es bueno? —preguntó ella.

—Es muy bueno.

Me gustaba mucho aquella mujer.

—Tengo ganas de llamarte —aseguré.

Se encogió de hombros con aire distraído, como si dijera que todos los hombres éramos iguales. No había una pizca de malicia en ella, a menos que el propio aire distraído fuera su manifestación más abstrusa. Era como si dijera: *Tienes ganas de llamarme, pero no me llamarás.*

—Llámame esta tarde. No tengo ningún plan.

Cuando mi amigo se reunió con nosotros, se mostró sorprendido por la rapidez con que habíamos conseguido elegir y comprar dos regalos. Rodeó con el brazo los hombros de Lauren, que se limitó a hundir de nuevo las manos en los bolsillos del abrigo y clavar la mirada en el suelo. Qué mujer tan complicada, pensé. Y a renglón seguido me corregí: tal vez no era en absoluto complicada; tal vez era la más franca de los tres. Tal vez Clara lo fuera también. Era yo el que necesitaba que fueran complicadas, quizá porque ver astucia en ellas me permitía acercarlas más a mí, suponer que hablaban mi mismo idioma y que yo podía hablar el suyo.

Unos minutos antes, mientras esperábamos a que envolvieran los regalos, nuestras manos se habían tocado sin querer sobre el mostrador. Ella no apartó la suya, yo no aparté la mía. Cualquiera habría pensado que ambos estábamos fascinados por los camiones de bomberos.

Nos separamos en la siguiente manzana. Vi a Lauren coger la mano de mi

amigo mientras caminaban por la nieve enfangada para cruzar la calle antes de que cambiara el semáforo.

Sin embargo, le pondría los cuernos sin vacilar, me dije pensando en Clara, que, pese a los besos en la fiesta, no paraba de contar a amigos y desconocidos con qué facilidad había dejado a Inky. Estaba seguro de que hacía lo mismo conmigo: lloraba a mi lado mientras escuchábamos a Händel, me invitaba a tomar el té, quería que pasara la noche con ella, pero luego se largaba «al centro» sin pensárselo dos veces.

No era el más indicado para reprochárselo.

Al llegar a la Noventa y cinco me invadió una indecisión insoportable. ¿Por qué molestarme en ir? ¿Acaso me habían invitado? No lo recordaba, pero daba por hecho que siempre era bienvenido en aquella casa. Comería con ellos aunque ya hubieran empezado sin mí. Daría los juguetes a los niños. Comeríamos pastel. A las cuatro llamaría a Lauren. Unos días antes había planeado presentar a Clara a Rachel y sus amigos, abrirle las puertas de mi vida una a una. Telefonaría a Lauren a las tres..., para desterrar a Clara de mi mente.

Antes de llamar a la puerta de la casa de ladrillo oí el bullicio en el interior. Incluso oí el sonido del timbre y el efecto que surtía. Primero silencio, luego pisadas y al poco saludos efusivos. Un desconocido con regalos. Me recordó a mi infancia.

Tenemos muchísima comida. Y un montón de alcohol.

Rachel salió de la cocina para darme un beso. Su hermana anunció que me prepararía un plato con un poco de todo. Una pareja india había traído un estofado que estaba de muerte, y quedaba mucho.

Yo llamaba a aquella casa el Hermitage, porque tenía algo bueno, puro, aunque nunca se sabía a ciencia cierta quién vivía allí, quién no, quién se había quedado a dormir, quién estaba de paso. Siempre había un montón de

comida, siempre amigos nuevos, niños y todo un zoo de animales domésticos, risas, compañerismo y conversación. Qué alivio entrar en aquel refugio y volver a ver a todo el mundo, como si visitara a un amigo enfermo, como si solo pasara a recoger algo o pedir prestado un libro, y restablecer el contacto.

A veces paso por delante de la casa en taxi y no paro. Solo miro el ventanal del comedor para asegurarme de que todo va bien. Siempre veo a alguien sacando algo de la cocina y, alrededor de la mesa, a varias personas sentadas, buenos amigos. En cierta ocasión incluso vislumbré dos botellas de vino blanco que habían puesto a enfriar en el alféizar. Era yo quien les había enseñado ese truco, que a su vez me había enseñado mi padre. Después de que les robaran las botellas, Rachel decidió que en adelante las meterían en la nevera.

Como de costumbre, fui derecho a la cocina, donde me sentía a salvo y tenía tiempo de aclimatarme y acostumbrarme a rostros que llevaba algún tiempo sin ver. Encontré un enorme pepino sin cortar y de inmediato me lo embuté en los pantalones.

—Meten en la cárcel a los tíos que la tienen tan grande —comentó Rachel.

—Y eso que está en reposo —repliqué, lo cual hizo a reír a todos los presentes.

—Ya se están peleando otra vez —observó alguien.

—Deberían divorciarse —señaló Rachel—. Mira que son idiotas.

—¿Quién es idiota? —preguntó su hermana.

—Yo —contestó el hombre que estaba discutiendo con su mujer al entrar en la cocina a por un vaso de agua—. Yo soy el idiota. Yo. Soy. El. Idiota. ¿Lo veis? —Se dio de cabezazos contra la pared—. El más idiota del mundo.

La esposa lo siguió a la cocina.

—Al menos nadie te lo oculta.

—¿El qué?

—Que eres idiota.

—Sois aburridísimos —intervino el ex marido de Rachel, que ya estaba preparando la cena—. ¿No podemos al menos aparentar que seguimos siendo amigos? Mañana es Nochevieja, por el amor de Dios.

Rachel estaba cortando la tarta que yo había llevado. Se volvió hacia mí en cuanto todos los demás salieron.

—Quiero que seas amable con los Forsham —me advirtió con tono de reproche.

—Yo siempre soy amable.

—Sí, pero sé que soltarás alguna impertinencia, aun sin querer. Los imitarás o te burlarás de su hijo. Sé que algo harás.

Clara me habría animado a hacerlo. Los Forsham siempre aparecían los domingos. Yo los llamaba los Conyugales y el Frente Unido del Encanto Matrimonial. Ella hacía de poli malo y él de superpoli. Ella nunca se equivocaba, y él era perfecto.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? —me preguntó Rachel mientras colocaba cosas sobre una gran bandeja. En aquel momento entró Julia—. Pregúntaselo.

—¿Que le pregunte qué?

—Pregúntale dónde se ha metido toda la semana y por qué no coge el teléfono.

Decidí hablar a Rachel de Lauren para no mencionar a Clara. Pero a medio relato me indicó que la siguiera al salón, donde me pidió que volviera a empezar.

—¿Que se lo cuente a todos, incluso a los que no conozco?

—Incluso y sobre todo a los que no conoces.

Sabía que era mi castigo por no haber prometido portarme bien con los

Forsham. También era el precio que debía pagar por haber desaparecido del mapa, me dijo. Me encantaba que me pusieran en ridículo.

Escucharon la historia sobre la tienda de juguetes y se rieron cuando imité al dueño diciendo «función rotatoria».

—¿Así, sin más? ¿Solo por su forma de dar golpecitos en el acuario? —preguntó alguien.

Tabaleó sobre el vidrio con dos dedos, el índice y el medio. Me entraron ganas de besarla.

Rachel estaba sirviendo porciones de tarta. Me había pedido que trajera dos termos de café. En el centro de la sala había una gran fuente de cristal con una rosca de gelatina aún sin cortar para los niños. La gelatina temblaba cada vez que alguien daba un paso.

—¿Qué acuario? —quiso saber la señora de Forsham.

—La chica a la que ha conocido.

—¿A qué chica ha conocido en qué acuario? —preguntó el marido.

—¿Cuándo piensas llamarla? —inquirió otro.

—Hacia las tres.

—¿Quieres que te echemos una mano?

—No, gracias.

—¿Podemos escuchar? Prometemos estar muy calladitos.

Me encantaba que me tomaran el pelo.

Julia me trajo un plato con toda clase de sobras. Gita, la señora india, insistió en que me sirviera más *biryani*. Llevaba un sari sobre los vaqueros. Su marido estaba enseñando a su hijo de cinco años las escalas musicales en el piano. Me senté en un taburete bajo, con la espalda apoyada contra el enorme televisor, me puse el plato cuadrado en el regazo y empecé a comer. Alguien me trajo una copa de vino tinto. Toma, dijo Rachel arrojándome una servilleta de tela doblada. Me encantaba aquello.

Uno de los invitados se puso a hablar del ciclo dedicado a Rohmer que echaban en el cine de la esquina. Terminaba aquella noche. Decidí no decir nada porque sabía que si empezaba tendría que soltarlo todo acerca de mis noches con Clara. Al principio no sospecharían nada, pero pronto se olerían algo y empezarían a acosarme con preguntas y mis evasivas no harían más que delatarme. Y por eso seguirían insistiendo. Que fue exactamente lo que ocurrió cuando Julia recordó que me encantaba Rohmer. Así es, dije con la mirada clavada en la comida. ¿Había visto alguna película del ciclo? Sí. ¿Cuál? Antes de que pudiera responder «Todas», el señor Forsham dijo que una vez había visto una película de Rohmer y aún no entendía a qué venían tantos aspavientos. No le gusta a todo el mundo, señaló Julia, que de pronto recordó haber visto una película de Rohmer conmigo unos años antes. Intenté cambiar de tema. La señora Forsham consideraba retorcido y enfermizo desear tocar la rodilla de una menor. Su marido se mostró de acuerdo.

—Le gusta la rodilla más que la mujer —afirmó—. ¡Qué fetichista!

—Exacto —convino su esposa—, es fetichista.

Julia pasó por alto el comentario y ordenó al hijo de los Forsham que no tocara la gelatina a menos que fuera a comérsela, en cuyo caso tendría que pedir permiso. En la cocina me lo había descrito como el niño más repelente del mundo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó volviéndose hacia mí tras lanzar una segunda mirada amenazadora al niño—. Podríamos haber ido juntos.

—Lo decidí en el último momento —aseguré.

¿Pensaba ir esta noche? No, contesté asombrado por la absoluta falta de vacilación con que mentía a una mujer que era una de mis mejores amigas.

—Podrías ir con Lauren.

La idea no me desagradó. Me excusaba de pensar que solo podía ir con Clara. Si Clara iba esa noche, me vería con Lauren, y si no con Lauren,

entonces con amigos, y a decir verdad me apetecía más estar con amigos que con una Clara borde que me recordaba una y otra vez lo poco que me necesitaba, con todos los amigos y hombres que había en su vida, con todas sus idas y venidas a lo largo y ancho de Manhattan, que me hacían sentir como un planeta lejano e insignificante degradado de satélite a asteroide hosco. Quién sabía qué contaba de mí a sus amigos. ¿O era como yo y no había dicho una palabra a nadie por temor a que la tenue llama de la amistad se apagara con el más mínimo aliento de un chisme? No decir nada, sonreír y a otra cosa. No decir nada porque te mueres de ganas de contárselo a todo al mundo pero temes que nadie lo entienda, aunque si lo entendieran significaría que no había nada especial que entender. No decir nada porque no quieres ver adónde se va la esperanza, y cómo pierde su esplendor y, cual un meteorito cayendo en picado a la tierra, se estrella en los pliegues oscuros y desolados de la tundra siberiana. No decir nada porque los dos estábamos dispuestos a afirmar que no había nada.

Sin embargo, Clara quedaría destrozada al verme con Lauren en un lugar donde ambos sabíamos que nos veríamos si todo lo demás fallaba. Aquello era sagrado.

¿O se echaría a reír con tal fuerza que más me valía pensármelo bien antes de ir al cine con Lauren?

Y de pronto pensé que Clara bien podía presentarse en el cine con otra persona. La idea me sumió en una angustia instantánea y me imaginé precipitándome a un abismo de furia y desesperación. ¿Qué podía decir si la veía con otro hombre? Apoyada en su hombro una vez que hubieran tomado asiento. O juntos en la entrada, tomando café, intentando decidir dónde se sentaban, charlando con Phildonka del *diempo amerricano*.

¿Y dónde estaría yo?

Para combatir aquella nueva oleada de ansiedad se me ocurrió un término

medio brillante: estaría dispuesto a renunciar a ir con Lauren a condición de que Clara no apareciera en el cine con otro hombre.

La idea acudió a mi mente en el momento en que imaginé a Clara poniéndose en mi lugar e intuyendo que con toda probabilidad esa noche querría ir al cine con otra mujer. No obstante, sin duda adivinaría que yo renunciaría a ir con otra mujer si ella accedía a no ir con otro hombre. La imaginé intentando resolver aquel lío, devolviéndome la expresión con una sonrisa distraída al comprobar que también en esto coincidían nuestros pensamientos. Todas aquellas elucubraciones me excitaban. Pensar que ella estaba pensando lo que yo estaba pensando, y disfrutando de ello como yo disfrutaba, me recordó nuestro abrazo delante de la panadería a las tres y pico de la madrugada. Quería estar con ella ahora, los dos medio desnudos en algún dormitorio de la planta superior de la casa de Rachel, tropezando con los camiones de bomberos antes de cerrar la puerta con llave. Fóllame, fóllame fuerte, más fuerte, más fuerte aún.

Quizá no llamara a Lauren a fin de cuentas.

—¿Por qué no?

—Dame el número de la tal Lauren, que ya la llamo yo —intervino alguien.

—¿Para decirle qué?

—Para empezar, que aquí siempre es bienvenida. Siempre hay un plato, una cuchara, un cuchillo y un tenedor para los nuevos amigos.

Cómo me gustaban aquellas palabras: *Un plato, una cuchara, un cuchillo y un tenedor*. ¿Qué haría yo sin ellos?

En tiempos yo también había sido un desconocido en aquella casa. Tal vez Rachel dijera a Julia exactamente lo mismo respecto a mí: *Dile que siempre habrá un plato, una cuchara, un cuchillo y un tenedor para él aquí*.

Clara tenía razón: los demás eran importantes; a veces son lo único que nos

separa de la zanja. ¿Por qué no se me había ocurrido a mí esa idea, la de que los demás eran importantes? ¿Por qué tenía que pescarla en un lago helado?
Un plato, una cuchara, un cuchillo y un tenedor.

Ojalá aquellas palabras estuvieran dirigidas a Clara.

—Estás muy callado, y no me gusta nada —señaló Rachel, rompiendo con otra de sus pullas el silencio que me envolvía.

—Estoy comiendo —contesté. Quería darle a entender que si estaba callado era para evitar decir algo desagradable a los Forsham.

—Hoy estás rarísimo. Ocultas algo, lo sé —insistió Rachel.

—¿Y?

—Creo que deberíamos mantearlo.

—Que alguien traiga una manta.

El hijo de cuatro años de Rachel, cuya lealtad creía haber comprado con el camión de bomberos, fue el primero en subir por la escalera a toda velocidad. Volvió con su mantita de metro por metro y medio.

Alguien insistió en buscar una manta de verdad.

—Vale, lo contaré todo —exclamé.

Fue entonces cuando comprendí que lo que más quería ahora mismo era hablar a todos, incluidos los Forsham, de Clara; hablar al mundo de aquella mujer que con dos palabras pronunciadas seis días antes había removido mi universo hasta convertirlo en gelatina.

El ex de Rachel volvió a llenarme la copa de vino.

Bebí un sorbo y guardé silencio unos instantes porque no sabía por dónde empezar.

—Hay una persona —dije por fin—. O al menos había una persona. Creo que ya no.

—Una mujer fantasma. Me encanta. ¿Qué más?

—Nos conocimos en Nochebuena.

—¿Qué más?

—Nada más. Hemos salido unas cuantas veces. No ha pasado nada. Eso es todo.

Silencio.

El ex de Rachel: ¿Le robaste las joyas?

La señora Forsham: Vaya pregunta.

Yo: No, aunque ella se ofreció a enseñármelas.

El ex: ¿Y?

Yo: Lo dejé para otro día.

Un hombre llamado David: Está loco.

Otra vez el ex: Pero ¿te gusta?

Mi respuesta me sorprendió: Muchísimo.

Julia: Bueno, ¿y qué defecto tiene?

Yo: Es caprichosa, arrogante, borde, cáustica, desagradable, peligrosa, puede que perfecta.

El ex: Auguro un invierno muy largo. Vete a la cueva, ábrete sésamo, roba las joyas y ocúpate de los ladrones.

Un momento de silencio.

Rachel: ¿No vas a llamar a Lauren?

Yo: No voy a llamar a Lauren.

Rachel: Eso no está bien.

Más tarde decidimos sacar a pasear a los perros. Eché a andar con Rachel hacia el parque y le hablé de mis noches con Clara después del cine, las horas en el bar, nuestros bailes junto a la gramola, el regreso por el parque Straus, las noches en que me convencía de que todo estaba perdido, el vuelco del corazón cuando se demostraba que me equivocaba, la noche en que la vida te lo regalaba todo para luego arrebatártelo.

Entramos en el parque, como siempre que salíamos todos juntos, y nos dirigimos hacia las pistas de tenis y el edificio del club de tenis, que a aquella hora de la tarde ya aparecía sumida en la oscuridad, y cuyas dos minúsculas lámparas apenas iluminaban el camino hacia el puente que conducía al lago helado. Si el hielo empieza a resquebrajarse, sentiré el deseo de salir corriendo, de estar en otra parte. Pero ya estábamos en otra parte, perdidos en un bosque invernal, lejos de los altos edificios de la Noventa y tres y Central Park Oeste, sumergidos en los paisajes invernales de Corot, donde el crepúsculo había emborronado los colores hasta convertirlos en pálidos tonos terrosos en el mismísimo corazón de Manhattan. Otro país, otro siglo, nuestros dos perros correteando por una pequeña ciudad de provincias francesa. Aquella parte de Manhattan nunca me había visto con Clara y no debería recordármela. Sin embargo, puesto que me recordaba a lugares que Clara y yo habíamos evocado en la terraza aquella primera noche, mi mente se vio de inmediato atraída hacia ella. Sería agradable *ir a Francia* desde allí. Andar por la Noventa y cinco, comprar algo de comer por el camino y llegar con tiempo de sobra. Quería que estuviera con nosotros ahora. Esto no era otra parte en absoluto. El escenario era el adecuado, pero no la obra ni los actores.

—Lo único que hice fue no acostarme con ella —expliqué.

—¿Por qué?

—Porque por una vez no quería precipitarme. Quizá deseaba que lo nuestro fuera diferente. No quería que fuera vulgar. Quería que el romanticismo durase un poco más.

Rachel me escuchaba.

—¿Qué viene después del cortejo? —le pregunté.

—Quién sabe. Además, no soy la más indicada para responder a eso.

Sin duda debí de lanzarle una mirada atónita.

—Volvemos a estar juntos —explicó—. Fuimos amigos, nos casamos, nos divorciamos, volvimos a ser amigos... y ahora quiere que nos casemos.

—¿Y tú?

—No me desagrada la idea.

Rachel balanceó la correa de los perros, ahora sueltos, cruzó los brazos y con la punta de la bota propinó una leve patada a un montoncito de arcilla.

—Puede que sea buena idea —añadió. No era proclive al entusiasmo, de modo que en su caso aquellas palabras podían ser la más efusiva de las aquiescencias—. ¿Qué crees que estará haciendo ahora mismo nuestra mujer fantasma? —me preguntó desviando la vista cuando yo estaba a punto de expresar mi opinión.

—No lo sé. Puede que esté con amigos. O con otro hombre. ¿Quién sabe? En todo caso es seguro que no está sentada en casa esperando mi llamada.

—¿Habíais quedado en que la llamarías?

—No. No nos llamamos. Nos movemos por impulsos, todo muy despreocupado e improvisado.

—¿Qué vas a hacer?

—No sé si puedo hacer algo.

—Pero tienes que hacer algo.

No dije nada. Me habría encogido de hombros, pero sabía que Rachel también me calaría si lo hacía.

—No sé qué había entre nosotros. Al principio creí que ella no quería nada, luego que quería amistad, luego que quizá quería mucho más pero no estaba segura, y ahora somos como desconocidos.

—Y entiendo que tú sí sabes lo que quieres —masculló con ironía.

—Creo que sí.

—Crees que sí. Probablemente ella tampoco sabe por qué has salido con ella. Creo que está muy interesada, como tú. Quiere amistad, quiere amor, lo

quiere todo y no quiere nada. Como tú. Nada de lo que hagáis estará malo, aunque no hagáis nada. De todas formas, no deberías haberla rechazado. Trata de arreglarlo antes de que sea demasiado tarde.

Hice una mueca como si le preguntara cómo demonios pretendía que lo arreglara.

—Mira. Puede que ella no quiera acabar con lo vuestro todavía. O que quiera terminarlo antes de que se agrie. En cualquier caso, tienes que llamarla.

Para entonces ya habían reaparecido los dos perros. Los demás invitados se acercaban a nosotros. El señor Forsham había encendido una pipa.

—La mujer fantasma —repitió Rachel—. Me gusta. —Y después de pensárselo un momento agregó—: ¿Me haces un favor? Ve a ese árbol, donde nadie pueda oírte, saca el móvil y llámala.

—¿Para decirle qué?

—¡Lo que sea!

—Seguro que no lo coge.

—¿Por qué?

—Porque es lo que yo haría si ella me llamase.

—Llámala —insistió con impaciencia.

Se puso a acariciar a sus collies.

Avancé unos pasos sobre la tierra fría y dura, alejándome de Rachel en dirección al árbol que ella acababa de señalar. Allí, en contra de lo que me dictaba el sentido común, haría la llamada en cuanto me hubiera cerciorado de que nadie podía oírme. Solo quería llamarte, diría. Un silencio brevísimo. Un silencio angustioso. ¿Solo querías llamarme?, repetiría ella. Bueno, pues ya has llamado.

Oiría muchas voces de fondo. Clara estaría en el puerto, la comida debía de haberse alargado. ¿Acaso creía que la encontraría en casa haciendo calceta?

¿Dónde estás? ¿Cómo estás?

¿Que cómo estoy? ¿Es eso lo que me preguntas? ¿Cómo crees que estoy?

Nos costaría oír la voz del otro. O fingiríamos no oírla. En cualquier caso, los cortes en la línea contribuirían a disipar la tensión entre nosotros y conferirían un brío titubeante a nuestras palabras. Ella estaría en el puerto. ¿Dónde estaba yo? En el parque. Qué típico de nosotros, diría yo, uno en el parque Riverside y el otro en Central Park. Eso podría romper un poco el hielo. Me aburro como una ostra. ¿Tú también, Clara?, le preguntaría. Sí, muchísimo. ¿Éramos sinceros o tan solo exagerábamos para mostrar que queríamos estar juntos? ¿Quería ir? ¿Quería ella que fuera? Solo si yo quería. Dame la dirección. Clara no sabía la dirección, pero estaba en el puerto deportivo a la altura de la Setenta y nueve. Tendría que llamarla cuando estuviera cerca para que alguien saliera y me abriera la verja.

—¿Has dejado un mensaje al menos? —preguntó Rachel cuando le dije que no había podido localizar a Clara.

—Sí.

—Así pues, si no te llama, sabremos a qué atenernos.

—Supongo. —No debí de resultar convincente.

—¿De verdad le has dejado un mensaje?

La miré a los ojos.

—No.

—Eres la pera. Volvamos a casa. He encontrado un té superaromático de Sri Lanka. Y tenemos muchos pasteles.

Ya había caído la noche.

Cuando Rachel abrió la puerta, percibimos el olor del estofado de ternera al vino. Su ex que ya no era su ex estaba sentado a oscuras, viendo un programa en el canal de historia y tomando bourbon. Dijo que le parecía que

habíamos llegado demasiado pronto. A la porra el té, tomemos una copa, propuso alguien. Corrimos el mueble bar situado junto a la librería, aparecieron vasos, botellas, tentempiés, entre ellos mis preferidos, pistachos tostados con especias picantes. Alguien puso un CD, incluso los Forsham resultaban una compañía agradable. Empecé a pensar que me aguardaba una velada prometedora. Tras un día renqueante que había amenazado con encaminarse hacia un abismo profundo con el más oscuro pedregal en el fondo, aquello se estaba convirtiendo en una noche que podía alargarse hasta la madrugada y ser tan deliciosa y cálida como si Clara hubiera asegurado que aparecería y estuviera a punto de llamar al timbre. Habría sido fantástico que Clara viniera. De pronto pensé en las siete y diez. Quedaban menos de dos horas para las siete y diez. Aún estaba a tiempo de tomar una decisión. ¿Y si la llamaba?

No, no iba a llamarla. No vuelvas a preguntarlo.

Sin embargo, después de tomarme un whisky ya no recordaba por qué había postergado el momento de llamarla, por qué había titubeado siquiera. Fui a la despensa y saqué el móvil. Tenía las mejores intenciones, me dije. Solo quería pedirle que viniera a cenar. Lo más sencillo del mundo.

Cogió el teléfono tal como había imaginado.

—¡Dime!

Le dije que estaba con unos amigos y que me encantaría que viniera a tomar una copa. No le hablé de la cena por miedo a ahuyentarla.

—No puedo.

Me pilló desprevenido. Decidí jugar mi única baza.

—Me aburro. Me aburro como una ostra. Me muero de ganas de verte. Di que vendrás.

—Siento que te aburras. Pero no puedo. Tengo planes.

Sin disculpas, sin explicaciones, sin aparentar siquiera que lo lamentaba.

Dura, glacial, pétrea.

—Qué lástima —dije.

De ese modo pretendía arrancarle una sonrisa a su voz, pero Clara no reaccionó. Su voz carecía de calidez y sentido del humor. Sus palabras eran inexpresivas, el silencio de una cobra que acaba de morder y observa a su víctima para cerciorarse de que se desploma.

No sacó el tema de las siete y diez. Yo tampoco.

La conversación no duró más de medio minuto. Me dejó noqueado. Noqueado era peor que dolido, peor que desairado, rechazado, insultado o sencillamente obviado. Estar noqueado era como estar paralizado, no servir ya para nada, estar destripado, convertido en chatarra, en un zombi. Apagué el teléfono. No quería albergar esperanzas, no quería creer que podía esperar algo bueno de aquel teléfono. Nunca habría otras llamadas. Me lo tenía bien merecido.

Cuando crucé el comedor camino del salón, vi que la gran mesa rústica ya estaba puesta, con su habitual surtido de platos y vasos dispares. Recordé que había querido pedir que añadieran un plato para otra invitada. Luego había salido para llamar a Clara. ¿Es esta la invitada?, habría preguntado Rachel. Sí, la invitada. No le había dicho su nombre a nadie. ¿Y dónde la sentamos? ¿Enfrente de ti? Me encantaba la ironía de Rachel, pero la mesa nunca vería a Clara. Clara nunca vería a Rachel.

Aquella noche, después de la cena y del segundo paseo con los perros, me puse a caminar Broadway arriba. Al llegar a la Ciento seis me detuve, luego di una vuelta a su manzana y después otra, por si acaso. Las luces de su casa estaban apagadas, tanto la primera vez que pasé como la segunda.

Durante un rato pensé en el hombre que había jurado permanecer mil y una noches sentado ante la ventana de su amada, pero que en la noche que hacía

mil una no se presentó adrede. Era su modo de desairarla, de desairarse a sí mismo, como si el desaire y el amor, su compañero de lecho, estuvieran enroscados cual dos serpientes que muerden la mano que les da de comer, una con veneno, la otra con su antídoto; el orden carece de importancia, pero las mordeduras deben ser dos y ambas duelen.

Octava noche

«Phildonka Senioralásiento, di hola.»

Cuando por fin encendí el teléfono aquella noche, el buzón de voz me dijo lo que ya sabía de Clara desde el principio pero me negaba a aceptar: que todo cuanto pensara de ella siempre sería erróneo, pero que saber que me equivocaba también era un error. Clara pertenecía a otra especie. O quizá yo pertenecía a otra especie. O los dos, lo cual explicaría por qué íbamos a la par en cuestiones nimias y atemporales, pero parecíamos incapaces de conectar cuando se trataba de afrontar la vida cotidiana.

«Phildonka Senioralásiento, di hola —empezaba su mensaje, con rastros de travesura reprimida en su voz, como si hubiera gente riendo a su alrededor y hubiera cubierto el auricular con la mano para impedir que los oyera. A esas alturas ya sabía que aquel era su modo de subrayar la comicidad del momento y así transmitir una especie de alegría y brío—. Me miró con cara de malas pulgas hasta que le dije sepuedesaberquemirastío. El pobre se puso tan nervioso que me tiró todas las palomitas encima. Deberías haberlo visto disculparse, los ojos fuera de las órbitas, arrepentido, pero sin dejar de mirarme boquiabierto. —Un momento de silencio—. Y sí, por si te lo preguntabas y aún no lo has adivinado, esta es mi forma sutil de decirte que yo, Clara, he *ido a Francia* la última noche del ciclo de Rohmer, mientras que tú, Printz... Bueno, no tengo ni idea de adónde has ido ni qué has hecho después de llamarme. Phildonka te envía saludos. —De nuevo un intento de recurrir al humor—. Por descontado, estoy muy *très* dolida. Y lo curioso... —La oí fumar, de modo que debía de llamarme desde casa—. Lo curioso es que te he llamado apenas media hora después de hablar contigo para decirte

que iría a tomar una copa. Así que, sí, lo siento, pero a ti se te debería caer la cara de vergüenza.»

A continuación otro mensaje. «Por cierto, te he llamado un millón de veces, pero aquí el señor ha vuelto a apagar el teléfono.»

Examiné la pantalla con más detenimiento y comprobé que, en efecto, había llamado un millón de veces.

Un tercer mensaje: «Solo quería decirte que sé que anoche te enfadaste. Lo siento. Me voy a la cama, así que no llames. O llama si quieres. Allá tú».

La puñalada y la caricia. Nunca la una sin la otra. Veneno y antídoto.

Aún me esperaba otro mensaje en el buzón de voz cuando salí del ascensor. Había llegado una hora después que el anterior.

«O sea que no vas a llamar. Genial.»

Me hizo sonreír.

«Esto es peor que la adicción a la heroína.»

Al cabo de unos segundos había vuelto a llamar y colgado sin decir nada. Luego otra vez. Por fin otro mensaje.

«Lo que quería decirte es que no llames. Pensándolo bien, no me llames en absoluto.» Silencio. Suficiente ambigüedad para que yo albergara una sospecha vaga, pero sin sucumbir al pánico..., hasta que se me ocurrió que tal vez quería decir que no llamara nunca más. «Eres patético», añadió sin que viniera a cuento.

Y, como siempre, silencio. Supe que había colgado. Era su último mensaje. Todo mi ser, toda nuestra semana juntos se resumían en una sola palabra: patético. De repente me sentí de nuevo noqueado.

Patético cayó sobre mí como una maldición ancestral que una vez formulada no puede deshacerse, superarse ni olvidarse. Te persigue, encuentra su objetivo y te marca de por vida. Descenderás al Hades con la herida aún abierta: *Patético*.

Soy patético. Eso es lo que soy, patético. Tiene razón. Con un solo vistazo ya se sabe: patético. Lo disimula bien, pero tarde o temprano sale, y una vez que lo has visto, lo ves por todas partes, en su cara, en su sonrisa, en sus zapatos, en su forma de morderse las uñas... Patético.

Como siempre, Clara había dicho la última palabra.

Intenté hallar fallas en la evaluación que había hecho de mí mientras abría la puerta y contemplaba mi patético piso con su patética luz del dormitorio siempre encendida para permitirme imaginar que había alguien en casa, esperándome, y que en cualquier momento saltaría descalza de la cama para saludarme con un *¿Se puede saber dónde has estado?* Patético porque necesitaba aquella fantasía para que la llegada a casa me resultara más fácil. Patético porque la persona que deseaba que apareciera ataviada con mi camiseta del pijama y sin los pantalones era la misma que acababa de pasar de mí. Patético porque desde el principio ella había sabido interpretar mis pequeños ardidés, mis postergaciones, mis reparos, mi esfuerzo por llenar cada silencio cuando el silencio se hacía insoportable, porque durante aquellos momentos de silencio me sentía como un jugador de póquer a punto de que le vean las cartas pero que se siente obligado a seguir subiendo la apuesta para ocultar el farol, hasta que al final olvida si se está marcando un farol o cuál es el farol, y sabe que en última instancia tendrá que abandonar la partida. Patético porque incluso en los mensajes de aquella noche le había permitido arrastrarme por todo un espectro de actitudes, desde la alegría fingida hasta la derrota digna, y cuando por fin yo creía tener la sartén por el mango, ella se volvía contra mí, ligera y veloz, veneno y desprecio. Al principio apenas me había afectado, como un pinchacito insignificante con un objeto mucho más fino que una aguja, pero me había perforado la piel y no dejó de clavarse y ensancharse hasta tornarse más grueso y cruel que el colmillo de un gigantesco tiburón blanco. Nada al principio, una risita al

teléfono, la falsa ilusión de compañerismo desenfadado, y después el corte de un bisturí en la cara.

Ella *Folía*. Yo *Patético*.

Me acerqué al equipo de música y puse el disco de Händel. Cómo me gustaba aquella pieza. Hielo resquebrajándose, las lágrimas de Clara, el beso espontáneo en el salón aquella tarde en el campo.

Querías que no te llamara. Pues mira, ahora te llamo.

Me has despertado.

Te he despertado. Tú no me dejas dormir. Estamos en paz.

¿Qué quieres de mí? No podía haber adoptado un tono más exasperado.

¿Qué quiero de ti? Lo que quería de ella era a ella. Desnuda. En mi cama. Mejor aún, quería oír el timbre de mi interfono, verla salir del ascensor con la bufanda enmarcando su rostro, como la noche que nos besamos delante de la panadería, oír la maldecir la puerta del ascensor cuando se cerrara de golpe tras ella para recordarle que no le tenía miedo. *Maldita puerta*. *Y maldito móvil*. El valor de venir a mi casa a las dos de la madrugada. Ella lo tenía. ¿Tenía yo el valor de llamarla ahora? ¿Sí? ¿No?

Patético.

Me sentí tentado de demostrarme que me equivocaba, pero al instante cambié de parecer.

Después de ducharme me puse el albornoz y cogí el teléfono. ¿Y qué si eran más de las dos de la madrugada? Todo está perdido de todas formas.

Me gustó la idea de llamarla estando aún mojado. Confería a la llamada un aire impulsivo e informal, como si fuera la cosa más normal del mundo. Podía concentrarme en los dedos de mis pies, mis orejas, o su voz, todo muy relajado y espontáneo.

—No puedo dormir —solté en cuanto descolgó.

—¿Y quién puede?

Carraspeó como si dijera: *¿Quién duerme últimamente?* El carraspeo pareció eliminar de su voz un levísimo deje de hostilidad. Parecía adormilada. Su voz era ronca, lánguida, como el olor del aliento de una mujer cuando despiertas en la noche y su cabeza descansa sobre tu almohada. ¿Le daba apuro que la pillaran dormida a las dos y pico de la madrugada?

—Además, sabía que eras tú.

¿Y por qué no Inky? Estuve a punto de preguntárselo, pero comprendí que su respuesta bien podía ser: *Porque está aquí conmigo.*

Así que no lo pregunté.

Podría haberle preguntado cómo sabía que la llamaría tan tarde, pero no lo hice. Le expliqué que acababa de salir de la ducha y que estaba a punto de acostarme.

—Quería llamarte porque no quería dejar las cosas como quedaron anoche.

Emitió una especie de gruñido risueño. Era una forma de indicar que estaba de acuerdo en que las cosas habían terminado fatal. Así pues, no habían sido imaginaciones mías.

—¿Puedes hablar? —inquirí.

Silencio al otro lado de la línea. ¿Acaso se había quedado dormida?

—¿Quieres saber si estoy sola?

Aquella claridad y perspicacia incluso adormilada.

—Sí.

Solo quería saber si tenía ganas de hablar. Como siempre, ella había captado el verdadero significado de mis palabras.

—¿De qué quieres hablar?

O sea: *Este es tu momento; habla.* Me estaba concediendo una audiencia excepcional y necesariamente breve. Tantos segundos, ni uno más. Siempre con el taxímetro en marcha.

—Quería decirte que... —Pero no sabía qué iba a decir y no podía pensar

tan deprisa—. Ojalá fuera hace una semana. Ojalá todavía estuviéramos en la fiesta, ojalá nos hubiéramos quedado allí, atrapados para siempre.

—Se te ocurre cada cosa, Printz —musitó Clara adormilada—. Quieres decir como en aquella película de Buñuel...

¿Acaso el sueño la había vuelto más conciliadora que de costumbre?

—Atrapados para siempre, atrapados por la nieve para siempre, como en casa de Maud. —Y a continuación lo dije—: Ojalá fuera hace dos noches.

—Y anoche.

El corazón empezó a latirme con fuerza cuando me corrigió. A oscuras en el salón, me volví hacia la noche y el mar tenebroso de Central Park.

—Estoy mirando por la ventana. Estoy mirando la sal sobre la alfombra. Y me gustaría que estuvieras aquí conmigo.

—¿Quieres que esté contigo ahora?

¿Por qué parecía tan sorprendida?

—Te quiero aquí conmigo ahora... y siempre. Ya está —añadí como si hubiera conseguido arrancarme una muela picada con unos alicates.

—¿Y eso por qué?

Debería haber sabido que el triunfo que suponía mi declaración no duraría mucho. Algo ácido y desagradable en la entonación de su pregunta apagó la vela de la afabilidad que acababa de percibir en su voz. La ironía, que tanto me gustaba, en la que hallaba consuelo, que nos había acercado desde el principio y nos hacía creer que éramos dos almas perdidas, a la deriva en un mundo superficial y vacuo, no era una amiga. Se clavaba en la calidez incipiente entre nosotros como una espuela puntiaguda en el vientre de un poni leal y querido.

—No sé por qué. Hay tantas respuestas... Porque nunca he conocido a nadie como tú, porque nunca he estado así con nadie, tan cerca, tan expuesto. Nunca así, porque cada vez que doy la vuelta a las cartas y te muestro mi

mano... No sé por qué te cuento esto, cuando lo más probable es que nunca me perdones, pero contarte quién soy y cómo me siento como estoy haciendo ahora me la pone dura.

Sabía que había estado posponiendo la palabra, como si quisiera sopesar la frase antes de decidirme a pronunciarla.

—¿Que te la pone dura?

Percibí que la había cogido del todo desprevenida. ¿Me pediría que no fuera soez?

—Printz.

Parecía desolada. O profundamente defraudada. ¿O acaso seguía adormilada? ¿O me había calado y había captado el coste, el anhelo y el dolor que encerraba la palabra, trasladando el sexo, es decir, la confesión fácil, al sufrimiento del sexo, que era la más difícil, la imposible? ¿O era esa su forma de cavilar sobre una versión más suave de *Eres más patético que nunca*, su preámbulo de una larga reprimenda destinada a rebanarme los huevos y cortarlos en juliana?

—¿Por qué Printz? —repliqué imitando la tensión de su voz.

No sabía si era mi modo de retirar y minimizar mi confesión o de hacerla sentir idiota por tomársela al pie de la letra.

—¿Por qué? En parte porque esto te hace daño y no quiero que sufras.

—¿Y en parte?

Estaba preparado para cualquier cosa.

—Y en parte...

A todas luces vacilaba, como si estuviera a punto de subir la apuesta y adentrarse en un terreno nuevo y peligroso entre ambos, coger las tiras cortadas que habíamos estado intercambiando y picarlas muy menudas...

—Porque no quiero que mañana me llames y me digas: Clara, anoche hice el amor contigo.

Me quedé destrozado. Me sentía herido, vulnerable, amargado, azorado, como un cangrejo al que abren el caparazón con una lanceta y se lo arrancan para mostrar su cuerpo desnudo y nudoso a todo el mundo antes de arrojarlo al agua, donde sus compañeros de especie se reirán de él y lo avergonzarán.

—No es necesario que te burles de mí y me hagas daño de este modo. — Era la primera vez que le decía que me sentía herido—. Puede que sea patético, como tú dices, y esta es sin duda alguna mi reacción exagerada, huraña y cursi...

Se produjo un momento de silencio no porque Clara me estuviera escuchando atentamente y esperando a que terminara mi rabieta, sino como si se muriera de ganas de interrumpirme.

—¿He conseguido enfriarte?

En un segundo había conquistado de nuevo mi corazón.

—Desde luego que sí.

Intuí que sonreía.

—¿Por qué sonríes?

—¿Por qué sonríes tú? —Al cabo de un instante, sin que viniera a cuento, como si hubiera visto una relación que yo no alcanzaba a ver, me preguntó—: ¿Qué llevas puesto?

—Antes llevaba el albornoz, ahora estoy en la cama.

Mi corazón, ya acelerado, se desbocó. Detestaba aquello, pero también me encantaba, como si una parte de mí mirara un río desde un puente muy alto sabiendo que estaba bien atado a una cuerda elástica y que la emoción residía más en el miedo que en el salto. Aun así, el silencio resultaba insoportable, de manera que dije lo primero que me pasó por la cabeza para no decir lo que en verdad deseaba decir.

—¿Recuerdas el albornoz de rayas azules y blancas colgado detrás de la puerta del baño?

Tardé una eternidad en formular aquella frase intrascendente, insegura, vacilante y complicada.

—Sí. Tela de rizo vieja y gruesa. Olía bien.

Pues ese, me disponía a añadir.

Había dicho que olía bien.

¿Por qué lo había olido?

—Por nada, simple curiosidad.

—¿Lo haces a menudo?

—Me crié con perros.

Una excusa intencionadamente mala. Sin duda percibió que yo esperaba una réplica rápida y ocurrente.

—Si te conociera mejor exploraría territorios prohibidos.

—Me conoces mejor de lo que nadie me ha conocido nunca —aseguré—.

Todo cuanto tú pienses yo ya lo he pensado.

—Pues debería darte vergüenza.

—Tú y yo compartimos la misma vergüenza.

—Puede.

—Clara, puedo estar en tu casa en menos de diez minutos.

—Esta noche no. Me gusta esto. Quizá me toque a mí decir... ¿Cómo era?

Demasiado pronto, demasiado repentino.

Me emocionó que lo recordara.

—Además, estoy supermedicada, medio zombi y a punto de dormirme —añadió.

—Sé encajar el rechazo.

—No te estoy rechazando.

¿Alguna vez habían ido mejor las cosas entre nosotros? ¿Era Clara la que hablaba, o eran los fármacos? Su aliento de nuevo en mi rostro. Quería sentir la humedad de sus labios en mi rostro.

—¿Por qué no has venido a tomar una copa? —inquirí.

—Porque la razón que me diste era penosa.

—¿Y por qué no lo dijiste?

—Porque estaba enfadada.

—¿Y por qué estabas enfadada?

—Porque eres un hombre evasivo, siempre escurriendo el bulto.

—Eres tú la que siempre se escabulle.

—Yo no apago el teléfono.

—¿Y por qué no me lo insinuaste siquiera?

—Porque se han acabado las insinuaciones, porque estoy harta de hablar con dobles sentidos.

—¿Qué dobles sentidos?

—Printz, ahora mismo lo estás haciendo.

Tenía razón.

Un largo silencio.

—¿Clara?

—Sí.

—Dime algo agradable.

—Que te diga algo agradable. —Una pausa—. Ojalá hubieras estado en el cine cuando pronuncié tu nombre.

Me estaba rompiendo el corazón y ni siquiera alcanzaba a comprender por qué.

—¿De verdad ibas a venir a tomar una copa?

—Esa era mi intención, señor Voyaapagarelmovilparadarleunalectión.

Esta vez me dejó sin aliento.

Los ojos se me inundaron de lágrimas sin previo aviso. ¿Qué demonios me estaba pasando? Nunca me había sucedido algo así, y menos aún hablando por teléfono desnudo.

—A veces me aterra que llegues a conocerme mucho antes que yo a ti.

—A mí me pasa lo mismo. También eso me asusta.

Silencio.

—¿Por qué me dejas hacer esto? —pregunté.

—Porque mañana, cuando te vea, no quiero que estemos como hoy.

—¿Y si mañana has cambiado otra vez?

—Entonces sabrás que no voy en serio.

—Pero ¿no hemos pasado ya por esto?

—Sí, y la primera vez ya deberías haberlo sabido. ¿Estás pensando en mí ahora mismo?

—Sí, sí —repetí una y otra vez.

—Bien.

Al día siguiente, el último del año, el cielo estaba encapotado otra vez, lo que confería a la luz de la mañana esa luminosidad y palidez que habíamos tenido durante toda la semana y que cubría la superficie de la ciudad como la lana de un abrigo blanco que envolviera munífico al sol. Inducía a anhelar más nieve, y gaultheria y guantes forrados de lana y la fragancia delicada del papel de regalo que impregnaba toda la semana de Navidad. Me sentía muy feliz. Me levanté, me puse ropa vieja y me encaminé hacia el restaurante griego de la esquina esperando que estuviera abarrotado, o vacío, daba igual, porque en mi estado de ánimo todo me parecía bien, tanto las corrientes de aire como los ambientes cargados, tanto un lugar cutre como otro que no lo fuera. Cuando abrí la puerta y la camarera de siempre me saludó en griego con la carta gigantesca entre los brazos, todo se me antojó grácil y liviano, como si por fin me hubiera quitado un peso de encima y se me permitiera volver a amar el mundo. Me gustaba estar así. Me gustaba estar solo así. Me gustaba el invierno. Esto era lo que había ansiado hacer durante toda la semana.

Desayuno sin preocupaciones. Primero tomaría gofres con mantequilla, zumo de naranja, luego una segunda taza de café, después me iría a casa, me ducharía, me cambiaría de ropa..., pero ¿tenía sentido que me cambiara de ropa para ir a su edificio, en cuyo vestíbulo habíamos quedado y salir con ella a comprar cosas para la fiesta de esa noche?

Sabía que había otra razón por la que me sentía feliz, como si algo por fin se hubiera aclarado entre nosotros. Unas pocas horas antes, el año se precipitaba hacia un final desagradable y tenebroso. Ahora, tan solo una llamada más tarde, tenía la sensación de que me habían devuelto la vida, y todo se antojaba tan prometedor que, una vez más, me encontré negándome a ver el lado positivo de las cosas por temor a romper la magia y estar equivocado. ¿Cuánto tiempo transcurriría antes de que Clara y yo halláramos la forma de que regresara la oscuridad que me había envuelto durante todo el día anterior y había aplastado mi ser hasta esa mañana? ¿Cuánto tiempo hasta que apareciera de nuevo la desesperación? Lauren en la panadería, risas en la cocina, el paseo con los perros, la puesta de sol en el parque, la cena, durante la cual no había dejado de pensar: *Un plato, una cuchara, un cuchillo*, ¿por qué no está Clara con nosotros esta noche? Todo tan oscuro.

Sin embargo, incluso el hecho de recordar la tristeza del día anterior era poco más que una cortina de humo que yo había levantado entre mi persona y el momento culminante que tenía intención de revivir desde que me había acostado la víspera. Había estado reservándolo para más tarde, posponiéndolo cada vez que parecía a punto de sucumbir a la emoción de abrir el paquete sorpresa que tanto tardaba en abrir.

Con la cabeza apoyada contra el vidrio empañado de la ventana, mirando a la gente, a los niños que caminaban por la estrecha franja sin nieve de la acera, dejé vagar mis pensamientos. «¿Por qué me dejas hacer esto, Clara?», le había preguntado. «¿Yo?», había sido su respuesta evasiva. Yo había

titubeado buscando las palabras adecuadas, mientras sentía que me ruborizaba, pero me había esforzado por no mentirle ni eludir u ocultar la verdad, no hacer nada salvo vivir en el momento. ¿No era eso lo que Clara había dicho, *en el momento*? Lo único que se me había ocurrido decir era: ¿Cómo acabamos esta conversación? O: ¿Cómo nos las arreglamos para no acabar nunca esta conversación? Pero no había formulado ninguna de las dos preguntas.

—¿Printz? —había dicho Clara por fin.

—¿Qué? —barboté como si dijera: ¿Qué más quieres de mí?

—Por si te interesa saberlo... —Otro instante de silencio—. No me ha molestado.

—Clara, no cuelgues todavía.

—No voy a colgar..., aunque, pensándolo bien, ¿no es ahora cuando se supone que tú te das la vuelta y te duermes?

Nos echamos a reír.

En definitiva, lo que me hacía más feliz no era solo lo mucho que de repente nos habíamos acercado el uno al otro, sino sobre todo haber obedecido el impulso de llamarla. De haber esperado un segundo más, el año habría terminado fatal. Bravo, Printz, me entraron ganas de decir, como si lo que me entusiasmara en ese momento no fuera tanto la mujer del teléfono como el orgullo de haber reunido el valor para llamarla.

Sin embargo, mientras pensaba en Clara, nuestra conversación empezó a pulverizarse, como una momia sepultada que de pronto se expone al aire. Cuando llegue mañana, ¿habrá quedado esto reducido a nada o será lo mejor que nos haya pasado en la vida? La fiesta de Nochevieja parecía muy lejana, y Dios sabía que cualquier nadería podía dar al traste con todo. ¿Al traste con qué?, ¿con qué?, pregunté una y otra vez, como si estuviera decidido a pensar que nada había mejorado desde la noche anterior y que quizá hubiera llegado

el momento de dejar de cifrar toda la esperanza en un momento de pasión de una persona adormilada. ¿Lo recordaría ella, o volvería yo a ser *patético*?

Mientras me comía un gofre empapado en almíbar de verdad, recordé el giro que había tomado la conversación. Yo había querido preguntarle por qué me había tachado de patético, pero me contuve y le pregunté por qué no había venido a cenar.

—¿Por qué no has venido a cenar?

—Porque me dijiste que te aburrías y me sonó a mentira.

—¿Y por qué no lo dijiste?

—Porque lo habrías malinterpretado y nos habríamos peleado.

—¿Por qué no me has ayudado a salvar la noche?

—Porque había demasiados dobles sentidos y sabía que me estabas castigando.

—¿Qué dobles sentidos?

—Estos dobles sentidos, Printz. Los dobles sentidos que entorpecen tantas y tantas cosas.

—¿Qué cosas?

—Sabes muy bien qué cosas.

—¿Por qué no me das una señal?

—¿Una señal? Te conocí una noche helada, fui de excursión contigo al día siguiente, he pasado cada minuto contigo... ¿Necesitas una señal?

—¿Tienes idea de lo que significa para mí oírte decir todo esto?

Se produjo un silencio. Y supe a qué obedecía. No era la falta de palabras, sino una falta de modos de evitar pronunciar las palabras que ambos sabíamos inevitables.

—Quiero lo que tú quieres —declaró por fin.

—¿Tan bien me conoces?

—Sé lo que piensas, cómo piensas. Incluso sé lo que estás pensando ahora

mismo.

Habría podido decirle muchas cosas para zafarme, pero no lo hice. Me sentía desnudo como un recién nacido, entusiasmado con la vida, entusiasmado con mi cuerpo vivo, entusiasmado con mi desnudez, que le habría entregado sin vacilar.

—Si no estuviera tan zombi ahora mismo, te pediría que vinieras con tu abrigo, tu albornoz, tus raquetas de nieve y nada más. Porque te quiero, y puedes tomártelo como gustes. Es lo que hay.

Ninguna palabra suya me había conmovido tanto. Era como si hablara directamente a mi corazón y a través del teléfono me agarrara la polla.

El silencio que se hizo a continuación lo decía todo.

No quería despedirme de ella todavía.

—¿Estás pensando en mí? —preguntó.

—Sí.

Y acto seguido las palabras que me llegaron a lo más hondo:

—Puedes hacerlo si quieres.

Mientras esperaba el tercer café hice lo que había visto hacer a muchas personas que llevan consigo una agenda. Era mi forma de alimentar la esperanza, aunque sin reconocerlo, de que, una vez finalizado el ciclo dedicado a Rohmer, organizaran el ciclo de Alain Resnais, seguido del de Fellini, el del Cuarteto Beethoven... Semanas y semanas de rituales nocturnos hasta que nos hartáramos y decidiéramos pasar una velada en casa.

Me llamó cuando estaba desayunando.

—¿Has cambiado de parecer? —preguntó, lo cual me indicó que estaba de buen humor.

No, contesté. Alguien iba a llevarla en coche a comprar algunas cosas para la fiesta de Hans. ¿Me importaba aplazar nuestra cita?

—¿Habíamos quedado? —inquirí.

¿Por qué decía semejante idiotez?

—Pues sí. ¿Lo habías olvidado? —masculló casi en tono de reproche, como si no advirtiera que le estaba tomando el pelo, razón por la que se echó a reír.

Necesitaban su ayuda, aseguró. Nos veríamos en la fiesta. Silencio. No acabaría otra vez en urgencias, ¿verdad? No, Clara.

Hacia las once decidí llamar a mi amigo Olaf. Lo localicé en el despacho. Acababa de volver de las Islas. Unas vacaciones espantosas. ¿Por qué? ¿Por qué? Porque es una zorra. No tenía intención de quedarse en el despacho mucho más, pero tampoco le apetecía volver a casa. Podía ir a verlo y caminaríamos juntos hacia su barrio, como los dos capullos que somos, añadió.

—¿Qué ha ido mal? —le pregunté cuando nos vimos.

—No nos aguantamos —explicó, empleando los nudillos para imitar unos engranajes que no encajan.

Reconozcámoslo, ella es una zorra y yo soy un cabrón.

Yo no le prestaba atención. Sabía muy bien lo que deseaba. Salir de aquel barrio, ir a otra parte de la ciudad, tropezarme con Clara.

¿Ha sido un buen año?, pregunté. Demasiado pronto para saberlo, contestó Olaf con su sarcasmo habitual.

¿Le apetecía ir a comer? Acababa de picar algo, no tenía hambre. Decidimos ir a tomar un café. Me extrañaba haberlo encontrado en el despacho. Solo los judíos celebran la Navidad. Los judíos y los dominicanos. Estaba otra vez de un humor de perros.

De camino al norte de Manhattan decidimos parar en el MOMA para sentarnos a tomar un café y hablar de cómo nos iba la vida, pero el vestíbulo estaba abarrotado de turistas, cada rincón atestado de cuerpos humanos. Puta

raza humana, mascullo Olaf. En Europa no van a un solo museo, pero llegan aquí y lo único que hacen es correr a ver arte que nunca comprenderán y luego comprar relojes de imitaciones en Chinatown. Olaf y sus diatribas. Antes podías evadirte de la vida urbana pasando un rato aquí con un amigo. Y ahora, mira, las hordas mongolas. Nos abrimos paso entre el gentío del vestíbulo y decidimos ir al Starbucks más cercano. Pero también estaba lleno hasta la bandera. Acabamos en la primera planta de un local de la calle Sesenta, pero había demasiado ruido, demasiada gente, adolescentes ricos de vacaciones. Nos fuimos y probamos suerte en una serie de bares de las calles colindantes, hasta que por fin desistimos y en la Sesenta y siete cogimos el autobús que cruzaba la ciudad. Sabía por qué le encontraba alguna pega a cada lugar. Clara se me escapaba una y otra vez por unos segundos. ¿Y cuál era la razón por la que Olaf quería ir a otra parte siempre que nos parábamos en algún bar? Solo había una explicación: él también estaba buscando a alguien.

—¿Has conocido a alguna mujer? —le pregunté por fin.

Olaf no se detuvo, sino que siguió caminando con la vista al frente.

—¿Cómo lo sabes?

—Se nota. ¿Quién es?

Sin pretenderlo, con su forma de contestar a mi pregunta Olaf consiguió recordarme que tal vez era mi mejor amigo:

—Lo notas porque tú también has conocido a una mujer y lo estás proyectando en mí. En todo caso tienes razón. Los dos estamos igual.

Por fin encontramos un Starbucks en la Sesenta y pico con una mesita libre en un rincón junto al escaparate. Cogí una silla de una mesa cercana mientras él hacía cola para pedir dos cafés. Lo oí discutir con la camarera.

—Mediano, he dicho, no largo ni grande. Mediano... Y no diga «siguiente invitado», sino «siguiente cliente». Soy un cliente, no un invitado.

Me sentí tentado de decirle que pidiera también un par de magdalenas o bollos, pero pensé que sería forzar demasiado las cosas; y además, si de verdad íbamos a toparnos con ella, no quería que sospechara que intentaba revivir nuestro desayuno en el coche. Sin embargo, la intuición también me decía que el hecho de tratar de revivir nuestro desayuno tal vez propiciara el encuentro. En ocasiones los astros funcionaban de ese modo. ¿No era así como había tropezado con Clara en el cine la primera noche? Puesto que estábamos bastante cerca de algunas de las tiendas a las que con toda probabilidad iría a comprar comida para la fiesta, había muchas posibilidades de que me topara con ella. La esencia de los sueños y las películas de Rohmer. Pero enseguida me dije que albergar pensamientos tan retorcidos era un modo de entrometerme en los asuntos del destino, lo cual podía volverse en mi contra e impedir que nos encontráramos. Me disponía a buscar una solución a aquel dilema cuando la vi pasar por delante del Starbucks con su amiga Orla.

Salí corriendo de la cafetería en mangas de camisa y las llamé, primero a una y después a la otra. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Qué estaban haciendo ellas allí? Abrazos, besos, risas. Ambas llevaban varias bolsas llenas de comida. No tuve que convencerlas de que entraran a tomar un café con nosotros. Me alegro mucho, muchísimo de verte, dije a Clara después de presentar a Orla y Olaf. Aquella mano en mi rostro, el modo en que la mantuvo en mi rostro y luego la deslizó por mi rostro, revelaba toda la ternura sin la que había vivido tantos días y tantas noches. Aún les quedaban montones de cosas por comprar, dijo. Repasó la lista de recados pendientes. No podían quedarse mucho rato. ¿Estás contenta?, le pregunté mientras Orla y Olaf charlaban. ¿Estás contenta?, me imitó, su modo de decir que sí, que lo estaba; ¿o se estaba burlando de mis palabras, lo cual en definitiva también podía ser su forma de decir que sí, que estaba contenta? Solo disponíamos de

diez minutos. Sentaos, quitaos el abrigo, voy a traeros un café. Tuve la extraña sensación de que intentaba retenerla a mi lado, de que luchaba contra los inescrutables designios que se empeñaban en introducirla en mi vida para luego alejarla, y no sabía si esos designios residían en su voluntad, en el universo de los recados pendientes o tan solo en mi imaginación. Una parte de mí no daba crédito a la inmensa suerte de haberme topado con alguien simplemente por haberlo deseado. Aquello podía serme arrebatado en cuestión de segundos. Tómatelo con calma, no compliques las cosas, serénate, ya le has dicho que estás contento.

Un hombre de mi edad que estaba sentado solo a la mesa contigua levantó la vista del portátil y se nos quedó mirando. Las mujeres envueltas en leyenda y esplendor, los recados, la fiesta, los motes a diestro y siniestro, aquellos a quienes habían pedido que compraran esto o aquello y que probablemente andaban igual de ajetreados que ellas en el centro, la alegre histeria de encontrarnos por casualidad el último día del año, el complicado café que pidió una y el café solo con dos azucarillos y «alguna pasta si puede ser» que pidió la otra. Oh, Clara, Clara, ¿llegaré a olvidar alguna vez este día? Me quedé mirando al hombre e intenté ponerme en su lugar, imaginar qué pensaba de nuestras vidas. ¿Le resultábamos ridículos o, por el contrario, seres envueltos en esplendor y sueños? Mujeres, fiesta, Nochevieja; de repente nuestras vidas, la mía, adquirieron un aura incandescente en la que no habría reparado de no ser por la mirada de aquel hombre.

Me gustaba nuestro rincón del Starbucks. Había imaginado algo muy parecido una semana antes, la tarde del día en que nos encontramos en el cine. Ahora, siete días más tarde, me había sido concedido. Qué puntual el alma, como si ciertas alianzas secretas entre nuestros deseos más vagos y una deidad complaciente, aunque en ocasiones rebelde, nos organizaran siempre la vida. El momento de la despedida sería incómodo, pero no quería pensar

en eso ahora; sabía que Clara hallaría la forma y elegiría el camino menos difícil cuando tuviera que irse para seguir haciendo recados. Quizá era mejor que no tuviéramos ni un momento para estar a solas. Demasiado pronto, demasiadas cosas que decir, quizá una mirada de soslayo fuera lo único que necesitábamos para saber que volveríamos a donde lo habíamos dejado la noche anterior por teléfono. De nuevo traté de ahuyentar cualquier pensamiento inquietante. Olaf hablaba con las dos mujeres. Yo fui a buscar más azúcar para Clara. Estaba encantado.

Cuando regresé vi que Clara llevaba el mismo jersey que el día que fuimos a Edy's. Me entraron ganas de frotar el rostro contra él, olerlo, acurrucarme en sus pliegues. Habría dado lo que fuera por acariciarle la cara, apartarle el cabello del rostro con la palma de la mano. Me gustaba su modo de hablar con Olaf o, mejor dicho, de escucharle y asentir una y otra vez con cierta solemnidad mientras la voz metálica de mi amigo resonaba en nuestro rincón. Ya sabía que en cuanto la viera por la noche empezaría a burlarse de su nombre e imitaría su voz. Olaf Estupendov, Olaf Carcajadov. Olaf Hartodov, y nos reiríamos sin parar del nombre de Olaf, y eso nos acercaría más, a pesar de que era mi mejor amigo y de que a todas luces a Clara le caía bien. La sorprendía mirándome mientras le escuchaba.

Debería haberme dado cuenta antes. En la calle había alguien que tenía la mirada clavada en nosotros. El niño había aplastado la cara contra el cristal del escaparate. Me lo quedé mirando y comprendí que sin duda estaría acompañado de su madre, y que su madre también nos estaba mirando. Rachel.

De nuevo salí corriendo del Starbucks. Rachel acababa de salir de casa a comprar algunas cosas para la cena de esa noche. Como de costumbre, las dos hermanas organizaban la fiesta en el último momento. Los llevé adentro, conseguí hacerme con dos sillas de dos mesas cercanas y amplíé el círculo.

Presentaciones, más presentaciones, me ofrecí a ir a pedir café y me llevé al niño al mostrador para que eligiera algo, su mano helada en la mía, algunas bromas con los demás clientes de la cola hasta que me tocó pedir y dar mi nombre a la cajera. Rachel, habituada a ser el centro de atención y ocuparse siempre de las presentaciones, debía de sentirse algo incómoda. Para compensarla expliqué a los otros tres que la conocía desde hacía mucho más tiempo que a ellos. Quizá quería que Rachel pensara que nadie se atrevería a cuestionar su veteranía e intentar derrocarla, pero tal vez también deseaba tener a Clara en vilo. *¿Quiénes son estas personas que te acompañan?*, preguntaba la mirada inquisitiva de Rachel, no carente de cierta ironía dirigida a ellos o a mí por conocerlos. Me encogí de hombros para darle a entender que eran eso, unas personas, nada más. Clara había dejado de hablar con Olaf y examinaba a Rachel como si buscara una oportunidad para romper el silencio entre ellas o, tal como intuí de inmediato al verla observar el abrigo verde claro que Rachel llevaba en días fríos desde hacía años, una buena razón para que le cayera mal. Dos fiestas de Nochevieja, y yo estaba invitado a ambas. Antes de ver a Rachel, ni se me había pasado por la cabeza que tendría que elegir. La situación podía llegar a resultar muy embarazosa, pensé, y confié en que ninguna de las dos sacara el tema, aunque ya había decidido ir primero a una y después a la otra, pese a que, si me marchaba demasiado temprano de la primera, cualquier idiota sabría que me dirigía a otra. Los últimos años siempre había celebrado la Nochevieja en casa de Rachel. *¿Ya había empezado a traicionarla, a arrinconarla?*

—¡Oscar! —vociferó de repente la camarera.

De inmediato me levanté para ir a buscar el café de Rachel. Intenté actuar como si ese no fuera mi mote, pero aun sin mirarla supe que Rachel estaba atónita. Clara se había anotado un punto y en aquel momento se regodeaba en su victoria, que a buen seguro se moría de ganas de comunicarme con algo

parecido a un guiño. También supe que, en virtud de su triunfo, tal vez Clara dejara de buscar motivos para que Rachel no le cayera bien y abandonara aquella mirada aburrida, ausente y algo vidriosa que te hacía sentir como una hormiga entre gigantes.

Rachel, que quizá aún no sospechaba que era mi mote lo que acababa de oír, no estaba de humor para entablar una conversación amistosa con Clara, y tampoco era probable que reaccionara si Clara trataba de romper el hielo. Además, por lo visto no había ningún tema del que estuvieran dispuestas a hablar, de modo que todos mis intentos de iniciar una conversación eran inútiles. Si hubieran decidido meterse conmigo para acercarse la una a la otra, les habría seguido la corriente con mucho gusto. Ver a Clara burlarse de mí por esto o aquello, oír a Rachel confirmar las críticas y añadir algo así como: «¿No te saca de quicio cuando...?», con lo que Clara a buen seguro se mostraría de acuerdo antes de soltar otra pulla... Cualquiera cosa con tal de que se hicieran amigas y, de esa manera, cerraran el círculo en torno a los tres, como tres niños pequeños metidos en el mismo andador. Lo que temía era que, a fin de vengarse por dejarla de lado, Rachel sacara el tema de Lauren o de la mujer fantasma que había acaparado la atención de todo el mundo la tarde anterior.

A nuestro lado se había sentado una mujer de voz chillona que hablaba al bebé que llevaba en el cochecito al tiempo que charlaba con su marido por el móvil:

—Anda, qué gracia que a mami se le haya olvidado poner azúcar en el café, ¿a que sí? ¿A que tiene graaaaacia? —Y a continuación se dirigió a su esposo—: Dile que se lo meta por el culo, eso es lo que debería hacer tu hermano.

Clara, que no soportaba las conversaciones a voz en grito por el móvil si no eran las suyas, no pudo contenerse.

—Qué daño, ¿no? —comentó en voz alta volviéndose hacia la mujer del teléfono.

—¿Cómo dice? —preguntó la esposa, madre y cuñada con expresión indignada.

—Digo que al cuñado le dolerá si se lo meten por el culo. ¿No tiene graaaacia?

—Es increíble —masculló la mujer antes de seguir hablando con su marido—. Hay que ver qué mala educación. Mira que escuchar nuestra conversación. ¿No tendrá nada mejor que hacer?

—Oh, sí, hacemos muchas cosas. Nos metemos cosas por el culo todo el santo día —añadió Rachel—. Y nos encantaría contarle cómo lo hacemos.

—¡Qué asco! —resopló la mujer—. Estoy intentando hablar con mi marido, ¿vale?

—Si bajara la voz, no nos habríamos enterado de lo que usted y su marido hacen con su culo, así que... ¿vale?

—Que le den. —La mujer se volvió hacia el bebé con expresión de madre virtuosa—. Mami se quitará el abrigo y todo irá bien.

—¡Mamiiii lo arreglará toooooooooodo! —exclamó Olaf sin poder dominarse.

Nos echamos a reír, al igual que los clientes sentados detrás de nosotros y el joven que nos observaba desde una mesa cercana. Me dije que tal vez la razón por la que me gustaban las dos mujeres y no entendía por qué no se habían caído bien enseguida era que siempre había sabido que ambas poseían un carácter travieso y enérgico, la capacidad de acercarse mucho a la maldad sin llegar a ser crueles. ¿O me equivocaba una vez más respecto a Clara? ¿Acaso ella era cruel y punto, sin paliativos? ¿O me gustaba darme de bruces con su supuesta crueldad solo para ver por un momento cómo la amabilidad

iluminaba su rostro del mismo modo que la compasión ilumina el rostro de un inquisidor severo?

Una vez que las dos comenzaron a hablar, advertí que Rachel intentaba captar sutilmente mi atención. Cuando por fin encontró mi mirada, meneó la cabeza dos veces muy deprisa, como si formulara una pregunta: *¿Quién es? ¿De dónde la has sacado?* Desvié la vista de inmediato para no enzarzarme en un intercambio de mensajes secretos, pero de pronto comprendí que la pregunta era otra: *¿Es esta la mujer por la que estabas tan hecho polvo ayer?* Estuve a punto de responder con un «No, es otra», porque no quería que Rachel, que me conocía tan bien, supiera que, en efecto, tenía delante a la mujer fantasma del día anterior. No quería que supiera más de nosotros que yo mismo, aunque en ese instante lo cierto era que sabía tanto como yo. De pronto me embargó una inquietud creciente al darme cuenta de que lo que llevaba incubando toda la semana sin contárselo a nadie no era más que una burbuja que la más leve mirada inquisitiva podía reventar. ¿Había perdido de nuevo a Clara? ¿La estaba perdiendo en ese preciso instante al desperdiciar mi ración de tiempo con ella en el Starbucks? ¿O es que siempre la estaba perdiendo..., porque, en definitiva, yo vivía en un estado de permiso temporal, tiempo prestado, endeudado?

Quizá no quería que Rachel supiera hasta qué punto éramos unos desconocidos Clara y yo y por eso eludía sus preguntas silenciosas.

Quizá quería asustarme a mí mismo.

No tuve tiempo de responder porque de pronto Clara alzó la vista e interceptó la mirada inquisitiva de Rachel. De inmediato se volvió hacia mí y cazó la expresión distraída y ausente que había adoptado, la cual, pese a mis esfuerzos, delataba que había habido una comunicación clandestina entre nosotros.

—Un momento. ¿Qué es esto? —preguntó.

—¿El qué?

—Esto —respondió, y meneó la cabeza, imitando a Rachel—. ¿De qué estáis hablando?

—De nada.

Me gustó que me hubiera sorprendido, me gustó la evasiva traviesa que en realidad no era ninguna evasiva.

—Fíjate en estos dos —dijo Clara a Olaf—. Se están enviando mensajes secretos.

—Creo que nos han descubierto —observó Rachel.

Supé que Rachel me delataría. Que lo hiciera.

No tenía sentido disimular.

—¿Quieres saberlo? —pregunté a Clara.

—Por supuesto. —Y al ver que yo estaba a punto de largarlo todo añadió—: Espera. ¿Me sentará bien o mal?

Rachel y yo nos miramos.

—¡Vaya dos! —exclamó Clara.

—Vale, es por ayer. Rachel quería saber si eras la mujer a la que invité a tomar una copa.

—Me llamó, eso verdad..., pero con él nunca se sabe —aseguró Clara volviéndose hacia Rachel en busca de respaldo—. ¿Te contó que la muy idiota, o sea yo, acabó yendo al cine sola con la esperanza de encontrar allí al genio este?

—Dijo no sé qué de ir y no ir, luego de ir y no ir. Todos le dijimos que debía ir.

—¿Y os explicó por qué no quería ir?

—Parecía molesto. —Rachel se volvió hacia mí—. ¿Puedo decir que parecías molesto?

Sí, podía decirle al mundo entero que estaba molesto. No, ¿cómo iba a

importarme? Confiaba en que tuviera el tacto de no mencionar a Lauren.

—¿Qué pasó en el cine?

—Aparte de que estaba sola en la sala a oscuras con todos los perversos sexuales del mundo dispuestos a abalanzarse sobre una pobre chica inocente y sola..., nada. Incluso el acomodador me tiró los tejos.

—¿Y qué hiciste?, ¿castigarlo?

—¿A quién?, ¿al acomodador? ¿O a Oskár?

—A Oscar —contestó Rachel sin el acento.

Esbozó una sonrisa maliciosa al pronunciar mi mote por primera vez, procurando disimular toda vacilación. Estaba probando un plato desconocido y no quería que nadie supiera que jamás había oído hablar de él, pero no pensaba tragar un solo bocado hasta asegurarse de que le sentaría bien.

—Oskár —dijo, como si acabara de descubrir una máscara nueva y graciosa en mi rostro, un nuevo yo que aún fuera reacia a aceptar en su mundo, un nuevo yo del que sin duda todos hablarían más tarde en su casa, desde luego a mis espaldas.

Tuve la sensación de que aquella nueva identidad, que Clara había forjado el día de nuestra expedición a Hudson, no era más mía que un par de zapatos nuevos que hubiera lucido toda la semana con la esperanza de que alguien creyera que los tenía en mi armario desde hacía tiempo, pero cuya etiqueta aún fuera visible y no pensara arrancar hasta que quienes me conocían decidieran que se adaptaba a mi verdadero yo.

—O sea que lo perdonaste.

—Intenté vengarme de él, pero nunca consigo vengarme de los hombres.

Desde luego, aquella no era la Clara que yo conocía. ¿Estaba intentando crear una especie de solidaridad femenina con Rachel? ¿O era aquella su forma sutil de cortar de raíz el intento de Rachel de meterse conmigo a causa de mi mote?

—De hecho, hicimos las paces. Tuvo la sensatez de llamarme anoche.

Adiviné lo que estaba pensando Rachel: que la noche anterior habíamos hecho el amor.

Pensó que Clara sabía perfectamente lo que había pasado por la cabeza a Rachel, y por ese motivo, para no desengañarla, recordó a Orla que debían seguir con sus compras. Se levantó, se puso el abrigo y, tras despedirse de todo el mundo, se inclinó hacia mí y me besó con fuerza, un beso húmedo con lengua.

—*Bis bald.*

Nada podría haber degradado tanto cualquier significado que hubiera podido encerrar el contacto físico entre nosotros. ¿Así que ya habíamos llegado al punto de poder tocarnos de forma mecánica? ¿O acaso pretendía recordarme que después de la noche anterior ya no quedaban barreras infranqueables?

Al cabo de un rato Rachel calzó los guantes a su hijo e insistió en ponerle también una bufanda. El niño se resistió; Rachel acabó cediendo.

—¿Nos veremos esta noche, Oskár?

—Probablemente —respondí, haciendo caso omiso del retintín con que había pronunciado mi mote.

Rachel sabía que me había contrariado. También sabía que yo no decía la verdad.

—Bueno, intenta venir. Y tráela... Es impresionante —agregó mientras se ponía los guantes.

Me encogí de hombros en un gesto que pretendía ser de aquiescencia.

—No hagas eso.

—¿El qué? —pregunté.

—Esto. —Imitó la expresión de indiferencia impostada que se había

pintado en mi rostro—. No te quitaba los ojos de encima.

—¿Los ojos de encima?

—Eres la persona más exasperante que conozco. Olaf, explícaselo tú. A veces pienso que evitas adrede ver las cosas. Como si te diera miedo desnudarte delante de las personas a las que quieres, no sea que te vayan a ver la pilila.

—Son todas unas zorras —espetó Olaf en cuanto Rachel se marchó.

—Puede que tenga razón.

Olaf se encogió de hombros como diciendo: *Tal vez, pero aun así es una zorra.*

Su mujer le había pedido que encargara una caja de champán para la noche, pero hasta entonces no se acordó, y ahora le preocupaba que no la llevaran a tiempo. Me dio uno de sus habituales abrazos efusivos y profirió su despedida habitual: «¡Fuerza y honor!», seguida de «Sigue empalmado».

—¿Es ella la tía de quien querías hablarme?

—Sí.

—Claro.

—¿Y la tuya? —pregunté.

—No preguntes, mejor que no lo sepas.

Podía llamar a Clara para decirle que iría de compras con ellas. Nos imaginé a los tres en el supermercado atestado. Risas. Risas. *Huevos* —la imaginé diciendo—, *necesitamos huevos para mañana por la mañana.*

Estaba eufórico.

Solo espero que no pagues un precio exorbitante por todo esto.

Cuando llegué a casa a primera hora de la tarde decidí echarme la siesta.

Había prometido llamarla al cabo de unas horas y ahora no quería otra cosa que acariciar los pensamientos más vagos sobre ella y llevármelos a la cama,

al igual que nos llevamos a la cama un deseo que sospechamos que nunca llegará a cumplirse, a pesar de lo cual, una vez que cerramos los ojos, empezamos a pelar, capa a capa, hoja a hoja, su contorno, como si la esperanza fuera una alcachofa cuyo corazón estuviera tan enterrado que podemos permitirnos el lujo de entretenerlos, medir nuestros pasos, dar un paso atrás, desviarnos, tardar la eternidad entera.

Si no estábamos destinados a convertirnos en amantes, amigos o lo que fuera, lo superaría. En mi estado de ánimo, a mí también me importaba un comino resultar herido, como tampoco me importaba que ella saliera herida. Quería acostarme, ovillarme en la cama, pensar en ella junto a mí, en nuestros cuerpos acurrucados y enlazados amorosamente como las dos mitades de Venecia, el espacio entre nosotros que llamaríamos el Gran Canal y el puente, mi Rialto. Mi *corvus*. Mi Lochinvar. Mi Finnegan. Mi Fortinbrás.

Eran más de las cinco cuando desperté. Tenía tres llamadas en el contestador del fijo, dos sin mensaje y una de Clara. ¿Había dormido tan profundamente que no había oído el teléfono ni su voz al saltar el contestador? Al escuchar su mensaje advertí que Clara parecía inexplicablemente contrariada y exhausta. «Al menos podrías coger el teléfono.» Eché un vistazo al móvil; no tenía ninguna llamada. «Te he llamado a todas partes. No puedo creer que haya perdido tanto tiempo intentando localizar a un hombre tan, tan patético.» Sentía que me invadían de nuevo las náuseas y el entumecimiento. ¿Tan vulnerable era yo? ¿Todo el bienestar borrado de un plumazo a causa de un mensaje en el contestador?

Creía que anoche habíamos hecho las paces, y hoy en el Starbucks parecía encantada de verme, hasta el punto de acariciarme la cara en cuanto salí a saludarla a la calle. ¿Y ahora esto? Mientras la oscuridad de las cinco de la tarde se apoderaba del día, comprendí que esa era la peor forma posible de

recibir el año nuevo. ¿Era un anuncio del año siguiente o el final de un año terrible? ¿O, tal como decía Olaf, aún era demasiado pronto para saberlo?

De repente caí en la cuenta. Los mensajes eran del día anterior. ¡Cuánta rabia denotaba su voz! No era de extrañar que se hubiera mostrado tan fría cuando la llamé desde la casa de Rachel.

Me afeité, me di una larga ducha y, pensando que me traería suerte, decidí hacer exactamente lo mismo que había hecho la semana anterior: pasar por casa de mi madre, ponerme los mismos zapatos negros, la misma ropa oscura, incluso el mismo cinturón. Saldría, cogería el primer taxi que pasara y me dirigiría hacia el edificio de mi madre, pensando lo mismo que me había sorprendido pensando la semana anterior: Espero que esté bien, o al menos lo bastante bien, espero no tener que quedarme mucho rato, espero que no se ponga a hablar de él otra vez. Recordaría que debía comprar dos botellas al salir de su casa, tal como había hecho entonces. Luego subiría al M5 y tendría tiempo de mirar por la ventanilla y contemplar la nieve y los témpanos de hielo y el escaso tráfico en Riverside Drive sin pensar en nada, tal vez pensando en mi padre, o quizá olvidaría pensar en él, que era lo que me había pasado la semana anterior en el autobús, cuando prometí pensar en él para luego perderme en divagaciones.

Mi madre estaba al fondo del piso, en su habitación, de modo que tras entrar tuve que recorrer el largo pasillo oscuro, encendiendo las luces mientras caminaba entre puertas cerradas. Mantenía cerrados los antiguos dormitorios y baños porque, según decía, al caer la noche hace frío. Quizá había renunciado a la fantasía de que había otras personas en la casa y les había cerrado la puerta en las narices. Su anciana suegra, su marido, mi hermano, mi hermana, yo.

La encontré sentada ante la vieja Singer, cosiendo el dobladillo de una falda.

—Ya casi nunca viene nadie —comentó, queriendo decir que yo no la visitaba lo suficiente.

No sabía si regalar la falda o arreglarla. Sería mejor arreglarla. Si no le quedaba bien, siempre estaba a tiempo de tirarla. En cualquier caso, la mantenía ocupada, dijo. Me sentí más pequeño, como si me encogiera.

También me prometí pensar en ella en el autobús, pero sabía que, entre una cosa y otra, lo olvidaría por completo. Pensaría en Clara. La última vez que había estado en casa de mi madre todavía no conocía a Clara, no sabía, no podía imaginar siquiera lo que me deparaba aquella noche. ¡Increíble! Había entrado en casa de mi madre, había charlado un rato con ella, me había ido, había comprado el champán, había subido al M5, había hecho un montón de tonterías, todas ellas propias de una vida en la que Clara aún no existía siquiera. ¿Cómo era la vida antes de Clara? Intenté pensar en los viejos tiempos, que no eran tan viejos, cuando celebrábamos la Nochevieja con una cata de vinos a ciegas, tapando las etiquetas, y lográbamos engañar incluso a los más entendidos de nuestros invitados. Recordé el grupo de amigos, las personas que deambulaban por el salón, la comida y los postres apilados en pirámides sobre las mesas, las ciruelas pasas envueltas en beicon que mi madre había sacado del horno, mientras todos esperábamos a ver qué vino ganaba; las risas, el ruido, mi madre correteando de aquí para allá, procurando que la votación terminara antes de las campanadas de medianoche, seguidas de la habitual disculpa de mi padre por recurrir al mismo discurso en verso del año anterior. Sabía que a mi madre le habría gustado Clara.

En la terraza, donde mi padre ponía a enfriar los vinos blancos, me había pedido que le echara una mano antes de descorchar las botellas. Mientras los dos, en mangas de camisa, a pesar del frío, contemplábamos aquella noche de Manhattan en blanco y negro, oyendo ecos de fiesta en los salones

abarrotaos de nuestros vecinos, hoy hacía dos años, pensé: *Esa es la fiesta de verdad; la nuestra es de pacotilla*. Él me había llevado aparte para decirme con un cabreo apenas contenido: «¿Por qué no te casas con ella?». Lo cual quería decir: *¿Por qué no te casas con quien sea y nos das nietos antes de que sea demasiado tarde? Gemelos, dos por el precio de uno, así será más rápido*. Y acto seguido cambió de tema y, mirando nuestro salón atestado de gente a través de la puerta vidriera, dijo: «Mira a tu madre, atendiendo a todos menos a mí, Xantipa la arpía hasta la médula».

Yo estaba envolviendo las botellas en servilletas de papel rojas para tapar las etiquetas, fijándolas con cinta adhesiva mientras mi padre las sujetaba con el dedo, como hacía de forma automática cuando me ayudaba a atar un paquete difícil; era su forma de disculparse por la homilía improvisada acerca de los hijos y los gemelos y por la hosquedad crónica de su voz.

Recuerdo que Livia salió a la terraza a fumar un cigarrillo cuando mi padre terminaba su discursito. También ella me ayudaría a enrollar las servilletas almidonadas alrededor de los cubiertos mientras nuestra cocinera brasileña daba los últimos toques a su *bombino* anual. La música se filtraba a través de la puerta. Apoyé las manos en las caderas de Livia, le di la vuelta y bailé unos pasos con ella en la terraza helada. Luego entré en el salón, y mi impulso travieso pasó por un gesto tranquilizador destinado a mi padre —lo ves, papá, estoy en ello—, aun sabiendo que todo aquello era una farsa, porque sabía que él sabía que ella sabía que no duraríamos ni un mes, ni una estación, ni diez días.

—¿De qué estabais hablando? —me había preguntado Livia.

—De nada —contesté con aire distraído.

—Hablabais de mí, ¿verdad?

Livia sabía que mi padre empezaba a apreciarla. Muy propio de ella sumar

dos y dos, restar mi falso «de nada» y obtener como resultado el discursito de papá sobre los hijos.

Ni diez días, pensé una y otra vez. Mi padre debió de reparar en la expresión de mi rostro cuando observé a Livia entrar de nuevo en el salón y volverse hacia los demás invitados.

—Qué curioso que atiendan a todos menos a nosotros, como si siempre hubieran sabido que nunca las hemos amado ni un poquito.

—¿Adónde vas esta noche? —inquire mi madre.

—A una fiesta.

—¿Solo una?

—Solo una.

A todas luces había descartado la idea de ir a casa de Rachel.

—¿Vas con alguien?

—Con. Sin. No está claro.

—¿No está claro para ti o para ella?

—Eso tampoco está claro.

Mi madre se ríe por lo bajo. Algunas cosas no cambian nunca. ¿Necesitaba algo? No, solo había venido a desearle feliz Año Nuevo. Bueno, si no tenía nada mejor que hacer esa noche, podía volver a pasar. Hay una botella en la nevera, nunca se sabe. Puede, respondo, queriendo decir que sí, pero no me esperes levantada.

—Inténtalo al menos —insiste como último recurso.

No digo nada.

—¿Me harías el favor de cambiar esa bombilla?

No me extraña que la casa parezca un mausoleo. Encuentro una bombilla nueva en la despensa, me encaramo a una silla, desenrosco la vieja y pongo la nueva.

—Por fin —exclama mi madre.

Ahora te veo, añade. Estoy a punto de ponerme el abrigo.

Una cosa más, dice casi en tono de disculpa. La cafetera que le había regalado por Navidad, ¿me importaría explicarle cómo funciona?

Sé muy bien lo que pretende. No quiere que me vaya, al menos todavía. Va, quédate un poquito más, por favor. Así que saco dos cápsulas de *espresso*, lleno el depósito de agua, enchufo el aparato, pulso el botón rojo, espero a que la luz verde deje de parpadear. Ahora quiere probar ella. Repetimos todo el proceso.

Al cabo de dos minutos estamos sentados a la mesa del desayuno, tomando un espumoso capuchino descafeinado.

Esto le habría encantado, comenta mi madre mientras remueve el café sin energía.

Detesto que se ponga a hablar de mi padre.

—Ya lo sé, ya lo sé —se disculpa antes de encender un cigarrillo.

Pero entonces recuerda y hace ademán de apagarlo. No lo apagues, no me molesta. Que esté intentando dejar de fumar no significa que de repente tenga que odiar el tabaco. Lo mismo puede aplicarse a las personas, comprendo de repente, a tantas otras cosas. Que no puedas tenerlas no significa...

Mi madre debió de leerme el pensamiento o bien estaba en la misma onda.

—¿Has vuelto a saber algo de esa Livia?

Hemos hecho la misma asociación de ideas, pero ninguno de los dos desea revelar el hilo de pensamientos que nos han conducido del tabaco a Livia.

—Fumaba mucho —añade mi madre como si pretendiera borrar sus huellas—. ¿Verdad que sí?

Sí, sin parar, pero no, no sabía nada de ella. Qué típico de ti quemar todas las naves. A veces, dice mi madre, no queremos volver a ver a alguien por miedo a que todavía nos importe. O que a ellos les importemos. A veces

damos la espalda a nuestro pasado y apartamos la vista avergonzados. Pero pocos de nosotros lo dejamos realmente atrás. Encontramos a otras personas. Lo difícil es volver a empezar con lo poco que te queda cada vez.

Se interrumpe para tomar aliento, da una calada y desvía la vista. Intenta preguntarme algo.

—¿Esta persona nueva es mejor que Livia?

—Mejor, peor, es demasiado pronto... o demasiado tarde para saberlo. No lo sé.

—Mira que eres raro.

Apaga el cigarrillo a medio fumar. Me mira y luego mira por encima de mi hombro.

—He conocido a alguien.

Ha conocido a alguien.

—¿Has conocido a alguien?

—Bueno, no del todo. Se enteró de la muerte de tu padre y un día decidió llamarme.

—¿Y?

—Perdió a su mujer hace unos años.

Mi rostro debía de reflejar estupefacción o bien ser del todo inexpresivo.

—¿Y?

—Hace mucho tiempo estuvimos juntos.

—Estuvisteis juntos.

Me cuesta imaginarla con alguien que no sea el hombre con quien la he visto toda la vida.

—No lo entiendo.

—No hay nada que entender. Lo conocí mucho antes de conocer a tu padre. Se fue al oeste por un año, quizá más, me dijo. Y entonces conocí a tu padre.

Hace que suene desalmado, cruel.

—¿Cómo se lo tomó?

—Mal. Conoció a una mujer en el oeste y se casó antes que yo. Por supuesto, nunca se lo perdoné. No le perdonaba cada vez que tu padre y yo discutíamos, o sea, todo el rato. No le perdonaba cuando el hielo sobre el que caminaba crujía bajo mis pies y me recordaba que tu padre no era más que un hombre puesto ahí para ayudarme a salir del apuro.

—¿Y?

—Y nada. Hemos salido a cenar algunas veces. Esta noche está con sus hijas, pero ha dicho que quizá pase más tarde. Aunque con él nunca se sabe.

Ahora entendía lo de la botella de champán.

¿Qué quería ese hombre de ella?

—¿Quién es? —le pregunté por fin.

—Hay que ver. ¿*Quién es?* —me imita con una sonrisa de oreja a oreja—. En cualquier momento me preguntarás cuánto gana y cómo piensa mantenerme.

—Lo siento. Es que estoy preocupado.

—¿Por mí? ¿Estás seguro de que es preocupación lo que sientes?

Me encojo de hombros.

—Por si te sirve de consuelo, tu padre lo sabía. Lo sabía desde el principio. Después de treinta años, este hombre me llama y me dice: Somos viudos. Cierto, le contesto. Hacía falta mucho valor.

—¿Qué me estás diciendo?

—¿Que qué te estoy diciendo? Sabías muy bien que las cosas no iban bien en casa. Te estoy diciendo que durante todos los años que fui su mujer una parte de mí estaba en otro lugar. Todos los años que me quedé en casa, haciendo los deberes con los niños, llevando a su madre al médico, comportándome como la esposa perfecta en tantos banquetes aburridos, todos

los años que le ayudé con sus catas de vino, los veranos que viajamos juntos, las noches que dormí junto a su cama en el hospital cuando le quitaron cuanto tenía, pobre hombre..., durante todo ese tiempo mi corazón estaba en otra parte.

—¿Y me lo dices ahora?

—Te lo digo ahora.

Mi madre se levanta y llena un cuenco de pistachos, a todas luces para mí. Trae otro cuenco para las cáscaras.

—¿Qué había de tan especial entre vosotros? —pregunto por fin.

—Lo verdadero. O lo que más se acerca, quizá mejor incluso.

—¿Y qué era?

Guarda silencio un instante y sonrío.

—Risa. Eso era lo que teníamos.

—¿Risa? —repito, atónito.

—Increíble, ¿verdad? Era la risa. Ahora nos dedicamos a recordar los chistes de antes. Dentro de unos meses nos hartaremos de ellos. El caso es que en cuanto estamos juntos no podemos parar de reír.

Se levanta para dejar las tazas y los platillos en el fregadero. Lo único que hay ahora entre nosotros es el cuenco de pistachos y el de las cáscaras.

Los años que había estado a su lado en la fiesta anual, ayudando a repartir comida a unos invitados que le importaban un comino, los años que había sonreído mientras él pronunciaba su discurso anual en verso antes de las campanadas de medianoche, tantos y tantos años sin risa.

—¿Le echas de menos? —pregunto.

—¿Por qué me lo preguntas así? Claro que le echo de menos.

Me la quedo mirando. Mi madre aparta la vista. Debo de haberla ofendido.

—Anda, has vaciado el cuenco entero en menos de cinco minutos.

Coge el cuenco vacío y el de las cáscaras. Creía que iba a tirarlas y dejar

ambos cuencos sobre la encimera, pero vuelve a llenar uno de pistachos.

A solas en el comedor, me levanto, abro la puerta vidriera y salgo al balcón. La nieve acumulada entorpece el paso. Me entran ganas de evocar por un instante los viejos tiempos, ver cómo era el mundo cuando teníamos invitados y poníamos el vino a enfriar ahí. ¿Eran tiempos mejores porque mi padre aún vivía? ¿O eran tiempos mejores porque pertenecían al pasado? Quiero imaginar que Livia está junto a mí, o que mi padre está a mi lado en la noche fría, confesándome que quiere nietos mientras mira el salón a través de la vidriera y ve a su quisquillosa mujer atendiendo a todos menos a él y, más allá de nuestras ventanas, la fiesta de nuestros vecinos en el otro bloque. Siempre había sabido lo de mi madre, aunque quién sabe si le importaba o si era capaz de meter el dedo en la llaga que le dolía pero lo mantenía con vida tantas décadas más tarde. Y pienso también en las otras Livias de mi vida, Alice y Jean, cada una intentando echar una mano durante la cata, sacando las botellas al balcón después de ayudarme a tapan las etiquetas, mientras algunos invitados seguían intentando adivinar, la cata que se salía de madre, lo cual sucedía cada año, los invitados conviniendo en que la botella número cuatro era tan buena como la número siete, pero que la número once era la mejor, los sospechosos habituales siempre discrepando de los demás, mi padre actuando de árbitro, algunos invitados ya indiferentes, porque la cata siempre era un éxito, siempre sería un éxito, no era más que otro modo de realzar la certeza de que una parte de nosotros siempre muere en diciembre, razón por la cual era la única fiesta que mi padre celebraba en todo el año, porque la parte que no moría a finales de año estaba tan emocionada por el período de gracia como él por el hecho de que el amor no hubiera desaparecido del todo de su vida, aunque nadie sabía ni quería saber adónde iba para encontrarlo, dónde lo encontraba, si es que lo encontraba. Las nieves negras de años pasados..., no las añoraba en absoluto.

Si fuera mejor hijo, haría lo que el padre de aquella princesa moribunda prometía hacer por ella todos los años. Sacaría los viejos huesos de mi padre para que volviera a sentir el sol del invierno y se estremeciera al pensar en el ponche y la espesa sopa de calabaza con trocitos de castaña, sacaría su cuerpo para que saboreara la elegía de la nieve a la luz de la luna y soñara con un viejo mundo en *Weihnachten* que ya no existía, con un amor marchitado antes de tiempo. No se marchitó, no, decía él siempre, y, que él supiera, la otra mujer nunca llegó a saber que era la luz de su corta e inconclusa vida, un amor casto, sumamente casto. *Tu madre tampoco lo sabía, y no tiene sentido contárselo ahora.*

Mi madre me pide que no tire la bombilla al cubo de la basura. Miento y le contesto que jamás se me ocurriría hacer semejante cosa. Qué vacío parece el piso con todas las puertas cerradas. *Qué solitaria yace la ciudad, antes llena de gente, ahora convertida en una viuda.* Tengo que venir aquí con Clara.

Algún día vendré a limpiar, a recoger los añicos de la vida de mi madre, de la vida de mi padre; peor aún, de la mía. Quién sabe qué encontraré, lo que no estoy preparado para encontrar. El despertador de mi padre, su agenda, sus utensilios de pipa. Un cenicero grande en el que descansan sus pipas de espuma de mar con sus turcos grabados en ellas, tocados con turbante y ceñudos, como figurillas que no soportan verse siquiera. Su pluma Pelikan antigua, y el lápiz de plata Caran d'Ache yaciendo como compañeros de campamento en el mismo camastro, la cabeza de uno a los pies del otro; el encendedor y, esperando cruzadas de brazos, a punto de perder la paciencia, las gafas de montura de concha, probablemente dobladas con cautela, pero abandonadas sin falsas pretensiones en el último momento, cuando dijo: *Bueno, vamos a ver a ese curandero.* Me parece ver la advertencia resignada en su gesto al dejar las gafas en el centro de la mesa de cristal vacía, como diciendo: *Defiende el fuerte y pórtate bien con los demás,* lo cual me

recuerda cuando sacaba un billete de veinte dólares y lo dejaba bajo un cenicero antes de salir de las habitaciones de hotel, como si dijera: *Os habéis portado bien conmigo, ahora portaos bien con el próximo*. Se portaba bien con las cosas, con las personas. Escuchaba, siempre escuchaba.

Recuerdo el cuidado con que disponía sus utensilios para el vino uno a uno encima del aparador del comedor, cómo limpiaba y bruñía su vasta colección de sacacorchos y cortacápsulas, a mi madre diciendo delante de todo el mundo que parecía un *mohel* preparando el instrumental para una circuncisión. La última vez que saqué mi instrumento, dime dónde fue, en qué tierra. Alguien interrumpe y bromea acerca de los instrumentos de Abelardo y el amor de Abelardo. Fue Eloísa quien lo consiguió, sé lo que me digo, afirma mi padre, Eloísa y el matrimonio. Risas, risas, y mientras reímos juntos ella lleva una doble vida y la pena marchita el corazón de él por alguien a quien conoció décadas atrás, un amor casto. Esas eran las palabras con las que registraba el tiempo en ese cuadernillo privado donde medimos lo que perdemos, dónde hemos fracasado, cómo envejecemos, por qué obtenemos tan poco de lo que anhelamos, y si aún es sensato esperar algo mientras manejamos la vida que nos ha tocado vivir, y la vida no vivida, y la medio vivida, y la que deseábamos aprender a vivir antes de que sea demasiado tarde, y la que querríamos reescribir si pudiéramos, y la que esperamos que otros vivan mucho mejor, con mayor sabiduría que nosotros, como mi padre deseaba para mí.

—¿Quién es ese hombre? —pregunto a mi madre.

—Le conoces.

—¿Cómo se llama?

—Si quieres saber cómo se llama, ven antes de medianoche.

Sonríe, pero no suelta prenda. No hay nada que decir.

—¿Estarás bien? —pregunto.

—Sí.

Mi madre, radiante y llena de energía. Pocas veces la he visto así.

—Nunca me habías contado nada.

—No, no te lo había contado.

Un silencio prolongado, durante el cual mi madre hace una mueca al morder un pistacho rancio.

—Debe de ser despampanante.

—¿Cómo lo sabes?

—Se nota. Estás matando el tiempo, ¿verdad? Deberías irte.

Tenía razón; estaba matando el tiempo.

Le deseo feliz Año Nuevo por si no volvemos a vernos esta noche.

Sí, sí, dice, pero sabe que es muy improbable que regrese más tarde. Al menos eso espero. Nos abrazamos.

—Nunca te había visto así —asegura.

—¿Cómo?

—No sé. Diferente. Bien. A lo mejor incluso feliz.

De camino al recibidor, mi madre apaga la luz del comedor y luego la de la cocina. Volverá al dormitorio en cuanto la puerta se cierre a mi espalda, como la madre de Ulises escondiéndose de nuevo entre las sombras. Mira en qué me he convertido, parece decir.

Lanzo un suspiro de alivio cuando por fin cierro la puerta tras de mí.

Como de costumbre, meto la mano en el bolsillo para dar al portero el aguinaldo de todos los años. El segundo portero, que no me conoce, también recibe algo, por si mi madre lo ha olvidado.

La ráfaga de viento que me recibe en cuanto el portero abre la puerta me llena de energía y gozo. Disipa el torpor opresivo y sofocante en que me he sumido nada más entrar en casa de mi madre.

Siempre me han encantado las luces de la ciudad en invierno, el espectáculo de los edificios del centro que descuellan en su perfil, el fulgor que estalla como una tormenta galáctica sobre Manhattan, mientras el halo de luces más tenues que envuelven los antiguos edificios residenciales de Central Park West habla de tranquilidad, de vidas satisfechas y fiestas de Nochevieja tranquilas y satisfechas.

Si fuera un buen hijo, habría conocido a Clara mucho tiempo atrás y la habría llevado a mi casa. Si fuera un buen hijo, habría pasado a buscar a Clara por la tarde y le habría dicho que quería presentarle a mi madre, y ojalá mi padre viviera todavía, le habrías encantado. Entraría un momento con ella en su estudio y perturbaría el sueño inquieto de sus objetos, su Pelikan, su Caran d'Ache, sus turcos ceñudos, sus gafas, y ella les devolvería la vida, igual que había arrancado de su letargo a mi cocina, mi alfombra, mi albornoz, y había conseguido que yo encontrara amor en mis cosas, en mi vida.

La habría llevado a mi casa, como en los viejos tiempos, y antes de presentarle a los invitados la habría hecho salir al balcón y le habría pedido que me ayudara a tapar las etiquetas de las botellas. ¿Qué estamos haciendo?, pregunta. Ocultar el nombre de los vinos. ¡Ya lo sé!, pero ¿qué estamos haciendo? Sé muy bien qué me pregunta, aunque durante un rato finjo que no, porque explicarle por qué quiero llevarla a casa de mis padres me resulta igual de difícil que pedirle que pare el coche y me acompañe un momento a la tumba de mi padre, porque hay demasiadas cosas que me cuesta pedir, Clara, porque al pedir las cosas más pequeñas y simples revelo más que cuando pido las grandes. Y aunque él ya no esté aquí para conocerte, bueno, entremos un rato de todos modos, antes de desnudarnos juntos, y descorcharemos el champán de mamá, y si el leal donjuán también está allí esta noche, brindaremos por el año nuevo como un quarteto feliz, y luego

corrерemos a la Ciento seis dejando a la Veuve Clicquot y al buen Dom Pérignon a solas para que desgranen los buenos y los malos momentos de su vida.

La vinatería donde quería comprar un par de botellas selectas para la fiesta de esta noche está a reventar; la cola discurre a lo largo de todo el mostrador. Debería haber ido con Olaf por la tarde. Ahora entiendo por qué le entró el pánico.

Pues nada de botellas. ¿Flores? Enviaré flores mañana. A decir verdad, debería haber enviado flores la semana anterior. Pues nada de flores tampoco.

Lo único que quiero es subir al autobús M5 como hace una semana, en medio de la tormenta de nieve, sin ver apenas nada, pero agradecido por la nieve, cuyos copos pálidos y exhaustos parecían morir nada más tocar las ventanas. De vez en cuando, al otro lado del parque Riverside iluminado, vislumbraba los témpanos que flotaban en el Hudson como alces atrapados que avanzaran despacio corriente abajo. Cric, crac, crac. Esta noche ni siquiera pasaré por el piso de Clara, sino que subiré derecho a casa de Hans y Gretchen. Me bajaré en la Ciento doce como si de nuevo me hubiera equivocado. Llegaré a la fiesta, me recibirá Gretchen, que nunca se aparta de la puerta, dejaré el abrigo en el guardarropía, me aseguraré de conservar el resguardo esta vez, deambularé por el salón y pasaré junto al piano antes de pedir una copa, me situaré al lado del árbol de Navidad como la semana pasada y, quién sabe, quizá juguemos a ser unos completos desconocidos, porque a ella le gusta tanto como a mí, y cuando esté a punto de tenderme la mano la interrumpiré y diré: ¿No eres la amiga de Printz? A lo que ella responderá: *Y tú debes de ser la voz que oí por télyfön anoche*. Exacto, exacto. Y nos sentaremos junto a la misma ventana y ella me traerá algo de comer, y juntos pasearemos de una estancia a otra en aquel piso enorme, tomaremos algo suave, como ponche, aunque los dos detestamos el ponche,

luego iremos arriba, como la última vez, subiremos por la escalera llena de gente, abriremos la puerta que da a la terraza y contemplaremos la orilla de New Jersey buscando con la mirada el mismo haz de luz sobrevolando Manhattan, y pensaremos en Bellagio, Bizancio, San Petersburgo, y recordaremos que aquella noche vimos la eternidad.

Veo la velada desplegarse ante mí como hacen todos los deseos cuando sabemos que están a punto de sernos concedidos: el paseo desde la terraza hasta la cocina, luego al invernadero, Pavel y Pablo, las tres Grayas, la mismísima Muffy Mitford con dos hijas a las que nadie soporta, mientras mis pensamientos vuelan más allá del montículo sobre el que se alza la estatua de Samuel J. Tilden, más allá de la tormenta de la semana anterior, más allá de Rohmer y Saint-Rémy, la pequeña ciudad con tejados de pizarra que surgían ante mí a orillas del Hudson como si fuera una ciudad flotante inventada para Clara y para mí.

Quiero volver a salir con ella a la terraza y verla aplastar la colilla en la nieve, ver cómo su pie la precipita hacia los coches aparcados en doble fila, ver la nieve envolvernarnos, como luminosas manos blancas, intemporales y mágicas. Y habrá tantas tentaciones por el camino. A buen seguro Rollo volverá a defender a Inky: *Por el amor de Dios, mujer*. Y, quién sabe, tal vez el propio Inky aparezca para suplicar, la figura delgada y apuesta que la llevaría a un rincón desconocido para casi todos los invitados, y lo único que haré yo será quedarme inmóvil y preguntarme si debo intervenir o, por el contrario, quedarme inmóvil e intrigado, intentando dilucidar si lo suyo ha acabado convertido en amistad, si no ha acabado en absoluto, si a ella le importa un pimiento si Inky se tira por el balcón, con o sin amistad. Nunca hay amistad después del amor, amor abrasado, quema todas las naves y sus muelles. Estaríamos de pie entre los demás, y de pronto Clara me pediría que la disculpara unos minutos, se reuniría con Orla y Beryl en el centro de la

sala y, sin previo aviso, empezaría a cantar un aria de *Der Rosenkavalier* mientras yo trato de mirar hacia otro lado, porque me conozco y sé que si la oigo cantar unos segundos más romperé a llorar, y si rompo a llorar, en fin, qué va a hacer, ella se acercará a mí y apoyará en mi cara esa misma mano que con tanta fiereza me sujetó el otro día y dirá: *Esta canción es para ti, Printz, mi regalo de Navidad con retraso para el hombre que quizá me quiera menos de lo que yo le quiero a él.* Y me conozco y sé que no podré resistir la tentación de llevarla al guardarropía, la empujaré contra un montón de fragantes abrigos de pieles y le preguntaré a bocajarro: ¿Quieres tener hijos conmigo aunque no tenga ni idea de adónde se dirige mi vida, sí o no? *Sí.* ¿Crees que seremos felices? *Sí.* ¿Cuándo terminará esta fantasía? *No lo sé, nunca lo he sabido...* ¿He contestado a todas tus preguntas? *Sí.* ¿Estás seguro? Creo que sí. Entonces me pedirá que la disculpe otra vez, y le diré que vale, y la veré alejarse hacia otra parte de la casa y esperaré y esperaré, hasta que de repente entienda, al igual que la semana pasada, que ha desaparecido sin más. Inky. ¡Por supuesto! Debería haberlo sabido.

En ese momento decidiría marcharme, aunque solo fuera para demostrarle lo afectado y desesperado que estaba, o cuánto deseaba que la velada hubiera tomado otro rumbo. Pediría mi abrigo, me lo pondría, saldría de la casa y me encaminaría a buen paso hacia el parque Straus, cada vez más deprisa, por si ella me había visto y pretendía detenerme. Una vez en el parque me desplomaría en el banco, como había hecho toda la semana, con la esperanza de que Clara me hubiera seguido para preguntarme por qué me marchaba tan temprano. ¿Era eso lo que querría, que me siguiera y me preguntara por qué me había marchado tan temprano? Típico de mí, respondería, mi costumbre de soltar lo que más quiero, porque las cosas que anhelo se me conceden tan rara vez que casi nunca me lo creo cuando llegan, no me atrevo a tocarlas y, sin saberlo, las rehúso. ¿Como cuando apagas el móvil? Como cuando apago

el móvil. Como cuando digo *Demasiado pronto, demasiado repentino*, demasiado rápido sabiendo que no he parado de gritar: Ahora, maldita sea. ¿Como cuando digo *Quizá* sabiendo que llevo siglos gritando que iré a por todas? ¿Como cuando no apareciste en el cine sabiendo, sabiendo perfectamente, cabrón de mierda, que yo no podía faltar anoche? Sí, reconocería yo, como no aparecer en el cine sabiendo que nunca me perdonarías. ¿Y? Nada. He venido aquí todas las noches para pensar que te he perdido, porque tengo la sensación de que cada noche será la última, y lo único que hago aquí, sin ser consciente siquiera, es rezar para que nunca llegue el día en que no habré estado contigo. Prefiero mil veces este parque helado y en las condiciones que tú impongas a no volver a verte nunca.

Dobles negaciones, futuro perfecto, condicional compuesto. ¿Qué es todo esto, Printz? Nada, no es nada.

En el parque Straus, lo único que querría recordar sería mi primera noche allí, o la segunda, o la tercera, o la noche en que llegué aturdido por nuestro beso y sentí que todo mi pecho se agitaba cada vez que me volvía hacia la panadería y me recordaba empujando su cuerpo contra el escaparate para besarla, las caderas apretadas, obedeciendo a un impulso que creía haber seguido durante toda mi vida, cuando en realidad solo lo había ensayado para Clara, al igual que todo lo demás era ensayo y postergación. ¿Quieres que sigamos juntos o es esta una de esas amistades insulsas y cursis que una noche, después de varias copas de más, se transformó en pasión? Dímelo otra vez, mi dulce corazón de piedra, dímelo otra vez. ¿Tú también querías que el tiempo se detuviera para ti? ¿Tiene sentido lo que te digo? ¿Soy lo que deseas? Sí. ¿Antes de que cambies de idea? Nunca he cambiado de idea, pero, si es así como me ves, entonces es que he cambiado de idea. Eres tú la que no puede ni quiere tomar una decisión.

Sientes con un corazón escindido, y tu corazón es un órgano silenciado.

Dentro de cinco años, como en la película de Rohmer, te topará con ella en alguna ciudad costera de Europa, y ella tendrá hijos, o tú tendrás hijos, y la mirarás, la examinarás y echarás cuentas de todo cuanto pudo haber sido. No has cambiado, te dirá. Tú tampoco. ¿Sigues siendo Printz? Supongo que sí. ¿Y tú Clara? También. ¿Todavía en plan caracol? Todavía en plan caracol. Entonces, ¿lo recuerdas? Lo recuerdo todo. Y yo también. ¿Y? Y.

Cuando tenga la edad de mi padre, con el alma atenazada por la amargura y un solo amor casto para recordar, de pie en una terraza, pensando en catas de vino y colillas lanzadas al vacío y fiestas en el bloque de enfrente que siempre son las verdaderas fiestas, ¿habré aprendido a superar todo esto, o se habrá convertido en un sueño imperecedero, desde el día en que acabó cuando empezó hasta el día en que empezó cuando acabó contra el escaparate de una panadería a cien metros de aquí, hace cien años? De un pequeño parque en Berlín al parque Straus de Nueva York. Las espitas de gas de hace un siglo y el cantero que nacerá dentro de un siglo, un intervalo de siglos. Inconmensurable.

¿Qué debo hacer? ¿Quedarme aquí y esperar? ¿Quedarme aquí y hacerme preguntas? ¿Qué hago?

Y sería una de las farolas del parque la que rompería el silencio.

¿Esperabas consejo? ¿Una respuesta? ¿Una disculpa?

Vuelve, diría la voz. Si pudiera volver, si pudiera volver.

Reconocería esa voz entre millones.

Y del parque Straus me encaminaría de nuevo hacia la esquina de la Ciento seis con Riverside, miraría a los invitados con la espalda apoyada contra las ventanas, como los había visto la semana anterior, cuando fuera hacía frío y sus rostros iluminados por las velas aparecían radiantes de risa y premonición, todos ellos con copas en la mano, algunos, suponía, apoyados en el piano, donde el cantante de voz ronca animaría a todos a cantar

villancicos. E incluso saludaría a Boris, que ya me conocería, y lo vería meter la mano en el ascensor y pulsar el botón del ático como había hecho la semana anterior, y en cuanto me abrieran la puerta del piso, un coro de saludos. Vaya, vaya, ha vuelto, diría Orla, voy a decírselo a Clara. No, ya se lo digo yo, exclamaría Pablo. Está enfadada contigo, y que la dejaras plantada anoche no ayuda mucho que digamos. Nos vamos todos a la catedral de Saint John. ¿Quieres venir? Y antes de que pueda responder alguien me tiende una copa de champán. Reconozco la muñeca, tu muñeca, tu muñeca, tu dulce, bendita y adorada muñeca.

—*Ist ein Traum*, es un sueño —dice ella—, y el año nuevo acaba de comenzar.



Es la noche de Navidad, y Henry deambula por los salones de un inmenso apartamento del Upper West Side de Nueva York, confundiendo con los demás invitados de una fiesta que parece no acabar nunca. De pronto, una voz lo sorprende: «Soy Clara», sin más, anuncia una mujer joven y hermosa, y estas dos palabras, tan simples y firmes, bastan para intrigar a Henry. Luego, un cigarrillo compartido en la terraza y unas cuantas frases más los convierten en cómplices de una historia de amor única.

Nosotros, desde las páginas del libro, acompañamos a Henry en los días que siguen a la fiesta, a lo largo de las ocho noches blancas que separan la Navidad de la celebración de Año nuevo. Ahí estamos, testigos privilegiados de las dudas del joven, de sus paseos solitarios en busca de Clara, de su desconcierto al verla de repente, de su miedo al compromiso y sus ganas de entrega.

Todo lo que suele caber en una gran aventura amorosa, aquí se destila en una semana inolvidable. André Aciman, autor de la novela en la que se basa la película *Call me by your name*, rinde aquí un espléndido homenaje a las *Noches blancas de Dostoievsky* y a la mejor literatura de amor de todos los tiempos.

André Aciman nació en Alejandría en 1951, pero dejó su país cuando era muy joven y desde hace años vive con su familia en Nueva York, donde trabaja como profesor universitario de teoría literaria, ocupándose en especial de la obra de Marcel Proust.

En 1995 publicó un espléndido libro de memorias titulado *Out of Egypt*, que fue galardonado con el Whiting Award.

Colaborador asiduo de *The New York Times*, *The Paris Review* y *The New Yorker*, Aciman fue además el coordinador de *The Proust Project* (2004) y en 2007 publicó su primera novela, titulada *Llámame por tu nombre*, llevada al cine con gran éxito. *Ocho noches blancas* fue su segunda novela, a la que siguieron *Harvard Square* y *Enigma Variations*.

Título original: *Eight White Nights*

Edición en formato digital: abril de 2018

© 2010, André Aciman.

Reservados todos los derechos, incluido el derecho de reproducción total o parcial.

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2010, Bettina Blanch Tyroller, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Marta Borrell

Ilustración de portada: © Alyssa Monks, *La mañana siguiente* (2004). Cortesía de la artista y de DFN Gallery, Nueva York

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0586-9

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] *Shukoff* hace referencia a un término germánico antiguo que significa «pervertido sexual». (*N. de la T.*)

Índice

Ocho noches blancas

Primera noche

Segunda noche

Tercera noche

Cuarta noche

Quinta noche

Sexta noche

Séptima noche

Octava noche

Sobre este libro

Sobre André Aciman

Créditos

Notas